

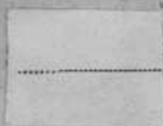
SG-3  
4-3

B.P. de Soria



61114861  
D-1 1581

D-1  
1581



# LA MARAVILLA.

Gran sociedad editorial.

Publica las mas grandes obras del saber Humano en tomos de 350 á 400 pá-  
ginas en 4.º, con primorosas láminas y ricamente encuadrados con mosaicos  
de oro y brillantes colores.

Bajo la direccion

## DE D. MIGUEL DE RIALP.

### OBRAS PUBLICADAS.

#### Seccion instructiva.

	Tomos.
<i>La Geografía Universal</i> , por Malte- Brun, Balbi y otros. . . . .	2
<i>Atlas Geográfico Universal</i> , com- puesto de 18 magníficos mapas iluminados. . . . .	
<i>Historia de Inglaterra, Escocia é Ir- landa</i> , por J. A. Fleury. . . . .	3
<i>Historia de Italia</i> , por Julio Zeller. . .	2
<i>Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia</i> . por el P. Fernan- do Scio. . . . .	1
<i>Historia Antigua</i> , por Mr Guillemin. .	2
<i>Historia Romana</i> , por V. Duruy. . . .	2
<i>Historia de Portugal</i> , por A. Bou- chot. . . . .	1

#### Seccion recreativa.

	Tomos.
<i>Historia de Gil Blas de Santillana</i> , por Mr. Le Sage. . . . .	2
<i>El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha</i> . por Miguel de Cer- vantes Saavedra. . . . .	2
<i>Ivanhoe</i> , por Sir Walter Scott. . . . .	1
<i>Quintin Durward</i> , por Sir Walter Scott. . . . .	1
<i>Rob Roy</i> , por Sir Walter Scott. . . . .	1
<i>Guy Mannering y el Oficial Aven- turero</i> , por Sir Walter Scott. . . . .	2
<i>Obras selectas, críticas, satíricas y jocosas</i> , de D. Francisco de Que- vedo y Villegas . . . . .	1
<i>A Bordo y en Tierra</i> , por Fenimore Cooper.—Primera parte. . . . .	1
<i>Lucía Hardinge</i> , por Fenimore Co- oper.—Segunda parte de <i>A Bordo y en Tierra</i> . . . . .	1

### EN PRENSA FUERA DE SECCION.

**La Sagrada Biblia**, traducida al español de la Vulgata latina, y anotada conforme al sentido de los Santos Padres y expositores católicos. Por el Ilmo. Sr. D. Felipe Scio de San Miguel. Revisada por el Iltre. Sr. Dr. D. José Palau; 10 tomos.  
VAN PUBLICADOS 3.

Apr 13

Apr 15

Apr 19

Erte 18.

Feb 1-

no 11

DE I. MIGUEL DE MALIZ.

OPRAS PUBLICADAS

Segunda Edición

Segunda Edición

1. Historia de la República de Colombia.  
2. Historia de la República de Venezuela.  
3. Historia de la República de Ecuador.  
4. Historia de la República de Perú.  
5. Historia de la República de Chile.  
6. Historia de la República de Argentina.  
7. Historia de la República de Uruguay.  
8. Historia de la República de Brasil.  
9. Historia de la República de México.  
10. Historia de la República de Cuba.

1. Historia de la República de Colombia.  
2. Historia de la República de Venezuela.  
3. Historia de la República de Ecuador.  
4. Historia de la República de Perú.  
5. Historia de la República de Chile.  
6. Historia de la República de Argentina.  
7. Historia de la República de Uruguay.  
8. Historia de la República de Brasil.  
9. Historia de la República de México.  
10. Historia de la República de Cuba.

EN LA TIENDA DE MALIZ.

En la tienda de Maliz se encuentran las obras de I. Miguel de Maliz, escritas en castellano y en francés. Por el libro de la República de Colombia se puede conocer la historia de este país y su desarrollo. El libro de la República de Venezuela describe la vida y el trabajo de este país. El libro de la República de Ecuador muestra la historia y la cultura de este país. El libro de la República de Perú describe la historia y la cultura de este país. El libro de la República de Chile muestra la historia y la cultura de este país. El libro de la República de Argentina describe la historia y la cultura de este país. El libro de la República de Uruguay muestra la historia y la cultura de este país. El libro de la República de Brasil describe la historia y la cultura de este país. El libro de la República de México muestra la historia y la cultura de este país. El libro de la República de Cuba describe la historia y la cultura de este país.

HISTORIA

SOBERANOS PONTIFICES ROMANOS

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTIFICES

ROMANOS.

TOMO III.

TOMO III.

MADRID

BARCELONA

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD

EN EL PASO DE SAN JUAN



# HISTORIA

DE LOS

## SOBERANOS PONTÍFICES ROMANOS,

POR

ARTAUD DE MONTOR,

EX-EMBAJADOR DE FRANCIA EN ROMA.

TRADUCIDA

POR

D. MANUEL ANGELON.



TOMO III.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID.

LIBRERIA DE SAN MARTIN,  
Victoria 9.

BARCELONA.

EN EL PLUS ULTRA,  
Rambla del Centro.

1858.

# HISTORIA

503 106

SORBRANOS PONTIFICES ROMANOS

*Esta obra es propiedad de los Editores  
y se perseguirá ante la ley á quien la  
reimprima.*

ARTAUD DE MONTOR

EX-EMBAJADOR DE FRANCIA EN ROMA

TRADUCIDA

1858

D. MANUEL ANGELON

TOMO III



CON LAS INSCRIPCIONES NECESARIAS

BARCELONA

EN EL PLUS ULTRA

Librería del Comercio

MADRID

LIBRERIA DE SAN MARTIN

Vicaría 7.

# HISTORIA

DE LOS

## SOBERANOS PONTIFICES ROMANOS.

### 211. Eugenio IV. 1431.

Eugenio IV, llamado antes Gabriel Condulmieri, era patrio de Venecia y descendiente de una familia de Pavía, llegada allí en los primeros dias de la república. Durante la guerra con los genoveses, Angel Condulmieri y su hijo habian armado á su costa algunas naves para acudir á la defensa de aquella ciudad. En recompensa de tan señalados servicios, concedióles el senado un título de nobleza. El padre de Gabriel se llamaba Angel Condulmieri, y su madre Beriola Corraro. Angel tuvo el insigne honor de contar entre sus mas allegados parientes á tres papas: Gregorio XII, su hermano, Eugenio IV, su hijo, y á su sobrino Paulo II, de Polixena, su hijo. Beriola, á mas de ser hermana, madre y abuela de tres sumos pontífices, fué tambien abuela, tia y bisabuela de nueve cardenales, de seis patriarcas y de once obispos.

Muerto su padre, Gabriel distribuyó á los pobres veinte y cinco mil ducados de su rico patrimonio, y obtuvo una canonjía en la congregacion celestina de san Jorge *in alga*. En cierta ocasion, estaba ejerciendo en ella sus funciones de portero, cuando le dijo un ermitaño: « Sereis cardenal; despues papa

durante diez y seis años (de diez días tan solo se equivocó); tendreis que sufrir muchas adversidades, y luego morireis (1).» Otro ermitaño le habia prometido el pontificado, cuando el viaje de Gabriel á Egipto con Francisco Fóscari. A éste le dijo el ermitaño: « Vos, sereis *padre de la patria*;» y á Gabriel: « Vos, *padre del orbe católico.*» Unos 26 años tenia, cuando Gregorio XII, su tío, le nombró tesorero, obispo de Siena; mas, sabiendo que los sieneses querian tener un obispo de su país, le llamó á Roma un año despues.

En 1408, Gabriel fué creado presbítero-cardenal de san Clemente, y en 1424, Martin V le nombró legado de la Marca, y despues de Bolonia.

Despues de los funerales de Martin, y en 2 de marzo de 1431, encerrarónse trece cardenales en el cónclave preparado en el convento mismo de la *Minerva*, y al dia siguiente eligieron por unanimidad á Gabriel Condulmieri, que á la sazón tenia 48 años, y que tomó el nombre de Eugenio IV. Fué solemnemente coronado en las gradas de la basílica Vaticana, en 11 del propio mes.

En el mismo año empezaron para el nuevo pontífice las adversidades. Tres príncipes de la familia Colonna se apoderaron del tesoro que Martin V, su tío, habia destinado á pagar los gastos de los griegos que debian ir al concilio para tratar de la union definitiva de ambas Iglesias, y al sosten de la próxima guerra contra los turcos. Estos Colonna, indignos de las alabanzas que á su familia hemos tributado al comenzar nuestro artículo sobre Martin V, se sirvieron del tesoro robado para hacer armas contra el Santo Padre, cuya posesion de la dignidad pontificia intentaban perturbar. Al frente de otros conjurados querian apoderarse de Roma; mas fueron rechazados por las tropas del Papa, unidas á las que Florencia, ganosa de prestar ayuda á su compatriota en tan apurada situacion, le habia enviado. Por fin, los Colonna, dando entrada á mas justos sentimientos, restituyeron parte del tesoro, y el Papa, que les habia excomulgado, les concedió el perdon que solicitaban.

(1) *Vespasiano*, Florentino, en la vida de Eugenio.

Uno de los primeros cuidados de Eugenio, fué confirmar la legacion del cardenal Julio Cesarini, diputado por Martin V, para celebrar en su nombre, en la ciudad de Basilea, el concilio en ella convocado para destruir el orgullo de los husitas: cuya reforma tenia visos de ferocidad.

En efecto, creíanse destinados (1) á destruir el imperio de Satanás (doctrina de los paulicianos), y á corregir á sangre y fuego (2) las iniquidades de la tierra. Entre ellos, los mas rígidos eran los *taboritas* (3), que anatematizaban como pecados dignos de la pena capital todas las flaquezas humanas, como la embriaguez, el lujo y hasta la elegancia en el vestir, extendiendo su anatema á cualquiera que hubiese cometido un solo pecado mortal.

¡Ojalá no hubiesen cerrado los ojos á los numerosos pecados mortales que ellos mismos cometian!

Persuadidos los husitas de que eran los vengadores del cielo y los azotes de Dios, pronto lo persuadieron tambien á los ejércitos contrarios. Un terror pánico precedia á sus batallones, á cuyo aspecto huian despavoridas las tropas mas aguerridas y formidables. Temerosos los pueblos del salvaje valor que los sectarios despleaban, pedian encarecidamente la paz. Los bohemios, que no aspiraban á dominar á las demás naciones, solo á ser libres ellos, concedian sin dificultad esta paz; pero apenas llegaba á Roma la noticia de estos tratados involuntarios, cuando Eugenio les rompía y ordenaba de nuevo una guerra imposible, puesto que solo el tiempo y mejores circunstancias, que menguan la demencia de los pueblos, podian poner un dique á tamaños desastres.

Segismundo, no sabiendo cómo proteger á la Iglesia desde tan léjos, escribia que calamidades mas próximas le retenian en Germania. Eugenio entonces vióse atacado por el pueblo, que proclamó de nuevo la república fantástica de Rienzi. El Papa pudo escapar á favor de un disfraz, y refugiarse á Florencia, mientras que los estados pontificios quedaban á merced de los *condottieri* Francisco Sforza y Forte Braccio, que los

(1) Italia, 181.

(2) Los *paulicianos* se tenian por maniqueos reformados.

(3) Nombre de una provincia de Bohemia cuya capital es Tabor.

asolaban , instigados por Felipe María Visconti , reputado en Italia mas que nunca en aquel entonces como el principio esencialmente malo de los husitas, es decir, el diablo , la materia ó las tinieblas.

El concilio de Basilea ( decimoséptimo general ) empezóse en 14 de julio de 1431. Poco tiempo despues , el Papa , por razones de suma gravedad, mandó su suspension, trasladándolo á Bolonia , dos años despues. Los Padres de Basilea se resistieron á este decreto , y en 1432 , continuaron deliberando del mismo modo que lo hicieron en un principio.

Al siguiente año , vióse Eugenio obligado á permitir la continuacion del concilio , por temor de un nuevo cisma , cediendo en esto á las instancias de Segismundo , rey de los romanos , á quien coronó emperador en 31 de mayo de 1433. Despues de la ceremonia , el emperador sostuvo el estribo del Papa para la cavalgada , dió tres pasos , llevando la brida del caballo , y en seguida , montando á su vez , caminó á la izquierda del Santo Padre , y le acompañó hasta el castillo de San Angelo, donde se despidió de él , y de vuelta al palacio de San Juan de Letran, creó algunos caballeros en el puente mismo de San Angelo.

El *condottieri* Nicolas Forte Braccio continuaba atormentando á los romanos con sus exigencias : esto dió lugar á una sublevacion en Roma , sublevacion con justo motivo , pues se habia hecho intolerable el yugo impuesto por aquel feroz guerrero.

El duque Felipe María, tirano de Milan, formulaba de continuo el proyecto de apoderarse del Santo Padre , prometiéndose que por este medio le seria muy fácil subyugar despues á la misma Roma. Para conseguir su objeto , empleó á un español , llamado Riccio , segun Novaes *gran arquitecto de traiciones* ; pero abortó la conspiracion.

Muerta la reina Juana , el reino de Nápoles pertenecia á la Santa Sede, no solo en razon del antiguo contrato con Carlos I de Anjou , sino tambien por cuantos contratos se habian celebrado con sus sucesores , y aun con la misma Juana , último vástago de la raza de Carlos.

Eugenio confió el gobierno napolitano á Vitelleschi, obispo

de Recanati, previniendo á los napolitanos que, insiguiendo la antigua costumbre, no tendrían mas gobierno que aquel que él les nombrara. A pesar de lo cual, los napolitanos se sublevaron contra las órdenes del Papa; algunos señores llamaron al trono á Renato, hermano de Luis de Anjou, y otros á Alfonso, rey de Aragon, el cual puso sitio á Gaeta en compañía de sus hermanos Juan, rey de Navarra, Enrique y Pedro; pero el duque de Milan envió algunos genoveses en socorro de la ciudad, y, haciendo prisioneros á muchos grandes señores españoles, dióles luego libertad sin exigir rescate alguno. En tales circunstancias, el único medio que le quedaba al Padre Santo, para terminar todos estos excesos, era el nombramiento de un rey, y bajo este supuesto se decidió á favor de Renato; pero como éste se encontraba prisionero del duque de Borgoña, Eugenio escribió á este príncipe, suplicándole pusiera en libertad al de Anjou.

Las desgracias de Eugenio le habían obligado á dar su aprobacion á los actos del concilio de Basilea, en cuyo concilio, que se creyó fuerte por que tenia un consentimiento pontificio arrancado con extorsion, surgió una nueva discordia entre los padres, cuando ya contaba desde la sesion decima séptima hasta la vigesima quinta celebrada el 7 de mayo de 1437.

Tratábase de averiguar qué sitio se escogeria para tratar con los griegos acerca la reunion de las dos Iglesias. Los griegos no querian ir á Basilea, y muchos padres deseaban que el concilio se reuniera en Florencia, en Udina, ó en cualquier otro sitio que fuera del agrado de la Santa Sede; otros, por el contrario, deseaban que prosiguiera en Basilea, y otros en Aviñon, ó en cualquiera ciudad de la Saboya. En tal conflicto, ordenó Eugenio que el concilio fuera trasladado á Ferrara, á cuya determinacion se allanaron la mayor parte de los padres; y el Papa partió luego para dicho punto, y en compañía de setenta y dos obispos, asistió á la segunda sesion. Poco tiempo despues, el emperador Paleólogo llegó á Florencia, á cuya ciudad, por haberse trasladado á ella el concilio, pasó el Papa en 14 de Enero de 1439; y ante el Papa y Juan VII, Paleólogo, que acudió acompañado de Demetrio, uno de sus hermanos, tuvieron lugar las deliberaciones en las cuales tomaron parte ciento

cuarenta y cuatro obispos. Por resultado de todo esto se publicó el decreto de union de los griegos, firmado por el Papa, los diputados de la Iglesia griega y latina, y por el mismo Paleólogo, que, insiguiendo el uso de Constantinopla, firmó con tinta encarnada.

¡ Ojalá Dios hubiera permitido que esta union hubiera sido mas duradera ! Mas apenas los griegos volvieron á su patria, cuando seducidos por Marcos, obispo de Efeso, que se habia negado á firmar el decreto, volvieron á su primer cisma, que adoptaron de nuevo en 1445, cisma en el cual permanecen aun, despues de quince reconciliaciones con la Iglesia latina.

Sin embargo, el concilio de Basilea continuaba abierto, aun cuando desde que se separó de él el legado Cesarini, solo pudo ser considerado como un conciliábulo.

En 1438, Carlos VII, rey de Francia, publicó en treinta y ocho artículos la famosa pragmática sancion conforme á las disposiciones de este conciliábulo, que Eugenio habia condeñado.

En 1439, los escasos padres que habian permanecido en Basilea, once obispos, siete abades y catorce doctores, con el presidente Luis Alamand, cardenal de Arles, que suponía haber sido ofendido por Eugenio (1), en la sesion trigésima tercera, proclamaron como principio de fe que la autoridad del concilio general era superior á la del Soberano Pontífice. Presentaron entonces contra Eugenio varias acusaciones, destituyéronle del pontificado, y nombraron en su lugar á Felix V<sup>o</sup> de quien hablaremos mas tarde.

A pesar de este insulto, no se desanimó el buen Pontífice, y, en 1440, excomulgó al antipapa y á sus electores, anulando todas las insensatas determinaciones tomadas en Basilea con posterioridad á la traslacion legal del concilio á Ferrara.

La inícuca condena pronunciada por los padres de Basilea, ha sido elocuentemente tratada por san Juan de Capistrano, en su obra : *De la autoridad del Papa y del Concilio*, y por el cardenal Torre Cremata : *De Ecless.* lib. II, cap. 100.

(1) A pesar de todo, este cardenal fué beatificado por Clemente VII. Véase el *apparatus eruditionis* del padre Biner, tomo 1.<sup>o</sup>

Creó entonces Eugenio un gran número de Cardenales, entre otros Bessarion, nacido en Trebisonda en 1395, monge de san Basilio y arzobispo de Nicea, que habia acompañado á Juan VII, Paleólogo, al concilio de Ferrara, á cuyo cardenalato fué promovido en el concilio de Florencia. Hase dicho que Bessarion habia muerto de resultas de una tristeza originada por mal trato del rey Luis XI, mientras aquel desempeñaba una legacion en Francia: pero otros autores opinan que murió por negligencia de los médicos. Este cardenal hubiera sido elegido papa á la muerte de Nicolas V, si otro de sus cólegas no hubiera sostenido que la eleccion de un papa griego era una ofensa á la Iglesia latina. Y sin embargo, el cardenal latino se equivocaba: el nombramiento de un griego de tan grande erudicion, célebre por su prudencia, su sabiduría y su generosidad, hubiera conseguido probablemente que los griegos reconocieran en definitiva la supremacia de la Iglesia latina. Antiguamente, la Iglesia nombraba sirios, galileos, griegos de Bizancio, africanos; y de esto nacia un espíritu de concordia entre los padres de Oriente y de Occidente. Despues que los griegos partieron, permaneció Eugenio en el concilio de Florencia, cuya quinta y última sesion tuvo lugar el 6 de abril de 1442: el Papa habia ya publicado el famoso decreto por el cual los armenios eran admitidos en el seno de la Iglesia romana, favor que habian solicitado del Pontífice por medio de embajadores.

En este estado, y para dar mayor autoridad al concilio de Florencia, se le trasladó á Roma, en cuyo tiempo el Papa recibió en su comunión á los abisinios y á su rey Constantino Zara Jaime, vulgarmente llamado *Preste Juan*, á cuyos embajadores, que traían la nueva de la conversion católica de su soberano, recibió Eugenio con singular afabilidad.

Alfonso, rey de Aragon, se habia apoderado de Nápoles, y amante de la paz, le concedió Eugenio la investidura de este reino, mediante las mismas condiciones que antes habia suscrito Carlos I, duque de Anjou, bajo el pontificado de Clemente IV.

Eugenio canonizó en 1447 á san Nicolas de Tolentino, llamado así por el mucho tiempo que habia permanecido en esta ciudad, de donde era natural.

Poco tiempo despues , cayó Eugenio enfermo , víctima de los pesares que le ocasionó un pontificado tan borrascoso , y antes de morir , renovó las sentencias lanzadas contra los últimos actos del concilio de Basilea , ordenando además que su sucesor fuera elegido conforme á lo ordenado por Gregorio X en el concilio de Lyon , y por Clemente V en el de Viena; y exhortando á los cardenales para que eligieran un pontífice capaz de sostener la dignidad de la Santa Sede, murió el 23 de febrero de 1447 , en los brazos de san Antonino , á los quince años , once meses y veinte dias de un pontificado lleno de penosísimas tribulaciones. Eugenio tuvo la gloria de ser el único pontífice á quien dos emperadores , uno griego y otro latino , reconocieron como pastor universal. Fué enterrado en el Vaticano , al lado del panteon de Eugenio III.

Eugenio IV era de elevada estatura , ánimo esforzado , y fisonomía grave y melancólica : no era gran literato , pero sobresalía en conocimientos históricos. En su palacio , los parrientes del Papa no eran mejor tratados que los demás huéspedes ; en una palabra , fué uno de los mas grandes pontífices y al mismo tiempo de los menos felices. Junto á él tenia con satisfaccion á dos religiosos benedictinos de la abadía de Florencia , dos celestinos y un sacerdote regular , reuniéndoles á su lado , cuando la hora de la cena , para preguntarles acerca el juicio que se formaba de su gobierno , pues , decia , querer corregir sus acciones en cuanto lo demandara la justicia.

Dícese que en su trance postrero , exclamó delante de todos : « Gabriel , ( así se llamaba el Papa ) , Gabriel , cuanto mas te hubiera valido no haber sido nunca papa , ni cardenal , ni obispo , y haber terminado tu existencia tal como la habias empezado , practicando tranquilamente en tu monasterio los ejercicios de tu regla !... » Feller dice ( II , 758 ) « Cierta historiador atribuye á Eugenio una ambicion desmedida , y le reconviene el haber mantenido el cisma nada mas que para conservar su autoridad. » Pero ¿ no se le hubiera podido echar en cara con mas razon y justicia , la imprudencia , la pusilanimidad , el abandono de su deber , la traicion misma y la prostitucion de la Iglesia de Jesucristo , si por orden de once obispos y una confusa amalgama de clérigos disfrazados de sucesores

de los Apóstoles , hubiera descendido de la cátedra apostólica para elevar á ella á un intruso?

Eugenio tuvo además el pesar de ver los progresos que los turcos hacian en Europa.

La Santa Sede estuvo vacante durante diez dias. Felix V, último antipapa , se llamaba antes Amadeo VIII, duque de Saboya , y habia gobernado sus Estados con tanta justicia y prudencia , que el código de sus leyes, publicado en 1430 con el título de *Estatutos de Saboya* , admiró á Europa y le valió el dictado de *Salomon de su siglo*. Disgustado del mundo , abdicó el poder en el duque Luis , su hijo primogénito , creando á su otro hijo, Felipe, duque de los ginebrinos ; despues de lo cual se retiró , el 7 de noviembre de 1434 , á la ermita de Ripaille, junto al lago de Ginebra , donde instituyó , en compañía de siete señores de su corte , la órden militar de san Mauricio.

Muchos años despues , algunos de los obispos y otros prelados que proseguian en Basilea el concilio que Eugenio habia trasladado á Ferrara , pensaron en elegir á Amadeo gefe de la Iglesia. Segun Eneas Silvio Piccolomini , que en calidad de maestro de ceremonias asistió al cónclave de los treinta y tres electores , á los cuales se debió este nuevo cisma , Amadeo obtuvo veinte y seis votos para ser antipapa, aun cuando en tres escrutinios precedentes , diez y seis electores le habian excluido. Esta eleccion hecha el 5 de noviembre de 1439 , fué ratificada y aprobada en la sesion del 25 del propio mes.

El decreto de eleccion fué llevado á Ripaille por veinte y cinco diputados. Cuando quisieron hablar al duque, encontraron grandes dificultades en sus consejeros ; pero admitidos por fin á audiencia , solicitaron su consentimiento , y segun Fleury , le persuadieron con gran copia de razones , para que aceptara el gobierno de la Iglesia , á lo cual consintió con suma dificultad y derramando abundantes lágrimas. Tomó el nombre de Felix V, y se dejó proclamar papa en la iglesia de Ripaille. Al siguiente dia fué á Thonon , en el Chablais , asistió como papa al oficio de las vísperas de Navidad , é hizo cortar su larga barba que disgustaba á la multitud.

Acompañado de Luis , duque de Saboya , de su hijo el duque de los ginebrinos y de trescientos gentil-hombres de sus

Estados, hizo su entrada solemne en Basilea, el 24 de junio de 1440. El 24 de julio fué consagrado obispo por el cardenal de Arles, que le colocó en la cabeza una tiara, valorada por Eneas Silvio en treinta mil escudos de oro.

Aun cuando en diversas promociones creó veinte y tres cardenales, y fué reconocido por los suizos, por la Saboya, el Piamonte y muchas universidades, nunca Felix V pudo vanagloriarse de haber tenido bajo su obediencia al emperador, ni á los reyes de Francia, de Inglaterra, de Escocia y de Italia.

Posteriormente á la muerte de Eugenio IV y eleccion de Nicolas V, el emperador Federico y todos los príncipes alemanes renunciaron á toda clase de relaciones con Felix; el emperador hizo mas aun, pues con edicto de 21 de abril de 1447, ordenó á todos los súbditos de su imperio reconocer á Nicolas V como *único, verdadero y legítimo papa*; medida terrible, que abatió á todos los autores de este cisma, y despues de la cual, Felix, que deseaba por otro lado la paz y unidad católica, pensó seriamente en restablecerlas en la Iglesia.

Su hijo, el duque Luis, le exhortaba de continuo para que llevara á cabo este proyecto, y acudió á los soberanos de Inglaterra y de Francia, para que el cisma fuera extirpado radicalmente, conservando, sin embargo, el honor de su padre y el decoro de su casa. Deseada en todas partes la paz, convocóse una asamblea en Lion, á la cual acudieron embajadores de Francia, de Inglaterra, de Sicilia, de los electores de Alemania, y hasta de Félix V, los cuales iban acompañados del cardenal de Arles.

Cuando se hubieron arreglado todas las dificultades acerca de las condiciones y manera de la renuncia de Felix, el rey de Francia dió cuenta del resultado á Nicolas V, el cual, lleno de zelo, dulzura y caridad cristiana, oyó las proposiciones del hijo primogénito de la Iglesia; y en seguida, el 9 de abril de 1449, Amadeo abdicó, en Lausana, el supremo pontificado que, obediente, habia ejercido durante ocho años, ocho meses y quince dias, con el nombre de Felix V.

Por tres bulas, fechadas en Espoleto, Nicolas V revocó cuantas censuras habian sido pronunciadas contra los que habian

quedado reunidos en Basilea, y en seguida en Lausana, llamándose concilio general, y confirmó en sus antiguas prebendas á cuantos se habian adherido antes al cisma. Al propio tiempo revocaba y anulaba el Papa cuanto habia sido escrito contra Felix, la asamblea de Basilea y sus partidarios, siendo la voluntad del Pontífice que todo fuera borrado de los registros de Eugenio IV, y *que no se hiciera ulterior mencion de este asunto.*

Amadeo fué nombrado cardenal de Santa Sabina, decano del sacro colegio y legado perpétuo en Saboya, concediéndosele el uso de las insignias pontificias, excepto el anillo del pescador, la cruz sobre las sandalias y otros privilegios inherentes á la persona del soberano pontífice.

Así terminó este cisma de la Iglesia, ¡qué Dios permita sea el último! Amadeo murió en olor de santidad, en Ginebra, á los 7 de enero de 1451, y fué enterrado en Ripaille, de donde se le trasladó á Turin.

Felix V se habia establecido en Ginebra: sus bulas, en número de unas tres mil, y reunidas en ocho volúmenes, fueron regaladas, en 1754, al rey de Cerdeña, Carlos Manuel III, por la república de Ginebra.

La coleccion de que tengo hablado, tiene tres medallas con la efigie de Eugenio IV: la primera representa al pontífice con la tiara puesta, y tiene este lema: EUGENIUS IIII, PONT. MAX. En el reverso se lee: QUEM CREANT ADORANT. ROMÆ. «*Adoran á aquel que crean. En Roma.*» Dos cardenales sin mitra ponen la tiara en la cabeza del Papa, que está sentado. La segunda medalla presenta el mismo tipo en el anverso, y en el reverso se lee: REDDE CUIQUE SVVM: «*Da á cada uno lo que sea suyo.*» Una mano sostiene una balanza, cuyos dos platillos están nivelados. La tercera medalla tiene tambien en el anverso el mismo tipo que las anteriores: en el reverso se lee: NICOLAI TOLENTINATIS SANCTITAS CELEBRIS REDDITUR. «*Célebre se ha hecho la santidad de Nicolas de Tolentino.*» Y mas abajo: SIC TRIUMPHANT ELECTI. «*Así triunfan los escogidos.*» Mas arriba se vé al Espíritu Santo entre una aureola: el Papa pronuncia las palabras de la canonizacion.

**212. Nicolas V. 1447.**

Nicolas V, cuyo nombre de pila era Tomas Parentacelli, nació en Sarzana, ciudad de la república genovesa. Su padre era médico, y su madre, dícese, criaba gallinas; sin embargo, Eneas Piccolomini, que le conoció en Basilea, asegura que su familia pertenecía á la nobleza. Vistió en edad temprana los hábitos clericales, y recibió las órdenes menores, marchando á Bolonia, á los doce años, para cursar humanidades; mas no pudiendo contar con la asistencia pecuniaria de su madre, casada en segundas nupcias, tuvo que entrar de profesor en casa de un patricio para ganarse la subsistencia. Tuvo la dicha que al regresar á Bolonia fuese recibido con agasajo entre los familiares del obispo de aquella diócesis, el Bienaventurado Albergati que le nombró su *maestro di casa* ó intendente, no separándose ya de su compañía.

Ordenóse de presbítero á los 25 años, y despues de haber desempeñado varias nunciaturas importantes, recibió, por mano de Eugenio IV, la púrpura cardenalicia. Logrado que hubo el reconocimiento del papa legítimo en Alemania, con señaladísima ventaja de los intereses eclesiásticos en Italia, fué creado arzobispo de Bolonia.

En 4 de marzo de 1447, entraron diez y seis electores en el cónclave de la *Minerva*, en Roma. Guardada la primera puerta por cuatro prelados, estábalo la segunda por Eneas Silvio Piccolomini, plenipotenciario del emperador, y Tomas habia dirigido á los cardenales el discurso acerca la eleccion de un nuevo pontífice, cuando recayó en él, en 16 de marzo, y á los 48 años de su edad.

En el primer escrutinio, verificado en 5 del propio mes, habia obtenido ocho votos Capránica, y diez Próspero Colonna, á cuya candidatura se mostraban inclinados no pocos cardenales, pues se susurraba que varios príncipes le apoyaban, y que el rey de Aragon y Sicilia, que á la sazón se hallaba en Tivoli, deseaba su eleccion. Declaráronse otros por el cardenal Lejeu-

ne, y poco faltó para que obtuviese la tiara el portugués Antonio Martin de Chaves; pero en el mismo día, Próspero y otros electores pensaron en el cardenal de Bolonia.

El nuevo pontífice tomó el nombre de Nicolas, como un homenaje de veneracion hácia su generoso bienhechor Nicolas Albergati, á cuyo servicio tan largos años habia estado y que siempre le vaticinaba el pontificado. Fué solemnemente coronado en San Pedro á los diez y nueve dias del mes de marzo; despues montado en un blanco corcel, y con una rosa de cro en la mano, fué á tomar posesion en la iglesia de san Juan de Letran: rito no indicado en ninguno de los *possessi* anteriores.

Al empuñar Nicolas V las riendas del Pontificado, amargos dolores aquejaban á la república cristiana. El cisma de Basilea desgarraba todavía cruelmente las entrañas piadosas de la Iglesia. La Germania y la Hungría eran presa de encarnizadas guerras intestinas, y Francia é Inglaterra no acertaban nunca á consolidar una paz estable y duradera. Empezaba á disolverse la preciosa union de los griegos y orientales con la Iglesia romana. Dividida en facciones, no lograba resistir la Italia á los aventureros que asolaban todas sus provincias. En el Estado eclesiástico varios barones tomaban pretexto de los vicariatos que habian obtenido en la Iglesia para tiranizarla, y para que nada faltase á un cuadro tan sombrío, los venecianos, genoveses y florentinos no soltaban las armas. Nicolas quiso poner un dique al torrente asolador de tamaños desastres.

Hemos visto cuantos desvelos consagró Su Santidad para extinguir el cisma de Basilea, y con que infatigable asiduidad atendió á los vastos intereses de la religion.

Como lo atestigua *l' Infessura*, á Nicolas se debe la costumbre de llevar el Santísimo Sacramento en la procesion del Corpus, y él mismo acostumbraba llevarlo desde san Pedro hasta la puerta de *Castello*.

A instancias de Enrique, rey de Inglaterra, y con diploma de 25 de febrero, permitió que la *Pragmatica sancion*, en lo concerniente á la vacancia de las iglesias y colacion de los obispados y de cualquier otro beneficio eclesiástico, se hiciese extensiva á la Normandía y á la baja Bretaña.

Mientras tanto el cardenal Carvajal, legado en Germania, extipuló un concordato entre la Santa Sede y la nacion alemana, haciendo en él justicia á los magnates de la Germania en las quejas elevadas á Eugenio IV relativas á los gastos que ocasionaba la provision de beneficios eclesiásticos. Eugenio, á punto de morir, habia concedido á este objeto las modificaciones solicitadas por su embajador, Eneas Silvio, con la condicion de que no pudiesen irrogar perjuicio alguno á la Santa Sede. El concordato que á la sazón se firmó, se hallaba todavía vigente en 1803. Como en él se establecia que, muerto un obispo en Alemania, las iglesias catedrales debian escojer para sucederle una persona *idónea* que estaria obligada á pedir su confirmacion á la Santa Sede, Federico, arzobispo de Salzburgo, temia que por esta condicion quedase anulado su derecho de elegir ó instituir á sus sufragáneos; pero el Santo Padre, en virtud de una bula, declaró que el artículo en cuestion del concordato, no se referia á ninguno de los derechos de que anteriormente disfrutaban los arzobispos de Salzburgo.

En 1450, el Papa celebró el jubileo que á fines del año anterior habia anunciado, visitando todas las estaciones con los cardenales. Con objeto de la muchedumbre de peregrinos que á ellas acudieron, hubo que deplorar algunas desgracias en el puente de San Angelo, y tomáronse precauciones para evitar la reproduccion de semejantes desastres.

En un capítulo de franciscanos, compuesto de tres mil ochocientos religiosos, y en presencia de cuarenta y cuatro cardenales, canonizó el Papa á san Bernardino de Sena. En el panegírico del santo se le felicitaba de que, con su predicacion, doctrina, consejos y oraciones, habia contribuido al restablecimiento de la paz entre güelfos y gibelinos: una de las victorias mas esclarecidas de la religion, debida á un hijo de san Francisco de Asis.

Amurat, emperador de los turcos, acababa de morir. Sucedióle Mahometo II, que declaró en seguida la guerra á Juan, rey de Chipre. Nicolas escribió las mas apremiantes cartas al rey de los romanos, Federico III, y á los reyes de Francia, Suecia, Noruega, Bohemia, Sicilia, Inglaterra y Escocia,

exhortándoles á que enviasen tropas á aquel atribulado monarca. Hizo que éste fortificase á Nicosia, y concedió indulgencia plenaria á todos los fieles de Europa que viniesen en su ayuda en tamaño aprieto; como en circunstancia análoga lo habia hecho Alejandro II.

En 1452, Federico III vino á visitar al Papa, que envió para recibirle en el monte *Marius*, trece cardenales, muchos prelados y todo el clero, formando una larga procesión. Los Colonna, los Orsini, los demás barones, la guardia del Papa, el vice-camerlengo y el prefecto de Roma, el senador, los conservadores, los ciudadanos romanos y la corte pontificia, se habian ido seis millas mas léjos para saludar al príncipe y servirle de cortejo. Federico III iba acompañado de Ladislao, rey de Hungría y de Bohemia, príncipe de 12 años, notable por su extraordinaria belleza, y de Alberto de Austria, hermano de Federico, del duque de Silesia, y de multitud de caballeros, escolta que ascendia, contando la servidumbre, á mas de 6,000 personas.

Hallábase todo preparado para la coronacion de Federico, que debia recibir el cetro imperial.

En 16 de mayo, el Papa colocó en las sienes de Federico la corona de los lombardos, que no habia recibido en Milan, temiendo la turbulenta condicion de Francisco Sforza, que el rey de los romanos no queria confirmar en el título de duque. El dia 18, fué coronado emperador Federico, y emperatriz, Leonor de Portugal, su esposa. En la cavalgada, el emperador tuvo el estribo al Santo Padre, y en el puente de San Angelo armó veinte y ocho caballeros. Por la tarde, acabaron de arreglar los dos el concordato germánico.

Nicolas solicitaba siempre de los príncipes griegos que no se opusiesen á la reunion definitiva, y adoptasen las medidas oportunas para borrar toda diferencia entre cristianos latinos y griegos. Procuraba convencer á Constantino, hijo de Manuel Paleólogo, de que los cruzados latinos prestarian mas fácilmente los auxilios necesarios á Constantinopla absolutamente católica, que á Constantinopla manteniendo el cisma, y confiada á una independendencia que no era mas que una usurpacion, una falta, una peligrosísima confusion de ideas, ca-

si la señal de una destruccion política inminente, atendida la audacia de Mahometo II y lo aguerrido de sus tropas.

Los griegos contestaban con palabras ambiguas, al través de las cuales se traslucia que aun no habian olvidado la usurpacion de los latinos que se habian hecho reyes de Constantinopla. Estos solo habian pedido permiso para pasar al Asia, y, de paso, habian destronado á los legítimos monarcas de aquel país. Tal vez á esta nueva circunstancia, decian los griegos, podremos deber algun apoyo eficaz á los latinos; pero tambien será esto una razon mas poderosa para expropiarnos otra vez. Faltas hay de expiacion tardía, perfidias de las cuales es inútil arrepentirse, aun despues de luengos siglos. El Santo Padre hacia esfuerzos para explicar mejor la posicion de los griegos que, en último resultado, no podian defenderse por sí solos.

Nicolas, á ejemplo de sus predecesores, vaticinó los desastres que debian sobrevenir á Constantinopla. «Desde que los griegos empezaron á desoir la voz de los pontífices romanos, dice Gotti (1), iluminados estos por el Espíritu Santo, empezaron á profetizar que los griegos perderian su imperio.»

El primer profeta fué san Leon, el segundo san Gregorio, siguieron algunos otros; y el último fué Nicolas V. Gennadio, patriarca en aquel entonces de Constantinopla, cita estas terribles palabras. Santa Brígida habia tambien anunciado la misma ruina, si los griegos no se sometian humilde y devotamente á la Iglesia y á la fe romana, conformándose á los preceptos de las sacras constituciones pontificias.

Sin embargo, los griegos, reducidos á sus propios esfuerzos, no hacian los preparativos convenientes para resistir al enemigo y Mahometo II, el emperador mas grande de los turcos, marchó contra Constantinopla con un ejército formidable. Las tropas auxiliares del Papa, de los venecianos y de Alfonso, acababan de llegar á la isla de Negroponto, y entonces se supo la toma de Constantinopla, que tuvo lugar en 23 de mayo de 1453, despues de un sitio de cincuenta y siete dias.

(1) Tom. 1.º *Veræ Ecclesiæ*, cap. 7. par. 3, núm. 20, pág. 235.

á 1123 años y diez y ocho dias cabales despues de su dedicacion por el gran Constantino. La ciudad fué asaltada, á pesar de las heróicas proezas de Juan Justiniani, genovés que acaudillaba dos mil extranjeros formados en regimientos (1).

El emperador Constantino XIV (Paleólogo), apellidado Drágaso, habia sido degollado con cuarenta mil cristianos. Gran número de mercaderes italianos, principalmente venecianos, que habitaban aquella antigua capital de oriente, habian perdido todas sus propiedades con el saqueo, hallándose reducidos á los horrores del cautiverio. Los turcos, acrecida su arrogancia, intentaban avasallar la Europa entera bajo el imperio de la media luna. El primero y el último soberano del imperio griego se llamaban Constantino: única semejanza entre su principio y su fin.

El Papa, abrumado de dolor al recibir tan infausta noticia, publicó una bula invitando á los cristianos á una guerra mas formal contra los turcos, consagrando á tan colosal empresa todas las rentas de la Iglesia, los diezmos que su tesoro percibia, y el importe de los tributos que se hallaban á su disposicion, ejemplo inusitado del mas singular desprendimiento y magnánima generosidad.

Con estos auxilios, y con la intervencion de Alfonso de Aragon, rey de Sicilia, pudo el Pontífice remitir una suma bastante cuantiosa de dinero á Jorge Scanderberg, que consiguió en el Epiro brillantes y repetidas victorias contra los turcos.

El Papa dió una brillante acogida á los numerosos literatos que huian de Constantinopla, que llevando consigo muchas obras de los santos padres, hicieron revivir en Italia el amor á la literatura griega. En esta época precisamente se recibieron muchísimos manuscritos de las obras de san Dionisio Areopagita, san Gregorio Nacianzeno, san Basilio y san Cirilo. Por órden de Nicolas, Poggio Bracciolini vertió al latín las obras de Jenofonte y Diodoro de Sicilia. Gregorio de Trebisonda tradujo á la misma lengua á Eusebio, *de preparatione evangélica*; á Platon, *de legibus*, el *Almagesto* de Claudio

(1) Italia, pág. 187.

Tolomeo; ochenta y una homilias de san Juan Crisóstomo sobre san Mateo, y dos discursos de san Gregorio Nacianzeno, en elogio de san Atanasio y san Basilio. Nicolas Perotto tradujo á Polibio; Lorenzo Valla á Herodoto y Tucídides: el Papa dió por esta última version, y por su propia mano, quinientos escudos á Valla. Guarino de Verona y Gregorio de Citta di Castello, tradujeron la geografia de Estrabon; Teodoro Gaza algunas obras de Aristóteles y la historia de las plantas de Teofrasto; Gil Libellio, algunos opúsculos de Filon el Judío; y finalmente, Gianozzo Manetti, el Antiguo y Nuevo testamento.

Cien años antes Inocencio VI, papa no muy acostumbrado á la lectura de los autores profanos, miraba como á un descreido á Petrarca; Nicolás V, mandó expresamente á Horacio Romano, que tradujese la Iliada y la Odisea de Homero. Atribúyese no escasa parte de estas maravillas al pontificado de Leon X; preciso es hacer la debida justicia. Para dar una prueba del interés con que miraba las letras y la vida de cuantos las profesaban, basta citar un hecho muy señalado y peregrino. Huyendo de la peste que hacia estragos en Roma, refugióse alternativamente Nicolas V en Fabriano, Espoleto, Asis y Tolentino; y no quiso nunca que se separasen de su lado los traductores, libreros y encuadernadores, para que no les dañase el contagio; y no pusiese trabas á un zelo tan noble, y á un cariño á la ciencia tan esplendidamente dadivoso. Aun mas: este benemérito Papa, llegó á prometer cinco mil ducados al que le proporcionase el evangelio de san Mateo en lengua hebráica.

Bajo su reinado, el Poggo encontró las obras de Quintiliano en una antigua torre del monasterio de san Galo. Enoc de Ascolí hizo el hallazgo de las producciones de Marco Celio Apicio y Pomponio Porfirio, que ha escrito acerca las obras de Horacio (Platino 613).

Puede considerarse á Nicolas como el activo fundador de la biblioteca vaticana.

Sin embargo, un pontífice tan bueno, tan grande, tan digno de la tiara, tenia enemigos. Algunos romanos, capitaneados por Estévan Pórcaro, tramaron una conspiracion con-

tra él. Si bien éste debía señalados beneficios á la inagotable generosidad del papa, dejóse arrastrar por sus aviesos instintos y por ese carácter inquieto y revolucionario tan comun entre los romanos ingratos hácia los papas. De condicion audaz, tenia aquella elocuencia enérgica, y hábil al mismo tiempo, propia para enardecer las pasiones populares. Desde Boloña, en donde se hallaba confinado, pasó secretamente á Roma. Dejóse designar para asesinar al Papa y á cuantos cardenales pudiesen ser impunemente atacados. Determinóse cometer el crimen al tiempo de celebrarse el santo sacrificio de la misa. Apenas inmolado el Papa, debian gritar: ¡ *Libertad!* Santiago Lavagnoli, senador romano, descubrió la conspiracion. Pórcaro, sabiendo que iban á prenderle, se refugió en casa de una hermana suya, permaneció oculto algun tiempo dentro un cofre, pero fué descubierto y preso. Los jueces le condenaron á una muerte ignominiosa que sufrió en el castillo de San Angelo.

Profundamente angustiado el Pontífice por ver que sus bondades tan negro pago le habian merecido, tuvo ataques violentos de gota, que desde la fecha no dejó nunca de sufrir. Acrecia su amargura el pensamiento fijo de Constantinopla en poder de la media luna: sus dolores aumentaban con la vida sedentaria que su ánimo acibarado deseaba; y por fin, un ataque violento le quitó la vida en 24 de marzo de 1455, despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de ocho años y diez y nueve dias. La memoria de este pontifice será siempre bendecida, porque era un buen pastor de la Iglesia. Restableció la paz en Italia, y se mantuvo siempre ajeno á todo sentimiento de nepotismo; su discreta, al par que inagotable caridad, salia al encuentro de la pobreza vergonzante, dando su preferencia á los nobles desvalidos que no debian su miserable posicion á los excesos del libertinaje. Decia que los hombres de letras eran parientes suyos. Ya se ha visto como les trataba y cuanto le agradaba su trato y compañía.

Los monumentos públicos levantados en Roma y otras partes; palacios, templos, puentes, fortificaciones; los refugiados griegos y los nobles pobres, espléndidamente socorridos, las doncellas honrosamente colocadas, los beneficios y

cargos públicos conferidos únicamente al mérito; todo depone en favor de lo mucho que este pontífice deseaba el bien del pueblo, el lustre y honor de las *letras*, y la gloria de la religión. Monseñor Giorgi publicó en Roma, en 1742, una *vida de Nicolas V*. Esta obra interesante, dice Feller (1), basada sobre datos auténticos, honra al héroe y al panegirista.

Hay quien asegura que Nicolas estaba versado en la medicina. La Biografía universal dice: las letras de indulgencias que concedió al reino de Chipre, poco tiempo antes de su muerte, forman el monumento mas curioso del arte tipográfico que se conoce (Véase el Manual del librero, tercera edición, tom. II, pág. 559).

Para que se conozca cuanto debe á Nicolas la Iglesia, diremos, para concluir, que meditaba empezar y dar cima á la basílica de San Pedro, dándole una forma mas suntuosa, y levantar en frente el obelisco grandioso que Sixto V ha hecho trasportar allí, mas de un siglo despues.

Segun Manetti, era este Papa de baja estatura, ancha boca, voz sonora y vibrante, y ojos negros. Cuando cardenal, gozaba de floreciente salud, que comenzó á menoscabarse al empuñar las riendas del pontificado, cuyos graves y numerosos cuidados le trajeron á un estado de sufrimiento que cobraba creces de dia en dia. Aseguran que tenia frecuentes accesos de cólera, que prontamente refrenaba, riéndose de su primera impetuosidad. La acusacion de que buscaba vinos preciosos está reconocida actualmente como una calumnia villana. Fué enterrado en el Vaticano. Pronunció el primer dia su oracion fúnebre Nicolas Palmieri, siciliano, ermitaño de San Agustin, arzobispo, á la sazón de Cantazaro en Calabria. Pronunció la otra, Jaime, obispo de Arras, de la régia estirpe de Portugal, á quien luego confirió el cardenalato Calixto III (Novaes, V, 177).

La Santa Sede quedó catorce dias vacante.

Poseo de Nicolas V cuatro medallas, todas con esta leyenda: NICOLAUS V, PONT. MAX. «*Nicolas V, soberano pontífice.*» Lleva la tiara. En el reverso de la primera hay la puerta santa cerra-

(1) IV, 598.

da ; arriba , el Espíritu Santo. En la orla se lee : ANNO JUBIL. ALMA ROMA. «*El año del jubileo. La sublime Roma :*» y en el exergo ; 1450. La segunda representa al Pontífice cerrando la santa puerta con estas palabras : RESERAVIT. ET. CLAVSIT. ANN. IVB. M. D. «*Abrió y cerró el año del jubileo.*» El reverso debe ser el mismo que se enmendó en 1500 , siendo sumo pontífice Alejandro VI. No tengo la que pertenece al reinado de Nicolas , cuya fecha debe ser la de M.CDL.

En la tercera medalla se leen estas palabras : TOMAS LVCA-NO. DI SARZANA. M.CD.IIIL. Se vé en ella un escudo coronado por la tiara , y en él las dos llaves. Es un homenaje tributado á Nicolas , llamado antes Tomas de Sarzana , cerca de Luca.

La cuarta medalla lleva por inscripcion : VICTRIX. CASTA. FIDES. «*La fé casta y victoriosa.*» Hay una cruz en la cual se entrelazan dos palmas. Carece de fecha. Molinet hace mencion de otra medalla , cuyo autor es Guagaloti : otro tributo de veneracion á la memoria de Nicolas V. El Pontífice , tremolando un estandarte en forma de cruz , está sentado en un esquife , en cuyos bordes se lee la palabra : ECCLESIA.

### 213. Callixto III. 1455.

Calixto III , llamado antes Alfonso Borgia , pertenecía á una de las familias mas principales de Valencia , y nació el día 31 de diciembre de 1378 en Játiva , pueblo situado en la diócesis de aquella ciudad. El antipapa Benedicto XIII le hizo canónigo de Lérida , entrando luego al servicio de Alfonso , rey de Aragon , en calidad de secretario. Hallábase gobernando la iglesia de Mallorca , cuando Martin V le elevó á la silla episcopal de Valencia , su patria , en recompensa de los esfuerzos que habia hecho para obtener la renuncia del antipapa Clemente VIII. Creado cardenal por Eugenio IV , y llamado á Roma , fué elegido papa cuando menos lo esperaba toda

la curia, debiéndolo en parte al cardenal griego Bessarion. En efecto, sabido es que si fracasó la elección de este prelado, se ha de achacar al virulento discurso, pronunciado por un cardenal descontento, llamado Alan de Celif, arzobispo de Aviñon. Bury nos ha conservado este discurso, menos notable por su elocuencia que por la vehemente acusación que entraña: «¿Daremos un papa griego á la Iglesia latina (1)? ¿Colocaremos un neófito al frente de un libro? Bessarion ni aun se ha afeitado la barba, ¡y será nuestra cabeza! ¿Tan indigente es la Iglesia latina que no encuentra un hombre digno, si no recurre á un griego, y cabalmente al que, tres días hace (medius tertius), ayer mismo, ha atacado la fe romana? ¿Basta que hoy haya cambiado de creencias para que sea nuestro soberano y el caudillo del ejército cristiano? ¡Singular pobreza la de la Iglesia romana, que no encuentra hombre alguno digno del supremo apostolado, si no recurre á los griegos! ¡Oh Padres! haced lo que mejor os parezca: yo y cuantos presten autoridad á mis palabras, nunca consentiremos en la elección de un jefe griego.»

No hay duda que Alan al decir esto recordaba la toma de Constantinopla, lo cual explica su cólera, sin justificarla.

Es un deber de la historia cuando se halla precisada á consignar palabras tan duras, añadir los informes necesarios para que la violencia del cardenal Alan no menoscabe una reputación justamente adquirida.

Bessarion, patriarca titular de Constantinopla (Feller, I, 476) y arzobispo de Nicea, nació en Trebisonda hácia 1389. Al concluir sus primeros estudios, deseó vivamente la reunión de la Iglesia griega con la latina, comprometiendo al emperador Paleólogo á la realización de tan prudente y noble empresa. Marchóse á Italia, y presentándose en el concilio de Ferrara, que despues se trasladó á Florencia (véase pág. 11, tomo III), arengó á los padres, llamando extraordinariamente su atención, tanto por su talento, como por su modestia. Hablaba correctamente el idioma latino, aunque con cierto dejo griego, que agradaba á su pronunciación. De sus discursos

(1) Bury, pág. 253.

en latin decláse : «es un griego comprensible para los latinos que lo ignoran.» La profunda aversion que inspiraba á los griegos cismáticos, fieles á su secta, le obligó á fijarse en Italia, en donde Eugenio IV le honró con la púrpura cardenalicia por los años de 1439. Entonces fijó en Roma su residencia. Sin el rudo ataque de Alan que hemos trasladado, el mérito de Bessarion le hubiera elevado á la silla pontifical. Obtuvo despues varias legaciones, siéndole fatal la de Francia, pues cuentan que, habiendo escrito el objeto de la legacion al duque de Borgoña antes de visitar á Luis XI, este monarca, receloso y severo, le acogió muy mal, y asiéndole de la barba, le dijo : *Barbara græca genus retinent quod habere solebant.*

Apesadumbróle tanto este ultraje, que, á su regreso, murió en Rávena de pesar (1). Tan descomedido anduvo el rey de Francia, como el arzobispo de Aviñon : por respeto que nos merezca el uno, y aunque miremos al otro con deferencia, creemos del caso advertir que las acusaciones contra una nacion entera son en extremo vituperables, suelen tener fatales consecuencias, y cuando se dirigen á una sola persona, excitan la justa cólera de todo un pueblo. En la guerra únicamente se hiera al enemigo, nunca se debe herir á mil personas en una sola : de esta conducta inconsiderada resultan muchos disgustos y enconos, que se perpetuan de siglo en siglo, é infinitas recriminaciones contrarias al espíritu de caridad y verdadera civilizacion. Por otra parte se vé que Bessarion era un griego-unido de buena fe y un sábio recomendable. ¿Y quién sabe si en la cátedra del Espíritu Santo hubiera prestado servicios eminentes al catolicismo?

Calixto III, elegido á la edad de 77 años, en 8 de abril de 1455, fué coronado el 20; y lo maravilloso es, que él mismo, algunos años antes, aseguraba que seria soberano pontífice.

En 8 de mayo del propio año, declaró que el tesorero y los clérigos de la cámara apostólica, pertenecientes á la familia del Soberano Pontífice, eran capellanes de S.S. y de la Santa Sede.

(1) Las principales obras de Bessarion son: *Adversus calumniatorem Platonis*, lib. V, Roma, 1469, in fol.; *Epistola et orationis de Bello Turcis inferendo*, Paris, 1471; *Orazione contro il Turco*, 1471.

En 29 de junio de 1455, el Papa canonizó á san Vicente Ferrer, dominico y natural de Valencia, nacido en 23 de enero de 1357, y muerto en 25 de abril de 1418, en Vannes (Baja Bretaña). Había convertido al catolicismo 25,000 judíos, y recorrido toda la Europa, propagando con feliz éxito la fe católica.

Calixto, siendo todavía cardenal, había hecho voto de continuar la guerra contra los turcos, procurando recuperar la ciudad de Constantinopla y hasta la de Jerusalem.

En 1456, Mahometo, al frente de 150,000 turcos, atacaba á Belgrado, baluarte, á la sazón, del cristianismo. En 6 de agosto, Huniades, vaivodo de Transilvania, asistido del cardenal Carvajal, legado pontificio, y de san Juan de Capistrano, franciscano, cuyas predicaciones habían hecho empuñar las armas á 40,000 hombres, embistió tan impetuosamente á los turcos, que les obligó á huir, lo mismo que á Mahometo, con tal presteza, que si los príncipes cristianos hubiesen secundado las miras del Pontífice, el turco hubiera perdido el imperio de Constantinopla, y no habría podido conquistar el de Trebisonda.

San Juan de Capistrano, al dar cuenta de esta brillante victoria, llamó á Huniades el *terror de los turcos* y el esforzado defensor de los cristianos.

Para incitar mas eficazmente la devoción en la empresa contra los turcos, mandó Calixto que cada día, á las doce de la mañana, se echasen tres veces al vuelo las campanas para que rogasen los fieles por los guerreros que combatían contra los musulmanes. Con este objeto rezaban los fieles al medio día la salutación angélica. Lambertini dice que rezaban el *Ave María* al amanecer, al medio día y por la tarde, y afirma que estas oraciones principiaron el siglo diez y seis por orden de Francisco Dupuy, prior de la gran Cartuja en Francia.

En 1458, Calixto canonizó á santa Rosa, nacida en Viterbo de padres menesterosos, y cuya fiesta aun hoy día se celebra con mucha pompa. Hemos visto su cuerpo, que se halla milagrosamente conservado.

Después de muchos cuidados, penas y dolores, sufridos en pró de los altos intereses que le estaban confiados, Calixto,

abrumado por los años y las enfermedades, falleció en 6 de agosto de 1458, á la edad de 80 años; habiendo gobernado la Iglesia tres años, tres meses y veinte y nueve dias.

Fué enterrado en el Vaticano: dejaba un tesoro de 150,000 escudos destinado al sostenimiento de la guerra contra los mahometanos.

Calixto era profundo jurisconsulto en ambos derechos, y en lo mas avanzado de su edad citaba textos como si hubiese sido todavía profesor. Los ratos que le dejaban libres los asuntos del pontificado los consagraba á leer vastos fragmentos históricos ó de disertacion canónica.

Mostraba mucha entereza de carácter. Cuentan que el rey de Aragon, á cuyo servicio habia estado, le pidió en cierta ocasion, por medio de sus embajadores, que conducta pensaba observar con él: *Que gobierne sus estados, contestó, y que me deje gobernar la Iglesia.*

Como Nicolas V, su predecesor, socorria á los hidalgos cuya pobreza no era hija del libertinaje.

El gobierno de Calixto es notable (1) por un acto de justicia que debe grangearle la eterna estimacion de los buenos franceses: este papa fué quien concedió poderes á un comisario eclesiástico para revisar el proceso de la desventurada Juana de Arco. En la sentencia definitiva y solemne que en él recayó, se declaraba que habia muerto *mártir en la defensa de su religion, de su patria y de su rey.* Calixto no la canonizó, pero autorizó las expiaciones religiosas que tuvieron lugar en la tumba de esta heroína.

Calixto era muy virtuoso, pero la historia le acusa de nepotismo. Elevó al cardenalato á dos sobrinos suyos que de él eran indignos (2); creó duque de Espoleto á otro sobrino suyo de conducta reprehensible, acumulando además en su persona los cargos de prefecto de Roma y gobernador del castillo de San Angelo. Sin embargo, el reinado de este papa merece una señalada mencion en los fastos de la historia.

La Santa Sede, segun la mayoría de autores, estuvo vacante doce dias.

(1) Biograf. aniv., 533.

(2) Novaes, V, 191.

Poseo tres medallas con la efigie de Calixto III. En lugar de tiara, lleva una mitra con una sola corona cerca de la frente, y adornada de pedrería en la parte superior. En ella se lee: CALIXTO III. PONT. MAX. En el reverso: HOC VOVI DEO; y en el exergo: UT FIDEI HOSTES PERDEREM ELEXIT ME. «*He consagrado esto á Dios. Me eligió para destruir á los enemigos de la fé.*» El Papa hizo construir en Roma diez y seis triremes, que fueron enviadas á Ostia, para ir desde allí á juntarse con las armadas cristianas. En las medallas referidas se ven once triremes, zozobrando á merced de las embravecidas olas. El artista ha representado perfectamente el movimiento de las olas, dando una idea exacta de la forma que tenían las galeras de aquel tiempo.

En el exergo de la segunda medalla con la misma efigie é inscripcion se lee: NE MVLTORVM SVBRVATVR SECVRITAS: «*Para que no sea trastornada la seguridad de muchos vasallos nuestros.*» El campo representa una ciudad circuida de baluartes, y grabadas en la escarpa las llaves pontificias.

La tercera tiene la misma efigie, una tiara superada por una cruz y al rededor estas palabras: OMNES REGES SERVIENT EI. «*Todos los reyes le estarán sometidos.*» En la obra de Molinet no hay el grabado de esta medalla. Si en la inscripcion hubiese hablado el Papa de sí mismo, se concibe perfectamente que la censura de 1679 hubiese creído oportuno prohibir su publicación, pero es evidente que se refiere á la cruz. La tiara está únicamente allí para probar que solo se tributa un culto verdadero á la cruz, uniéndola al símbolo de la autoridad del papa sucesor de Pedro.

Es probable que, al suprimir Molinet dicha medalla, la substituyó con otra, que no he visto, y que lleva por inscripcion las siguientes palabras: ALFONSVS BORGIA GLORIA HISPANIE (sic): «*Alfonso Borgia, gloria de España.*» En el campo, un escudo con un toro caminando (armas de la familia), y superado por una tiara. A derecha y á izquierda, las dos llaves.

**214. Pio II. 1458.**

Pio II, llamado antes Eneas Silvio Bartolomé Piccolomini, hijo de Silvio Piccolomini y de Victoria Fortiguerra, nobles de Siena, nació en 19 de octubre de 1405 en Corsignano, declarada posteriormente ciudad episcopal. Eneas empezó sus estudios en Siena; mas precisado á abandonar este país por haber sobrevenido una guerra entre Sieneses y Florentinos, pidió dinero á su padre para emprender un viaje, quien no pudo darle mas que seis escudos adquiridos en la venta de un mulo. Eneas entró luego al servicio del cardenal Capránica que formaba parte del concilio de Basilea; pero este cardenal se halló pronto expuesto á una suma pobreza, pues sus parientes no se atrevían á socorrerle por habérselo prohibido Eugenio IV, mientras no se marchase de Basilea. Separóse Eneas de su lado, y entró al servicio del antipapa Felix V en calidad tambien de secretario, y despues al del cardenal Albergati, legado en Francia. Confiósele mas tarde la redaccion de los breves apostólicos, y muy pronto le nombraron presidente del tribunal de la fe en el mencionado concilio, convertido ya en conciliábulo, obteniendo despachos que le acreditaron como legado tres veces en Estrasburgo, dos en Constanza, una en Francfort y otra en Saboya. Fué sucesivamente secretario, consejero y embajador del emperador Federico III, dos veces en Milan y en Nápoles, y tres en Roma. Llegado á esta ciudad, declaró á Eugenio IV cuanto se arrepentia de haber sido antes uno de los mas firmes apoyos del conciliábulo de Basilea y del partido del antipapa Felix. Lleno de bondad, Eugenio le perdonó y escogióle por secretario. Muerto este sumo Pontífice, Eneas fué designado como uno de los guardianes del cónclave. Elegido Papa Nicolas V, quiso tambien que Eneas fuese su secretario, le nombró subdiácono apostólico, y mandó que en la ceremonia de su coronacion llevase la cruz. Fué creado despues obispo de Trieste y luego de Siena en 1456, como recompensa del celo que habia desplegado en una nego-

ciacion en Sicilia. En Nápoles llevó á cabo el matrimonio de Leonor de Portugal con Federico III.

Mas y mas satisfecho cada dia Nicolas V de los servicios prestados por Eneas, envióle de nuncio al Austria, Hungría, Bohemia, Moravia, Silesia y á tres dietas de Alemania, en donde él era árbitro absoluto.

Agradecido Calixto III á tantos y tan señalados servicios, que no pocas veces] habian' puesto en peligro la vida de este esclarecido varon, le confirió el cardenalato de Santa Sabina. Muerto Calixto, y, á consecuencia de un escrutinio y de un *accesso*, fué Eneas elegido papa en 14 de agosto de 1458, á los tres dias de reunió el cónclave.

Es notable el hecho de que en la noche que precedió á la eleccion, los diez y ocho cardenales presentes habian determinado elegir al cardenal Estouteville, francés, de mucho talento y recomendable por su prudencia, su nobleza é inmenso caudal; pero el mérito de Piccolomini pudo mas que todas estas consideraciones, y, á pesar de su endeble salud, fué preferido al cardenal francés.

Esto dió motivo á que se propalasen varios pronósticos, el primero de los cuales data de la época en que nació Eneas, pues aseguraban no pocos que Victoria, en la noche anterior á su alumbramiento, habia soñado que daba á luz á un niño con una mitra en la cabeza. El segundo vaticinio era que, hallándose Eneas, á los siete años de su edad, jugando con sus compañeros cerca de la casa de Santa Catalina, quisieron estos crearle papa, ciñéndole una mitra de hojas de malva, y acudiendo presurosos á besarle el pié. Contábase tambien que, al presentarse Eneas en Nápoles delante del rey Alfonso, dijo este á sus cortesanos, enseñándoles á Piccolomini: «Hé aquí al romano pontífice.» Decian, finalmente, que el emperador Federico III, al contemplar el Lacio desde lo alto del monte Cimino, habia llamado al nuncio, y le habia dicho: «Eneas, un dia reinareis en estos lugares, y entonces nos mandareis á nosotros, que ahora os mandamos.» Estos vaticinios, en los cuales parece recrearse Novaes (V, 196), aun no han acabado. Viendo en Roma un cardenal que las armas de Eneas tenian las medias lunas encima de una cruz,

puestas I, 3 y I, exclamó que su dueño seria papa, pues en Calabria le habían asegurado que el futuro sumo pontifice debía llevar tales armas.

En todos los cónclaves se propalan semejantes predicciones que suelen mirar como frivolidades los hombres sensatos, pero que preocupan seriamente á las imaginaciones vivas; y era preciso decir algo de estas consejas de la historia.

En 3 de setiembre, Eneas, que habia tomado el nombre de Pio II, fué coronado en la basílica Vaticana, y no en San Juan de Letran, como ha dicho equivocadamente Muratori (1).

En el propio dia tomó posesion de San Juan de Letran; pero corrió alg un peligro á causa de los combates simulados á que se entregaban muchos soldados con la espada desnuda en la mano, delante de su caballo, de que querian apropiarse, según era usanza, en el momento de apearse el Papa: clase de diversion chocante en una ceremonia presidida por un príncipe que prohibia los torneos. Al menos estos se ajustaban á ciertas reglas, y nadie entraba en la liza hasta que los jueces del campo habian dado la señal. Una escaramuza de esta especie, en torno de un caballo, que la avidez de cada combatiente quiere tomar á la fuerza, puede rayar en violencia y dar origen á graves desórdenes, tanto mas, cuanto apenas se daba tiempo al Pontifice de entrar en el patio del palacio y ponerse al abrigo de los golpes, de que no pocas veces era víctima el inocente animal, antes de pertenecer al vencedor.

En aquellos tiempos reinaba una magnificencia de que hay en los actuales pocos ejemplos. Al subir las escaleras del Vaticano, invitó á un suntuoso banquete á los cardenales, embajadores y grandes de Roma.

El jefe de los embajadores enviados por los florentinos, era San Antonino, que pronunció en la audiencia un elegante discurso, el cual insertó despues al fin de su crónica, dividida en tres partes.

Entre los embajadores enviados por los príncipes, llamaron principalmente la atencion los de Fernando, rey de

(1) *Anal. de Italia*, tomo IX, pág. 467.

Aragon é hijo ilegítimo del rey Alfonso, íntimo amigo en otro tiempo de Eneas, y que hemos visto figurar entre los que habian pronosticado el futuro ensalzamiento del nuncio apostólico.

Al tratarse, bajo el reinado anterior, de la sucesion de Nápoles, Calixto habia privado á Fernando de esta herencia, declarando á Roma heredera del reino, segun los términos de las antiguas concesiones. Pio, al contrario, anuló el decreto de Calixto, dió á Fernando la investidura de su reino, levantó el entredicho que pesaba sobre los vasallos fieles al hijo de Alfonso, y le restituyó todos sus derechos, imponiéndole, sin embargo, un censo de ocho mil onzas de oro, que debian ser presentadas en una hacanea. Renovábanse tambien las condiciones prescritas á Carlos de Anjou cuando habia recibido en feudo el reino mencionado.

Calixto habia mostrado ardoroso empeño en que los príncipes emprendiesen la guerra contra los turcos. Pio II no manifestó menos zelo contra el enemigo comun.

Mandó, al efecto, que se reuniera un solemne congreso en Mantua, al cual debian asistir los embajadores de los gobiernos de Italia y de todos los reinos cristianos, para deliberar acerca de los medios oportunos de organizar una guerra ventajosa á los intereses de la religion. Hablando Pio sobre el particular, dijo: « Esta guerra no atañe únicamente á tal ó cual reino; interesa, sí, á la universalidad de la república cristiana (1). »

En esta misma época fundó el Papa una órden militar de caballeros, bajo el título de *Santa Maria de Belen*, que prestaban juramento de defender á Lemnos y á las demás islas del mar Egeo, y de hostilizar á los turcos, como lo practicaban los caballeros de San Juan de Jerusalem.

Mucha parte de los preparativos adoptados por el congre-

(1) Leodrisio Crivelli, autor contemporáneo, en un opúsculo intitulado: *de expeditione Pii II in Turcos* (Véase á Muratori, *Scrip. rer. Italie* tom. XXIII, col. 35), habla de los esfuerzos que hizo el Papa al objeto de que dicha guerra tuviese un éxito feliz. Nicolas Reutner ha publicado en 4 volúmenes en 4.º una coleccion titulada: *Orationes et consultationes de bello Turcico*; Leipsick, 1596.

so, habian terminado. Entonces el Papa, sin miramiento alguno al rigor de la estacion, ni á los ataques de la gota que sufria, ni á los tristes presagios que en torno suyo se propagaban, se puso en camino para Mantua. Dejó en su ausencia como legado en Roma al cardenal de Cusa, y al príncipe Colonna en calidad de gobernador y prefecto. Ambos estaban asistidos por otros cardenales, por auditores de la Rota y por muchos prelados que formaban la corte romana interina.

En Perusa setenta años hacia que no habian visto á un Sumo Pontífice. Pio II permaneció allí tres semanas y consagró el noble templo á Santo Domingo. Pasó despues á Corsignano, su patria, en donde pudo pensar en el antiguo homenaje de sus compañeros de infancia, en 1412. Allí celebró la fiesta de San Pedro *ex-catedra*. Llegado á la ciudad de Siena en 25 de febrero, le agregó Radicofani que pertenecia á la Iglesia.

Novaes no hace reflexion alguna sobre este punto histórico; pero si no se debe autorizar el *nepotismo de familia*, no es menos reprehensible el *nepotismo de nacion*. Ningun papa retiró este donativo, y Radicofani pertenece aun á Florencia, que pasó á ser propietaria de esta ciudad cuando conquistó todo el Estado sienense.

Siena fué erigida en metrópoli: al hacerlo, Pio estaba en su derecho, pues, como jefe de la Iglesia, podia conceder este favor.

En la misma ciudad pronunció el Papa un solemne discurso el cuarto domingo de cuaresma, bendiciendo la rosa de oro y regalándola al senado sienense.

En 25 de abril hizo su entrada en Florencia. Cosme de Médicis, regente de esta república, recibió á Su Santidad con regia pompa: era Cosme el ciudadano mas acaudalado y principal de aquel tiempo. Pio, despues de haber dado audiencia á algunos embajadores venidos de varias partes del mundo, marchóse en 5 de marzo á Bolonia, en donde entró el 9 del propio mes.

Los principales señores de la ciudad quisieron llevarle ellos mismos en la *sedia gestatoria*. Visitó despues á Ferrara. Allí, Borso de Este, feudatario, se presentó delante del Papa, cami-

nando á pié delante de él, hasta que se le permitió montar á caballo. Fuéle concedido este honor porque era pariente del Papa, como hijo de Stella Tolomei, señora sienesa, cuya familia se hallaba estrechamente unida á la de los Piccolomini. Pio no pensó mas que en los medios de acelerar la organizacion y la partida de los cruzados. El turco se hacia mas y mas formidable, apoderándose á cada instante de alguna ciudad de Oriente. Publicóse entonces la decision del congreso. Estableció que, para el mantenimiento de esta guerra sagrada y durante tres años, los clérigos pagarian la décima parte de sus rentas, los legos la trijésima, y la vijésima los hebreos. Varios pueblos prometieron añadir á tan penosos sacrificios, otros nuevos: entre ellos, los florentinos, y los pueblos de Siena, Ragusa, Génova y Rodas, anunciando los Boloneses que enviarian generosos socorros.

Pio II, por bula de 15 de enero de 1460, publicó en todo el universo las decisiones del congreso.

A pesar de los buenos deseos del Santo Pontífice, estos socorros no fueron exactamente enviados, en parte por causa de la guerra sobrevenida entre franceses é ingleses, y en parte por las diferencias suscitadas en Nápoles entre el rey Fernando de Aragon, tan altamente protegido por el Papa, y Juan, duque de Anjou, hijo del rey Renato: en fin, por causa de los embarazos que suscitaban en el estado eclesiástico los Manfredos y los Malatesta.

Entonces publicó otra bula prohibiendo apelar de las decisiones pontificias al futuro concilio; estas apelaciones fueron declaradas abusivas, erróneas y dignas de condenacion. Bercastel en su historia de la Iglesia, tom. XVI, pag. 149 y sig. habla del descontento de los franceses que se mostraron ofendidos con esta bula, y detalla lo que hicieron en esta circunstancia, y Novaes opina que en las reflexiones de aquel autor reina la imparcialidad (1). Sin embargo, lo cierto es que las apelaciones de que se trata son funestas á la Iglesia, pues promueven dificultades en los negocios y generalmente no son de utilidad alguna á los que invocan tal esperanza, no resultando

(1) Novaes, V, 201.

mas que pretensiones indecisas propias para menoscabar la alta veneracion debida á la Santa Sede.

En 5 de marzo de 1460, Pio hizo una promocion de cardenales.

Entretanto Segismundo, duque de Austria, habia hecho arrestar en el castillo de Brunech, al cardenal de Cusa, á consecuencia de algunos debates sobre derechos eclesiásticos. En 8 de agosto, el Santo Padre excomulgó á Segismundo y á sus cómplices, en virtud de una constitucion que posteriormente Gregorio XIII y Paulo V incluyeron en la bula *In cana Domini*, prohibiendo otra vez el apelar de las decisiones de la Santa Sede al futuro concilio, como lo habia verificado Segismundo. El mismo Papa condenó á los apelantes como culpables de los delitos de herejía y de lesa-magestad.

Vuelto á Roma en 1461, el Santo Padre canonizó solemnemente á Santa Catalina de Sena, de la orden de santo Domingo, nacida en Fontebranda, en 1347, é hija de Santiago Benincasa, tintorero; y muerta en Roma á la edad de 33 años. Urbano VI, Inocencio VII y Gregorio XII habian querido canonizarla, pero no pudieron lograrlo, por causa del cisma. Segun Novaes (V, 205), esto fué una voluntad del consejo divino, para que en las tempestades de las opiniones disidentes, una parte no mirase como profano, lo que otra habia reputado santo (1).

Mientras tanto Mahometo II, á pesar de los esfuerzos de los caballeros de Belen, habia ocupado las islas de Lemnos y de Lesbos, que los cristianos acababan de reconquistar bajo el pontificado de Calixto III. Los turcos se habian apoderado tambien de la isla de Negroponto. El Santo Padre acojió con suma benevolencia á Tomas Paleólogo (*déspota*), príncipe de la Morea y hermano de Constantino, último emperador griego. Tomás se hallaba en Roma el cuarto domingo de cuaresma: el Papa bendijo la rosa de oro, y la ofreció á este príncipe. Tomás entonces dió al Papa, como un presente, la cabeza de san Andres, apóstol, que habia traído del Peloponeso.

(1) Pio II dice expresamente en su bula: *Ne scæviente divisionis procella, quod sanctum una obedientia decrevisset, profanum altera consuisset.*

Su Santidad mandó colocarla con majestuosa pompa en el altar de san Gregorio el Grande, en el Vaticano.

Muerto Carlos VII, en 22 de julio de 1461, Pio II hizo pedir á su sucesor Luis XI la revocacion de la pragmática sancion (1). El nuevo rey la proscribió *como nacida en el seno del cisma, como destructora del derecho y de la autoridad del sumo pontífice, del cual derivan todas las leyes sagradas* (2). Esta noticia fué recibida en Roma con suma alegría; pero muerto Pio, la pragmática fué restablecida, y esta controversia, que los pontífices abominaban porque provenia de un cisma, y acerca de la cual se disputó con los reyes de Francia durante setenta años, fué terminada en 1515 por el concordato celebrado entre esta nacion y Leon X, como se dirá en la vida de este pontífice.

En 1462, la ciudad de Roma tuvo que sufrir los estragos de una peste violenta. El Papa marchó á los baños de Viterbo (baños sulfurosos de *Bulicamo*); pero habiéndose manifestado allí las huellas del contagio, fuése Pio á Bolsena y despues á Corsignano, su patria, á la cual habia siempre conservado cariño, y en donde habia establecido un obispado, dando á la ciudad el nombre de Pienza, derivado de Pio.

Tiempo habia que el Papa sentia remordimientos por haber sustentado en otro tiempo doctrinas contrarias á los usos y derechos de la Santa Sede: para acallarlos, juzgó conveniente firmar, en 26 de abril de 1463, una constitucion, por la cual anulaba todas las obras que habia publicado en favor del conciliábulo de Basilea contra Eugenio IV y la autoridad de la Iglesia romana, exhortando á todos y á cada uno á seguir-

(1) Daré, tal como se halla inserta en el tomo V de Novaes, pág. 212, la nota de dicho autor relativa á este pasaje. «La pragmática sancion atribuida á Luis IX, y trasladada al tomo VII de los Concilios de Hardoin, pág. 643, es enteramente apócrifa, como lo ha dicho el padre Tomasino: *de Vet. et nov. discipl.*, pars II, lib. 2, cap. 3; pars III, libr. 1, cap. 45; pars XXVII. Lambertini; *de Serv. Dei Beatif.*, cap. 36, núm. 15, demuestra que solo ha sido bien conocida unos dos siglos despues de muerto S. Luis, es decir, en 1461, y que si hubiera sido auténtica, los franceses la hubieran invocado cuando la disputas entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso.

(2) Carta de Luis XI á Pio II (Rainaldi, *ad an.* 1461, núm. 188); Labbe, *Concil.*, tom. XIV, pág. 97; Natal Alejandro *Hist. eccles.*, tom. VIII, disert. XI, art. 1 y 2, pág. 601 y sig.

le anciano, no joven; pontífice, no hombre privado; á rechazar á Eneas, y á abrazar á Pio (1).

Ya en una carta dirigida á Jordan, rector de la universidad de Colonia, y fechada en 13 de agosto de 1447, Pio, mientras era obispo de Trieste, es decir, nueve años antes de ser cardenal, y once antes de ser papa, habia retractado explícitamente todas las opiniones contrarias á los sentimientos y prerogativas de Roma.

El Papa anuló tambien los preliminares establecidos entre los legados del concilio de Basilea y los Bohemios (2), en virtud de los cuales estos renunciaban á todos los artículos erróneos, excepto á la comunión con ambas especies, lo cual se hallaba aprobado por el falso concilio.

Entonces surgió un debate entre los dominicos y los franciscanos, relativamente á la sangre de J. C., derramada durante su Pasion. Los primeros tenian en su favor la opinion de muchos sábios, y particularmente la del Papa. Enardeciase la cuestion. Pio mandó que los disidentes guardasen sobre el particular un *profundo y perpetuo* silencio. Muchos papas habian ya fallado de esta manera en algunas cuestiones difíciles: mas adelante veremos que los sucesores de Pio II han seguido en otros puntos este sistema sábio, circunspecto y prudente. En circunstancias semejantes es cuando se debe bendecir la suprema autoridad de los sucesores de Pedro. Ningun órden religioso, ninguna opinion debe resistir á tan amistoso consejo, á una decision que rechaza toda guerra de plumas y de palabras, á esta sentencia sin apelacion, que dirige hácia otros objetos el zelo, la erudicion, las vigiliass y los innumerables trabajos de los esclarecidos escritores de todas las órdenes religiosas.

En medio de tan graves cuidados, y para que ningun abuso escapase á su atencion, Pio no perdía de vista las amenazas de Mahometo II. Acababa de conquistar el imperio de Tre-

(1) Esta constitucion tan bella y generosa es la décima del Bulario romano, tom, I, pág. 392, y Labbe la inserta en su tom. XIII de los Concilios, pág. 1409.

(2) Llamábanse *Compactata Bohemorum*. Natal Alejandro habla de ellas en su tom. III de la Hist. eclesiast. pág. 91 y siguientes.

bisonda, después de haber arrojado de él á la casa de Commeno, establecida allí desde 1204, y durante 57 años. El insaciable turco había invadido también el reino de Bosnia, y mandado desollar vivo á Esteban, su quinto y último monarca.

El Papa creyó conveniente escribir al mismo Mahometo una carta, conjurándole para que se mostrase más benigno con los cristianos, y exhortándole también á abrazar nuestra religión. «Así, decía el Papa, seríais legítimo emperador de Oriente.» Pero esto no hizo más que aumentar la crueldad de aquel bárbaro, que dirigió todo su furor contra los Ragusenses.

Declaróse una guerra sagrada en los términos de la decisión del congreso de Mantua. El Papa hizo publicar el tratado concluido á este objeto con Felipe, duque de Borgoña, y Cristóbal Moro, dux de Venecia. El cardenal Fortiguerra, pariente de Su Santidad, fué nombrado general de las galeras que la autoridad pontificia había hecho construir en Pisa, y que debía conducirle á Ancona, á donde debía el Papa ir por tierra, si había lugar, descender el Adriático y bogar hácia levante. Pero faltaban recursos, y bien pronto quedó este obstáculo vencido, pues el Papa aplicó á ello el producto de las minas de alumbre, recientemente descubiertas en la montaña de la Tolfa, cerca de Civitavecchia (1).

(1) Estas minas fueron descubiertas en 1462 por Juan de Castro, hijo del célebre jurisconsulto Pablo de Castro. Pio II dice en sus *Comentarios* de qué manera tuvo lugar este hallazgo. El producto de las minas ascendió á unos cien mil escudos, prueba positiva del conato con que se apresuró el comercio á comprar aquel alumbre; mineral que sirve para impedir la putrefacción de las sustancias animales y fijar sólidamente los colores en las telas. La medicina lo emplea también como astringente. El alumbre de Roma se halla en pequeños fragmentos cúbicos y cubierto de un polvo de color de rosa. En 1733 el despacho de mineral era menos considerable, sin embargo, el arriendo de las minas era de cuarenta mil escudos. Hoy esta renta es mucho más subida.

En el cónclave, por muerte de Sixto IV, los sacros electores juraron aplicar esta renta á la defensa de los cristianos contra los turcos, y á una distribución de socorros para los nobles desterrados. Así se ve en la tasa de los servidores apostólicos, establecida en 1487 por Inocencio VIII, que el arrendador de estas minas se llamaba arrendador *del*

El Papa esperaba que el dux de Venecia suministraría aun mas socorros de los que habia prometido. Aguardábanse al mismo tiempo subsidios de otros príncipes de Italia y hasta de los cardenales, uno de los cuales, Roderico Borgia, hombre muy acaudalado, habia prometido contribuir por su parte con una galera equipada á sus expensas. Dirigiéronse desde el Vaticano á diferentes puntos del universo numerosas cartas, breves, peticiones, órdenes y súplicas. Era preciso tambien dar las disposiciones necesarias para que durante la ausencia del Papa se hallase robustamente organizado el gobierno. Antes de marcharse aquel de Roma, tomarónse todas las medidas oportunas para que esta ciudad se encontrase completamente abastecida, y sin peligro la pública seguridad.

Al salir del Vaticano fuese el Papa á orar en el templo de S. Pedro; dirigió luego á los cardenales una patética alocución, y marchó en litera hasta Pontemolle, embarcándose en el Tíber, mas navegable entonces por aquella parte que en la actualidad. Grave imprudencia fué embarcarse en el Tíber en el mes de junio: la fiebre que reina en las orillas de este rio, empezaba ya á atormentar al Sumo Pontífice; sin embargo, tuvo oculto para que los médicos no le hiciesen retroceder. Pero ¿no hubiera podido seguir por tierra su camino? De este modo quedaban conciliados los piadosos deseos del Padre Santo y la tierna solicitud de sus vasallos. Llegado á Fiano por el Tíber, pasó el Papa al monasterio de S. Benito, situado en el monte Soracto, y por el camino de Marca fué á visitar á Loreto, entrando en Ancona el dia 19 de julio. Multitud de católicos

*alumbre de la santa cruzada.* Leon X, para evitar todo fraude en esta administracion, instituyó en 1521 una orden de 401 personas, intituladas, *caballeros ó soldados de S. Pedro*, que debian cuidar de todos los negocios relativos al mencionado alumbre; creó tambien *caballeros, condes del palacio de Letran*, dándoles un collar de oro, con la imagen de S. Pedro á un lado y el retrato del papa al otro; recibieron además numerosos privilegios particulares, conservando su esplendor primitivo y los honores concedidos á su collar hasta el pontificado de Paulo III, Farnesio, que confirmó sus derechos; pero poco á poco empezó á languidecer hasta que se extinguió perdiendo su dignidad y la custodia de las minas. Este colegio quedó en la canceleria apostólica, distribuido en varios oficios llamados *vacabili*.

habian acudido á esta ciudad de todas partes, para ver á un pontífice marchando él mismo al frente de una cruzada.

Cristóval Moro, dux de Venecia, detenido por el mal tiempo, no pudo llegar á Ancona hasta el 18 de agosto, y el Papa no se hallaba ya en estado de embarcarse; pero quiso presenciar la entrada del ejército veneciano. Esta fué la última vez que salió en público; dos dias despues, apenas podia hablar. Sin embargo, oyósele acusar á sus médicos, diciendo: *HÆC QUOQUE PRINCIPUM MISERIA EST, NE IN MORTE QUIDEM CARERE ASSENTATORIBUS*:—«Una de las miserias de los príncipes es hallarse rodeados de aduladores hasta en la hora de la muerte.» Le sobraba razon á Pio II; pero tampoco conviene que un enfermo engañe á médicos dispuestos á ser aduladores.

Dando un ejemplo tan hermoso y tan eficaz para excitar á los príncipes al cuidado de sus propios peligros, falleció Pio II el dia 14 de agosto de 1464, á la edad de 58 años, 9 meses y 28 dias, despues de haber pedido los auxilios de la religion, y habiendo gobernado la Iglesia por espacio de cinco años, once meses y veinte y cinco dias.

Pio habia recibido ya la extrema-uncion al verse atacado de la peste en el concilio de Basilea. Algunos teólogos al ver al Papa en tal extremo, opinaron que no debia recibir dos veces aquel sacramento.

No ignoraba Pio que esta era la opinion de varios doctores del siglo XII, mas como él no la prohibaba, exigió que le administrasen otra vez aquel sacramento (1).

Debemos consignar aquí un rasgo de generosa lealtad. Pio II habia prometido socorros al dux de Venecia, y habiendo encontrado el sacro colegio dentro del equipaje del papa difunto cincuenta mil escudos, los hizo remitir al dux para atender á los gastos de la guerra.

Pio II era un sábio legista y muy entendido en literatura antigua. Era muy estimado por su elocuencia, la sinceridad de su fe, su bondad, justicia y amor á la paz. El cardenal de Pavia le califica de Soberano Pontífice dotado de bellas virtudes, recomendable por la pureza de sus costumbres, la forta-

(1) Bercastel, *Hist. de la Iglesia*, tom. XVI, pág. 169.

leza de su ánimo, y sus raros conocimientos en todo género de saber.

Era de baja estatura, de calvicie precoz, de rostro blanco (1) y que aparentaba mayor edad de la que realmente tenía. Sus ojos tan pronto denotaban severidad como benevolencia; su cuerpo era robusto, si bien extenuado por las fatigas de frecuentes y largos viajes, por los insomnios é incomodidades que le ocasionaba una tos porfiada, la gota y el mal de piedra que le reducian á una especie de atonía completa. A pesar de su doliente estado, fácilmente daba audiencia; y aunque hablaba poco, cuando tomaba gusto en la conversacion, se mostraba jovial y no desdeñaba el chiste (2). Buen amigo, quería que le acompañasen en la mesa las personas de cuyo trato gustaba. Entonces solia comer en una azotea ú otro paraje descubierto. No quería que le sirviesen platos exquisitos ni costosos. Era riguroso con los embusteros y con los que abusaban de su confianza. Era muy propenso á la agitacion; pero pronto recobraba su calma, como si condenase interiormente su flaqueza. Perdonaba las injurias, y jamás reprendía á los que hablaban mal de él, pues solia repetir: *que en una ciudad libre todos debian hablar libremente*. En los funerales de este esclarecido papa, el dux de Venencia pronunció una oracion fúnebre, despues de haberse sentado entre los dos cardenales diáconos mas recientemente creados.

Los cardenales que habian acompañado á Pio II, regresaron á Roma con el cuerpo del difunto, dándole sepultura en el Vaticano.

Tengo á la vista tres medallas pertenecientes al reinado de Pio II, todas con la misma efigie. El Papa lleva un simple gorro que le cubre toda la cabeza incluso las orejas; de esta manera debia ir cubierto un papa enfermo. La primera medalla lleva en el reverso estas palabras en grandes caracteres: OPTIMO PRINCIPI. «*Al excelente príncipe.*» En el reverso de la segunda se leen estas palabras: GLORIA SENENSI D. C. PICCOLOMINI. «*Glo-*

(1) Novaes, V, 222.

(2) *Sales interdum libenter audiebat negotiis præsirtim vacuus.*  
«Oía gustosamente los chistes delicados, sobre todo cuando se lo permitía la escasez de negocios.»

*ria al sienense, de los condes Piccolomini.*» En el campo hay un escudo con cinco medias lunas dispuestas así: 1, 3 y 1, superadas con las llaves y la tiara. La tercera medalla lleva en el exergo estas palabras: *NE TANTI ECCLESIE PACISQUE AMANTIS DELEATUR MEMORIA.* «*Para que no se borre nunca el recuerdo de quien tanto amó la Iglesia y la paz.*» En el campo hay una mesa cubierta de libros, con estas palabras alrededor: *VELOCITER SCRIBENTIS SOBOLES.* «*Hijos del que rápidamente escribe.*» Era imposible caracterizar mas exactamente á Pio II que mostrando aquella cantidad de libros de donde sacaba su ciencia, y aquellos manuscritos todos de propio puño, que manifiestan una continua existencia de secretario asíduo. Hase visto que el Papa estuvo en esta calidad al lado de varios personajes ilustres. Eneas empleó casi toda su vida escribiendo. Fué largo tiempo abreviador de las letras apostólicas; copió de propio puño mucha parte de las que expidió Nicolas V. De Molinet ha leído *amantissimi* en el exergo: se ha equivocado: debia leer *amantis*, tal vez ha tomado esta palabra por un diminutivo. No poseo una hermosísima medalla de este reinado, descrita por de Molinet. Representa un pelcano que se ha abierto el corazon y uno de sus hijuelos chupa la sangre que de él chorrea. Al rededor del campo se lee: *ALES UT HÆC CORDIS PAVI DE SANGUINE NATOS.* «*Como este pájaro, he alimentado á mis hijos con la sangre de mi corazon.*» El grabador de esta obra es Andrés de Cremona, y el inventor del pensamiento, monseñor Campani, autor de una biografía de Pio II. Este papa habia hecho levantar una tumba en Siena en honor de sus padres, y el mismo compuso el dístico siguiente (habla el padre del Pontífice):

*Silvius hic jaceo conjux Victoria mecum est.*

*Filius hoc clausit marmore papa Pius.*

«*Yo, Silvio, aquí descanso; conmigo Victoria mi esposa. Nuestro hijo el papa Pio nos ha cobijado debajo de este marmol.*»

Cítanse multitud de rasgos felices atribuidos á Pio II:

«*Las letras, para los pobres son plata; para los nobles, oro; para los príncipes, piedras preciosas.*»

Sin saberlo, ó á sabiendas, Pio contaba aquí su propia historia. Pobre, habia encontrado recursos y pan con las letras;

cardenal, habian sido el solaz y ornamento de su vida; príncipe, le habian consolado en mas de un desastre, permitiéndole soportar las miserias de la grandeza. ¡Cuánto las conocia, quien dijo en un momento en que se habla poco: *Una de las miserias de los príncipes es verse siempre rodeado de aduladores, hasta en la hora de la muerte!*

Hé aquí otras sentencias del mismo Papa :

« Toda secta que únicamente se apoya en la autoridad humana, carece de razon.»

« Explorar el curso de los astros, es mas bello que útil.»

« El ciudadano somete su casa á la ciudad, la ciudad, á la nacion, la nacion al mundo, el mundo á Dios.»

« ¡Inútil es el monarca que de todos desconfia, y no es mejor el que á todos cree! »

« Pesada es la carga del pontificado, pero es ligera cuando se sabe llevar.»

« No hay tesoro preferible á un amigo fiel (1).»

« Alimenta á un enemigo quien todo se lo perdona á un hijo suyo! »

« Todos los filósofos estan acordes en decir que debe preferirse una muerte noble á una vida vergonzosa.»

Estas sentencias las trae Platino (544, 645). Nó traslado otras por creerlas intercaladas, y necesariamente apócrifas.

---

### 215. Paulo II. 1464.

Paulo II (Pedro) nació en Venecia, de una familia noble, en 26 de febrero de 1418, y fué hijo de Nicolas Barbo y de Polixena Condulmieri, señora de ejemplar piedad, y hermana del papa Eugenio IV.

(1) Lafontaine ha dicho despues :

*Qu'un ami véritable est une douce chose !*

Asegúrase que Pedro estaba á punto de marchar al Oriente en una nave que habia hecho cargar de géneros (1) ; pero que al saber la exaltacion de su tio Eugenio al pontificado, renunció á su viaje , y empezó á cultivar las bellas letras que en su juventud habia descuidado. Otros escritores pretenden que al pasar por Ferrara, Eugenio llamó allí á su sobrino, dióle buenos maestros , y poco tiempo despues le nombró arcediano de Bolonia, y despues comendatario del obispado de Cervia. En 22 de junio de 1440, Eugenio le hizo cardenal diácono de Santa María la Nueva , desde donde pasó al título de presbiterial de san Marcos.

Los cardenales que habian acompañado á Ancona á Pio II, habian regresado á Roma para abrir el cónclave, porque la mayoría de los sacros electores , por su avanzada edad , no pudiendo ir á Ancona, los cardenales que en Roma habian quedado sentian alguna inquietud viendo que Antonio, duque de Amalfi , sobrino del pontífice difunto , guardaba por su propia cuenta el castillo de San Angelo. En la incertidumbre en que se hallaban respecto á las intenciones de Antonio, algunos cardenales querian que el cónclave se reuniese en la Minerva , y otros en el Vaticano , prefiriendo al fin esta última residencia , en donde se reunieron veinte y dos cardenales.

Los electores empezaron por promulgar diez y ocho leyes para la buena administracion del pontificado, jurando todos su observancia. De aquí data el uso de decretar no pocas veces de esta manera, y mas ó menos razonablemente, nuevas leyes antes de la eleccion.

En el primer escrutinio y con asombro general, fué elegido el cardenal Barbo, en 30 de agosto de 1464. En 16 de setiembre fué coronado, y el mismo dia, segun costumbre, que duró hasta el reinado de Gregorio XIII, fué á tomar posesion de San Juan de Letran : toma de posesion que ha sido posteriormente diferida. Quería darse el nombre de Formoso II; pero los cardenales le manifestaron que, siendo tan notable la her-

(1) A este propósito dice Platino: «El comercio es honroso en Venecia , y Solon no lo desaprobaba.» Pág. 646.

mosura de su rostro, semejante eleccion podria parecer dictada por la vanidad. Entonces se propuso llamarse Marco; temeroso, empero, de que el tomar este nombre pudiese interpretarse como sobrada propension á los intereses de su patria, determinó tomar el de Paulo.

Tenia, cuando cardenal, algunos hábitos singulares, como eran, velar toda la noche despues de haber comido y cenar un poco antes de clarear el alba. Queriéndolos conservar cuando Pontífice, no podia dar audiencia antes de la noche.

Pio II habia dejado en Roma, á mas de lo que habia llevado á Ancona, una suma de cuarenta ó cuarenta y ocho mil ducados para la expedicion de Turquía.

Parte de ella fué remitida por el Papa á Scanderberg, apellidado: *el nuevo Alejandro y el Gedeon cristiano*. Así este intrépido general pudo posesionarse otra vez de la Albania. Por desgracia este héroe sobrevivió poco tiempo á su triunfo, y su muerte fué profundamente sentida en Italia.

Como Paulo II era espléndido en sus acciones, hizo construir una tiara preciosísima y lujosamente adornada de numerosa pedrería. Concedió á los cardenales el birrete colorado para distinguirlos mas de los prelados.

Señaló á los cardenales cuya renta eclesiástica no ascendia á cuatro mil escudos, una suma mensual de cien escudos de oro, que vulgarmente se llamaba: *il piatto di cardinal povero*, cuyo nombre de *piatto* conserva todavía.

No era fácil distinguir de los prelados á los cardenales, cuando unos y otros iban vestidos con sus hábitos sagrados; para obviar este inconveniente, permitió á los segundos el uso de la mitra de damasco, y quiso que, tanto en los consistorios, como en las capillas papales, ocupasen asientos mas elevados que los primeros.

En 1466, por sentencia ratificada en el siguiente año, el Papa excomulgó á Jorge Pogebrac, rey de Bohemia, fautor de los hussitas que le habian dado aquel reino, que de derecho pertenecia á Casimiro, rey de Polonia, que lo habia heredado de su hermana Isabel, hermana de Ladislao, último soberano.

Al mismo tiempo domeñó el orgullo de los arzobispos de Benevento, que en los dias solemnes se atrevian á cambiar su

mitra por una tiara formada, como la del Sumo Pontífice, de tres coronas, y se hacían preceder del Santísimo Sacramento.

Eugenio IV había hecho retirar de la basílica de San Juan de Letran á los canónigos seculares, poniendo en su lugar á los regulares de San Agustín. Calixto III, cediendo á las súplicas de los romanos que le rogaban que restituyera dichos canonicatos á los primeros, alejó á los segundos de la posesion de aquellos beneficios. A tal extremo llegó la aversion de los romanos á los regulares, que les ultrajaban públicamente. Siendo cardenal, habíase atrevido Paulo á hacer frente á tamaños ultrajes; hasta hubo hombre del pueblo que le amenazó con pasarle de parte á parte con su espada, si persistía en el deseo de defender á los indicados regulares, y entonces juró hacerlos entrar en procesion en aquella iglesia, si algun día estuviese en su mano. Paulo II cumplió su promesa. Los canónigos seculares fueron enviados á otros puntos, sin menoscabo de sus emolumentos; los que se consideraron dignos fueron nombrados obispos, y los regulares fueron restablecidos en sus antiguas posesiones.

Para la paulatina reforma de algunos abusos introducidos en la administracion de los negocios, firmó el Papa una constitucion, confirmada posteriormente por Sixto IV, por la cual ordenaba á los legados, gobernadores y jueces de las provincias, que rehusasen cualquier presente, á menos de que no se tratase de algun donativo consistente en artículos de comer y beber, pero en cantidad tal que debiesen consumirse en dos dias. Este decreto tenia por objeto librar á los administradores de una grave obligacion, y ponerles en estado de administrar justicia con mas desahogo, sin autorizar la corrupcion.

La Italia, como el Oriente, es no pocas veces el país de los regalos, costumbre de difícil desarraigo, y que mantiene entre los pueblos ideas de subordinacion y de generosidad. Cuando existe una costumbre tan inveterada no conviene combatirla, sino regularizarla.

Habíanse indicado al Papa abusos en la administracion de la isla de Rodas; invitó entonces al gran maestre á venir á Roma, y, dándole una audiencia solemne, le trató como á un príncipe soberano.

Este Papa fué el primero que confirió la custodia de las fortalezas á prelados y eclesiásticos, para que fuesen mas fielmente conservados estos depósitos del poder soberano de los pontífices.

El mismo Papa atacó abiertamente la simonía, prohibió las extorsiones, y no quiso á su lado, en todos los cargos, mas que á hombres de intachable probidad.

Destruyó una culpable academia que se habia formado en Roma, y que pervertia la verdadera religion con usos inícuos. En ella se enseñaba que era permitido á todos ir en busca de los placeres; que era preciso renunciar á los nombres de pila, tomando los antiguos nombres de los paganos, profesando tambien, entre sus odiosas máximas, la de que era permitido asesinar al Sumo Pontífice. El fundador de esta academia era Damian Toscano, que se hacia llamar Calimaco, y el principal personaje, Pomponio Leti, calabrés, bastardo de la familia San Severino, cuyo nombre de pila era el de Julio ó Bernardino, lector del colegio de la *Sapientia*.

Paulo, en 1468, prohibió, por una constitucion, enagenar los bienes eclesiásticos, arrendándolos por mas de tres años.

En el entretanto, Fernando, rey de Nápoles, que habia recibido no pocos beneficios de la Iglesia, casi declaraba su proyecto de apoderarse de Roma, y preparaba asechanzas para amenguar la fuerza de la Santa Sede; para destruirlas, firmó Paulo un tratado de alianza con la república de Venecia que debia durar veinte y cinco años, estableciendo en él cláusulas obligatorias para entrambas potencias.

Un proyecto digno de él ocupaba el ánimo del Padre Santo, pues intentaba revindicar los principados pertenecientes á la Santa Sede, entre otros, la ciudad de Rímini y algunas otras provincias que Segismundo Malatesta habia obtenido en feudo, y que queria ocupar para hacerse su propietario independiente.

Empeñado en recobrar cuanto á Roma pertenecia, no lo estaba menos Paulo en conservar lo que le quedaba. Al efecto, hizo construir las fortalezas de Todi, de Cascia y de Monteleone, para asegurar mas y mas la posesion de las fronteras del Abruzzo.

Los Turcos continuaban sus escursiones. El Papa, centinela vigilante, podía prever para la Iglesia nuevas desgracias, y escribió á Fernando: «Renunciamos al tributo de la haca-nea y al envió de los halcones que constituyen una parte del litigio, si me auxiliáis con una suma para costear los preparativos de la guerra contra los Turcos.» Los embajadores reales se negaron á aprontar la suma pedida, contestando que mas bien el príncipe se reuniría á los Turcos. Entonces les replicó el Papa: «Id, y repetid á vuestro soberano, que si se resuelve á reunirse con los Turcos, hemos ideado los medios de arrojar del reino á vuestro monarca, y de los estados católicos al Turco.»

Sin embargo, el Papa, fiel á todos los principios de conciliación que tan bien caracterizan las acciones de la Santa Sede, acogió bondadosamente al hijo de Fernando, que se dirigió á Milan, y remitió á este príncipe la rosa de oro.

En el propio año, Paulo ordenó, por una constitucion, que el jubileo fuera celebrado todos los veinte y cinco años, á empezar desde 1475. Este uso ha sido conservado hasta nuestros dias, siendo tan solo interrumpido en 1800, á causa de las desgracias que aquejaban á la Iglesia.

Paulo no debía ver realizado su proyecto, pues murió antes de poder celebrar el jubileo.

En 18 de marzo de 1471, Paulo honró con el título de duque de Ferrara á Borso de Este, que lo era de Módena, y que antes se llamaba simplemente vicario de Ferrara. Este príncipe, para recibir su nuevo título, marchó á Roma. Durante su camino, y á su llegada, desplegó tan régia liberalidad, que hasta á la misma *ciudad de las grandezas* llenó de asombro; y se vió obligada á corresponder á tamaña esplendidez con no menos suntuosa magnificencia. Los presentes de una y otra parte fueron dignos de tan nobles soberanos.

Proseguia el Padre Santo las tareas del pontificado, cuando sucumbió á un ataque de apoplejía en 26 de julio de 1471, á la edad de 53 años. Habia gobernado la Iglesia seis años, diez meses y veinte y seis dias. No queria tomar las precauciones necesarias, aparentando, al contrario, haberse olvidado de que ya le habia atacado dos veces el mismo accidente.

Paulo era de tan aventajada estatura, que Filelfo la llama *heróica*. En su rostro resplandecía la gracia, la mas simpática afabilidad y una verdadera belleza. Mostrábase muy apasionado por las antigüedades, habiéndose formado un rico museo con los mas elegantes restos de la antigua Roma. En su pontificado empezó, á poca diferencia, la época del renacimiento para la escultura. Habia recogido una gran cantidad de medallas y, sin leer los exergos, decia sin vacilar á qué príncipes pertenecian.

Pretenden algunos que fácilmente lloraba, y que obtenia por las lágrimas las concesiones que no podia obtener por las palabras: flaqueza es esta que no se armoniza con un corazón tan grande, y es probable que sea una calumnia inventada por sus enemigos.

Fué enterrado en el Vaticano. El cardenal Angel Quirini ha publicado la vida de este Papa, escrita por Miguel Cancio, arzobispo de Castro.

Era tal el zelo de este piadosísimo Papa por el esplendor de la disciplina eclesiástica, que decia: « El pontífice puede ser *hombre* en muchas cosas; pero cuando se trata de elegir á los pastores de la Iglesia, debe ser un *ángel*, y cuando se trata de aumentar el senado sacro, debe ser un *dios* » (1). (Esta última expresion es algo aventurada).

« Si falta en la primera eleccion (la de los obispos), es un impío, y prostituye una iglesia entregándola á un adúltero desprovisto de méritos necesarios, y que por esto mismo no está unido á aquella iglesia. Si falta al segundo deber, el Pontífice se convierte en demonio, porque expone á todas las iglesias á que se arruinen, tan importante es lo que el sacro colegio determina cada dia: además, el sacro colegio indica á menudo qué pastores deben elegirse. »

El Papa añadia:

« No conviene distribuir las dignidades eclesiásticas ni precipitadamente, ni por consideracion á los ruegos y recomendaciones de las personas distinguidas, sino únicamente

(1) *Egidio, cardenal de Viterbo*, citado por Rainaldi, año 1471. Véase también Novaes, V, 242.

te despues de una madura y sábia reflexion, en la cual se pesen los méritos personale s. »

Con tales principios , nada tiene de extraño que á menudo el Papa honrara la virtud de muchas personas distinguidas que , si bien ausentes , y extrañas á quanto de ellas pudiera decirse , recibian inopinadamente la recompensa de sus varios méritos.

Paulo embelleció la iglesia de San Márcos , en la actualidad una de las mas notables de Roma. Por desgracia , al edificar el palacio contiguo , sirvióse de los mármoles del coliseo que se desmoronaban.

Este funesto ejemplo fué seguido por el cardenal sobrino de Sixto IV, y por el cardenal Farnesio, y luego por Paulo III.

Bajo el reinado de este Papa fué establecida en Roma la *divina* (1) tipografia.

En 1468 , unos impresores alemanes que , tres años antes , en 1465 , habian trabajado en Subiaco , llamados por religiosos de su país , vinieron á fijarse en Roma , y publicaron , bajo los auspicios de Paulo , algunas ediciones , buscadas hoy dia á cualquier precio por los príncipes y las primeras bibliotecas de Europa y de las otras partes del mundo civilizado.

Gustaba de que le tuviesen por franco y jovial , y contra las reglas de la etiqueta , era aficionado á reir en compañía de algunos príncipes ó de algun cardenal. Sabiendo que los cardenales comian en casa del cardenal de san Eusebio, fuése allí secretamente , mostrándose , como todos , alegre y amigo de la buena conversacion , y tomó el último asiento en la mesa , mandando que nadie dejase su puesto.

Daba fiestas al pueblo romano como el mas generoso de los antiguos emperadores.

Bajo su reinado , la principal calle de Roma tomó el nombre de *strada del Corso* por causa de las carreras que en ella habia instituido.

Platino ultraja á Paulo II. Cuenta que , en calidad de abreviador , fué á reclamar del Papa que habia suprimido este cargo , rogándole que remitiese el negocio á los auditores de la Rota,

(1) Expresion de Quirini.

y Paulo contestó á Platino, mirándole de reojo: «¿ Así nos enviáis á los jueces, como si ignoraseis que todos los derechos están encerrados en la *arquilla de nuestro pecho*.» El papa añadió, no hablando ya en la primera persona del plural. «Tal es la sentencia: que todos cedan, que vayan á donde quieran, no les retengo; soy pontífice, y me es permitido saber, aprobar ó anular los actos de los demás.» Platino cuenta luego que escribió una carta en la cual apelaba del Papa á los príncipes y soberanos. Esta carta irritó á Paulo, el cual hizo encarcelar á su autor. Es preciso convenir en que el relato de los sufrimientos de Platino, que puede ser verdadero, excita un vivo interés. El infeliz fué atormentado; pero antes de morir el Papa, dejó de serlo. El cardenal Bessarion protegia útilmente á Platino, que acabó por decir, es verdad, profiriendo todavía mil injurias; *Justus tamen habitus et clemens*. «Este Papa fué justo y clemente.» El modo como se explica Platino en su *Historia de los papas*, hace creer que no era tan inocente como dice, y que sin ser uno de los conjurados, fué al menos uno de los descontentos de aquella época que con mas acritud hablaron de los negocios de Roma. Con Paulo II termina Platino su historia. Sixto IV, sucesor de Paulo, restableció á Platino en los destinos que ocupaba. Este historiador acabó tranquilamente la vida, colmado de honras y mercedes, merecidas cuando no se abandonaba á una insultante mordacidad que á nadie corrige y que, acompañada de un talento distinguido, sirve de ejemplo funesto, y cualquier príncipe debe prohibirla en sus Estados.

No hemos recibido en el cofrecito que contiene el presente de Pio VII, mas que tres medallas de Paulo II.

Las tres tienen la misma efigie con estas palabras: PAVLUS II. VENETVS. PONT. MAX. Paulo lleva la cabeza descubierta. En 1464 se acuñó la primera: leemos en el reverso estas palabras: ANNO M. CD. LXIV. ROMA. En el campo se ven las armas de los Barbo.

La segunda lleva en el exergo: SOLVM IN FERAS PIVS BELLATOR PASTOR. «El pastor piadoso no combate sino con las fieras.» Vense algunos cazadores á caballo y á pié, armados de venablos, azuzando á algunos perros que persiguen á un ja-

balí y á un ciervo. Pedro Damian bajo el pontificado de Alejandro II, reprocha á los eclesiásticos su excesiva afición á la caza. ¿Que diria ahora? Una medalla atestigua que un sumo pontífice veneciano se entregaba al placer de la caza.

La tercera medalla lleva únicamente en el fondo ó campo estas palabras: ANNO CHRISTI M. CCCC. LXX HAS ÆDES CONDIDIT. «El año de Cristo de 1470, el pontífice levantó este palacio.» Esto debe ser un recuerdo del tiempo en que Paulo II hizo construir el palacio de Venecia, cercano á la Iglesia de San Márcos.

De Molinet ha sido mas rico que yo, y habla de otras medallas.

1.<sup>a</sup> PABVLVM SALVTIS, «El alimento de la salud.» Vese en ella el cordero inmaculado, y mas abajo Pedro y Pablo y siete ovejas que vuelven al redil.

2.<sup>a</sup> AUDIENTIA PVBLICA PONTIFICIS. MAXIMI. Paulo II, sentado en el trono, dá audiencia pública: á su derecha hay un cardenal.

3.<sup>a</sup> PAVLVS PP. II. El Papa dá una audiencia al gran maestro de los hospitalarios de Rodas, acompañado de muchos caballeros.

4.<sup>a</sup> SACRVM PVBLICVM APOSTOLICVM CONSISTORIVM PAVLVS VENETVS PP. II. Paulo II está en su trono, los cardenales están sentados á derecha y á izquierda, y llevan el birrete colorado. En medio, se hallan los embajadores de los príncipes.

5.<sup>a</sup> TRIBVNA S. PETRI. Es lá tribuna de S. Pedro tal cual estaba antes de la reconstrucción de la iglesia.

6.<sup>a</sup> HILARITAS PVBLICA. Está acompañada de dos niños á los cuales entrega unas palmas.

7.<sup>a</sup> LETITIA SCHOLASTICA. A. BO. «La alegría de las escuelas.» La alegría está acompañada de dos niños á los cuales dá flores. A. Bo. significa academia de Bolonia.

8.<sup>a</sup> CONVIVIVM PVB. ERGA POPVLVM ROMANVM. «Banquete público dado al pueblo romano.» Dos cuernos de la abundancia cruzados, y encima la palabra, ROMA.

La Santa Sede quedó vacante por espacio de catorce dias.

**216. Sixto IV. 1471.**

Sixto IV, cuyo nombre de pila era Francisco de la Róvere, nació en un lugar poco distante de Savona, en 21 de julio de 1414. Varios autores pretenden que su padre era pescador; pero me inclino al sentir de Novaes que no admite este hecho. Francisco entró desde su mas tierna edad en la órden de los franciscanos, y fué profesor de filosofía y teología en Padua, Bolonia, Pavía, Siena, Florencia y Perugia, acreciendo sobre todo su reputacion en el capítulo general de la órden que tuvo lugar en Génova en 1434.

En él fué proclamado el mas elocuente de los religiosos, y Petrarca le concede la palma entre los teólogos y oradores. Alcanzó sucesivamente los honoríficos cargos de procurador general en Roma, vicario general de Italia, y finalmente fué elegido general de los franciscanos en 1464.

Paulo II le nombró cardenal de *S. Pietro in vincoli*, el dia 18 de setiembre de 1467.

Fué elegido papa en 9 de agosto de 1471, en el cónclave formado de diez y ocho cardenales. Estos querian elegir por segunda vez al cardenal Bessarion, uno de los personajes mas esclarecidos de su tiempo por su ciencia, virtud y grandeza de alma, pero esto se excusó con lo avanzado de su edad, pues tenia ochenta años, y ayudó á inclinar la balanza en favor del cardenal de Róvere que contaba á la sazón 57 años. El nuevo papa tomó el nombre de Sixto IV, en memoria de San Sixto, papa y mártir, pues se habia abierto el cónclave el dia de la fiesta de este santo.

Fué consagrado obispo por el cardenal Francisco de Estouville, y coronado despues, en 25 de agosto, tomando posesion el mismo dia de San Juan de Letran; y como en la procesion que tuvo lugar al efecto, la guardia pontificia rechazase brutalmente al pueblo que llenaba las calles de Roma, originóse un violento alboroto, resultando apedreada la misma persona del Papa: el cardenal Orsini logró apaciguar el motin.

Lo primero en que puso la mira el nuevo pontífice, fué en los medios de atajar las conquistas de los Turcos. Expidió al efecto cinco legados á los diversos príncipes de Europa para advertirles los peligros que amenazaban al catolicismo. El cardenal Bessarion fué enviado á Francia, el cardenal Borgia á España, el cardenal Barbo á Germania y Hungría, y el cardenal Caraffa, célebre por su zelo militar, fué nombrado para mandar la escuadra contra los infieles, compuesta de ciento cuatro galeras, diez y ocho pertenecientes á la Iglesia, treinta al rey de Nápoles y cincuenta y seis á los venecianos. Esta armada tuvo la suerte de apoderarse de Esmirna; pero tan insignificante victoria mal podia contrarrestar la formidable pujanza de Mahometo II, que habia arrancado á los cristianos cuatro reinos, veinte provincias y doscientas ciudades.

Los hussitas continuaban el saqueo y el ultraje, con la antorcha en la mano y la blasfemia en los labios. Sixto, de acuerdo con los Bohemios, atribuyó su reino á Matias, rey de Hungría. Para mantener la paz en Italia, dió el ducado de Ferrara á Hércules de Este, hijo del duque Borso, mandándole pagar un tributo de cinco mil escudos. Eximió á Fernando, rey de Nápoles, durante toda su vida, del tributo que sus provincias pagaban, con la condicion de que ofrecería á la Santa Sede una hacanea, que protegería el litoral de Roma contra los corsarios que lo infestaban, y que auxiliaría al Papa á su primera indicacion, siempre que le pidiese ayuda.

Sixto ordenó por una bula que, desde entonces en adelante, no hubiese mas que doce auditores de la Rota, en lugar de los catorce que habia.

En 1473, Sixto, en su segunda promocion de cardenales, confirió esta dignidad á un francés, notable por su acendrada piedad, Felipe de Levis, señor de Cousans, nacido en 4 de noviembre de 1435, refrendatario apostólico, obispo de Agde, arzobispo de Auch y de Arles.

En 23 de mayo de 1474, Sixto fundó, por una bula, la orden de los monges de San Francisco de Paula, que se llamaban los *ermitaños penitenciaros*, y que Alejandro V [queria que tomasen el nombre de *minimos*, segun el deseo del fundador. Este, á mas de la divisa que dió á sus religiosos ( la palabra

*charitas*), les obligó por cuarto voto á vivir únicamente de alimentos de cuaresma, menos en caso de una grave enfermedad.

Conforme al decreto de Paulo II, que fijó en cada veinte y cinco años la celebracion del jubileo, Sixto celebró el que estaba señalado para el año 1475.

En esta época, varios monarcas visitaron á Roma; Cristian, rey de Dinamarca; Juan, duque de Sajonia; Fernando, rey de Nápoles, y su esposa, la reina Carlota de Chipre, y Catalina, reina de Bosnia.

En el propio año, Sixto erigió en metrópoli la silla episcopal de Aviñon, y secularizó el capítulo de esta ciudad, que en el pontificado [de Urbano II había abrazado la regla de San Agustin.

Otros triunfos debian tener en aquel año las huestes turcas. Mahometo conquistó Teodosia, conocida hoy bajo el nombre de Caffa, y hasta tuvo el proyecto de efectuar un desembarque en Italia. El Papa hizo nuevos esfuerzos para conjurar estas desgracias; y si, por una parte, los príncipes cristianos no los secundaron, por otra, Mahometo aplazó sus funestos designios, al menos por lo tocante á Italia.

Durante el invierno desbordó el Tiber; en la primavera se desarrolló la peste en Roma, viéndose obligado el Papa á retirarse á algunas millas de su capital, en donde dejó en calidad de legado al cardenal Cibo, que fué sucesor suyo. Este valor del cardenal Cibo le hizo popular, granjeándose la general estimacion de los Romanos.

En una nueva promocion, el Papa nombró cardenal á Rafael Sansoni, vulgarmente llamado Riario, á causa de la herencia que recibió de su tío materno, el cardenal Pedro Riario. Rafael habia nacido en Savona, y á la sazón, que no tenia mas que 17 años, estaba estudiando en la universidad de Pisa. El papa concedió á este jóven, á mas del cardenalato, la dignidad de vice-canciller y de camerlengo. Este cardenal se halló muy complicado en la conspiracion de los Pazzi contra los Médicis.

Estas dos familias eclipsaban á todas las demás por su opulencia, y se disputaban la autoridad en Florencia, fundándose los Pazzi en lo antiguo de su linaje, y los Médicis en el in-

menso crédito que les habia granjeado su abuelo, Cosme de Médicis, al cual habian acompañado hasta su muerte la gloria y la mas inaudita posteridad. Asegúrase que el Papa aborrecia á los Médicis; pero en él este sentimiento se hallaba moderado por la dulzura de su carácter y el conocimiento de sus mas sagrados deberes. Los Médicis procuraban contrarestar el poderio de su sobrino Jerónimo Riario, príncipe entonces de Forli; y por idéntica razon, los Pazzi se esforzaban en captarse las simpatías del Papa. Estos últimos determinaron conspirar contra los Médicis, y lograron atraer á Florencia al jóven cardenal Sansoni, só color de que admirase la soberana belleza de esta ciudad, pero sin revelarle los crueles proyectos que meditaban. El cardenal recibió en esta ciudad una generosa acogida por parte de Lorenzo y de Julian de Médicis, é ibase á celebrar una grande ceremonia en la iglesia catedral, á presencia del cardenal Sansoni, á la cual debian necesariamente asistir los Médicis para acompañarle, cuando los conjurados resolvieron asesinar á los dos hermanos, sus enemigos, sin arredrarles el horror de un sacrilegio. Tomada esta última deliberacion, fuéronse al templo, en el cual entraba en aquel momento el cardenal, acompañado de Lorenzo. Ya los asesinos apretaban el mango de su puñal, los que debian herir á Lorenzo le codeaban, merced á la multitud de gente que llenaba el templo, y que les permitia acercarse á su víctima sin hacerse sospechosos. A una señal convenida, Bernardo Bandini, uno de los conjurados, se lanzó sobre Julian, atravesándole el corazon con una daga. La víctima retrocedió algunos pasos, y cayó desplomada al suelo; pero Francisco de Pazzi se abalanzó hácia él, y le cosió á puñaladas, encarnizándose tanto, que se hirió muy gravemente él mismo en una pierna. Mosen Antonio de Valterre, ayudado de un cómplice, cerró con Lorenzo; pero despues de haberle asestado varios golpes, solo acertaron á herirle levemente en la garganta. Lorenzo, seguido de sus amigos, corrió á la sacristía, cerrando al mismo tiempo sus puertas de bronce, y en medio de tan horrible y tumultuoso acontecimiento, el cardenal Rafael se refugió cerca del altar, en donde algunos clérigos pudieron, á duras penas, salvarle la vida. Preciso fué aguar-

dar á que la Señoría pudiese hacerle conducir á su palacio, en donde permaneció con guardas de vista, hasta que le dieron completa libertad.

Novaes, á cuya opinion me he ajustado, aunque no estoy enteramente convencido de su veracidad en este punto, opina que el cardenal no estaba enterado de la conspiracion. El autor del artículo acerca de Sixto IV, en la *Biografía universal*, no se muestra tan indulgente con el cardenal Sansoni, y dice (1): «No es cosa de fácil logro justificar á Riario. Obtuvo de su tío el permiso de marchar á Florencia bajo un pretexto bastante sutil, acompañado del cardenal de San Jorge, otro sobrino del Pontífice soberano; pero podia muy bien guardar oculto su pérfido designio, suponiendo que de él fuese culpable. Sixto IV, si bien de carácter terco, no era malvado, y su sobrino podia haberle engañado perfectamente. El Papa no podia menos de castigar los sacrílegos excesos de los florentinos; mas perdonóles, finalmente, y su indulgencia aconseja al menos la duda en tan grave materia.»

El biógrafo examina luego las diversas opiniones de los autores. «Los historiadores moderados han pesado con madurez las razones en que ambos partidos se apoyan. Bayle no se atreve á formular su fallo. El continuador de Fleury ha quedado en una completa duda. El abate Racine, en su *Compendio de la Historia eclesiástica*, asegura explícitamente que el Papa ignoraba el proyecto de sus sobrinos. Sabido es que todos estos escritores distan mucho de ser favorables á los papas: sobrada razon para no desdeñar las opiniones contrarias, y para abstenerse de pronunciar un juicio que no puede ser resultado de una demostracion evidente.»

A esto añadiré que me parece cierto que Sixto ignoraba aquel proyecto. En circunstancias tales no se hacen inútiles confidencias. Por otra parte, sin creer en la perfecta inocencia del jóven Rafael, pienso que solo estuvo enterado de aquellas circunstancias que pueden comunicarse á una persona cuyos pocos años no son ciertamente la mejor garantía de su discrecion. Novaes dice acerca de esto, que el mencionado cardenal

(1) *Biogr. univ.*, XLII, 459.

experimentó en aquella ocasion un miedo tan atroz, que desde entonces conservó en su rostro una lívida palidez. Ahora bien, Francisco de Pazzi, jefe de la conjuración, hombre de gran juicio y profundamente discreto, no es probable que haya revelado su horrible secreto á un jóven cuya debilidad de carácter hubiera podido comprometerle, y en quien producía el miedo una impresion tan duradera. Resulta, en fin, de esta discusión, que Sixto IV debió ignorarlo todo. He examinado esta cuestion con mas calma, y persisto en la opinion que acabo de formular.

Otro hecho debemos tambien someter á un exámen imparcial. Dícese que Roma sabia la conspiración, porque los florentinos fueron excomulgados.

La excomunion fué lanzada por el sacrilegio y por el suplicio del arzobispo de Pisa, que los partidarios de los Médicis colgaron en la misma ventana de su castillo. El Papa declaraba que este príncipe de la Iglesia debia ser juzgado de acuerdo con las autoridades de Roma, y esta pretension era perfectamente legítima y conforme á las leyes del tiempo.

La reina Catalina, esposa y heredera de Tomas, rey de Bosnia, habia muerto entonces en Roma, dejando, por su testamento, todos sus derechos sobre la corona, al Papa y á sus sucesores; y para probar el asentimiento de la Santa Sede, se presentó al Sumo Pontífice la espada y las espuelas, como una señal de soberanía sobre la Bosnia.

En 1478, el rey Fernando el Católico, *príncipe que si fué útil á la religion*, dice Novaes (VI, 25), *mas lo fué esta para él*, solicitó de Sixto una bula que debia dar el derecho de establecer en España el formidable tribunal de la Inquisición, *bajo la autoridad del rey*. Aquí Novaes alaba la imparcialidad de Bercastel: «Me remito, dice Novaes, á este docto escritor, que, apoyado en este conciso argumento, sienta con claridad lo que es el tribunal de la Inquisición.»

A pesar de las exhortaciones de Sixto IV, los príncipes cristianos no pensaban en las empresas que preparaba Mahometo II. El Turco envió un ejército á la isla de Rodas, que fué vigorosamente rechazado por los caballeros, á quienes Sixto felicitó elogiando altamente su valor; pero la Italia, largo tiempo

hacia amenazada, no pudo librarse de los malvados proyectos de los Turcos. Sorprendieron estos la ciudad de Otranto, y para dar una idea de la suerte reservada á las demás, pasaron á cuchillo á un gran número de hombres, mujeres y niños, arrojaron las reliquias á los perros, y violaron las doncellas al pié mismo de los altares; condenaron á todos los nobles á ser decapitados, hicieron aserrar al arzobispo, y cometieron una série de crímenes abominables que advertían á la cristiandad lo necesario de una vigorosa defensa y de no echar en olvido por miserables intereses de vecindad, la verdadera situación del catolicismo delante de bárbaros tan osados y feroces.

En el primer momento, algunos cobardes aconsejaron á Sixto que se refugiase en Aviñon, pero él tomó un consejo mas magnánimo y prudente. Mandó por una enérgica bula á todos los príncipes de Italia que concluyesen inmediatamente treguas entre ellos y se apruntasen á tomar las armas contra el enemigo comun. El dia de la Ascension firmó un tratado de alianza con los venecianos; envió á Nápoles, en calidad de legado, al cardenal Rangoni, que debia entregar la cruz á los fieles. Escribió á los soberanos del Occidente para pedirles auxilio y proteccion, é hizo preparar una armada de veinte y cinco galeras que debia reunirse con una escuadra de Nápoles compuesta de cuarenta.

Desde Otranto, los Turcos que se habian internado en el Adriático, se habian presentado delante de Ancona con el designio de efectuar un desembarco y saquear á Nuestra Señora de Loreto; pero Dios escuchó por fin las oraciones de los habitantes de la Marca, y los Turcos huyeron al impulso de un pánico terror.

En 1481, murió Mahometo II, despues de haber reinado treinta y dos años y haber sido el mas formidable enemigo y el azote mas terrible de los cristianos.

En 14 de abril de 1482, el Papa canonizó á San Buenaventura, amigo de Santo Tomas de Aquino, en compañía del cual habia sido, como se sabe, profesor en Paris.

Despues de tantos trabajos, Sixto falleció en 13 de agosto de 1484, á los 70 años de su edad, y despues de haber gobernado la Iglesia trece años y cuatro dias, siendo enterrado

en el Vaticano , en una tumba construida en 1473 dentro de la capilla del Santísimo Sacramento.

Algunos autores hablan desventajosamente de Sixto IV, entre otros Rafael de Volterre ; pero lo cierto es que este Papa resplandecía por su virtud , su pureza de costumbres , un saber extraordinario, un gran talento y una rara actividad en los negocios (1), una alma noble y generosa , y una señalada afición á las letras que constantemente protegía ; en fin, su carácter hubiera sido intachable sin el desmesurado nepotismo que le distinguía.

Apenas fué elegido pontífice , cuando confirió el cardenalato á dos sobrinos suyos, jóvenes todavía , enviando luego la púrpura á otros tres. Su facilidad en conceder mercedes fué causa de graves abusos, y dió malos ejemplos, no solo á los pontífices , sino tambien á los soberanos. Sixto no temió permitir que Alfonso , bastardo de Fernando , hijo del rey Juan de Aragon , y niño de seis años, poseyese el arzobispado de Zaragoza , á título de encomienda perpetua .

A pesar de un decreto de un concilio anterior , aumentó el número de cardenales ; pero despues de él fué aumentado aun mas.

Roma debe á este príncipe magníficos embellecimientos y el puente que lleva su nombre. La biblioteca vaticana , empezada por Nicolas V, fué enriquecida por Sixto con una gran cantidad de libros preciosos ; pagó mejor á los encargados del establecimiento , concediendo su direccion al célebre Platino. Hay en Roma tantas inscripciones en los monumentos que él ha construido , que se ha dicho , que estas piedras solas bastarian para levantar un vasto edificio.

Sixto mereció los mayores elogios por el zelo que desplegó en defensa de la religion. Propagóla en Canarias , á donde envió misioneros. Tuvo la dicha de recibir una embajada del czar de Moscovia , Juan Basilowitz , uno de los mas grandes hombres de su tiempo , y al cual debia la Rusia su primitivo esplendor.

Despues de haber librado á los Rusos del yugo de los Tár-

(1) Novaes , VI , 49.

taros, este príncipe envió embajadores para declarar que, habiéndose negado á reconocer al patriarca de Constantinopla, aceptaba la union con la Iglesia romana, jurada en el concilio de Florencia.

Sixto IV, pontífice, poseía en alto grado las ciencias de la teología y de la filosofía, siendo además un escritor elegante.

Aunque no era de alta estatura, su agradable presencia, junto con la afabilidad de sus modales, cautivaban el ánimo, al igual que su dulzura.

Atribúyesele la redaccion de las *Regulæ cancellariae romanae*, 1471, en 4.º, traducidas al francés por de Pinet, 1564, en 8.º. Este libro ha dado ocasion á los protestantes, que no atienden ni al espíritu, ni al objeto de la obra, para declamar mucho contra la corte romana. Se conservan además de este papa varios tratados en latín: uno sobre la *Sangre de J. C.*; Roma, 1473, en folio; otro sobre el *Poder de Dios*; y una explicacion del tratado de Nicolás Richard, tocante á las indulgencias.

Detallaremos al lector tres medallas de Sixto IV, las tres con idéntica efigie; al rededor de la cabeza de Sixto IV, coronado con la tiara, se lee: SIXTUS IIII, PONT. MAX.

La primera representa las armas de la Róvera: una encina, con estas palabras: ETSI ANNO SA GERMINAT; «aunque añosa, brota.» Una vieja y frondosa encina, está superada por las llaves pontificias, encima de las cuales se vé la tiara. Esta medalla no se encuentra en de Molinet.

La segunda representa la apertura de la puerta santa, y ha sido acuñada, en 1474, por Navidad, para el aniversario de la puerta santa. En el exergo se lee: CITA APERITIO BREVES ÆTERNAT DIES. Una pronta abertura eterniza los dias mas cortos. Paulo II habia mandado que el jubileo se celebrase cada treinta y tres años. Sixto IV mandó que esta celebracion fuese cada veinte y cinco años. Por esto se dice en esta medalla, que, cercana esta ceremonia, eterniza dias de corta duracion. En ella mitad de la puerta está derribada, y parece que es el Papa quien la levanta. Hoy no es así. La puerta santa es aserrada durante la noche, y al primer golpe del Papa, cae dentro de la iglesia de San Pedro. En seguida se hace un camino, retirando

do los escombros á derecha y á izquierda, y el Papa entra de hinojos en la basílica.

La tercera medalla representa la puerta santa tal como fué cerrada en 1475, por Navidad. Al rededor se lee: *CONSTITUIT EVM DOMINVM DOMVS SVÆ*. En el exergo: *ROMA. Le ha constituido señor de su casa. Roma*. Esta medalla es una copia de la que se acuñó en 1450, en tiempo de Nicolas V, cuya descripción hemos hecho en otro lugar.

De Molinet presenta otras medallas:

1.º Una representando á las reinas de Chipre y de Bosnia, que, despojadas de su reino, vienen á pedir un asilo en Roma. En el exergo se lee: *O. P. (OPVS) VICTORIS CAMELIO*. Victor Camelio era un artista ilustre de aquel tiempo.

2.º San Francisco y san Antonio de Pádua ciñen la tiara á Sixto, que está sentado en su trono. Al rededor se lee: *HÆC DAMUS IN TERRIS. ÆTERNA DABUNTUR OLYMPO*. *Esto damos sobre la tierra. Las cosas eternas serán dadas en el cielo*.

3.º *IVL. CARD. NEPOS IN OSTIO TIBERINO*. Julio, cardenal sobrino, en el puerto de Ostia La medalla representa las fortificaciones de Ostia, consistentes en tres baluartes superados de tres altas torres, de las cuales quedan todavía algunos restos. El que habia mandado construirlas era el cardenal sobrino, obispo de Ostia. Vemos aquí el título de *Cardenal sobrino* dado oficial y públicamente, lo cual no ha sido conocido en los reinados de Pio VII, de Leon XII, de Pio VIII y de Gregorio XVI, como tampoco bajo el pontificado de Pio IX.

4.º *CURA RERUM PUBLICARUM*. *El cuidado de los monumentos públicos*.

Esta medalla fué acuñada cuando la construcción del puente Sixto en el Tiber; por esto representa un puente con cuatro ojos.

5.º *PARCERE SUBJECTIS ET DEBELLARE SUPERBOS*. *Perdonar á los vencidos y domar á los orgullosos*. En el exergo hay la palabra *CONSTANTIA*. Este verso de Virgilio fué colocado en esta medalla para expresar la constancia con la cual Sixto contestó á los que habian tenido la osadía de citarle á comparecer como suplicante en la época de la guerra de Florencia, consecuencia de la espantosa é impía conjuración de los Pazzi.

Hemos afeado la disposicion que tenia Sixto IV al nepotismo. Monseñor Nicolai, romano de inmenso ingenio, decia sobre el particular en 1816. « Me gusta Sixto IV, aunque haya enriquecido á sus sobrinos. ¿ Qué quereis? Nada sabia negar, concedia cuanto se le pedia. *Tutti gli erano nipoti*. Todos eran sobrinos suyos. Solo habia la diferencia de que sus verdaderos sobrinos tenian en su casa mas fácil entrada que los demás.» Esto no pasa de ser una chanza, que nada prueba contra la acusacion de nepotismo que pesa sobre Sixto IV. Este nepotismo era para Roma una calamidad que venturosamente ya no existe y que con dificultad reaparecerá. No olvidemos que esto estaba en las costumbres de aquellos tiempos, y era obstinadamente aconsejado por los soberanos de Europa.

La Santa Sede quedó vacante por espacio de once dias.

### 217. Inocencio VIII. 1484.

Inocencio VIII, Juan Bautista Cibo, nació en Génova en 1432. Pertenecia á la ilustre familia de este nombre, originaria de Grecia, y llamada primitivamente *Cubea* ó *Cibocca*. Habiendo abrazado la carrera eclesiástica, Paulo II le confirió el obispado de Savona en 1467, Sixto IV, le trasladó al de Molfetta en 1472; nombróle datario, y en 7 de mayo de 1467, le creó cardenal, confiándole el gobierno de Roma cuando la peste, segun hemos visto, le obligó á marcharse de esta ciudad.

Por su intervencion, estipulóse la paz entre el Pontífice, el rey de Nápoles, el duque de Milan y los Florentinos.

En 26 de agosto de 1484, despues de los funerales de Sixto IV, veinte y seis cardenales entraron en el cónclave. Habiendo rehusado Marcos Barbo la tiara que once de aquellos le ofrecian, pusieron todos la mira en el cardenal Juan Bautista Cibo, y le eligieron papa por unanimidad en 29 de agosto. Tenia entonces 52 años, y tomó el nombre de Inocencio VIII, en memoria de su conciudadano Inocencio IV, efectuándose su coronacion el 12 de setiembre, y tomando posesion

en el propio día de san Juan de Letran, montado en un caballo blanco. En seguida confirmó todas las convenciones estipuladas entre los cardenales en el caso de que fuese elegido papa uno de ellos; costumbre introducida en el cónclave, que dió por resultado la elección de Paulo II.

Los papas, estos supremos jueces de paz de Europa, han llevado siempre su principal mira en conciliar las discusiones de sus hijos, los príncipes cristianos. A la sazón era mas que nunca necesaria la concordia entre ellos. Inocencio escribió á todos los soberanos, encareciéndoles la urgente necesidad de vivir en mútua armonía, y de no echar en olvido las amenazas de los Turcos.

Alfonso, duque de Calabria, hijo de Fernando, rey de Nápoles, queriendo usurpar las riquezas de los barones de su reino, mandó encarcelar al conde de Montoro y á su esposa (1), fundándose en razones especiosas para ocupar la ciudad de Aquila. Amotinados sus habitantes, recurrieron al Sumo Pontífice, supremo señor de su ciudad y del reino entero. El Papa tomó la defensa de sus derechos; pero Fernando le suscitó enemigos y, cuando mas urgente era no perder de vista las incursiones de los Turcos, promoviése una guerra culpable entre Fernando, los Florentinos y el duque de Milan, mancomunados, por una parte; é Inocencio VIII, ligado con los Genoveses, por otra.

En 6 de enero de 1485, el Papa canonizó á san Leopoldo, llamado el Piadoso, cuarto marqués de Austria, casado con Inés, hija de Enrique IV, rey de los romanos, de la cual habia tenido diez y ocho hijos. Leopoldo habia muerto en 15 de noviembre de 1136.

Sin embargo, Inocencio logró concluir la paz con el rey de Nápoles, gracias á la mediacion de Fernando de Aragon, temeroso como estaba este último de que, si Fernando perdía el trono de Nápoles, que tenia en investidura, lo diese el Papa á los Franceses que aspiraban al dominio de aquel Estado, con menoscabo de las pretensiones que á él tenían los Aragoneses, que podian prometerse su ocupacion á mano arma-

(1) Novaes, VI, 38.

da. En esta paz quedó estipulado que Fernando de Nápoles pagaría perpétuamente un tributo de ocho mil onzas de oro, que debían ser presentadas al Sumo Pontífice con la hacanea.

Habiéndose, empero, mostrado Fernando infiel á su palabra, fué excomulgado, y la corte romana llamó al trono á Carlos VIII, rey de Francia, que habia sucedido á toda la descendencia masculina del anciano Renato, conocido en Francia bajo el nombre del rey Renato, el cual habia fallecido en 1480. Su generoso hijo, Juan, que, como el hijo de Fernando de Nápoles, llevaba el título de duque de Calabria, correspondiente aun en la actualidad al de heredero presunto de aquel reino, habia dejado de su matrimonio con María de Borbon, dos hijos, Juan y Nicolas, muertos en la niñez. Una hija de Renato, Violante, habia casado con Ferry, conde de Vaudemont, de cuyo matrimonio habia nacido Renato II, duque de Lorena, que, por muerte de sus primos, Juan y Nicolas, heredaba en apariencia todas las pretensiones de la casa de Anjou al trono de Nápoles. Pero el anciano Renato creyó deber privar á Renato II de esta herencia y darla á uno de sus sobrinos, Carlos de Anjou, conde del Maine. Monstrelet dá una clara explicacion de estos pormenores. Las pretensiones que Carlos VIII, rey de Francia (1), hijo de Luis XI, hizo valer sobre el reino de Nápoles, se las habia transmitido Carlos, conde del Maine, que habia legado todos sus derechos á Luis XI y á sus descendientes.

Los Venecianos, los Florentinos, y casi la Italia entera, se oponian á tales pretensiones, alegando que el reino de Nápoles era un feudo femenino *sin ley sálica*, y que mientras quedase un descendiente en línea recta del último soberano, hasta por parte de las mujeres, los colaterales no podian tener en él ningun derecho; y en su consecuencia persistian en reconocer á Renato II, injustamente despojado, segun decian, por Renato I, su abuelo materno. Por otra parte, Fernando, hijo de Alfonso el Magnánimo, sostenia que los derechos de la casa de Anjou estaban sólidamente fundados en una adopcion intermedia, firmada por Juana II, si bien revocada posteriormente,

(1) Italia, 204.

y en la posesion actual y positiva. En tal estado de cosas, solo las armas podian decidir esta cuestion.

En aquel tiempo, Inocencio queria extinguir el fuego de la guerra en la Gran Bretaña. Existian en este reino graves discusiones para la sucesion al trono entre las familias de Lancaster y de York. El Papa confirmó los derechos de la primera, y concedió dispensas para destruir el impedimento de matrimonio que existia entre Enrique VII é Isabel, heredera del duque de York. De este matrimonio nació Enrique VIII, de funesta memoria.

Un antiguo obispo apóstata habia resucitado en Bohemia la deplorable heregía de los husitas. Inocencio logró atajar este cisma que, desgraciadamente para la religion, reapareció con algunas modificaciones en tiempo de Lutero.

En 1487, Inocencio renovó con el dux Agustin Barbarigo el tratado anteriormente concluido entre su hermano Marcos y la Iglesia romana. Bien pronto, viendo que los Turcos avanzaban de nuevo hácia Alemania, y que hasta el tirano Bocoloni les habia franqueado á Osimo, en Italia, el Papa publicó una guerra santa, cuyo mando confirió al emperador Federico.

Ejecutábanse las sentencias de muerte de los tribunales romanos en la roca Tarpeya, y hasta en el Capitolio; mas, por razones que creyó oportunas, Inocencio mandó que las ejecuciones tuviesen lugar en la plaza del castillo de San Angelo, á la entrada del puente que á esta fortaleza conduce.

Los príncipes de Europa continuaban viviendo en una mala inteligencia deplorable. El rey de Hungría, confederado con Fernando de Nápoles, le sostenia contra el Papa. Maximiliano, rey de los Romanos, guerreaba con el rey de Francia. El de Polonia atacaba las posesiones de los caballeros de Prusia; Juan, rey de Dinamarca, vivia en discordia con los príncipes de su reino; el duque de Calabria ocupaba una parte del patrimonio de san Pedro; los duques de Bracciano habian usurpado á Perugia; y los Güelfos y Gibelinos se declaraban una guerra implacable. Urgía mas que nunca hacerla á los Turcos, no solo para poner á raya su pujanza, sino para restablecer la paz entre los cristianos. Estas divi-

siones, discordias y rivalidades, estos sistemas de envidia y de usurpacion, explican las catástrofes de los imperios. Apenas se levanta un conquistador, cuando los ánimos se dividen, allanándole el camino la ridícula ambicion de los potentados, sus enconos y sentimientos vengativos, preparando estas discordias los triunfos del advenedizo extranjero que todo lo pacifica, poniéndolo todo bajo un mismo yugo. De esta manera perdieron los emperadores griegos su capital; de esta manera Italia hubiera sido conquistada, si Dios no hubiese mirado por la salvacion de la Península y del Estado pontificio.

Suscitóse á la sazón una nueva discordia entre el Papa y Fernando de Nápoles. Habiendo convidado este príncipe á un banquete á los barones del reino, que en la precedente guerra se habian declarado por los intereses de la Iglesia, hizo arrojar al mar á todos estos desgraciados; y para encubrir tan horroroso crimen, mandaba que les diesen de comer diariamente, fingiendo tenerlos encerrados en una fortaleza. Este príncipe se entregaba, además, á los mayores excesos en la administracion de su reino. El dia de S. Pedro, citóle el Papa ante su tribunal, só pena de excomunion si antes de dos meses no comparecia. Lleno de ira Fernando, amenazó invadir el territorio romano: esta fué su postrer amenaza. Inocencio le declaró destronado, y llamó formalmente á Carlos VIII para reemplazarle, como heredero de los derechos de Renato I de Anjou.

Agradecido Inocencio á los eminentes servicios prestados por Pedro de Aubusson, gran maestro y salvador de Rodas, le confirió la púrpura cardenalicia. Distinguíase, dice Novaes, lo mismo como prelado, que como héroe (1). Cuando la promocion de este varon esclarecido, el Papa nombró tambien cardenal á Juan de Médicis, [papa despues bajo el nombre de Leon X.

En el entretanto, una discordia imprevista tenia divididos los ánimos en la corte turca de Constantinopla. Mahometo habia dejado dos hijos, los cuales se disputaban el trono. Dgem hacia valer, para suceder á su padre, una pretension anteriormente abrigada por los príncipes griegos de Bizancio. Era por-

(1) Novaes dice aquí en una nota que el padre Bouhours ha escrito la vida de este guerrero, y la califica de primer modelo de la verdadera biografía.

*sirogénito*, ó nacido en las salas de pórfiro, es decir, en el palacio de Constantinopla, durante el reinado de su padre, y por esta circunstancia, se creía con superior derecho al de su hermano mayor que, en su concepto, era hijo de un simple guerrero, y nacido tal vez bajo una tienda de campaña. Tan pueril distinción había sido suficiente en un país, dominado todavía por las sutilezas de los Griegos, para que se decidiese confiar esta cuestión dinástica á la suerte de las armas. Pero en un Estado despótico el único derecho real es el que se funda en la fuerza.

Dgem había combatido, y derrotado fué á pedir asilo á los caballeros de Rodas. Estos le habían enviado á Francia. Todos los enemigos de su hermano se lo disputaban para oponérselo al frente de un ejército, tales como Cait-Bey, soldan de Egipto, Matias Corvino, rey de Hungría, el mismo que había tenido la gloria de detener á Mahómeto II en medio de sus conquistas; Fernando, rey de Sicilia y de Aragón; Fernando, hijo de Alfonso el Magnánimo, rey efectivo de Nápoles, si se desestimaban las pretensiones de la Francia. Por otra parte, Bayaceto escribía á Carlos VIII que reclamase á Dgem. El consejo había resuelto enviar el príncipe turco á Inocencio; determinacion hija del prestigio de que disfrutaban los papas y de la confianza que inspiraban. En efecto, marchóse Dgem á la capital del orbe cristiano. El dia en que efectuó su entrada, un embajador del soldan de Egipto, que se encontraba en Roma, le salió al encuentro, y besó los piés de su caballo. Cuando fué presentado al papa Inocencio, el príncipe apoyó sus lábios en el hombro derecho del Pontífice. ¡Singular entrevista la de un príncipe turco, pretendiente al trono, y pidiendo asilo al jefe de la cristiandad!

Desde Carlos I de Anjou (1), hermano de San Luis, desde Felipe y Carlos de Valois, los papas, los barones napolitanos los Toscanos, los Venecianos, los Lombardos y los Genoveses, habían procurado atraer á los Franceses á Italia casi cada diez años. Luis I, Luis II, Luis III, de la primera casa de Anjou, el rey Renato, su hijo el duque de Calabria, y Renato de Lorena, venían personalmente, ó representados por lugartenientes, á

(1) *Italia*, 206.

intentar la conquista del reino de Nápoles con tropas francesas y aliados italianos. Finalmente, Inocencio había declarado de nuevo la guerra á Fernando de Nápoles, llamando en su ayuda á Carlos VIII, heredero de todos los príncipes franceses y uniéndolo á sus derechos los que resultaban de la donación del condé del Maine. Otros publicistas contemporáneos, prescindiendo por completo de esta donación, pretendían ser suficiente que la rama de los Valois, á la cual pertenecía Carlos VIII, estuviese emparentada con la primera rama de Anjou y lo probase remontando al tronco común, Luis el Leon, padre de San Luis y del primer conde de Anjou. Entre Luis el Leon y Carlos VIII había tan solo un intervalo de doscientos cincuenta y siete años (desde 1226 hasta 1483), ó sean, nueve generaciones.

Djem se hallaba, pues, en Roma, en donde había recibido del Papa una pomposa acogida, y Carlos VIII iba á empezar su expedición. En este intervalo de tiempo, Bayaceto intentó envenenar á Djem y al mismo Padre Santo. El sicario que había prometido cometer el crimen, se llamaba Cristobal Macrino. Había sido expulsado de Roma, y permanecía en Constantinopla. Desde esta ciudad fué enviado á Roma; mas, apenas entró en ella, cuando fué detenido, juzgado y sentenciado al suplicio reservado á los envenenadores.

En 1492, el Papa recibió la noticia de la toma de Granada, que al propio tiempo anunciaba la extincion del mahometismo en España.

En aquel ent onces presenció Roma un prodigio de erudicion. Pico de la Mirándola que á la sazón tenía 24 años, propuso nuevecientas cuestiones sacadas de los autores griegos, latinos, hebreos y caldeos, y directamente relacionadas con todas las ciencias. Pero varios puntos de estas controversias parecieron contrarios á las doctrinas de la Iglesia, lo cual dió motivo á que el Padre Santo condenase esta clase de discusiones y la obra en que se hallan consignadas (1).

Pero, bajo el pontificado siguiente, estas obras que, segun

(1) Las obras de Pico, *este monstruo sin tacha (mostro senza vizio)*, como le llama Escaligero, se publicaron en Basilea en 1573 y en 1607, acompañadas de su biografía.

todas las apariencias habian sido corregidas, fueron aprobadas por una bula de 13 de junio de 1493.

El Pontífice revolvia en su mente nuevos esfuerzos para propagar la religion; pero se hallaba aquejado de graves dolencias que le llevaron al sepulcro en 26 de julio de 1492, despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de siete años, diez meses y veinte y siete dias. Fué enterrado en el Vaticano.

Bajo este pontificado descubrió Cristóbal Colon el nuevo mundo.

Inocencio tenia un aspecto distinguido, y su estatura era elevada y elegante. Gustaba de aliviar ajenas cuitas y estrecheces, y era aficionado á estimular con dádivas y mercedes á los hombres de letras.

Antes de abrazar la carrera eclesiástica, habia casado con una Napolitana, y dos hijos suyos aun vivian cuando fué nombrado Papa. Uno de ellos, Franceschetto, fué enriquecido por su padre de una manera intachable. Se le ha achacado la creacion y subsiguiente venta á subido precio de nuevos cargos; pero preciso es convenir en la necesidad de estos cargos, y tampoco se puede negar, en honor de la verdad, que las necesidades crecientes de la Iglesia habian agotado hasta tal punto el tesoro, que la tiara principal, adornada de preciosa pedrería, habia tenido que ser empeñada por una suma considerable en manos de varios comerciantes de Roma.

Solo poseemos dos medallas de Inocencio VIII. INNOCENTIVS VIII. PONT. MAX.

El Papa se halla representado con la tiara en la cabeza. La primera tiene sus armas. El escudo es de plata con cruz de gules. El campo se halla superado de la tiara, encima de la cual se cruzan las dos llaves; al rededor se lee: ANNO DOMINI MCDLXXXIV.

La segunda medalla representa al Papa sentado en su trono. Junto á él hay un cardenal sentado, y al lado opuesto, otro en pié. A las plantas del Padre Santo hay un príncipe de hijos (1). Al rededor se lee: EXOE BENEDICTVR HOMO. En el exergo, ROMA. «*He aquí que el hombre será bendecido. Roma.*»

(1) Debe ser Fernando, hijo de Alfonso, duque de Calabria.

De Molinet presenta otra medalla: IVSTITIA. PAX. COPIA. «La Justicia, la Paz, la Abundancia.» La justicia tiene una balanza; la Paz, un ramo de olivo; la Abundancia, el cuerno lleno de frutos.

La Santa Sede quedó quince dias vacante.

### 218. Alejandro VI. 1492.

Alejandro VI, llamado antes Roderico Lenzuoli ó Lansol Borgia, nació en Valencia de España en 1.º de enero de 1431, siendo sus padres Geoffredo ó Jofre Lenzuoli, é Isabel Borgia, hermana de Calixto III. Este pontifice, que habia dado á Roderico sus armas y su nombre, le creó obispo de Valencia, y en 18 de setiembre de 1456, cardenal diácono de San Nicolas *in carcere*.

Concluidas las exequias de Inocencio VIII, se congregaron en el cónclave veinte y tres cardenales, y en 11 de agosto de 1492, eligieron á Roderico, que tomó el nombre de Alejandro VI, siendo coronado en 26 del propio mes, y tomando posesion en el mismo dia de San Juan de Letran. Mientras estaba delante del altar mayor, cayó desmayado en brazos del cardenal de San Jorge, accidente que produjo en la iglesia una especie de alboroto; hiciéronle tornar en sí, arrojándole agua á la cara.

Desde la enfermedad de Inocencio hasta la coronacion de su sucesor, se habian cometido impunemente en el Estado eclesiástico mas de doscientos asesinatos. Alejandro nombró cuatro comisarios encargados de instruir la causa, declaró que el martes de cada semana oiria personalmente las quejas de las familias, é hizo justicia á todos de una manera que excitó una viva satisfaccion entre el pueblo.

Preciso es convenir en que los trabajos de Borgia tuvieron por objeto primordial los asuntos de España. Erigió en metró-

poli su antiguo obispado de Valencia, y lo dió á César Borgia, hijo suyo, y obispo entonces de Pamplona.

En 31 de agosto de 1492, creó cardenal á Juan Borgia, sobrino suyo materno.

Fernando V, rey de Castilla y de Aragón, acababa de destruir el antiguo poderío de los Sarracenos en España, poderío que habia durado 780 años. Conquistado el reino de Granada, Fernando habia expulsado de España á 800,000 judíos y Sarracenos, y para llegar á esta expulsion los Españoles habian tenido que dar unas cinco mil batallas durante cerca de nueve siglos. Por otra parte, la Península no quedó libre de estos enemigos hasta el reinado de Felipe III, en 1610, que se vió obligado á expulsar á mas de 900,000 hombres. Y si los judíos y los Sarracenos no hubiesen sido derrotados en Mauritania, ciertamente hubieran conquistado por completo á la España, esclavizado á los mas esforzados Españoles, y destruido el cristianismo en este bello país.

Se ha dicho que en esta época se habia establecido en España el tribunal de la inquisicion para castigar á los que por política abrazaban la religion cristiana, profanándola despues con una horrible mezcla de judaismo y de mahometismo. Pero ya hemos visto que este tribunal fué establecido en España bajo el pontificado de Sixto IV. Podíase decir que Alejandro no invalidó la bula de su antecesor.

Iba á promoverse otra guerra con motivo de los nuevos países descubiertos por los reyes españoles y por los portugueses. Cada uno de estos soberanos reclamaba su propiedad absoluta, y acerca de varios puntos abrigaban la misma pretension. Alejandro quiso prevenir las hostilidades, mandando á varios comisarios que se ocupasen en una distribucion que pudiese contentar á entrambas partes.

Juan II, rey de Portugal, sostenia obstinadamente que todo el nuevo mundo, sin excepcion, le pertenecia, á consecuencia de las concesiones de los pontífices romanos, y especialmente de Eugenio IV. Fernando se apoyaba en una concesion ulterior hecha por Alejandro. Este hizo tirar, desde el polo septentrional al central, una línea que se estendia mas allá de las Islas del Cabo Verde en un espacio de treinta y siete grados, y

dividió de este modo la superficie de la tierra. La situada á Levante la dió á Juan II, en razon de la antigüedad de su derecho, y la que mira á Poniente fué concedida al rey Fernando, confirmándole además el título de rey Católico atribuido ya á este príncipe por Inocencio VIII. Fernando, adquirió además, el derecho de poner bajo su autoridad el Africa, y de poder, cuando la habria subyugado, añadir á sus títulos el de Africano.

El consejo de Carlos VIII que, como se ha visto, habia obtenido la aprobacion de la córte romana en los debates relativos á la sucesion de Nápoles, continuaba haciendo formidables preparativos de guerra. Alejandro, temeroso de tal vecindad, y para impedir que el monarca emprendiese su viaje á Italia, formó una liga con los Venecianos y el duque de Milan.

En una promocion de cardenales, Alejandro confirió la púrpura á su hijo César Borgia. No se hablaba en Francia mas que de la ocupacion de Nápoles; Alejandro envió á Carlos, en calidad de legado, el cardenal Piccolomini para evitar esta expedicion. El príncipe contestó que gran número de señores napolitanos, comprometidos por haber tomado anteriormente la defensa de los intereses de la Santa Sede, llamaban á los Franceses á Nápoles. Alejandro persistia en su opinion, y el rey aseguró que apelaria de esta cuestion al futuro concilio. Alejandro le amenazó con una formal excomunion y con las censuras eclesiásticas, conforme á un decreto de Pio II.

Carlos VIII empezó una especie de marcha triunfal (1), porque no encontró enemigos.

Varios autores italianos nos han conservado la descripcion del ejército francés, que hemos hecho tambien nosotros en otro lugar. Jove dice que este ejército era el mas *altivo y furioso en armas, rostros, continente, vestido y actitud*; que era cosa espantosa ver á tanta multitud de Franceses, Alemanes y Suizos. Carlos VIII entró en Roma el dia 31 de diciembre de 1494. Aquí copiaré á Novaes (2). «Intimidado el Papa por su llegada, y acompañado de los cardenales Orsini y Carafa, fué á habitar

(1) Italia, 210.

(2) IV, 98.

el castillo de San Angelo. Durante este tiempo algunos cardenales intentaron declarar judicialmente que el Papa habia subido al pontificado por medio de la simonía, y que habia llevado en él una vida reprehensible. El monarca francés, á quien los Romanos habian entregado las llaves de la ciudad, prefirió tolerar al jefe de la Iglesia, aunque culpable, antes que promover un cisma destronándolo, y por esto, en 1495, firmó un tratado con él, con algunas condiciones contrarias á la majestad pontificia.»

Si en el número de estas condiciones indignas cuenta Novaes el pago de una contribucion en oro, debemos advertir que no fué considerable, y que el rey tuvo la generosidad de dejarla inmediatamente á la disposicion de Francisco de Paula, canonizado posteriormente por Leon X, quien, con esta suma, compró el terreno que sirve hoy dia de solar al convento francés de la Trinidad del Monte, largo tiempo habitado por los mínimos de nuestra nacion, y que actualmente pertenece á las respetables señoras francesas del *Sagrado Corazon*.

Es probable tambien que una de las condiciones impuestas á Alejandro fuese la entrega de Djem, hermano de Bayaceto. Este jóven turco, en testimonio de su gratitud, cuando fué presentado al rey, le besó la mano y el hombro derecho.

Despues del tratado, Alejandro, á instancias del rey Carlos, celebró la misa en el Vaticano el dia de los santos Fabian y Sebastian.

El rey cristianísimo se sentó al lado del primer cardenal obispo (1), y asistió al Papa en el lavatorio despues de haberle besado los piés.

El dia 25 de enero, marchó Carlos á Nápoles, llevando á su izquierda al cardenal César Borgia, que si bien iba en apariencia á título de legado, realmente era en calidad de rehenes.

Fugóse César de Veletri, y regresó á Roma.

Carlos entró en Nápoles el dia 21 de febrero de 1495. No pocas veces las faltas empiezan el dia siguiente del triunfo (2). Carlos VIII, despues de coronado y de [haberse revestido los

(1) Novaes, VI, 91.

(2) Italia, 212.

ornamentos imperiales, que nunca se habían concedido á Carlos I, hermano de San Luis, estuvo léjos de gobernar al país con acireto. Aquel ejército de naciones diversas exigió contribuciones que fueron una terrible carga para los habitantes. Determinóse en el consejo que el monarca volveria á Amboise. Al saber esta noticia, el pueblo napolitano, seguro ya de que Nápoles se veria privada de una córte, de la régia pompa y de sus consiguientes gastos, y de que bien pronto entraria en la categoría de provincia francesa, no pudo menos de mostrarse altamente disgustado.

Carlos dejó á Nápoles y tomó el camino de Roma. El Papa, no queriendo firmar nuevos y mas onerosos tratados, se marchó á Perugia, con intencion de buscar un asilo en Venecia si el peligro acrecia. El rey permaneció únicamente dos dias en Roma, buscando ocasion de hablar al Sumo Pontífice cuando hubo llegado á Viterbo, y no pudo obtener una entrevista. Sin embargo, el príncipe renunció á las ventajas mas importantes estipuladas en el tratado anterior. Todo lo demás concerniente á la expedicion de Carlos VIII no pertenece á nuestro relato.

El Papa tuvo, en 1496, la satisfaccion de recibir como embajador de Constantino, rey de Georgia, á Nilo, monje de san Basilio, encargado de prestar homenaje de obediencia al Sumo Pontífice. Pedíale Nilo socorros contra los Sarracenos, y deseaba tambien obtener una copia del decreto del concilio de Florencia, por el cual habian sido condenados los errores de los Griegos, y del acta de su reunion con la Iglesia romana, que el rey Constantino queria reconocer desde entonces como la única verdadera. En contestacion á la demanda del prelado, el Papa envió el decreto que establece que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como de un principio único, y que ordena reconocer la primacia del Pontífice romano sobre todas las Iglesias del mundo.

Las relaciones del Papa con el rey de Francia habian mejorado notablemente. Alejandro confirmó, á instancias de Carlos VIII, la órden de los caballeros de san Miguel, instituida por Luis XI.

Florencia se hallaba á la sazón vivamente agitada por las predicaciones de Jerónimo Savonarola, dominico de Ferrara,

que excitó al par que las mayores simpatías, los mas profundos sentimientos de odio. Unos le apellidaban malvado y revoltoso, otros santo, profeta y mártir. Novaes suscribe á la opinion de Bercastel: «Me parece muy acertada, dice, la opinion de Bercastel acerca de este *célebre desgraciado* (1), cuya osada lucha contra Alejandro no tiene excusa, por vicioso que este fuese. Savonarola no fué ni un hereje ni un mártir, y cuantos le dieron una y otra calificacion solo tuvieron puesta la mira en su propio interés. Parece que en algunos períodos de su vida se dejó arrastrar por un exaltado fanatismo, y *mas merecia un calabozo que la hoguera.*»

Con gran menoscabo del decoro pontificio, Alejandro intentó transferir á sus hijos la herencia de san Pedro. Por una bula de junio de 1497, erigió en ducado el principado de Benevento, y lo dió, junto con la ciudad de Terracina, á Juan Borgia, duque de Gandía, otro hijo suyo. Todos los cardenales que asistian al consistorio secreto consintieron en esta enajenacion, excepto el cardenal de Siena, que se opuso á ella constantemente con intrépido valor. Pero Juan Borgia no disfrutó mucho tiempo de este favor, porque casi todos los historiadores están acordes en que fué asesinado por su propio hermano César, y arrojado al Tiber, del cual le sacaron cubierto de heridas mortales, sin poderle volver á la vida.

Profundamente angustiado Alejandro, y recordando algunos actos que le habian conducido al solio pontificio, tuvo por algun tiempo intencion de abdicar, y consultó sobre el particular á Fernando, rey de España. Este príncipe le con testó que era necesario dejar *madurar* semejante proyecto, tratándose de un asunto tan trascendental. El Sumo Pontífice meditaba por otra parte un cambio de conducta, y queria restituir á la disciplina eclesiástica su primitiva pureza, y restablecer un estado de cosas mas satisfactorio en la situacion del pueblo cristiano (2). Este proyecto tuvo algunas consecuencias. Una diputacion de seis cardenales, conocidos por la santidad de su vida, se encargó de redactar leyes santas, pero no fueron ejecutadas. Luego que calmó poco á poco el dolor que habia

(1) Hist. de la Iglesia, tomo XVI, pág. 599.

(2) Novaes, VI, 96.

sentido el Pontífice por la muerte del duque de Gandia , suspendió la ejecucion de estas sábias leyes , socolor de que lastimaban la libertad pontificia. Entretanto espidió á su hijo César Borgia á Nápoles para que colocase la corona real en las sienes del nuevo rey Federico , hijo de Fernando II de Aragon , que la recibió con magnífica y suntuosa solemnidad.

En 1498 , Alejandro promovió al cardenalato á Jorge de Ambois , llamado *el Viejo* , para diferenciarle de su sobrino , creado por Paulo III en 1545. Jorge era á la sazón arzobispo de Ruan y primer ministro del rey Luis XII.

Para no separar la provincia de Bretaña del reino de Francia , Alejandro , á instancias de Luis XII , anuló el matrimonio que este príncipe habia contraido con Juana de Valois , duquesa de Berri , hija de Luis XI y hermana de Carlos VIII. Segun asegura Novaes , algunas personas piadosas reprobaron esta complacencia , pero añade en seguida que esta separacion fué decidida con imparcialidad y circunspeccion por ocho obispos y no pocos afamados doctores , encargados de examinar la causa. El Padre Santo , ajustándose á sus determinaciones , permitió á Luis que casase con Ana de Bretaña , viuda de Carlos VIII. Movida Juana por su heroica virtud , consintió en el divorcio , y se retiró á Bourges , en donde fundó la órden de la Anunciada , bajo la regla de San Francisco. Eran en ella dignos de notar varios estatutos , sacados de las principales virtudes de la Virgen santísima , consignadas en el Evangelio : entre otros , el décimo estatuto está sacado de estas palabras : *Stabat juxta crucem Jesu mater Dei*. Para corresponder al inmenso dolor de María , ordenó el ayuno todos los viernes y sábados. El hábito de las religiosas fué prescrito por la bienaventurada fundadora , y debia tener tres colores en conmemoracion de los tres colores de los vestidos que llevaba Jesus en el dia de su pasion. La órden fué aprobada por Alejandro en 1501 , y confirmada luego por los pontífices Julio II y Leon X (1).

(1) Esta órden de la Anunciada se ha generalizado mucho en Francia y en Flandes , bajo la direccion de los Franciscanos. La fundadora

A fines del último año del siglo xv, Alejandro, ajustándose al uso seguido por sus antecesores, desde Bonifacio VIII, anunció la fiesta del jubileo, que fué celebrada en el año 1500. Prohibió á cualquier cardenal el ausentarse de Roma; quiso que una calle mas ancha y cómoda condujese desde el castillo de San Angelo á San Pedro. Esta calle se llamó Alejandrina, tomando el nombre del papa, y es la misma que hizo en 1505 Julio II, y que actualmente se llama *Borgo nuovo*.

En el año del jubileo, Alejandro estuvo en peligro de muerte el dia de san Pedro. Desplomóse con grande estruendo una enorme chimenea del palacio del Vaticano, rompiendo el techo de la cámara en donde se hallaba el Sumo Pontífice; quedaron aplastadas muchas personas, y lo mismo hubiera acaecido al Papa, si la principal viga que cobijaba el asiento de Alejandro, no hubiese resistido al desplome.

En 25 de julio el Papa visitó solemnemente la iglesia de la *Madonna del Popolo*, para dar gracias á Dios por haberle salvado de una catástrofe que tenia visos de inevitable.

Alejandro creyó oportuno confirmar el decreto de Calixto III, su tio, que mandaba tañer tres veces las campanas al mediodía, á fin de que, mediante la salutacion angélica, obtuviesen los fieles la ayuda de Dios contra los turcos. El uso de tocar las campanas en las misas mayores, antes y despues de la elevacion, empezó en Sicilia, y fué adoptado posteriormente en toda la cristiandad con motivo del sacrilegio cometido en aquella isla por Juan Bautista Rizzio. Este fanático, en el dia de Pascua (1513), arrancó la hostia consagrada de manos del celebrante, haciendo esfuerzos inútiles para romperla con las suyas. Arrancáronse la entera todavía, enseñáronla al pueblo, que se arrojó furioso sobre aquel sacrilego, y le inmoló á la vindicta pública, sin querer esperar el fallo de tribunal alguno. Determinóse entonces en Sicilia, que se echarian al vuelo las campanas al empezar el prefacio y al alzar la hostia, para invitar á los fieles á acudir en mayor fué beatificada por Benedicto XIV. La órden de la Anunciada de Italia, vulgarmente llamada de las *Turchine*, fué fundada cien años despues de la de Francia.

número al templo, y evitar de esta manera la reproduccion de ináuditos atentados.

Djem poco tiempo hacia que habia fallecido, con gran sentimiento del rey Carlos VIII. Algunos pretenden que murió envenenado. Desportes en la biografía universal (1) se explica sobre el particular del modo siguiente: « Este príncipe malogrado murió víctima de una disentería, enfermedad muy frecuente y poco menos que inevitable en un ejército algo numeroso y en un clima que le era extraño.... De todas las acusaciones resulta una oscuridad que debiera haber inspirado menos confianza á los copistas, y hacerles á todos observar la reserva del presidente Hénault, que cuenta este suceso como un rumor público, sin darle la importancia de un rumor positivo.

La vida de Djem era preciosa para cuantos debian temer á los turcos. Alejandro, mas que otro alguno, sabia cuan útil era para la Santa Sede y para la Francia la custodia de tal rehen. ¿Quién podia ignorar que fallecido Djem, cualesquiera que hubiesen sido las promesas de Bayaceto no las cumpliría fielmente, puesto que su religion le quitaba casi todo escrúpulo para la ejecucion de los tratados con los cristianos? No trataremos de disculpar á Alejandro en otras circunstancias, pero en esta merece excusa. Carlos marchaba hacia Nápoles y de todos modos debia pasar por Roma y visitar al Papa. Carlos le dejó en Orvieto, porque no juzgó á propósito seguirle hasta allí. Fácil le hubiera sido entonces apoderarse de la persona del Papa, si tal hubiese sido su deseo. En esta estradicion de Djem envenenado habria habido una complicacion ofensiva, un ultraje mas, una falta de cumplimiento formal á uno de los artículos mas nobles del tratado. No: Djem no murió víctima del veneno, sino de las fatigas, del dolor, de la ira y amarga tristeza, viéndose á remolque de un ejército que, al fin y al cabo, si se hubiese llevado á feliz término la expedicion de Nápoles, tenia puesta la mira en la conquista de Constantinopla: de un ejército del cual casi todos eran jefes, aunque pareciese mandado únicamente por el rey de Fran-

(1) *Biog. univ.*, I, 325.

cia. Príncipe mero y á merced de ambiciosos, entre los cuales no faltaba quien hasta en la tiara tenia puestos los ojos; era sin embargo sugeto muy prudente, calidad que no siempre evita faltas.

Libre, al fin, Bayaceto del miedo que su hermano le inspiraba, declaró la guerra á los venecianos. Alejandro (y hé aquí una prueba mas de su inocencia en este asunto) tomó la defensa de los venecianos, y amenazó á Bayaceto con una guerra general de los cristianos contra el imperio turco.

Diráse, tal vez, que habia inteligencia entre el turco y algunos ministros de Roma (1). Existen imposibilidades marcadas, y no conviene crear fantasmas que pueden conducir á imperdonables absurdos y á injusticias flagrantes. Bayaceto suspendió sus preparativos de guerra, contentándose con el regocijo que le causó la muerte de un rival, que por otra parte, ajustándose al derecho público de los efendis, carecia de toda razon para revindicar la corona, porque esto no entraba en los usos de los griegos vencidos, que los turcos vencedores acostumbraban diferir, ya que todavía empuñaban la cimitarra.

De todas maneras, si bien Bayaceto habia podido suspender sus preparativos, el genio de su nacion rechazaba la duracion de esta tregua. Las conjuraciones locales, y especialmente las del ejército, exigian imperiosamente la continuacion de la guerra. Bayaceto determinó atacar á los cristianos, y empezó por la toma de Modon, ciudad de Morea, perteneciente á los venecianos.

Alejandro excitó de nuevo á los católicos á mostrarse mas unidos y mas celosos por su religion. Hasta llegó á declarar que si el rey de Francia ó el de España se decidian á capitanear la cruzada, el mismo formaria parte de ella.

Tan belicosas disposiciones cedieron bien pronto á aquel obstinado nepotismo que señoreaba el corazón de Alejandro. Probablemente creyó que su querido sobrino César no se hallaba todavía bastante ahito de mercedes, ni poseia bastantes

(1) Hay perfecta inteligencia entre los malvados antes del crimen para cuya perpetracion están de acuerdo: raras veces la hay despues de cometido: y aquí empieza el castigo de todos ellos.

principados : probablemente creyó que este mónstruo no habia cometido bastantes crímenes, ó mas bien quiso alejarle de su presencia (1): César fué nombrado duque de la Romanía.

Alejandro tenia tambien una hija, Lucrecia Borgia, que recibió una especie de poder para gobernar á Roma durante una ausencia de su padre. Hablaremos otra vez de esta princesa, bajo el reinado de Leon X.

César Borgia, creado por la Francia duque de Valentinois, cometia en la Marca crímenes que excitaban un sentimiento de horror; y aseguradamente no se hubiera detenido en este camino de abominacion, si Dios no hubiese derribado un poder que tan terribles calamidades debia reportar á la Iglesia. Alejandro cayó enfermó, y despues de siete dias de fiebre maligna, falleció en 18 de agosto de 1503, á la edad de 72 años, despues de haber reinado por espacio de once años y ocho dias; siendo enterrado en el Vaticano en la capilla de Calixto III, su tio, desde donde fueron trasladados entrambos, en 1610, á la iglesia de Santa Maria in Monserrato.

Novaes no dá crédito á la tremebunda historia de los venenos preparados para cardenales y servidos á César y Alejandro, por una confusion de botellas, muy ingeniosamente inventada. Novaes tiene razon: ninguno de los *diari* contemporáneos hace mencion de estas paparruchas. Alejandro murió en su lecho, de la fiebre, y los rumores contrarios solo se han propagado despues de las empresas de Lutero, tan desgraciadamente protegidas por los intereses políticos de los príncipes alemanes. Desportes se explica de la manera siguiente acerca el falso envenenamiento de Alejandro (2).

« Las supuestas circunstancias de la muerte de Alejandro, no han excitado menos dudas. El mismo Voltaire á quien no se podrá sospechar de parcialidad en favor del Papa, combate esta asercion con la mayor vehemencia en su disertacion sobre la muerte de Enrique IV: « Me atrevo

(1) Alejandro debia precisamente mirar con horror á César. Hemos visto, pág. 78, que un hermano de este infeliz, el duque de Gandia, era muy querido de Alejandro por sus bellas dotes. Esto bastó para que César le hiciese asesinar.

(2) *Biog. univ.*, I, 525.

á decir á Guichandin, — exclama: — habeis engañado á la Europa, y la pasion á su vez os ha engañado: erais enemigo del Papa, y habeis dado demasiado crédito á vuestro ódio y á las acciones de su vida. Cierto es que habia ejercido venganzas crueles y pérfidas contra enemigos tan crueles y pérfidos como él.» Estas pocas palabras de una discusion histórica, que es inútil citar entera, porque cada lector puede verla, contiene el juicio imparcial que se puede emitir acerca de este período de la vida de Alejandro.»

He aquí el de Feller: «Los protestantes (1) han opuesto frecuentemente á los católicos los vicios de Alejandro VI, como si la depravacion de un pontifice pudiese recaer sobre una religion santa: como si el cristianismo, por ser obra de Dios, debiese aniquilar en sus ministros los gérmenes de las pasiones humanas. Lo que hizo vicioso á Alejandro VI, no fué la tiara, sino su carácter. Lo hubiera sido de la misma manera en cualquier puesto que hubiese ocupado; la Providencia permitió que sus crímenes no trastornasen la Iglesia, y que en tan críticas circunstancias no hubiese cismas ni heregías que combatir. A contar principalmente desde Alejandro, los papas empezaron á representar un papel en el mundo como príncipes seculares (Aquí Feller debia mirar una época anterior). Los que le han comparado á Neron, ignoran que la política de Alejandro fué tan hábil como insensata la de aquel emperador. La bula *Inter cætera* que reparte las tierras nuevamente descubiertas entre los monarcas de España y de Portugal, ha dado origen á no pocas y desmañadas declamaciones sobre el poder temporal del papa. Prescindiendo de que este poder era entonces una opinion acreditada, es perfectamente natural no ver en esta bula mas que una decision conciliatoria, propia para zanjar disputas y evitar guerras entre dos príncipes poderosos. Lo que al parecer suena como una verdadera concesion, no es mas que el lenguaje de un árbitro que habla en un debate y que fija los lotes de los contendientes. En lugar de reprobar semejante decreto ¿no seria mas acertado echar de menos aquellos tiempos en que los pontífices,

(1) I, 112.

con una sola palabra, cimentaban la conducta de los reyes, y en que á la voz del padre comun de los cristianos quedaban destruidas, sin resistencia ni estrépito, las semillas de las mas largas y desastrosas contiendas?»

Alejandro estaba dotado de un ingénio perspicaz y de una feliz memoria: era elocuente, y si bien no cultivaba las letras, las profesaba cariño y recompensaba á los sábios: trataba con magnificencia á sus tropas, que eran numerosas, y él fué, segun Novaes, el primer pontífice que puso á sus sucesores en estado de figurar en el mundo como soberanos. Novaes aprueba aquí en varios puntos el sentir de Feller; pero en todas las vidas que preceden, se encuentran pontífices á quienes sus propias armas han defendido y que han salvado los Estados vecinos por una proteccion particularmente guerrera (Véase por de contado el reinado de san Leon IV, II, 15, y otros pontificados no menos gloriosos bajo este aspecto). Sus placeres nunca le distrajeron de sus negocios, y su malicia en nada enervó su valor; pero su conducta en general, es mas digna de vituperio que de alabanza. Su vida fué mas bien la de un émulo del conquistador Alejandro, cuyo nombre adoptó Borgia por orgullo, que la del vicario del buen Pastor, único modelo en el cual debia este papa tener puesta la mira. Algunas calidades naturales y otras virtudes mas aparentes que verdaderas, (1) no podian hacer olvidar los vicios que todos los autores, incluso varios analistas sagrados (2), achacan á Alejandro, á quien acusan de avaro y cruel, de haber obtenido el pontificado á fuerza de dones y promesas, de haberse entregado al libertinaje, y á quien han convencido de haber hecho reconocer durante su pontificado á cuatro hijos y una hija, frutos todos de un adulterio no interrumpido con Lucrecia Vannozia, famosa cortesana y mujer de Domingo Arignani, uno de los grandes de Roma.

En una palabra: la Iglesia romana, gobernada por este jefe vicioso, deploró tanto mas tamaños crímenes y desafueros,

(1) Novaes, VI, 117.

(2) VI, Novaes, idem. ¿Podrá tildárseme de haberme dejado arrastrar de un zelo absurdo y de contradecir la historia, cuando tales pasajes se encuentran en un libro impreso y aprobado en Roma?

en cuanto nunca, aun en los tiempos mas calamitosos, les habia visto entronizados.

Para formar una apreciacion afinada de la historia de Alejandro, se puede consultar á Burcardi, *Historia arcana*, dada á luz por Leibnitz, Hannover, 1497 en 4.<sup>o</sup>; al *Diarium curiæ romanæ*, inserto en el curso de historia de la edad media de Juan Eckard, tomo II, pág. 2017, y á Jerónimo Porcio en sus comentarios sobre Alejandro VI, Roma, 1493, en 8.<sup>o</sup>.

No hemos sido indulgentes con Alejandro, es preciso, despues de esto, convenir en que la época en que vivió era todavía época de crímenes, y que aun que acompañados de los beneficios de una civilizacion mas señalada, no se veia entonces reinar al bienhechor Luis XII.

El hijo de Alejandro, que se hacia llamar César, era todavía mas odioso que su padre.

Permítaseme reproducir aquí el juicio que acerca de este miserable, emití en otra obra histórica (1).

Se trata de la mision del secretario florentino, encargado de estudiar la naturaleza del gobierno de César. Disculpo á Maquiavelo y á los florentinos por haber tomado parte en los crímenes de Borgia (2), y añado:

«Quien debe cargar con todo el peso de la infamia, es este Borgia, este genio del mal, este hombre impenetrable, que conspirando siempre solo, nada tenia que temer de indiscretos ni traidores; este tirano que, mas que Vitellozzo, su víctima, era la antorcha de Italia, el azote de esta bellísima region. Sabia aprovecharse perfectamente del apoyo que en Roma le prestaba una autoridad que olvidaba las máximas evangélicas, y que tantos desastres ocasionaba por esto á la Iglesia, preparando los que muy pronto debian aquejarla.

A César Borgia deben atribuirse todos estos crímenes. Este mónstruo, nacido en España, criado en Italia, titulado en Francia, no pertenece á ninguna de estas naciones: las tres le han repudiado.

Este miserable sin patria, especie de bandido en el trono;

(1) *Maquiavelo, su genio y sus errores*, tomo 1.<sup>o</sup>, pág. 116.

(2) Borgia, cardenal en 1493, habia sido secularizado en 1498.

sin padre, puesto que no podia nombrar al suyo, no estaba desprovisto de cierto talento, de alguna elocuencia y de regular manejo en los negocios: hasta sabia castigar justamente, como lo prueba el suplicio de Ramiro, que habia cometido, sin óden suya, execrables maldades. Pero estas últimas consideraciones sólo le sirven de mayor oprobio, por no haber sabido cimentar una autoridad que tantas potencias protegian, sobre las bases de lealtad y pundonor, y sobre aquellas virtudes de que eran dechado algunos monarcas contemporáneos.

Describiremos tres medallas de Alejandro VI. Las tres tienen idéntica efigie: ALESSANDRO VI PONT. MASS. Haremos notar aquí, que se ha hecho uso de la lengua italiana. La cabeza del Papa se halla cubierta de un simple birrete blanco.

La primera medalla representa las armas de los Borgia; pero aquí *el buey* está colocado de distinta manera en el escudo en donde figura á derecha en campo de oro, á izquierda tres bandas de oro, y tres de plata. Al rededor se lee: RODERICO. LENZUOLA. BORGIA. S. P. MCDXCII. *A Roderico Lenzuola, Borgia, Soberano Pontifice 1492.*» Esta medalla fué acuñada en el momento de elegir á Alejandro.

La segunda representa la apertura de la Puerta Santa en 1199. Hemos visto ya este exergo bajo el pontificado de Sixto IV: CITA APERITIO, etc. De Molinet no ha tenido conocimiento de esta medalla.

La tercera es repetición de la que hemos visto bajo el reinado de Nicolas V: RESERAVYT ET CLAUSIT, etc. El Papa cierra la Puerta Santa en 1500.

De Molinet trae además las dos medallas siguientes. En el exergo de la primera se lee: CORONAT. «*Corona*». El cardenal diácono corona á Alejandro: rodéanle cardenales, y á la derecha guardias, uno de ellos á caballo.

En el campo de la segunda se vé el *buey* Borgia, al cual presenta un ángel una especie de yugo, segun algunos autores: segun otros, no es un *yugo*, sino una vela, alusion á la palabra Lenzuola. Al rededor se lee: OB. SAPIENTIAM. CUM. FORTUNA. CONIVNC. «*A causa de la sabiduria unida á la fortuna* (1).

(1) En este grabado de Molinet ha puesto COM en lugar de CVM.

De Molinet, por el *yugo*, entiende la regencia y el gobierno de toda la Iglesia; y si se admite que se trata de una vela, quiere ver que la sabiduría del pontífice hizo vogar su navío á todas velas. Algunos escritores, sin reparar en estas palabras *ob sapientiam*, sostienen que se trata del yugo que se quería imponer á la voluntad del Pontífice. Pero las medallas eran una especie de actas oficiales, y no admitían chanza ni epígrama alguno. La vela era ciertamente una lisonja, y en semejantes tiempos son mas frecuentes las lisonjas que las lecciones.

Volvamos á la palabra *sapientiam*. Policiano dice, hablando de Alejandro: *In te siquidem sapientia singularis, præstans animi magnitudo, qua mortales omnes crederis antecellere.* «Hay en ti una sabiduría singular, una grandeza de alma distinguida, por la cual se cree que sobrepujas á todos los hombres.» Esto indudablemente era cierto antes de finir el pontificado.

La Santa Sede se halló vacante un mes y tres dias.

### 219. Pio III. 1503.

Pio III, cuyo nombre de pila era Francisco Todeschini Piccolomini, nació el dia 9 de mayo de 1439, en Siena; siendo sus padres, Nanno Todeschini, hombre muy acaudalado, de Sarteano (condado de Siena); y Laodimia Piccolomini, hermana de Pio II. Este último papa adoptó á Francisco y le dió el nombre y las armas de los Piccolomini. Todavía en la actualidad, esta familia, que lleva el título de los condes de Cevalano, príncipes de Valle, existe en Nápoles, en donde es conocida bajo el nombre de Piccolomini de Aragon, porque Angel Piccolomini se ha casado con María, hija del rey de Nápoles, Fernando.

Francisco se aplicó desde sus verdes años al estudio de las letras y del derecho, y fué recibido doctor en la Universidad de Perugia; su tío, Pio II, le dió el arzobispado de Siena

en 1460. Francisco no tenia entonces mas que veinte años. Bien pronto y en el mismo año, el Papa le creó cardenal diácono de San Eustaquio.

Mozo aun, fué enviado como legado á la Marca y obtuvo el mismo título en Roma, cuando su tio Pio II marchó á Ancona.

En los últimos años del pontificado de Paulo III, fué enviado Francisco á la córte del emperador Federico, y en presencia de este príncipe y de los grandes de Alemania, defendió esforzadamente los derechos de la Iglesia delante de los miembros de la dieta de Ratisbona.

Llamado á Roma por Sixto IV, conservó en esta ciudad la reputacion que le habian grangeado sus costumbres irreprehensibles. Inocente VIII juzgó conveniente enviarle á Umbria, en donde debia restablecer la paz, turbada por algunas facciones.

Alejandro VI le expidió en calidad de legado á Carlos VIII, que marchaba contra los aragoneses de Nápoles; pero el rey no quiso verle, por el odio que en Francia inspiraba Pio II, quien en las disidencias de los aragoneses y de los príncipes de la casa de Anjou, habia favorecido siempre á los primeros de una manera tal vez demasiado parcial.

Apenas falleció Alejandro VI, cuando César Borgia, duque de Valentinois, habia mandado saquear el palacio del Vaticano, robando mas de trescientos mil ducados. Esta violencia era efecto natural de la autoridad que los sobrinos se arrogaban, aun despues de muerto el Pontífice, su tio. Actualmente puede quedar alguna influencia de un primer ministro; pero cuando el anillo del pescador está roto, no existe ya familia que tiranice á Roma en nombre de un poder absolutamente extinto.

Borgia, á quien no queremos aquí considerar mas que como sobrino, fué todavía mas criminal. Al frente de doce mil hombres, para obligar á los electores sagrados á complacencias imposibles, se atrevió á asediar el castillo de San Angelo y hasta á atacar el Vaticano, en donde iba á abrirse el cónclave. Los cardenales para sustraerse á tan inminente peligro se reunieron en la iglesia de la Minerva. Allí, sitiados por Micheletto Coreglia, comandante de las tropas de Valentinois,

fueron libertados á nombre del pueblo romano, que tomó súbitamente las armas para defender el sacro colegio.

Valentinois, á ruego de los embajadores de Francia, de España y de Próspero Colonna, que vino expresamente á Roma, y por otra parte, atormentado por una fiebre cruel que no le permitía montar á caballo, ni menos dirigir una operacion militar, se hizo llevar á Nepi en una litera.

Mas tranquilizados los cardenales, hicieron tomar las armas á mas de cuatro mil romanos, y celebraron en el Vaticano los funerales de Alejandro VI.

Sin embargo, un ejército francés mandaba en Roma: encontrábase en esta ciudad, y debia continuar su marcha para atacar á los aragoneses en Nápoles, siempre por las obstinadas pretensiones del rey de Francia al reino napolitano. Los cardenales obtuvieron del general, que para dejar la libertad al sacro colegio, los franceses salieran de la ciudad.

Treinta dias despues de fallecido el Papa, halláronse congregados treinta y seis cardenales. Empezaron por establecer muchas convenciones que el nuevo Pontífice debia firmar y que reputaban necesarias para la reforma de la disciplina eclesiástica, ocupándose luego en dar un sucesor al Pontífice difunto.

Uno de los candidatos fué el cardenal Jorge de Amboise, arzobispo de Ruan. Pero oponíase á esta eleccion el recuerdo muy reciente de los papas de Aviñon. Persona de modales apacibles y de afable condicion, contaba además Jorge en apoyo de su deseo con el incontestable poderío de Luis XII, su señor, y con las eminentes y veneradas virtudes de este monarca esclarecido.

Por otro lado, el cardenal de La Rovere no ambicionaba menos la tiara. De Sponde y Oldoini relatan minuciosamente los medios de que La Rovere echó mano para chasquear la ambicion de Jorge, que le habia tomado por confidente.

Dispuestos estaban varios cardenales á apadrinar las pretensiones de su antiguo colega César Borgia, pretensiones no bien determinadas todavía. Otros formaban en las filas de facciones insignificantes. En fin, el dia 22 de setiembre de 1503, eligieron por unanimidad á Francisco Todeschini, Pallavicini,

que, en memoria de su tío, quiso llamarse Pio III. En 30 del propio mes fué ordenado de presbítero por el cardenal de san Pedro *in vincoli*, pues habia disfrutado del título de arzobispo de Sienna durante cuarenta y tres años, sin ser presbítero; lo cual era en aquellos tiempos posible; y por este motivo Pio II habia puesto al lado de su sobrino, en calidad de obispo sufragáneo, á Antonio Fatati que llenaba todas las funciones episcopales. Pio III fué consagrado obispo el día 1.<sup>o</sup> de octubre, en una cámara del Vaticano, y solemnemente coronado, el 18, por el cardenal Riario, en las gradas de San Pedro. No permitiéndole una llaga que en la pierna tenia, ir á caballo á tomar posesion de San Juan de Letran, tomola contra el uso en la iglesia Vaticana. Los judíos fueron llamados á presentar *la ley* en una sala del palacio. De este hecho extraordinario dá cuenta Cancellieri en su historia de los *possesi* hasta Pio VII (Véase pág. 54 de la obra del célebre analista romano.

El día despues de la eleccion hubo el consistorio, que hasta entonces nunca habia precedido á la coronacion. En él se trató de arreglar la paz entre el rey de Francia y el de España; y el Papa prometió emplear cuantos medios estuviesen en su alcance para restablecer la disciplina, y devolverla su antiguo esplendor, reformando tambien la corte romana en lo concerniente á los cardenales y á los ministros. El ejército francés continuaba cerca de la ciudad, y su permanencia imponia cargas á los habitantes de las cercanías. En 26 de setiembre, Pio le permitió que caminase hácia Nápoles, costean- do las murallas de Roma, sin atravesar la ciudad.

Al mismo tiempo, César recibió un salvo conducto para volver á entrar en la capital, pero sin escolta y sin tropas. Pretendia felicitar á los cardenales por la eleccion que habian hecho, diciendo que esta eleccion hubiera sido la suya, lo cual no es probable. Demasiado virtuoso era Pio III para que César pudiese profesarle cariño.

Los Orsini habian sido oprimidos bajo el reinado de Alejandro, y César se habia mostrado con uno de ellos un implacable verdugo. Esta familia irritada, viendo que el Papa se hallaba retenido en su lecho por la grave incomodidad que le habia impedido ir á San Juan de Letran, concibió el proyec-

to, á pesar del respeto debido al salvo conducto, de vengarse de las barbaries de César. Recientemente su capitán Coreglia habia pegado fuego al palacio principal de Orsini: este acto de crueldad, unido á las escenas de la Romanía, en donde, en 1502, Pablo Orsini, y Orsini, duque de Gravina, habian sido extrangulados por mandato de César y á pocos pasos de su aposento, habian hecho subir de punto el deseo de venganza en el ánimo de los jefes de esta poderosa familia. Armáronse y se fueron públicamente á provocar á César. El Papa, advertido de esta desobediencia á sus órdenes, hizo conducir á César al castillo de San Angelo, para que estuviese allí arrestado *sotto cortese guardia*. El consejo del Pontífice pensó que la ocasión era oportuna para pedir á César los principados que habia usurpado á la Santa Sede, ó que su padre injustamente le habia dado. Vióse reducido al solo asilo de una cárcel quien poco antes era el terror de Italia, que la tiranizaba *armato di francesi* (1).

Al mismo tiempo que Borgia fué encarcelado, restablecióse la paz en Roma y en el Estado eclesiástico, y pudieron continuar tranquilamente las ceremonias sagradas. La *guardia cortese* respondia de Valentinois (2).

De esta manera habia empezado Pio III su pontificado. Pero su salud era endeble, y de pronto la llaga de su pierna se le enconó. La opinion pública acusó entonces de un crimen innoble á Pandolfo Petrucci de Siena, tirano de esta república,

(1) *Armado de franceses*. Palabras textuales de Maquiavelo. He aquí lo que se gana, en detrimento de su nacion, demandando la intervencion agena en los asuntos propios. Para salir de un mal paso, para prolongar su permanencia en una comarca á la cual se tiraniza, se hace preciso utilizar intrumentos viles y odiosos; mereciendo que un hombre de ingenio busque y encuentre una de estas expresiones terribles que no son á primera vista, en los libros de historia, un insulto patente y grosero; pero que bien examinadas, bien pesadas, se convierten para el observador en una acusacion verdaderamente formidable, porque nuestros desgraciados franceses hacian allí el mismo papel que aquellos soldados plantados maquinalmente al rededor de un cadalso para asegurar la ejecucion de un acusado, reo tal vez de un delito politico que le cuesta la vida, porque tiene la desgracia de luchar contra Borgia, no siendo el mas fuerte.

(2) Sannazaro escribió un epigrama en latin sobre este refugio que César encontró en el castillo de San Angelo, cuando huyó del furor ven-

que habia visto con indignacion el entronizamiento de un antiguo señor de esta misma ciudad, cuya familia habia sido largo tiempo perseguida por la faccion de Petrucci. Agravóse la dolencia, y el Pontífice falleció, despues de haber gobernado veinte y seis dias solamente. Tenia entonces 64 años, 5 meses y 10 dias (1). Pio III habia prometido convocar un concilio general antes de tres años, reiterando varias veces el compromiso de marchar con los ejércitos cristianos que se presentarian en Turquía. Elogiabase, dice Garimberti, su elocuencia, su discrecion, su espíritu cristiano y la pureza y rigidez de sus costumbres. Esperábase que no hubiera profesado á Siena tanto cariño como Pio II.

Fué enterrado en el Vaticano, en una hermosa tumba de mármol, junto á la de Pio II. Ambos cuerpos fueron trasladados á San Andrés *della Valle* por el cardenal de Montalto, Alejandro Peretti.

En estos veinte y seis dias de pontificado, hubo tiempo todavía de acuñar dos medallas en honor de Pio III. Idéntica es en ambas medallas la efigie, la cabeza está completamente

gativo de los Orsini. El poeta alude al *buoy* de Borgia, y al *oso*, armas de Orsini.

Qui modo postratos jactarat cornibus ursos,  
In latebras taurus concitus ecce fugit;  
Nec latebras putat esse satis sibi, Tybride toto  
Cingitur, et *notis* vix bene fidit aquis.

« Aquel que con sus astas habia herido á los osos abatidos, aquel toro, vedle que espantado huye á refugiarse entre las tinieblas, que no cree bastante seguras para él; se hace una muralla del Tiber entero, fiándose receloso á sus aguas, que conoce perfectamente. »

Para comprender la malicia de estos versos, es preciso primeramente recordar, como he dicho, las armas de los Borgia y las de los Orsini; despues la situacion del castillo de San Angelo, cuyas tres cuartas partes á poca diferencia rodea el Tiber. En cuanto á sus aguas, que César conoce perfectamente, es una alusion á la muerte que, arrojándole al rio, hizo dar aquel desalmado alduque de Gandía, su hermano, justamente preferido por Alejandro.

(1) Chacon asegura que en el momento de la coronacion, cuando el maestro de ceremonias quema las estopas, diciendo: *Pater sancte, sic transit gloria mundi*, « Padre Santo, así pasa la gloria del mundo, » le cayeron al papa las lágrimas y exclamó que pronto sucumbiria.

descubierta, y hay la siguiente inscripcion: PIUS III PONT. MAX. MDIII.

La primera medalla, sin ser una restauracion exacta de otra de Pio II, lleva las mismas palabras en el anverso: GLORIA SENENSI D. C. PICCOLOMINI. «Gloria al Sienense, de los condes de Piccolomini.» En medio del escudo, superado de la tiara y de las llaves pontificias, se ven las armas de esta familia.

La segunda representa al Papa, sentado en su trono y ceñido de la tiara, bendiciendo á un guerrero que tiene extendida la mano derecha, y la izquierda sobre su corazon. Dos cardenales mitrados, á uno y otro lado del trono. De Molinet pretende que el guerrero arrodillado es César Borgia. Esto parece conforme á la verdad. Al rededor de él se lee: SUB UMBRA ALARUM. TUARUM. MDIII. «A la sombra de tus alas. 1503.» Hase visto que Borgia, amenazado por los Orsini, habia pedido proteccion al Papa. Delante de César (quizá es malignidad del artista, que ha querido significar que el carácter de cardenal es indeleble) hay un capelo. Sin embargo, el príncipe lleva traje guerrero con manopla y martingala.

Existe todavía una medalla con la efigie de Pio III, con esta inscripcion en el reverso: TENTANDA VIA: *Es preciso intentar el camino.* Tres bastones de viaje se entrelazan dentro una corona. Todas las explicaciones que de esta medalla se han dado, son misteriosas. Typotio en sus *Symbola divina Pontificum* etc., 1603, 3 vol. en fol., dá algunos pormenores acerca de ella. Pretende que estos tres bastones (*tres scipiones*) son un apoyo ofrecido por la Sma. Trinidad para recorrer los caminos de la vida, y asegura la corona eterna. Varios autores han visto esta medalla con la efigie de Alejandro VI.

La Santa Sede estuvo vacante por espacio de doce dias.

**220. Julio II. 1503.**

Julio II, llamado antes Julio de la Róvere, nació en Albisola, cerca de Savona, en 15 de diciembre de 1443; siendo sus padres Rafael de la Róvere, hermano de Sixto IV y Teodora Manerola.

En 1471, su tío le nombró obispo de Carpentras, creándole en 15 de diciembre del propio año, cardenal presbítero de San Pedro *in vincti*. Dicen que Alejandro VI había rogado á los cardenales que no nombrasen papa al cardenal de la Róvere: sin embargo, apenas hubieron entrado en el cónclave en número de treinta y ocho, empezaron por declararse contra su colega el cardenal Jorge de Amboise, primer ministro de Francia, y acabaron por elegir al cardenal de la Róvere, que tomó el nombre de Julio II. Fué coronado en 26 de noviembre, y en 5 de diciembre tomó posesion de San Juan de Letran. Es preciso notar aquí, que Julio fué el primero que separó la ceremonia de la coronacion de la toma de posesion de San Juan de Letran.

Para dar una idea del modo como se negociaba entonces cuando se sabia que el cónclave se reunia para elegir un papa, trasladaremos algunos hechos relativos á una misiva que Maquiavelo recibió de la Señoría de Florencia en el momento de fallecer Pio III.

Habiendo sido enviado Maquiavelo en 24 de octubre de 1503, nadie sabia naturalmente quién seria papa, y el secretario florentino debia entregar sus credenciales al cardenal Soderini, hermano del gonfaloniero de Florencia.

«Nicolas, marcharás prontamente á Roma, y entregarás nuestras credenciales á muchos cardenales á quienes se debe un sincero respeto, como á Ruan (*cardenal d'Amboise*), á Sain-Jorge (*Rafael Riario*), á San Severino (*Milanés*), y á San Pedro *in vincti* (Julio de la Róvere); les visitarás en nuestro nombre, y les darás á conocer que estos últimos dias, habiendo nombrado embajadores que iban á partir, se supo la muerte

del papa : que toda la ciudad la ha sentido profundamente , y en su consecuencia , nuestros embajadores han recibido órden de suspender su marcha , que , sin embargo , no hemos podido menos de manifestar á los cardenales nuestro sentimiento y nuestro deseo de que se elija un nuevo pontífice , que corresponda á las necesidades de la cristiandad y de Italia.

« Que , sabiendo las buenas disposiciones que les animan , les ofrecemos cordialmente todos nuestros buenos oficios al objeto.

« Arreglarás tu lenguaje con cada uno de ellos segun te parecerá conveniente , y segun las instrucciones què recibirás de nuestro reverendísimo cardenal Soderini , con el cual conferenciarás antes de llenar tu misión.»

La primera carta de Maquiavelo no se encuentra. Por la segunda fechada en Roma , en 28 de octubre , anuncia que ha tenido una conferencia con el cardenal de Amboise , quien ha agradecido el testimonio de la adhesion de la República.

En 1.º de noviembre , Maquiavelo escribió :

« Magníficos señores : sabreis como esta mañana , con el auxilio de la gracia divina , el cardenal de San Pedro *in vincoli* ha sido proclamado Papa. Hágale Dios un pastor útil á la cristiandad ! »

Posteriormente escribió que esta creacion y publicacion fueron extraordinarias.

« Este papa ha sido elegido en cónclave abierto : maravillosos parecen los votos que este cardenal se ha grangeado. Todas las facciones del cónclave se han mancomunado para su eleccion , y en su favor han escrito al cónclave los reyes de España y de Francia. Los barones de diferentes partidos le han prestado su apoyo. Le han favorecido Sain-Jorge (Riario de Savona) y el duque de Valentinois (1). Se conoce que ha tenido muy buenos amigos , y segun dicen , es porque siempre ha sido *buen amigo* , y por consiguiente ha encontrado á estos buenos amigos , cuando les ha necesitado.»

(1) Lo cual prueba que este personaje no se hallaba ya bajo la custodia de la *guardia cortese*.

En 2 de noviembre, los diez (1) enviaron á Maquiavelo nuevas credenciales para el Papa Julio, y el 8 del propio mes, el secretario florentino obtuvo de él una audiencia. Nicolas le felicitó por su advenimiento, en nombre de la república. Después encontrando ocasion de hablarle de los ataques que contra la Romanía meditaban los venecianos, hace sobre el particular una reflexion bastante satírica :

« Si los venecianos obtienen el triunfo por esta parte, ya no se tratará de la libertad de Florencia, y entonces el papa será el *capellan* de los venecianos.»

Tambien al duque de Valentinois le atacaban en el corazon de sus Estados. Maquiavelo cuenta que habiendo hablado sobre el particular al cardenal de Amboise, éste respondió: hasta aquí, Dios no ha dejado impune crimen alguno: y ahora quiere castigar á este duque (2).

Julio nada de sus proyectos decia. Maquiavelo intentaba penetrar las disposiciones del Papa y de los cardenales influ-yentes en lo relativo á Valentinois, resto impuro del último pontificado. Sagazmente conoció Maquiavelo que el Papa no estimaba al duque, pero que temia faltarle á la palabra. Todos estaban de acuerdo en cuanto á la necesidad de echarle de Roma: todos deseaban que se embarcase en Ostia y que su reducido ejército, siempre exigente é indisciplinado, se marchase á Sinigaglia.

Una carta del 14 de noviembre contiene algunos pormenores acerca el contagio que se desarrollaba en Roma, en el momento mismo de la eleccion. La permanencia en aquella ciudad se habia hecho peligrosa, porque la falta de policia y el descuido del gobierno, permitian la propagacion de este azote.

(1) Magistratura de Florencia que gobernaba el Estado, bajo la direccion del gonfaloniero Soderini que se habia hecho señor de ella por el estilo de los Médicis, que mas tarde, con buenas palabras, usurparon toda la autoridad.

(2) El cardenal tenia razon; pero los crímenes de este duque, unos eran bajos y viles y no salian del recinto de un pueblo ó de un castillo, que le pertenecian, y por lo mismo quedaban impunes; y otros eran crímenes elevados, altivos, insolentes, peste pública, que cometia bajo la proteccion de una potencia extranjera. En los primeros solo un culpable habia; en los restantes, dos.

Sin embargo, ningun deseo mostraba el secretario de regresar á Florencia. En otra carta habla del contagio en un tono indiferente y casi jovial. «La peste, dice, cumple tambien con su deber, y sin consideracion alguna á los cardenales; allí se instala donde mas á sus anchas se encuentra; pero en cambio nadie hace de ella gran caso.»

Acabamos de dar á conocer á César. Arrojado de Roma por el gobierno pontificio, y negándose los toscanos á concederle un salvo conducto, llegó hasta el extremo de decir al florentino: «Me entenderé con los venecianos, mis enemigos, y hasta, si me apuran, con el mismo diablo. Iré á Pisa con todo el dinero, las tropas y los amigos que me quedan, y os haré todo el daño que pueda.»

No tardaron en reconocer el talento de Julio, pues logró deshacerse de Valentinois, que no pareció mas en Roma. Mas tarde, refugiado en Francia, pereció miserablemente en el sitio de una ciudad, cuyo asalto se le habia encargado.

En todas partes se aguardaban con impaciente curiosidad los primeros pasos de Julio.

Por medio de cartas circulares habia noticiado á todos los soberanos su exaltacion al solio pontificio y el deseo que le animaba de abatir el poderío turco, rogándoles que para conseguirlo concluyesen la paz entre ellos.

Al mismo tiempo, y siguiendo el ejemplo de Alejandro VI, que habia permitido á Manuel, rey de Portugal, casarse sucesivamente con las dos hermanas; en 26 de diciembre de 1503, concedió á Enrique VIII, rey de Inglaterra, que á la sazón tenia diez y ocho años, la dispensa necesaria para contraer matrimonio con Catalina, que tenia 23, hija de Fernando y de Isabel, y viuda de Arturo, hermano mayor de dicho monarca. No habia tenido hijos de Arturo que se habia casado con ella á los 15 años, y á quien especialmente por su endeble salud, sólo habia visto en medio de su corte: circunstancias que se hallaban plenamente probadas en el informe remitido á Julio, sobre esta cuestion.

Julio continuaba en el trono con el proyecto firme é inmutable de recuperar las posesiones pertenecientes á la Iglesia. Así que, en 1504, anunció á Loredano, dux de Venecia,

que la República debía restituir á la Santa Sede, Rímini, Faenza y otras comarcas , usurpadas despues de la muerte de Alejandro VI. Este último papa habia dado á su sobrino César una parte de la Romanía : éste prometia mandar á sus castellanos que devolviesen las fortalezas de aquella provincia , pero los venecianos tenian tambien que hacer otras restituciones en las fronteras del mismo país.

Julio creyó conveniente levantar el destierro á los Colonna , restituyéndoles sus tierras usurpadas por Alejandro. Despues casó á Lucrecia , hija de Luchina , su hermana , con Antonio Colonna , entregándole en dote , el señorío de la villa de Frascati.

Finalmente , Forli , á pesar de las intrigas de Valentinois , fué devuelta al posesor legítimo. Julio no cesó despues de reclamar á los venecianos Rímini y Ravena ; á los Baglioni , Perugia , y á los Bentivoglio , Bologna.

Entretanto , viendo Enrique VIII que su tio paterno , Enrique VI , era honrado como santo por los ingleses , pedia á Julio el permiso para trasladar el cuerpo de este príncipe , de la tumba poco decorosa que ocupaba , gracias á los envidiosos de sus virtudes , á la sepultura regia de Westminster , y que luego fuese canonizado. Julio accedió gustoso á la primera demanda , y en cuanto á la segunda , dirigida ya á Inocencio VIII y á Alejandro VI , ordenó el Papa al arzobispo de Cantorbery y á tres obispos mas , que tomasen los informes auténticos acerca las virtudes y milagros de aquel príncipe siervo de Dios.

Habiendo caido enfermo Luis XII , y curado despues con circunstancias que habian acrecentado la devocion de los franceses , mandó Julio que se hiciesen solemnes procesiones en aquel reino , para dar gracias á Dios por haber conservado á un príncipe tan bueno.

Por una constitucion , publicada en 14 de enero de 1505 , el Papa anuló la eleccion ulterior de todo pontífice , aunque hubiese sido coronado y reconocido por todas las naciones , si en ella hubiese mediado simonia. Mandó deponer á los cardenales culpables de este crimen , confiriendo á los que no lo hubiesen cometido , la facultad de convocar un concilio gene-

ral, solicitando el apoyo de los príncipes seculares contra todo pontífice elegido de esta manera. Michaud, en la *Biografía universal* (XX, pág. 117), califica este hecho del modo siguiente: « Julio andó solícito en satisfacer las exigencias de su nueva dignidad, publicando una bula que anulaba toda elección sucesiva del papa, en la cual hubiese intervenido pandillaje y simonía, haciendo tanto menos reparo en poner un freno á la ambición de sus sucesores, cuanto no podía temer sus efectos para sí. »

Llegamos á uno de los trabajos mas bellos que pueda emprender un papa. Considerando Julio que la basílica de San Pedro se desmoronaba de puro vieja, concibió en su vasto espíritu la idea de construir un templo digno del príncipe de los Apóstoles. A él cabe, pues, la gloria de haber puesto la primera piedra de una de las mas bellas obras del mundo. Adoptó los diseños de Lázaro Bramante, que tuvo por sucesores en la dirección de los edificios al padre Jocundo de Verona, á Rafael de Urbino, Julio de San Galo, Miguel Angel Buonarrotti, Santiágo Barozzi da Vignola, Jaime della Porta, Carlos Maderno, Lorenzo Bernini, Domingo y Carlos Fontana; nombres gratos para las artes y sobre todo para la ciencia arquitectónica.

El precio de este templo, dice Novaes en una nota (1), ascendia, hasta 1694, á la suma de cuarenta y seis millones de escudos romanos (cada escudo son 5 francos 35 céntimos). En esta suma no están comprendidos los gastos de los modelos, de las paredes demolidas, de la linterna hecha en tiempo de Urbano VIII, de los honorarios de los empleados, ni el precio de los ornamentos del altar.

Francia vivia entonces en paz con la Santa Sede: solicitó y obtuvo privilegios para los mínimos, fundados en Roma por Carlos VIII, órden solemnemente aprobada por los pontífices Sixto IV, Inocencio VIII y Alejandro VI.

La Santa Sede recuperaba todo lo usurpado por César Borgia; pero las reclamaciones presentadas á los Baglioni, tiranos de Perugia, y á los Bentivoglio, señores de Bolonia, á

(1) VI, 144.

pesar de algunas apariencias de buen éxito, no habían dado los frutos que de ellas esperaba el impaciente deseo de Julio II. Entonces dejó en Roma, como legado, al cardenal obispo de Frascati, y marchó, al frente de un ejército, contra Perugia. Apenas supieron los Baglioni la llegada de Julio, cuando huyeron: entonces avanzó hacia Bolonia, y los Bentivoglio ninguna resistencia hicieron; y el Papa entró en esta ciudad el día 10 de noviembre de 1506, pasando por debajo de trece arcos triunfales. A nadie se encarceló, ni á nadie costó la vida este triunfo.

Ofrece algun interés la relacion de esta campaña, hecha por Maquiavelo, embajador de Florencia cerca de Julio, y testigo ocular de este hecho de armas.

«El papa, seguro ya del consentimiento de Francia y de Venecia, se habia puesto inmediatamente en camino (1). Maquiavelo se encontró en Civita Castellana el 28 de agosto. Julio dióle audiencia delante del cardenal Soderini. El secretario dirigió en seguida á Su Santidad un discurso, en el cual explicaba las bases de sus instrucciones. *Extendiólas* un poco, añadiendo que la República veria con agrado la confirmacion del apoyo de Francia, y que aplaudiria el espíritu consecuen-te y determinado de Su Santidad en esta circunstancia. Creyó útil luego hacer la lectura de las instrucciones mismas *de verbo ad verbum*. El Papa escuchó el discurso y las instrucciones con profunda atencion, y concluida su lectura dijo: que en su concepto sus señorías recelaban tres cosas: 1.<sup>a</sup> que no quedase asegurado el apoyo de Francia; 2.<sup>a</sup> que la Santa Sede obrase en este asunto con poca energía; 3.<sup>a</sup> que se acabase con ponerse de acuerdo con Bentivoglio, dejándole en Bolonia, ó dejándole entrar otra vez en esta ciudad, si de ella se le desalojase.

«Al primer temor contestó el Papa que el mejor modo de dar á conocer la voluntad del rey Luis XII, era enseñando su propia firma; que para él, Julio, era suficiente garantía. Llamó entonces á monseñor de Aix, á quien invitó á que manifestase la comision que de Francia llevaba. Este enseñó al

(1) *Maquiavelo, su genio y sus errores*, tom. I, pág. 148.

embajador florentino la propia firma del rey, y leyó dos artículos concernientes á Bolonia. Su Majestad estrechaba al Papa á que verificase esta expedicion *presto, presto*, prometiéndole de cuatrocientas á quinientas lanzas, capitaneadas por el esforzado caballero monseñor de Alegre y por el marqués de Mántua.

«Relativamente al segundo recelo, mal se podia tacharle de falta de energía, cuando se ponía en camino, y no creía poder obrar con mas ardor cuando él en persona se iba á Bolonia.

«Al tercer temor contestó que no dejaría á Juan Bentivoglio en esta ciudad, ni Bentivoglio seria tan loco que quedase en ella como un simple particular; que las cosas serian arregladas por el gobierno pontificio, de manera que mosen Juan no pisase aquella ciudad durante la vida del Papa actual, y que Julio II ignoraba lo que sobre el particular determinarían sus sucesores.»

Por la tarde, habiendose Maquiavelo hecho contradicho con Su Santidad, que iba á ver la fortaleza de Civita Castellana, como cosa peregrina, repitióle palabra por palabra cuanto por la mañana le habia dicho.

En 13 de setiembre, el Papa entró como en triunfo en Perugia; «pero las tropas de Baglioni son mas aguerridas que las del Papa, que se halla así, dice Maquiavelo, á merced del señor á quien acaba de quitar sus posesiones.»

«El Papa continúa su camino: va á san Marino (1) y de allí, á Cesena. Anúnciase en esta ciudad que el emperador envia al

(1) Esta república, cuya administracion es tan sábia; ha tenido constantemente la suerte y la habilidad de hacer respetar su independencia hasta en nuestros dias. Cuando el ejército austriaco que avanzaba contra Nápoles en 1820, debió atravesar una parte del territorio de San Marino, el general hizo pedir *oficialmente el permiso* para verificarlo. En 1824 algunos intrigantes subalternos hicieron temer, sin duda equivocadamente, que una potencia vecina queria atentar contra una independencia hasta entonces respetada. Esta circunstancia me dió ocasion de prestar algunos servicios á la república, y me ha dirigido una patente que me declara inserito en el *libro de oro*, habiendo recibido este testimonio de benevolencia con suma satisfaccion y sincera gratitud. Creo que soy actualmente el único francés honrado con el título de *patricio de San Marino*.

Papa dos embajadores; el cardenal obispo de Brixen (Melchor Cops, creado cardenal por Alejandro VI en 1503) y el marqués de Brandeburgo, uno de los ascendientes del actual rey de Prusia.

«Algunos embajadores boloneses, llegados en este intervalo, son admitidos á la presencia del Papa. Le besan los piés, y se retiran sin dirigirle una palabra. A la mañana siguiente, en un largo discurso, intentaron hacerle mella pintándole el cuadro de su antigua y absoluta dependencia de la Santa Sede; citaron los tratados hechos por la ciudad con varios pontífices y confirmados por el mismo Julio; ensalzaron la conducta política de sus ciudadanos, sus sentimientos religiosos y su sumision á las leyes. El Papa contestó, que si este pueblo se hallaba sometido al Estado de la Iglesia, no hacia mas que cumplir con su deber, porque tal era su obligacion, y porque la Santa Sede era tan buen soberano como fiel vasallo podia ser el pueblo. Su Santidad venia en persona á librarle de los tiranos; y que por lo tocante á los tratados, el Papa no examinaria lo que otros papas habian hecho, porque él y los demás sumos pontífices no habian podido obrar de otra manera; que la necesidad y no la voluntad habian decidido las confirmaciones obtenidas; que habia llegado la ocasion de revisar los tratados, y que le parecia inexcusable delante de Dios cualquiera negligencia en este nuevo exámen; que por esto habia partido; que deseaba la felicidad de Bolonia, y que por consiguiente entraria en persona en la ciudad; que si las actuales leyes eran de su agrado, las confirmaria; y sino lo eran, las cambiaria; y que para lograrlo, aun por medio de las armas, si los medios pacíficos no bastaban, llevaba consigo fuerzas capaces, no solo de hacer temblar á Bolonia, sino á la Italia entera.»

Por este extracto de las correspondencias de Maquiavelo, hemos querido dar á conocer la energía que dominaba en la política de Julio II. A Francia debió todas las ventajas obtenidas en esta guerra.

Desde entonces, Bolonia, exceptuando los tiempos de la breve existencia de la Cisalpina y del reino de Italia, ha reconocido siempre la supremacia de los papas.

A principios del siguiente año, el pontífice entró otra vez en Roma, é hizo una promoción de cardenales, entre los cuales se contaba al célebre Jimenez, que fué largo tiempo primer ministro de España, y que supo adquirir justamente la reputación de uno de los mejores políticos de su tiempo.

El cardenal Carvajal, legado pontificio, tuvo la suerte de hacer que el emperador Maximiliano y el rey de Francia firmasen la paz. A la sazón los venecianos habían invadido á Trieste y al condado de Gorice, y el Padre Santo no había podido obtener las restituciones que solicitaba; así no vaciló en dar su adhesión al tratado de Cambray, cuyo objeto era abatir el orgullo de Venecia.

En este tratado, que aprobó el rey de España, se comprometió Julio á [fulminar un entredicho sobre Venecia y sus posesiones: esta excomunión fué dada á impulsos de tres de los mas poderosos príncipes de Europa, el emperador y los reyes de Francia y de España; lo cual prueba, una vez mas, que esta medida tan calumniada, *formaba parte de la jurisprudencia contemporánea.*

Los venecianos, á pesar de la bula de Pio II, que prohibía esta especie de resistencia, apelaron de ella al futuro concilio: el Papa condenó esta apelación por un edicto de 1509, añadiendo á él varias censuras muy graves.

La batalla de Agnadel, ganada por los franceses, y en la cual los venecianos perdieron ocho mil hombres de sus mejores tropas, obligó á la República á recibir la paz y restituir Brescia, Bérgamo, Como y Cremona, y á pedir perdón al Padre Santo, prometiéndole la restitución de las tierras usurpadas, y muchas concesiones útiles á la disciplina eclesiástica y al mantenimiento de la autoridad pontificia.

En 1510, llegaron á Roma los embajadores de Venecia encargados de esta reparación. El Papa, sentado en su trono en el umbral de la basílica Vaticana, pronunció la absolución de las penas en que habían incurrido, imponiendo por penitencia el visitar las siete iglesias. Observóse que Julio no quiso que los embajadores recibiesen el ligero golpe de varilla que reciben ordinariamente los que son absueltos de censuras ó de excomunión.

El Papa declaró luego que, para mostrarse un verdadero padre comun de los fieles, se retiraba de la liga de Cambray: esta vez eran las potencias seculares las que persistian en la aplicacion de las penas eclesiásticas, y la potencia espiritual se abstenía de prolongarlas.

Pero estas armas no estaban destinadas á dormir; los franceses querian que el Papa quedase en la liga de Cambray, y al propio tiempo querian proteger al duque de Ferrara, feudatario de la Santa Sede, que se negaba á restituir al Papa las salinas de Comachío. Un ejército de Luis XII protejia la resistencia de este duque. Julio excomulgó á los comandantes de este ejército, naciendo de esta primera discordia funestos acontecimientos.

Para apoyar las censuras con su presencia, Julio marchó á Bolonia.

Varios cardenales franceses y españoles, dignos de toda consideracion, no aprobaban la conducta del Papa. Entre ellos se distinguian Carvajal, Guillermo Brissonet, Francisco de Borgia, Renaud de Brié y Federico de San Severino. Es preciso tambien advertir que manifestaron su oposicion en términos quizá no del todo moderados.

Luis XII, mostraba tambien una intencion bastante marcada de cercenar parte de la autoridad pontificia. Consultó á su clero en Orleans y en Tours, y ambos clerics tomaron decisiones poco favorables á los derechos del Papa. Este creyó á propósito atraer á su partido al rey católico Fernando V. Luis XII, muerto Carlos VIII, no habia prestado el juramento de homenaje por el reino de Nápoles que poseía, y habia enajenado muchos derechos de este reino sin el consentimiento y hasta en presencia de los agentes del Papa, que terminantemente lo prohibian. Julio, usando de su antiguo derecho, declaró que las señorías de Nápoles y de Gaeta habian vuelto á la Santa Sede, y las dió á Fernando, bajo las condiciones conocidas, anulando así los pactos extipulados entre el Pontífice y el rey cristianísimo.

El Papa continuaba personalmente una guerra activa en los alrededores de Ferrara, y despues de una derrota, se retiró á Bolonia, corriendo allí el riesgo de caer en manos del

mariscal de Chaumont, comandante del ejército francés. Si el mal tiempo no hubiese suspendido el viaje de Julio, hubiera caído sin duda prisionero de Bayardo. En el número de las felicidades que Dios otorgó al caballero *sin miedo y sin tacha*, añadamos la de haberle fracasado esta empresa, pues hubiera sido un hecho de guerra muy deplorable para Bayardo, sobre todo si la pasión de aquellos tiempos desgraciados no le hubiese dejado la libertad de seguir los sentimientos generosos que, sin duda, le habrían animado á la vista de tan augusto prisionero; indudablemente la severidad de las leyes militares hubiera encadenado al cristiano y empañado quizá algunas páginas de una vida tan bella, tan digna de admiración y respeto delante la religión y los hombres. Lo cierto es que Bayardo no hubiera podido decir á su espada lo que la dijo despues de haber armado caballero á Francisco I: «¡Dichosa mil veces, espada mia, que habeis dado la órden de caballería á tan virtuoso y potente monarca! Cierto, mi buena espada, sereis como venerable reliquia muy bien guardada y sobre todas las demás honrada, y solo os llevaré cuando pelee contra turcos, sarracenos ó moros.»

Haremos aquí mencion de un pacto memorable hecho por Julio. Despues de tantos años, las casas de Colonna y de Orsini, vivian en un estado de desconfianza, de discordia y hasta de odio, que habia dado en que pensar á varios pontífices. Durante el reinado de Julio, estas dos casas ilustres se juraron una paz perpétua por escritura firmada en el Capitolio, en 27 de agosto de 1511, y el Pontífice, en memoria de tan dichoso acontecimiento, hizo acuñar una medalla, en cuyo exergo se leen estas dos palabras tan honrosas para estos príncipes poderosos: PAX ROMANA (1).

Al mismo tiempo, los cardenales cismáticos convocaron un conciliábulo en Pisa. Allí formularon varias acusaciones capitales contra el Pontífice, y entre otras, la de haber subido al sólio pontificio por vías no convenientes, para fomentar discordias entre los príncipes cristianos; y además que

(1) Desgraciadamente, á fines de este reinado, no podremos describir esta medalla, cuyo cuño se ha perdido, sin duda á consecuencia de nuevas disensiones entre ambas familias.

el Pontífice no cuidaba de ejecutar el decreto del concilio de Constanza, que ordenaba reunir un concilio cada diez años. A esto se podía contestar que el decreto en cuestion habia sido descuidado por los antecesores de Julio, porque la experiencia patentizaba los desórdenes que causaba á la Iglesia la frecuencia de los concilios, atendidos los pocos obispos que en ellos se presentaban, y á que esta clase de asambleas servian de pretexto á las personas revoltosas para reclamar instituciones nuevas y frecuentemente desastrosas.

Verdad es que no pocos autores han acusado á Julio de haber obtenido el pontificado por medio de dádivas, promesas, ruegos y amenazas; opinion prohijada por la biografía universal; pero Novaes, cita al padre Oldoini que en sus apéndices á Chacon, (tom. III, pág. 143) sostiene que semejante acusacion es de todo punto calumniosa. Julio, dice, era dadivoso, liberal y muy amante de la verdad; celoso defensor de la libertad eclesiástica y de la dignidad pontificia: hé aquí con que derechos subió al pontificado. Durante su reinado, no hubiera sido tan enemigo de la simonía, si á ella hubiera debido su elevacion.

Habiase pronunciado entredicho formal contra la ciudad de Pisa. El pueblo rechazó á los cardenales que sobre ella habian atraído tamaña desgracia, y entonces trasladaron su congreso á Milan. Mas habiéndoles el clero cerrado espontáneamente las puertas de los templos sagrados, viéronse precisados á marcharse á Lion, que no tardó en recibir una sentencia de entredicho.

Julio no se dejó abatir por las amenazas del conciliábulo de Pisa, el cual, en sus mejores tiempos, fué segunda edicion del conciliábulo de Basilea, y del de Lausana en el último período de su degradacion.

Este pontífice esforzado, puso nuevo orden en sus tropas, medio indispensable á la sazón, y con el cual debe convenir el espíritu mas severo. Llamó á sí á sus aliados, y se mantuvo en el alto grado de poderío á donde habia elevado, desde algun tiempo, la autoridad de los pontífices soberanos.

Despreciando los peligros, fué á reunirse con sus tropas, acompañado únicamente de tres cardenales, y tuvo el valor

de sitiar á Mirándola. Durante el cerco, habitaba en la cabaña de un aldeano, expuesta al fuego de la artillería de la plaza. En lo mas riguroso del invierno, ( cuento rápidamente los hechos, sin entrar en discusiones), sin arredrarle el peso de sus setenta años, ni las graves dolencias que le aquejaban, ni la nieve, ni la escarcha, corría dia y noche para visitar los puestos, activar las operaciones y envalentonar á los soldados; mientras sus familiares caian no pocas veces á su lado. En fin, la ciudad, perdida toda esperanza de socorro, se rindió; y el Papa entró victorioso por la brecha, como un guerrero de veinte años.

Finalmente, prevalecieron en el ánimo de Julio sentimientos mas pontificios, por consejo del piadoso *cardenal del Monte*, y el sacro colegio determinó que se opondría concilio á concilio, como habia hecho Eugenio IV contra los padres de Basilea, y por bula de 18 de julio de 1511 fué convocado el décimo noveno concilio general, para el 19 de abril de 1512, en el palacio de san Juan de Letran; pero no pudo verificarse hasta el dia 3 de mayo, porque los franceses habian tomado en el mes de abril las ciudades de Faenza, Imola y Forli, y porque se descubrió una conspiracion para arrojar al Papa de Roma.

El Sumo Pontífice presidia las tareas de este concilio, que no fué terminado hasta 1517 por Leon X: al mismo tiempo se firmaba una liga con el emperador, el rey católico y el de Inglaterra, contra Luis XII. Este último fué excomulgado, á petición de los aliados, en 1512. Pero ya se hacia sentir la proximidad de la muerte, y el Papa sufría una enfermedad incurable. En 17 de agosto cayó enfermo de tanta gravedad que durante muchas horas sus propios criados le creyeron privado de la vida. El rumor de su muerte corrió con tanta rapidez, que algunos cardenales del bando opuesto entraron en Roma. Varios sediciosos, acaudillados por Pompeyo Colonna, excitaban el pueblo á que pidiese su antigua libertad, es decir, segun el estado de los negocios, nuevos desastres para Roma. Julio volvió en sí, gracias á un albéchigo que le administró el médico Scipion Lancellotti. Hizo llamar inmediatamente á todos los cardenales; perdonó el ultraje que, haciendo matar al

cardenal Alidosi, le había inferido el duque de Urbino, sobrino suyo. Pero, dice Novaes, imprudente[adulador en este pasaje: — el tiempo no permitía recorrer á las formalidades del derecho (1). Julio declaró á los cardenales que á ellos tocaba, y no á los padres del concilio, darle un sucesor: que podían conceder el derecho de sufragio á los cardenales ausentes; pero no á los cismáticos (así designaba á los jefes del concilio de Pisa); y añadió: « Como Julio de la Rovére, yo les perdono con toda la sinceridad de mi corazón; mas como Julio, jefe de la Iglesia, nos debemos vengar su derecho, y nos les excluimos de la elección. » Trató en seguida de establecer la manera de elegir á su sucesor; confirmó la constitución mas arriba mencionada, y que invalidaba toda elección simoníaca, aunque hubiese habido coronación y reconocimiento oficial de parte de las naciones, y continuó sus ocupaciones ordinarias; mas con ánimo débil y vacilante salud. Julio murió en 21 de febrero de 1513, después de haber gobernado por espacio de nueve años, tres meses y veinte días.

Había recibido los sacramentos con muestras de la mas profunda piedad, y arreglado las ceremonias de los funerales, de las cuales desterró todo pomposo aparato. Fué enterrado primeramente en el Vaticano, al lado de la tumba de Sixto IV, su tío, desde donde fué trasladado á un magnífico mausoleo en *San Pedro in vincoli*, obra admirable de Miguel Angel.

Algunos autores pretenden que esta tumba es un cenotafio, y que Julio fué enterrado en los subterráneos de San Pedro. Los escritores que describen los monumentos de esta basílica anuncian que en ella descansa Julio. Además, nadie ignora que encima de esta tumba de Julio, en *San Pedro in vincoli*, se vé la estatua de Moisés, la mas bella obra de escultura moderna, y de la cual hablaremos detalladamente.

La gloria de Julio había llegado á su apogeo: había llenado la Italia, la Europa entera con su nombradía; y á sus plantas veía postrados á sus mas poderosos enemigos.

El cardenal de Luxemburgo, uno de los primeros que habían abandonado las banderas de la revolución, pedía la paz en

(1) Novaes, VI, 158.

nombre de Luis XII. La reina Ana, que temblaba al solo nombre de cisma, y el duque de Valois, despues Francisco I, escribian al Papa en los términos de la mas piadosa sumision. Pero el lúgubre espectáculo de la tumba, dice Novaes (1), deramaba sus negros colores sobre cuantos objetos habian agitado la vida de este pontífice: en sus últimos momentos decia: «¡Ojalá no hubiésemos sido papa nunca, ó al menos, hubiésemos podido convertir todas las armas de la religion contra los enemigos de la Santa Sede!» En este último voto de arrepentimiento hay todavía valor, pero mezclado con su pasión por la gloria militar.

Julio tenia una fuerza irresistible en la adversidad, era implacable contra los rebeldes, y no sufría ultraje alguno. Por otra parte era liberal, cortés, fiel á sus promesas, magnífico, constante, defensor inexpugnable de la libertad eclesiástica y de la dignidad pontificia.

Su memoria ha sido atacada por varios escritores, entre los cuales se distingue por su injusta virulencia, Pedro Soave en su detestable historia del concilio de Trento.

Novaes hace aquí algunas reflexiones sobre el carácter aventurero de Julio. ¿Fué ó no el primer papa gu errero? San Leon III, despues de haber consagrado á Carlomagno, hizo un tratado con él para arrojar de Italia á los lombardos y á otros enemigos de la Iglesia. Otros papas imitaron este ejemplo. San Leon IV arrojó á los sarracenos de Ostia. Leon IX combatió en persona á los normandos para forzarles á abandonar á Benevento. Desgraciadamente fué vencido y hecho prisionero. Clemente IV llamó á Cárlos de Anjou para vencer la obstinacion de Manfredo, que retenia el feudo de Nápoles, perteneciente á la Santa Sede. Inocencio II se armó contra Roger, conde de Sicilia, que habia subyugado la Pulla: pero este pontífice tambien fué vencido y cayó en poder de Guillermo hijo de Roger. Inocencio VI, por medio de su legado Albornoz, recuperó una parte de sus estados. Pio II marchaba él mismo contra los turcos (2).

(1) VI, 160.

(2) Hay un libro de Enrique Luis de Rochepezay, intitulado: *Apolo-  
logia contra los que dicen que no está permitido á los eclesiásticos re-*

Sea lo que fuere, la doctrina pacífica de nuestros pontífices modernos, como mas abajo diremos, es digna de mas altos elogios, y siempre nos será mas fácil hacer querer á papas tales como Pio VII, que como Julio II. No echemos tampoco en olvido que este último quiso castigar á rebeldes, y que el resultado de esta audacia fué *recuperar* provincias que otros príncipes habian usurpado, y que ciertamente nunca habrian sido devueltas á la Santa Sede.

Varios amigos de la gloria y de las virtudes de Luis XII, han sido tal vez injustos con Julio. Es difícil decidirse á no estimar siempre á un rey tan admirable como Luis XII; pero es preciso no echar en olvido que este príncipe, en sus guerras religiosas, seguia los consejos de ministros fogosos é interesados, cuya conducta en varias é importantes ocasiones debe afejar el tribunal severo de la historia.

Julio II fué el primero que dejó crecer su barba, para dar á su rostro un aire mas imponente y magestuoso: imitáronle en esto Francisco I y Carlos V. Esta moda pasó á los cortesanos y despues al pueblo. Feller, al fin de su artículo, formula el juicio siguiente (1): «Juan Stella en sus *vidas de los papas*, pinta á este pontífice con los mas hermosos colores: nada puede añadirse al elogio que de él hace. Otros historiadores le retratan, al contrario, con los colores mas negros. Poca confianza merecen los autores que hablan de los grandes hombres que han vivido en épocas azarosas, pues cada uno de ellos les califica segun el partido que han abrazado. Por lo demas, y para asentar bien nuestra opinion, diremos: «Lo que puede asegurarse, es que este papa desconoció *el lado sublime de su puesto*; no acertó á ver lo que tan bien comprenden en nuestros dias sus sábios sucesores, á saber: que el pontífice romano es el padre comun, y debe ser el árbitro de la paz y no la antorcha de la guerra.» Es falso que Julio *arrojó un dia al Tiber las llaves de San Pedro, para servirse tan solo de la espada de San Pablo*, como han dicho tantos historiadores protestantes y católicos, siguiendo á un mal poeta satírico.

*correr á las armas en caso de necesidad*; 1613, en 8.º. No creemos que este libro tenga mucha autoridad.

(1) Feller, III, 177.

Se vé que esto no es mas que una invencion de los enemigos de los papas y de la religion.

Hé aquí los versos citados por Bayle, que han dado algun crédito á esta invencion :

*Cum Petri nihil efficiant ad prælia claves,  
Auxilio Pauli, forsitan ensis erit.*

Con una suposicion malévola se ha construido un hecho, que debe ser vivamente reprobado y relegado á este albañal en donde se hallan hacinadas tantas injurias contra los papas.

Voy á dar cuenta de las diversas medallas de Julio que adornan mi coleccion.

De este pontífice poseo tres que tienen todas idéntica efigie. El Papa lleva la cabeza descubierta. En la orla de dos de estas medallas se lee : JULIUS LIGUR PAPA SECUNDUS. Al rededor de la tercera, despues del vocablo PAPA, se lee SECON-DUS ( sic ).

La primera representa la fachada de san Pedro, tal como fué á la sazón concebida. En el exergo dice : VATICANUS MONS. Por consejo de Bramante y de Miguel Angel, Julio II mandó levantar una nueva fachada de san Pedro. La parte central es casi del todo conservada tal como entonces se edificó ; en los flancos se observan torres sobrepuestas que ya no existen. El troquel que sirvió para acuñar esta medalla está hendido en la parte del pórtico, y no dá una idea exacta del monumento. La segunda medalla fué acuñada en ocasion de haberse restaurado el puerto de Civita Vecchia, PORTUS CENTUM CELLÆ. Vese en medio una torre bastante grande sobre pilares, que debia servir de observatorio y que en la actualidad ha cambiado de forma.

Al rededor de la tercera medalla se lee : BENEDIC. QUI VENIT. YN. NO. D. *Benedictus qui venit in nomine Domini.* « Bienaventurado el que viene en nombre del Señor. » En medio del campo, la encina ó robur, armas de la Rovère ( Ya se han visto en una medalla de Sixto IV ) se hallan superadas de la tiara y de las llaves entrelazadas.

De Molinet dá cuenta de otras medallas :

1.º IUSTITIÆ. PACIS. FIDEI Q. RECUPERATOR, La justicia dá

la mano á la paz delante de un altar antiguo, en el cual arde el fuego sacro.

2.<sup>a</sup> JUR. REDD. *Juri reddo*. Cerca de la iglesia de San Blas, Julio puso la primera piedra de un edificio destinado á servir de tribunal supremo. Actualmente ya no existe, habiendo sido reemplazado por el palacio de *Monte Citorio* cerca de la columna Antonina.

3.<sup>a</sup> CONTRA STIMULUM NE CALCITRES. «*No des coces contra el aguijon*».

Esta medalla debe ser relativa á la guerra de Julio contra el duque de Ferrara. Hay un hombre á caballo, en actitud de caer. Cerca del caballo, un escudo, en el cual se lee S. P. Q. R. *El senado y el pueblo romano*. Dos figuras delante del caballo parecen animarle á seguir su carrera.

4.<sup>a</sup> La justicia y la abundancia se dan la mano.

5.<sup>a</sup> PEDO SERVATAS OVES AD REQUIEM AGO. «*Conduzco al descanso las ovejas que he salvado con el cayado*» En la misma se vé la ciudad de Roma, una puerta triunfal, encima un sol y un pastor que conduce un rebaño.

6.<sup>a</sup> Sin epigrafe. La justicia y el tiempo delante de un palacio, coronado de una torre alta y flanqueado por otras dos mas pequeñas.

7.<sup>a</sup> TEMPLUM VIRGINIS LAURETI. «*El templo de la virgen de Loreto*» Hay en ella un hermosísimo templo, mas no el que actualmente se admira en este magnífico santuario.

8.<sup>a</sup> ANNONA PUBLICA. Representa á una mujer en actitud de caminar de prisa, llevando espigas y un ramo de olivo.

9.<sup>a</sup> TUTELA. Véase á un pastor sentado empuñando su cayado, y á sus piés algunas ovejas echadas á derecha é izquierda.

10.<sup>a</sup> Hay otra medalla muy interesante que no menciona de Molinet. PASCITE, QUI IN VOBIS EST, GREGEM DEI. «*Apacenta el ganado de Dios, que está en vos*» Jesus sentado bendice á un papa de hinojos, á quien san Pedro entrega las llaves.

Esta medalla ofrece la historia de todo nuestro cristianismo y de los derechos del gobierno pontificio.

La Santa Sede estuvo diez y siete dias vacante.

**221. Leon X. 1513.**

Antes de empezar á referir los hechos del gran siglo de Leon X, echaremos una mirada retrospectiva á los treinta y ocho papas de que hemos hablado últimamente.

Alejandro IV, como los mas de sus predecesores, trata de reconciliar la Iglesia griega con la latina; Urbano IV instituye la fiesta del Santísimo Sacramento; en tiempo de Clemente IV, y á pesar suyo, la política comete un crimen odioso, que una conjuración siciliana castigará con una crueldad sin ejemplo.

Los corazones piadosos de todas las naciones deben derramar lágrimas por la muerte de Luis IX, expirando santamente delante de Tunez.

El bienaventurado Gregorio X coloca heroicamente en las páginas mas hermosas de la historia, á la familia de Rodolfo de Habsburgo, que garantiza á la Santa Sede el exarcado de Rávena. La noble estirpe ha cumplido constantemente la palabra dada por el fundador de esta ilustre dinastía.

Martin II excomulga á Paleólogo, que continúa el cisma abjurado por los griegos en el concilio general de Lion. En tiempo de Nicolas IV, pierden los cristianos la ciudad de San Juan de Acre, en Siria; pero los papas se manifiestan mas ardientes en indicar á los cruzados que sus estandartes deben desplegarse delante de Jerusalem.

Bonifacio VIII canoniza á Luis IX; el Pontífice procura describir en una magnífica bula, brillante en latinidad, todas las virtudes sublimes del héroe de la fe. Estas virtudes, como divinas, son aun mas brillantes que las formas mas distinguidas y exquisitas tomadas de la lengua de Ciceron.

La renovacion de las disposiciones relativas al jubileo es debida á Bonifacio VIII. Millares de peregrinos acuden á Roma.

La bula *in cæna Domini* es atribuida á Bonifacio VIII. Después de haber sido tan desfavorablemente juzgada durante

tantos siglos que no ha sido leída, quizás será hoy mejor apreciada.

En la ciudad de Anagni, un súbdito romano, confiando en sus riquezas, en el brillo de su nombre, en la protección de un rey poderoso, insulta á Bonifacio sentado en su trono y revestido con los hábitos solemnes, con la corona en la cabeza; pero como Dios velaba por la dignidad pontificia, nadie se atrevió á herir al Papa. Se ha acusado á un francés; el tal francés era capaz de hacerlo; pero no cometió este crimen contrario á la religion, á las conveniencias y al respeto debido á los ancianos. Algunos historiadores persisten en *conservarle* este deshonor; pero la historia les contradice. Nadie cometió este crimen, ni el súbdito rebelde, ni el consejero de un monarca extranjero.

El bienaventurado Benedicto XI, perdona al rey que habia hecho perseguir á Bonifacio. Benedicto XI es envenenado, y este crimen echa al pontificado por el camino indigno de Aviñon.

Clemente V no quiere dejar la vida en manos de los habitantes de Roma. Se acusa á Clemente V de varios actos de simonía, de los que no fué culpable.

El Papa llamó á Francia al maestro del Temple y al jefe de la órden de los hospitalarios (san Juan de Jerusalem). El maestro obedece; pero sin saberlo el Papa, esta obediencia se convierte en falta. El maestro de los hospitalarios, que, en el camino, atacó á la isla de Rodas para crearse en ella una soberanía, desobedeciendo, fue mas prudente y hábil. Si los templarios hubiesen poseído en propiedad la isla de Chipre ó cualquiera otra menos grande, las desgracias de la órden no hubieran sido tan funestas. Sus bienes, en Francia, habrian podido ser confiscados, pero la vida de los caballeros habria estado en seguridad, y cuando se ha conservado la vida, se puede con la ayuda de Dios adquirir otros bienes. Lamentemos que Villaret, gran maestro de los hospitalarios, trabajase demasiado, en las islas conquistadas, para su propia gloria, para su elevación personal; conducta reprobable que excitó una justa revuelta en aquella ardiente república aristocrática, donde nadie es soberano sino con condicion de respetar el derecho de eleccion y los estatutos del Estado. No tardaremos mucho en

ver á Helion de Villeneuve comprender mejor el glorioso secreto del pontificado, recibir la corona de manos del jefe de nuestro catolicismo, y dejarla pura al bailío que sea elegido para sucederle.

Pero el rey que permitió que se insultára á Bonifacio, quiere que Clemente V condene á su predecesor. La falta, la imprudencia, la timidez, un excesivo amor á la vida que hicieron abandonar la sede de Roma, siguen aun en pié; pero la habilidad diplomática, nacida en tiempo de los antecesores, algo de apostólico que habia remontado el Ródano, y la imposibilidad de suscribir á un pacto indigno, fortifican á Clemente V en su resistencia. Bonifacio es altamente defendido, usó de su derecho, y si las injusticias de su época quisieron que fuese permitido acusarle, á lo menos fué declarado inocente. Pierde Felipe su causa, y debemos felicitar de ello á su memoria. Mucho fué que no incurriese en una condenacion severa por lo que habia tramado contra la Santa Sede y por lo que seguia meditando contra los templarios. El *alterador* de la moneda, que introducía por este medio tanta confusion en las leyes del crédito mercantil, dejó en paz á Bonifacio y no comenzó un género de persecucion moral, en el que mas tarde algunos no hubieran sentido encontrar un cómodo precedente. No estamos todavía en el tiempo de los procesos contra reyes y reinas.

Bonifacio fué reconocido, pues, por verdadero pontífice. El príncipe Cayetano de Anagni fué salvado por un noble aquitano, nacido en la diócesis de Burdeos.

Clemente V, expuesto á verse obligado á doblegarse bajo el yugo político de la Francia, reconocía, á despecho del rey de esta nacion, como legítimo emperador, á Enrique de Luxemburgo. Fuerza es convenir, para gloria de la corte de Aviñon, que los derechos y consideraciones de la Santa Sede en esta ocasion no hubieran sido mejor defendidos en Roma.

No podemos decir ahora lo contrario de lo que digimos acerca de la condenacion y suplicio de los templarios: la historia ha hablado mucho de este hecho, pero todavía no lo ha descubierto todo. A hallarse el Papa en Roma, no habria sido tan fácil la condenacion; pero acabemos pronto esta página

oscura y sangrienta. Los primeros templarios fueron presos en 1307, cuando Clemente empezaba á reinar. En el concilio de Paris, de 1310, cincuenta y cuatro de estos religiosos fueron condenados á ser quemados por la justicia secular (1); luego fueron condenados otros cuatro, y despues nueve; pero en los concilios de Maguncia, Treveris y Rávena, celebrados con mas libertad, fueron declarados inocentes. La Santa Sede debió influir en los animos, cuando se pronunció esta generosa declaracion. En 11 de marzo de 1314, *habian cesado* los cánticos de muerte. Clemente, enfermo y agonizante desde hacia mucho tiempo, murió en 20 de abril, treinta y nueve dias despues del suplicio; Felipe el Hermoso murió en 29 de noviembre del mismo año 1314. Si los templarios eran del todo inocentes, fueron vengados en el mismo año; si eran culpables en algunos puntos, sus jueces no sobrevivieron mucho tiempo, el uno á su rigor y el otro á su complacencia. Finalmente, ya que, como he dicho, son tantos los que se entregan valerosamente en el dia al estudio de los hechos, quizás descubran nuevos documentos que aclaren este grave y terrible punto de la historia. En la actualidad se oye con favor á los que creen que la sentencia fué despiadada, y que la justicia no sostuvo con segura mano la balanza en que se pesaban los destinos de hombres que habian prestado servicios tan eminentes á la causa de la religion, y que habian derramado su sangre, *sin pararse nunca en ello*, en tantas y tan honrosas batallas.

En 1317, Juan XXII canonizó á otro Luis, obispo de Tolosa, hijo de Carlos II de Nápoles.

Bajo el mismo reinado, se acusa á los caballeros teutónicos que, mas felices, ó tal vez mas grandes, perteneciendo los mas á una clase de príncipes, obtuvieron una proteccion que, sin embargo, fué tambien su muerte. Despues los unos abrazaron la religion protestante, los otros confiaron sus últimos dias al cuidado de una dinastía que les cubriera con su brazo poderoso, pero sin dejarles ninguna existencia particular, relegados entre muchos nobles de un país, donde el valor está

(1) En aquel tiempo todos los condenados eran quemados, por lo tanto no debe atribuirse la invencion de este suplicio á la inquisicion, sino á una época muy anterior á la de este tribunal.

en todos, y donde no conocen una independencia como la que los hospitalarios supieron conquistarse en su tiempo. Estos llevaron, de una isla ilustre á otra no menos célebre, la fama de una gloria inmensa, á la que solo han podido poner fin los cataclismos políticos.

La gran carrera de santo Tomas es una de las aureolas del reinado de Juan XXII.

Benedicto XII, nacido en una humilde condicion, no dejó de ser por esto uno de los mas distinguidos pontífices del catolicismo.

Urbano V quiso ir á Roma; pero Roma no supo conservarle. Gregorio IX excomulgó á Bernabé Visconti, y enseñó á la Europa que hay crímenes de príncipes que solo un papa puede castigar, acto de justicia, que todos los monarcas aplauden. Ningun otro rey tiene la mision de reprimir brillantemente los crímenes que asombran al universo.

Gregorio XI, á ejemplo de Urbano V, deseó visitar á Roma, ciudad que entonces no contaba mas que 17,000 almas. Un cálculo exacto de estadística prueba que, con sus papas, Roma se vé floreciente y adornada de una poblacion numerosa. Gregorio XVI dejó á Pio IX su Roma poblada de 170,000 habitantes.

Aviñon, como una sombra quejumbrosa; Aviñon, que nunca se sublevaba, se aparecia á Gregorio XI tranquila, y acariciadora. Iba á dejar á Roma; pero sobrevino la muerte.

No recordaremos sino, con sentimiento, los tiempos del cisma, que van á inquietar la península y el resto de Europa.

Urbano VI era italiano: se le opuso un falso Clemente VII.

Bonifacio IX resiste, con la magnanimidad de un papa legítimo, á nuevos ataques de los romanos. Un antipapa, que se dá el nombre de Benedicto XIII, atormenta la vida del verdadero soberano.

Inocencio VII, napolitano, es elegido papa por siete cardenales á la obediencia de Bonifacio IX.

No se puede volver la vista por segunda vez á los desastres que pesan sobre Gregorio XII, depuesto por un concilio rebelde, congregado en Pisa; papa amigo de la paz, y que renunció á su autoridad en la sesion décimacuarta del concilio de Constanza.

Juan XXIII creyó tambien deber ceder á la poderosa voluntad de este concilio, y Martin V (Colonna) es elegido pontífice. Este reinado de reparacion, de vuelta á las ideas rectas, sábias y regularizadas, fué un reinado feliz despues de tantos dolores.

Llegamos ya á una época en que las artes tratan de florecer ; es preciso que detengamos la atencion en varias medallas acuñadas en tiempo de este papa , pues las medallas suelen ser los actos de un reino presentados en bronce.

Eugenio IV vió á sus piés al emperador de Constantinopla y al de Germania ; tuvo amor á la guerra ; lloraba hablando de los progresos del musulman , avanzando por el Asia.

Celebra Nicolas V el jubileo en 1450. Durante su reinado, las bellas letras resucitaron con brillo. Mandó traducir las obras griegas. Fué un gran papa, que trató de llevar á los reyes , al catolicismo contra los sarracenos ; no pudo vencer la tibieza de los monarcas , y murió de pesadumbre que le causaron las disidencias de la época.

En tiempo del primer papa del nombre de Borgia , Calixto III , se vió un pontífice que honró su dignidad, y cuya virtud y desinterés es preciso elogiar , no menos que su saber. A sus consejos se debió que se levantara el sitio de Belgrado, baluarte de la cristiandad , asediado por Mahometo , al frente de 150,000 turcos. No podemos negar que , con tan buenas calidades , este papa quiso demasiado á sus sobrinos , é hizo un mal uso de los bienes de la Iglesia.

Nada tratamos de quitar á la gloria de Pio II ; hemos tenido particular cuidado en poner en claro cuanto se refiere á este gran genio. Retractó obras culpables , é iba á partir para una santa cruzada , pero Dios lo dispuso de otro modo : al llegar á Ancona , sucumbió á las fatigas del viaje , y manifestó los trabajos que un hombre inteligente puede aun emprender á una edad avanzada. Sabiendo los venecianos que Pio se embarcaba en su flota , acudieron con su dux á la cabeza para presenciar tan maravilloso espectáculo. Si el Papa hubiese podido llegar no mas que á Morea, los cruzados tal vez hubieran podido recobrar una parte de lo que los turcos habian ya arrancado á los griegos , que no habian sabido defender sus islas mejor que la capital de su reino.

Paulo II era un pontífice de maneras magníficas ; su reinado entero fué bendecido por la cristiandad.

En 1475, Sixto IV celebró el gran jubileo.

Debemos deplorar las escenas que acompañaron la conspiración de los Pazzi contra los Médicis. Hay hechos tal vez mas conocidos , pero cuya huella está bastante impresa en la historia; hechos que empañan un reinado glorioso. Si en seguida nuevos ambiciosos tratan de invadir los bienes de la Iglesia, queda poca voluntad para disculpar una conducta á menudo mal explicada , para investigar cristianamente si las calidades preciosas del zelo por la religion, de los trabajos católicos, de los beneficios para con Roma , no han debilitado culpas, que la tiara nunca debe echarse en cara.

Bajo el pontificado de Inocencio VIII , Cristóbal Colon descubrió la América. Hé aquí nuevos cuidados para la Santa Sede.

Otro Borgia es destinado á reinar: con él sobrinos, monstruos; con ellos abominaciones y crímenes.

Carlos VIII va como á aparecer en Italia. Un príncipe turco que ha reclamado los derechos de la hospitalidad, morirá miserablemente. Si hay un crimen, todos lo reprobarán al achacárselo mutuamente. El jubileo de 1300 se verificará con nuevas circunstancias : la piedad de la cristiandad se manifestará en todas partes. La época en que este papa fué llamado á la Santa Sede era horrorosa. Dejemos hablar un momento á Voltaire sobre este punto: «La larga contienda de los emperadores y de los papas, la lucha tenaz de la libertad de Roma contra los Césares de Alemania y contra los pontífices romanos, los cismas frecuentes, y en fin el *gran cisma de Occidente* (1), no permitieron á los papas elegidos en el disturbio ejercer las virtudes que tiempos bonancibles les habrían inspirado. ¿La corrupcion de costumbres no podia extenderse hasta ellos? *Cada hombre es formado por su siglo* (2). Los atentados á que algunos papas fueron arrastrados, sus escándalos autorizados por un ejemplo general, no pueden quedar sepultados en el olvido. ¿De qué sirve

(1) Bajo Alejandro VI las cenizas del incendio estaban apenas enfriadas. Habia ya un poco de civilizacion , pero muchos crímenes todavía.

(2) Es preciso sin duda exceptuar á San Luis.

la pintura de sus vicios y desórdenes? *para hacer ver cuán felices es Roma desde que la decencia y la tranquilidad reinan en ella* (1).

Pio III libró muy hábilmente á Roma de la tiranía de este Valentinois, que parecia resucitar el reinado de Alejandro VI. Esta usurpacion fué destruida, y semejante tiranía de nepotismo no ha causado despues el mismo terror.

Hemos llegado á Julio II que no fué el primer papa guerrero. Por este carácter firme y quizás altivo, decidió á los franceses á concederle su apoyo, que tal vez habrian negado á un papa menos decidido. En aquella época de indecision, Julio, débil, temeroso, negociador tibio, aguardando su salvacion de los vecinos italianos, sin duda hubiera perdido una parte del patrimonio de San Pedro. Los franceses concedieron su proteccion, su Bayardo, su Montoisson, sus generales mas distinguidos para una expedicion que un papa dirigia en persona.

(1) Voltaire, *Historia general*. Por medio de esta cita es cierto que deprimimos el reinado de Alejandro; pero tambien elevamos á gran altura delante de nuestros amigos la gloria angelical de Pio IX. Marchetti, arzobispo de Ancira, cita como yo este pasaje de Voltaire, y añade una nota que paso á copiar: «Voltaire vivió en un tiempo en que podia hojear, sino leer (cosa que no acostumbraba) los treinta y seis volúmenes de Fleury, y quizás se puede sospechar que su ligereza le haria mas imparcial con los papas. Otro escritor del mismo género *lo pasó mal* por haber querido hacer un estudio mas atento de este mismo Fleury, y nos ha dejado la prueba de su propia experiencia. Me repugna citarle aquí, tanto horroriza sobre ciertas consecuencias que Fleury no previó al llenar sus páginas de hiel tan amarga. Hablo del célebre conde Alfieri. En su *vida*, recordando los estudios de su primera juventud, el conde se expresa así: «Me engolfé en los treinta y seis volúmenes de la *Historia eclesiástica* de Fleury y los leí casi todos con furor; resolví hacer extractos de ellos en francés, y con los extractos llegué al libro diez y ocho..... Esta lectura hizo caer del buen concepto en que yo los tenia al clero y á sus cosas.»

«Mas abajo, Alfieri refiere la audiencia que en 1767 obtuvo de Clemente XIII. - Este buen anciano, dice, de venerable amistad, añadida á la magnificencia local del palacio de Monte-Cavallo, hizo que yo no me asombrára de la prosternacion acostumbrada y de besar el pié, por mas que hubiese leído la *Historia eclesiástica* y supiese el valor de aquel pié.

«*Chi vuol sapere appieno*

«*Se fu saggio il cultor, guardi il terreno!*»

«Quién quiera saber si el labrador fué entendido, mire bien el terreno.»

Traduzco fielmente la nota del arzobispo de Ancira. El conde contaba muy amenudo este hecho á la condesa de Albany.

A no ser que lo reclamen circunstancias idénticas, este ejemplo debe ser poco imitado. Por otra parte, conviene leer las campañas militares del pontífice, referidas por el mas célebre publicista de la época, el secretario florentino.

Honremos á Julio que fué de fuerza invencible en la adversidad, y que hizo tan audazmente la guerra á estos mismos franceses, y dispongámonos á hablar de Leon X. Armémosnos de entusiasmo, de admiracion; preparemos los mas brillantes colores para este cuadro, ya emprendido por otros, y que ni ellos ni nosotros sabremos acabar. Faltaba una gloria á la Santa Sede: Pericles habia dado su nombre á su siglo; Augusto obtuvo el mismo honor. Un papa, llamado Médicis, va al mismo tiempo á ver nacer los mas vivos y punzantes dolores para la religion, cuyo cuidado le está confiado; y por sus talentos, sus virtudes, sus generosidades sobrehumanas, como decia Dante, y un ascendiente sobrenatural, este papa merecerá que su nombre pase á la mas remota antigüedad y llegue á ser en lo futuro el tipo de la magnificencia. Aun despues del momento en que empiece Luis XIV, que se llamará el rey por excelencia, Leon merecerá el tributo de una gloria universal, no solo delante de los que le quedarán fieles, sino tambien delante de los hijos extraviados que desconocerán á su padre y su amigo.

Leon X, llamado antes Juan de Médicis, nació en Florencia el dia 11 de diciembre de 1475, un año despues de Miguel Angel, que acababa de ver la luz en Chiusi, en la misma comarca.

El padre de Juan era Lorenzo de Médicis, llamado el Magnífico. Su madre, Clara ó Clarisa, pertenecia á la familia de Orsini.

Luis XI, rey de Francia, concedió á Juan, siendo aun muy jóven, la dignidad de arzobispo, é Inocencio VIII, que habia nombrado á Juan á los siete años protonotario apostólico, le creó cardenal á los catorce años, con la condicion de que no se revestiria con las insignias cardenalicias sino tres años despues, esto es, en 1492. Este honor fué concedido á Lorenzo por haber dado en matrimonio su hija Magdalena á Franceschetto Cibo, hijo del mismo papa.

El mismo año, Juan fué designado como legado del patrimonio, y debia residir en Florencia.

Julio II despachó mas tarde á Juan como legado en Romaña, viéndose obligado á asistir á la batalla de Rávena, en 1512. El cardenal Juan, que poseia toda la confianza de Julio II y cuyas tropas mandaba, estaba acampado en Budrio y disponíase á socorrer á Brescia. Por desgracia, sus lugartenientes empleaban mas tiempo en tomar una resolucion, que Gaston de Nemours, el general francés, en tomar una fortaleza.

Solo el anciano Julio II era capaz de luchar en actividad con un jóven de veinte y cuatro años.

Gaston no era solamente un capitán de prodigiosa actividad, sino un hombre dotado de alta penetracion: habia adivinado á su enemigo. Sin temer dejar sin guarnicion á Brescia, va á presentar batalla á los españoles Fabricio Colonna y Navarro (1), que ocupaban en una altura una posicion formidable, desde donde la artillería, dirigida particularmente por este último y bien servida, trataba de detener la *furia francesa*; pero á la vista de las banderas enemigas, mandadas por Gaston, un movimiento eléctrico conmovió á todas aquellas masas inmóviles. Los soldados rompen las filas, corren á la tienda del cardenal Juan de Médicis, se arrodillan y piden la bendicion, que el legado les dá con una cruz de plata, que el Papa habia bendecido. Desde el campo francés se pudo ver este piadoso espectáculo, del cual nos acordaremos en una época fatal del reinado de Clemente VII. Gaston queria batirse; pero Ivo d'Allegre, como hombre prudente, contuvo la impetuosidad de su jóven amigo; le señala con el dedo aquellas masas de soldados arrodillados, aquellas barbas blancas encanecidas en los combates, y aquel terreno en declive, tan propio para secundar el fuego de la artillería. Entonces la batalla quedó aplazada para otro momento.

El ejército aliado estaba á las órdenes del cardenal, jefe de la liga santa. No llevaba espada, ni cota de malla; su vestido

(1) En muchas historias se representa á Navarro como un príncipe de la familia de Navarra, en España, pero es un error. Se ignora el nombre de la familia de Pedro Navarro; pero se sabe que era un célebre ingeniero, moro de origen, segun decian, nacido en Navarra y que habia tomado el nombre de su provincia. Fué siempre sábio y hábil y se le consultaba como á uno de los primeros generales.

era el de su dignidad, una túnica encarnada, una cruz sobre el pecho y el capelo en la cabeza. Montado en un caballo blanco, iba de las filas españolas á las italianas, saludando con la mano á los oficiales, animando á los soldados, exortando á unos y á otros á cumplir su deber, á servir á Julio II, su señor espiritual, en nombre de la Italia, su madre, ó su patria adoptiva (1).

Si se vuelven los ojos al ejército francés, se vé en el cuerpo, mandado por la Palice, á otro cardenal, Federico de San Severino, marchando al frente de las tropas, armado de piés á cabeza, con el casco, la espada al costado y el tahalí al hombro. Se le reconoce en su estatura alta, en su barba espesa y en las insignias de legado que lleva delante de él, porque representa en el campo francés á los cardenales opuestos á Julio.

El combate se empeña; pierden los españoles la batalla; prisionero Juan de Médicis, es conducido á Milan, donde franceses y milaneses le acogen con respeto, inclinándose delante del representante del augusto pontificado que tantos progresos de civilizacion habia ya sembrado en Italia y en el resto de Europa. Por fatalidad, en recompensa, la Alemania debia desencadenar odiosas fuerzas contra la Santa Sede; pero no nos anticipemos á desastres hasta entonces imprevistos.

Puesto en libertad, gracias al valor de uno de sus servidores, el cardenal Juan pudo volver á Roma.

Muerto Julio II, abrióse el cónclave el dia 1.º de marzo de 1513, y Juan fué elegido papa á instancias de los cardenales mas jóvenes, que desearon tener un papa de 37 años. Se pretende que, al anunciar al pueblo el cardenal Alfonso Petrucci en los términos ordinarios la eleccion, añadió: *Ac vigent valeant que juniores!* «Y que los mas jóvenes tengan su vez y triunfen.» Pero estas palabras no deben ser ciertas, pues ningun cardenal, delante del pueblo y en público, puede apartarse de la fórmula ordinaria. Petrucci dijo lo que era preciso decir y nada mas. Por otra parte, el cardenal Alejandro

(1) Entonces Julio II, no acordándose ya del valor francés que habia abierto al papa las puertas de Bolonia, llamaba *bárbaros* á los franceses. Hay un lenguaje para el estado de alianza y otro para el de guerra.

Farnesio, entonces primer diácono, fué quien dió el anuncio y no se apartó de la fórmula prescrita. Es posible que el cardenal Petrucci dijera estas palabras al oído de su vecino; pero la historia no refiere confianzas frívolas.

Lenglet, en sus *Principios de historia para la juventud*, asegura que el emperador Maximiliano había creído entonces poder cambiar las insignias imperiales por el manto pontificio. El emperador era viudo, y se había lisonjeado de llegar á ser papa (1). El advenimiento de Juan de Médicis, que tomó el nombre de Leon X, puso fin á tales esperanzas.

Acercábase la semana santa: el nuevo papa fué ordenado presbítero en 15 de marzo y consagrado el día 17, siendo coronado en el día 19. Gastáronse en fiestas, solamente en lo relativo á adornos de las calles, cien mil escudos romanos. Otra cantidad igual fué repartida entre los pobres (2).

El día 11 de abril, Leon tomó posesion de San Juan de Letran (3). Montaba el mismo caballo blanco que llevaba en la batalla de Rávena un año antes, cuando los franceses le hicieron prisionero.

En la ceremonia del *posse* fué el último que se sentó en la silla de pórfiro, colocada bajo el vestíbulo de la iglesia. Delante del Papa llevaba el estandarte de la iglesia el duque de Ferrara, que iba á la derecha de Su Santidad. Acompañábanle también el duque de Urbino y el de Camerino. Delante del Papa, su primo Julio de Médicis, que fué despues Clemente VII, montado en un soberbio caballo, llevaba el estandarte de la religion de San Juan de Jerusalem.

Antes de salir del cónclave, Leon había elegido dos secretarios, Pedro Bembo y Santiago Sadolet. Este último, natural de Módena, donde nació en 14 de julio de 1477, era una de estas organizaciones robustas, de ancha frente, buen color, miembros de estructura atlética, tales como suelen producir las razas montañosas, y como Julio Romano ha introducido

(1) Existe una carta de Maximiliano á la archiduquesa Margarita, su hija, testimonio de tan extravagante designio. Véase Mariana, lib. XXX, cap. 5.

(2) *Vida de Leon X* por Fabbroni, pág. 65.

(3) Novaes, VI, 166.

en su batalla de Constantino contra Majencio. De edad avanzada, Sadolet debía parecerse á uno de los ancianos que Rúbens puso en su descendimiento de la cruz, en la catedral de Amberes. Como Julio II, Sadolet habia adoptado el uso de la barba (1); y la suya era larga, espesa, cortada en punta y con bigote en forma de semicírculo. Al verle con su vestido de clérigo, hubiera sido difícil adivinar que aquella cara erizada de pelo pertenecía á un humanista; antes al contrario, cualquiera le habria tomado por un soldado.

Sadolet habia adoptado por poeta á Virgilio: á los diez y ocho años dejó á Virgilio por Ariosto; pero hubo otro autor que prefirió á los dos poetas, san Pablo, y lo comentó para buscar en él la explicacion de misterios íntimos, de los cuales solo la revelacion podia darle la solucion completa.

Bembo era amigo de Sadolet desde la infancia: hijo de un patricio que en Rávena habia levantado la tumba de Dante (2), Pedro Bembo habia aprendido el latin bajo la direccion de Alejandro Urticio, hábil humanista, apasionado por la antigüedad clásica, de la cual, segun decia, todo es de admirar, costumbres, instituciones, teogonía, idiomas (3). Sin duda inspiró á su discípulo este culto fanático por el paganismo, pues Bembo, ni aun siendo cardenal, pudo sustraerse á él. En el momento en que el estudiante se prepara para darse á la vela en direccion á Sicilia, se encomienda á la proteccion de los dioses. En medio de todo cuanto le habia enseñado Urticio, quedó muy poco lugar para la instrucción de un católico; pero un talento naturalmente prodigioso, y los buenos ejemplos de Leon, hicieron lo demás.

A los veinte y seis años, Bembo pasaba por uno de los primeros helenistas de la época, y á los veinte y ocho, fué acogido honrosamente en Ferrara, donde encontró al duque Alfonso y á su esposa la duquesa Lucrecia.

A propósito de esta princesa, hé aquí un pasaje de Mr. Audin (pág. 291) del cual es preciso dejarle toda la gloria:

(1) Mr. Audin, pág. 284.

(2) *Historia de Dante*, pág. 490.

(3) Mr. Audin, pág. 290.

«Lucrecia Borgia, á quien se ha cargado de crímenes que quizá nunca oyó un casuista, estaba entonces en la flor de su edad: no era solo, si hemos de creer á Bembo, una de las estrellas del cielo italiano, un modelo de gracias, sino una jóven que á todos los dones de la naturaleza habia querido agregar los del alma: Florentina por su dulce lenguaje, poetisa cuyos cantos hubieran inspirado á las nueve musas, en una palabra, era otra Lucrecia.»

Bembo le dedicó sus *Asolani*: en la dedicatoria de esta obra, el autor celebra con entusiasmo los encantos, el talento, el saber y virtudes de la duquesa. Se pregunta cómo un jóven de las calidades de Bembo, rico, de noble raza, conocido en el mundo literario, habria osado á la faz de Italia cantar á una mujer que se pareciese al retrato trazado por Sannazar y Pontano.

Dejemos decir á estos escritores: todo puede explicarse por este y por aquel tiempo. Lucrecia se llamaba Borgia, deprimirla, era deprimir á Alejandro VI.

Los *Asolani* de Bembo obtenian gran éxito: habia compuesto este libro en el castillo de Asola, en la cumbre de una montaña. El autor se habia propuesto, dicen, imitar las Tusculanas; pero ni el objeto ni el tono de estas dos obras se parecen.

Sadolet y Bembo fueron los dos hombres que refrendaron las hermosas y elocuentes cartas que Leon X nos ha dejado.

Un tercer compañero embellecia esta reunion que todos dejaban con sentimiento para entrar en el mundo de los negocios y del deber: este tercer amigo era Bibiena, á quien Rafael puso al lado de Leon X en la *camera di torre Borgia*, en el Vaticano. Desterrado con el cardenal Juan, mas de una vez Bibiena habia consolado con su alegría los dolores del jóven Médicis. Bibiena era un gran admirador de Miguel-Angel y de Rafael, en quienes queria encontrar á Fidias y á Apeles.

Estos, dice Mr. Audin, fueron los tres símbolos de la vida intelectual de Leon X desde que ciñó la tiara. Bembo representa el elemento literario pagano; Bibiena el elemento artista pagano; Sadolet el elemento cristiano. ¿Bastaba un

solo elemento cristiano para combatir tantos desastres como iban á afligir la á Iglesia de Jesucristo?

Leon habia recibido de la naturaleza una alma amante, un corazon lleno de clemencia: viendo que los Colonna, que estaban quejosos de Julio II, no se presentaban, no á implorar su perdon, sino á indicar solamente que las buenas gracias del Papa les serian preciosas, manifestó alguna impaciencia por no haberles visto todavía íntimamente en su corte.

El cardenal Pompeyo Colonna, uno de los primeros á quienes advirtieron de ello, fué á arrodillarse en el Vaticano. El Papa le levantó, estrechándole en sus brazos, y con una bondad singular le devolvió las insignias de la púrpura. La misma liberalidad ejerció para con Fabricio, de la misma casa, y dió á ambos los hermosos jardines que están en frente del Quirinal, y el palacio construido al lado de la iglesia de los Santos Apóstoles.

Desde aquel momento, dice Novaes, la gran moderacion del Papa hizo que le llamaran *el cordero*, mientras se daba todavía á Julio II el sobrenombre de *Leon*.

Uno de los primeros cuidados del Pontífice fué procurar que se concluyera el concilio general décimonono (quinto de Letran), que habia sido empezado por Julio II en 3 de mayo de 1512, y continuado hasta la quinta sesion, que tuvo lugar el dia 16 de febrero de 1513. Leon lo terminó en 1517. En él se vieron sucesivamente diez y seis cardenales, tres patriarcas, ciento catorce obispos y prelados regulares.

El 17 de diciembre de 1513, en la octava sesion, las actas del falso concilio de Pisa fueron reprobadas. Impusieronse penas á los cardenales ya depuestos por Julio II, Carvajal y san Severino, á quien hemos visto en las filas del ejército francés que hizo prisionero al cardenal Juan. Estos cardenales, venidos de Roma, detenidos en Liorna y conducidos presos á Civita-Vecchia, fueron llevados secretamente á Roma.

El Papa eligió la sala del concilio para teatro de la reconciliacion de los pecadores con la Santa Sede.

Introducidos en la sala los dos culpables, doblaron la rodilla, inclinaron respetuosamente la cabeza, y despues de algunos momentos pasados en esta actitud, se levantaron am-

bos. Entonces Carvajal, dirigiéndose al Papa, le dijo: «Perdonadnos nuestras ofensas; tened piedad de nosotros, de nuestras lágrimas, de nuestro arrepentimiento, no conteis nuestras iniquidades, mayores en número que los granos de arena del mar.»

Reinó un momento de silencio: todos los ojos estaban fijos en los suplicantes.

«Tierna madre es la Iglesia, dijo el Papa mirando compasivamente á los dos prelados, perdona á los que vuelven á ella; pero la Iglesia no quisiera por una caridad culpable excitar al pecador á faltar de nuevo. Para que no podais, pues, gloriaros de vuestras iniquidades, hemos resuelto castigaros.»

Entonces, en medio de un lúgubre silencio, respirando apenas los espectadores para oír mejor la sentencia, el Papa procedió por medio de preguntas.

«¿No habeis, preguntaba el Papa con voz severa, contristado con vuestra ingratitud á vuestro bienhechor, á vuestro padre, á vuestro juez, Julio II, de gloriosa memoria?»

«¿No osasteis, malvados, excitar al pueblo de Pisa á desobedecer á vuestra santa madre la Iglesia apostólica?»

«¿No fijasteis en las paredes de la casa de Dios una sentencia de proscripción contra el vicario de Cristo? Responded, y pronunciad vosotros mismos la sentencia.»

Los dos cardenales, confusos, nada respondieron y bajaron la cabeza.

«¡Pues bien! dijo el Papa, mirad esta cédula, si la firmáis, obtendreis misericordia de la Santa Sede apostólica. Leed.»

Carvajal tomó el escrito, lo leyó rápidamente en voz baja, é hizo ademan, llevándose la mano al corazón, de adherirse formalmente al contenido de aquél.

«Leed en alta voz, dijo el Papa.—Santo Padre, contestó Carvajal, no puedo, estoy enfermo, me falta la voz.»

«¿No podeis? dijo el Papa sonriéndose, no vacileis; sois libres de firmar; si os negais á hacerlo, podreis volver libremente á Florencia, de donde habeis venido, protegidos por nuestro salvo-conducto.»

San Severino tomó entonces la confesion de manos de Car-

vajal, y la leyó como un verdadero capitán, como si hubiese sido una proclama dirigida á los soldados que guiaba en Rávena, en compañía de los franceses. La cédula contenía la desaprobación completa de todos los actos de que los dos se habían hecho culpables para con la autoridad de la Santa Sede. Hecho esto, tomaron una pluma, firmaron la fórmula, arrodilláronse y recibieron la absolución pontificia, que fué pronunciada con un sentimiento de dignidad y urbanidad paternal, que habría arrancado lágrimas á los corazones mas insensibles.

El Papa bajó de su trono; ya no era un juez, sino un padre; acercóse á Carvajal, y tomándole las manos: «Ahora sois nuestro hermano en nuestro Padre, pues que habeis hecho nuestra voluntad; sois la oveja perdida del Evangelio que ha sido hallada. Regocijémonos en el Señor.»

Acogió con las mismas palabras y el mismo apretón de manos á San Severino, á quien había visto vencedor en Milan, y los dos nuevos hijos de la Iglesia, con sus antiguas insignias y su puesto designado en un verdadero concilio, encontraron la paz de la conciencia, la amistad del Papa y el aprecio de los miembros del sacro colegio. Una sola penitencia canónica les fué impuesta, y aun leve, para que todo fuese aquel día piadoso y magnánimo. Carvajal y San Severino debían ayunar una vez al mes durante toda su vida.

Otros tres cardenales, Borgia, de Prié y Briçonnet, habían ido fautores del concilio de Pisa. El primero había muerto, y los otros dos fueron comprendidos en el acto de reconciliación que fué dirigida á Luis XII.

En la sesión décima se aprobó el establecimiento de *montepios*: se amenazaba con la excomunión á quien los condenara ó considerara como favorables á la usura: se prohibió la publicación de libros antes de ser aprobados por los obispos y por los encargados de contestar á las depravaciones heréticas.

Los trabajos del concilio eran á veces interrumpidos, y Leon no descuidaba los numerosos negocios que de todas partes llegan á Roma.

Copiaremos ahora una carta de Erasmo, en que felicita á Leon por sus gloriosos trabajos. Naturalmente encontramos en estas pocas palabras ocasión de repetir parte de lo que he-

mos dicho de los papas que han llevado el nombre de Leon; por ellas se verá que nuestros juicios no pueden contradecir los del ilustre sábio de Rotterdam. Escribe al Papa :

«Leon X, vos nos volvereis el dichoso gobierno de Leon I; la piedad erudita y el gusto musical de Leon II; la elocuencia fecunda y el alma de Leon III, que no se doblegó ni delante de la dicha ni de la desgracia; la sencillez y la prudencia, encomiadas por Cristo, de Leon IV; la tolerancia de Leon V; el amor á la paz de Leon VI; la vida *del todo celeste* de Leon VII; la integridad de Leon VIII; la bondad de Leon IX, que se deramaba sobre todos. Esto es lo que nos dareis, tenemos por garantía de ello, no solo estos nombres sagrados que son otros tantos oráculos, sino tambien el pasado y el porvenir.»

En 1514 se dieron cartas credenciales á los legados enviados por una parte á los moscovitas y por otra á los maronitas, al mismo tiempo que partieron misioneros para ir á destruir los errores que acababan de adoptar aquellos diferentes pueblos.

Manuel, rey de Portugal, que en el año anterior se habia hecho dueño del mar Eritreo (1) donde habia encontrado puertos favorables al comercio, envió al Papa tres embajadores para renovar el juramento de obediencia, y algunos regalos procedentes de las conquistas hechas en las Indias orientales. Entre otros presentes le mandaba un elefante llamado Annon, dotado de calidades singulares, descritas por Oldoini en sus adiciones á Chacon. Gustaba tanto al Papa este animal, que iba muchas veces á visitarle para ver si lo cuidaban bien y si le daban los alimentos que podia encontrar agradables (2).

Leon despidió á los embajadores, despues de haberles dado espléndidas fiestas, y les encargó que entregáran al rey la rosa de oro que habia sido bendecida, segun costumbre, el cuarto domingo de cuaresma. Iban unidos á la rosa de oro el *stocco*

(1) *Mar Eritreo* es el nombre que se daba á toda la parte del mar de las Indias que forma hoy el golfo de Oman, comprendiendo el golfo Pérsico y el golfo Árábigo.

(2) Este elefante murió dos años despues, y se rogó á Rafael que lo pintára al natural, junto á la torre de la puerta del palacio donde fué enterrado. En el mismo sitio se grabó un epitafio compuesto, segun dicen, por el guardian del animal.

(la espada) y el *berettone* (el sombrero) bendecidos en las fiestas de Navidad, y que ya era costumbre ofrecer á los príncipes cristianos que cobraban fama en batallas útiles al bien del catolicismo.

En 1515, Francisco I sucedió á Luis XII. El nuevo rey de Francia, para asegurar la posesion del ducado de Milan, firmó la paz con los ingleses y se alió con los venecianos, de donde nació una liga contraria, en la que se asociaron el emperador Maximiliano, Fernando, rey de España, el duque de Milan y los suizos. Al mismo tiempo, Octavio Fregoso, dux de Génova, para estar mas al abrigo de los insultos de la familia Adorni, concedió, con permiso de sus conciudadanos, el señorío de la república al rey de los franceses, príncipe que entonces procuraba atraer á su partido al papa Leon, que estaba mas dispuesto á abrazar el del emperador y de Fernando. Leon, mal aconsejado en aquel momento por sus afinidades políticas y por la fortuna, no adivinó quién saldria vencedor, y se declaró contra los héroes de Rávena.

Francisco I, nacido el dia 2 de setiembre de 1494, era biznieto de Luis, duque de Orleans, hijo de Carlos V, y que habia casado con Valentina de Milan.

«Este príncipe, dice M. Daru, jóven, ardiente, lleno del hirviente valor que distinguia las guerras de aquella época y su nacion, alejado del ejército durante el reinado de Luis XII, perseguido en su ociosidad por el ruido de las hazañas de Gaston, escribió á los venecianos que partiria para reunirse, dentro de cuatro meses, en el Adda, con su general Alviane, y cumplió su palabra.» Muy pronto el rey se presentó en los campos de Marignan, donde los suizos, salidos de Milan, fueron á atacarle. Su ejército marchaba al sonido de las temibles trompetas de Uri y de Underwald que se reservaban para los dias de batalla (1). El combate duró dos dias. Alviane, que venia de Lodi de buscar su ejército, llegó en medio de la segunda batalla, pero solamente á la cabeza de cincuenta y seis maestros que dejaban oír el grito veneciano: *Marco! Marco!*

(1) Estos mismos hombres de Uri y de Underwald han contribuido, en nuestros dias, á la victoria conseguida en Lucerna sobre el partido radical.

Ambos ejércitos creyeron que todas las tropas venecianas estaban en línea, y los franceses sintieron redoblado su valor, al paso que los suizos empezaron á ceder; pero hicieron una prudente retirada, teniendo las trompetas á retaguardia como amenazando por este medio tomar la ofensiva. Después de la batalla, que fué llamada por Trivulzio *el combate de los gigantes*, Francisco I quiso que se le diera un premio y deseó ser armado caballero por Bayardo (1): después él mismo armó á muchos otros caballeros.

Alviane, el general intrépido que tan bien había secundado al rey, pertenecía á la familia Orsini, y era próximo pariente de Leon X por su madre Clarisa. El dolor del Papa fué templado por una alegría de familia que no duró, pues muy pronto se supo que Alviane había muerto de resultas de las heridas, poco tiempo después. Las consecuencias de las victorias obtenidas en Italia son inmediatas y abrazan á menudo una larga série de años.

Un tratado de paz unió pronto á Roma á la gloria de los franceses. El Papa se comprometió á romper su alianza con Maximiliano y el rey de España, y á retirar sus guarniciones de Plasencia y de Ferrara, que hacia poco tiempo que acababan de ser restituidas á la Santa Sede. Por su parte, Francisco se comprometia á defender el Estado eclesiástico, á los Médicis y la república de Florencia.

Tratóse de una entrevista entre el Papa y el rey. Algunos cardenales no aprobaron que Leon partiera para Bolonia, á donde el rey debía tambien trasladarse; pero el Papa llevaba aun mas léjos sus miras, deseaba evitar la falta de Alejandro VI, que habia esperado en Roma el paso del ejército de Carlos VIII. En consecuencia, Leon partió acompañado de diez y ocho cardenales, de treinta prelados y de una parte de la corte romana.

Florencia se habia puesto sus mejores galas para recibir á su glorioso hijo: pintores, escultores, arquitectos, y sobre todo

(1) El condestable de Borbon estuvo tan valiente en esta batalla, que el rey le dijo riendo: «Tú no te has precavido en esta batalla mas que un jabalí.» En efecto, Carlos habia estado admirable; y debía morir tan indignamente!

los poetas, se presentaron en tropel ganosos de manifestar su gratitud al príncipe distinguido que reinaba en Roma. Los arquitectos derribaron algunos lienzos de antiguos paredones á fin de que el séquito pontificio pudiera desplegarse en toda su magnificencia. Los humanistas imaginaron divisas é inscripciones de estilo antiguo. Los poetas improvisaron en latin y en francés *canzones*, que coros de jóvenes de ambos sexos debían cantar al pasar el Papa.

Leon X se manifestaba gozoso de estos ingeniosos homenajes de amor; deteníase para oír los cantos improvisados en su honor, para leer las inscripciones latinas con que todos los arcos estaban adornados, para admirar las inspiraciones de los pintores, de los escultores y de los arquitectos, para contemplar las columnas y obeliscos, las estatuas y trofeos que Florencia habia levantado á cada paso. Al ver la estatua de Lorenzo su padre, inclinó respetuosamente la cabeza y se le vió llorar. Sus ojos se habian fijado con singular emocion en estas palabras del pedestal de la estatua: *Hic est filius meus dilectus*. El pueblo desde las calles, desde los balcones y tambien desde los terrados gritaba: *Palle! palle*, (las bolas, escudo de los Médicis) mientras que el tesorero de Su Santidad echaba monedas á la muchedumbre.

El Papa llegó á Bolonia el dia 8 de diciembre, y Francisco I tres dias después. El dia de la audiencia, Leon, revestido con sus hábitos pontificios, aguardó al monarca en la sala del consistorio. El rey iba entre los dos cardenales mas antiguos del sacro colegio: la muchedumbre era tal en los salones que, segun relacion del obispo de Pésaro, el monarca quedó durante mucho tiempo como aprisionado en medio de las oleadas de caballeros italianos y franceses, de lo que se reia estrechando la mano del maestro de ceremonias, á quien habia tomado por introductor.

Llegado finalmente junto al trono, el rey se arrodilló, besó la cruz bordada en la sandalia del Papa, y este tomó la mano del monarca y le presentó la mejilla. Francisco I dirigió al Papa algunas calurosas palabras (1), á las cuales Leon respondió

(1) Mr. Audin, pág. 408.

en un estilo cuyo secreto él solo poseía y que, según el obispo de Pésaro, pareció aquel día mas espiritual y tierno que de costumbre. A la señal del maestro de ceremonias, el rey se sentó á la derecha del Pontífice, en un magnífico sitial. El canciller Duprat se acercó, descubierta la cabeza, y pronunció el discurso de obediencia.

Toda la asamblea admiraba á la vez á un jóven monarca, héroe ya, que no tenia mas que veinte y dos años, y á uno de los mas grandes pontífices romanos, que solo tenia cuarenta.

Este sentimiento dominaba á todos los ánimos, por mas esfuerzos que en la sala se hicieran para oír las palabras de Duprat.

«El discurso del canciller, dice M. Audin, fué un manifiesto en honor de la Santa Sede. El orador proclamaba los títulos de Roma al amor, no menos que á la gratitud del reino de Francia. Era al mismo tiempo la profesion de fe del rey Cristianísimo á la autoridad del jefe de la Iglesia.»

Era hermoso oír al vencedor de Marignan exclamar por el órgano de su canciller: «Santísimo Padre, el ejército del rey Cristianísimo es vuestro; disponed de él como gustéis: las fuerzas de Francia son vuestras, vuestros son sus estandartes. Leon, delante de vos está vuestro hijo sumiso; *tuus á religione, tuus jure, tuus more majorum, tuus consuetudine, tuus fide, tuus voluntate*. (Es vuestro por la religion, por derecho, por uso de los antepasados, por costumbre, por la fe, por la voluntad) (1).»

Terminada la arenga, el rey se inclinó en señal de asentimiento, y Leon X contestó en términos llenos de benevolencia: según su costumbre, fué sencillo, afable y armonioso. Luego Su Santidad cojió la mano de Francisco I, y le condujo al aposento en que debia dejar los hábitos pontificios. El rey se acercó á la ventana, á donde Leon fué á buscarle muy pronto.

Después el Papa celebró el santo sacrificio en presencia del rey, el día 12 de diciembre, en la iglesia de San Petronio. El monarca no aceptó el reclinatorio que quisieron poner delante de él, sino que se quedó en pié, ó se arrodilló, juntas las

(1) Si se desean mas noticias acerca de este congreso, se puede consultar á Sponde, *Ann. ecles.* y á Fabbroni.

manos y la cabeza inclinada. Todos los oficiales franceses quisieron recibir la comunión de manos del Papa; pero eran tantos, que no fué posible, y el rey fué á buscar á los que por su valor y nobleza le pareció que merecían la preferencia. Entonces uno de los que no eran admitidos exclamó en alta voz: «Padre Santo, ya que no puedo recibir la comunión de vuestra mano, ni confesar al oído de Vuestra Santidad, diré públicamente mi pecado: he peleado con todas mis fuerzas contra el difunto papa Julio II.» El rey añadió con su natural franqueza: «En el mismo caso me hallo yo, Santísimo Padre; pero aquel papa era el mas fiero de nuestros enemigos, y mejor habría estado al frente de un ejército que en la silla de san Pedro.»

Los mas de los capitanes confesaron la misma falta; y entonces el Papa, lleno de dignidad é inclinando la cabeza, como para dar las gracias por tan bruscas reparaciones, quiso dar á todos la absolución de las censuras en que hubiesen podido incurrir.

El mismo Papa y Duprat habian preparado el trabajo que debia ser firmado por ambas partes, y que iba á organizar una multitud de disposiciones propias para establecer la concordia entre la Santa Sede y Francia, en todo lo relativo á intereses religiosos.

Mas adelante hablaré del concordato firmado por Leon X y Francisco I, y explicaré muchos detalles de esta importante negociacion.

Al principio de la dinastía capetense (1), las elecciones de los obispos, para ser canónicas, debian hacerse por el clero. Bulas, con el asentimiento de la corte romana, confirmaban este derecho. El metropolitano y obispos de la provincia eclesiástica ponian el sello á la eleccion, adhiriéndose á ella, y consagrando al elegido. Es cierto que el concilio de Reims, celebrado en 1049, mandó que las elecciones solo fuesen de la incumbencia del clero. En cuanto al *pueblo*, al cual se ha dicho que estaba delegada esta atribucion, no nos parece inútil

(1) Algunos de estos detalles se encuentran con varias diferencias en la *Historia de Pio VII*.

presentar una interpretación, que creemos juiciosa. Es verdad que era costumbre consultar al *pueblo* acerca de los candidatos; pero nunca fué necesario su consentimiento para la validez de la elección (1); solo se evitaba elegir obispos que pudiesen desagradar al conjunto de los fieles. El tiempo, al cual no podemos impedir que obre, modifica las acciones del hombre. Por los años de 1215, los capítulos habían privado al clero de sus derechos, y frustrado al pueblo la especie de aclamación con que acompañaba el voto del clero; al mismo tiempo los capítulos declaraban que iban á continuar ejerciendo los derechos del clero, para evitar las frecuentes contiendas de las elecciones, las cábalas, intrigas, la dificultad de reunir en una misma persona los sufragios de tantos señores y comunidades divididas en miras é intereses. Los capítulos, antes de elegir, pedían para ello permiso al rey.

Reinaba entonces Inocencio III, que celebraba el concilio general duodécimo (cuarto de Letran); la Francia estaba entregada á una especie de anarquía espiritual, fomentada por los sectarios de los albigenses.

En 1438, bajo Eugenio IV, en la asamblea de Bourges se adoptó el célebre reglamento llamado la *pragmática sancion*, y se resolvió, á pesar de la resistencia de Eugenio, que los obispados y otras prelacías serian provistos, segun uso antiguo, sin que los capítulos pudiesen atribuirse las elecciones. Mientras vivió Carlos VII, este reglamento fué ley del Estado, y Luis XI, no fué menos partidario de ella, al paso que los parlamentos y la universidad sostenian con ardor esta cuestion.

El concordato, entre Leon X y Francisco I abolió la *pragmática*; se convino renunciar á este modo electivo en todas las iglesias metropolitanas y catedrales del reino. La *pragmática* habia sido una obra falta de regularidad y verdadero derecho; pues para nada se queria reconocer la intervencion del Papa y del concilio, y se estableció que el rey nombraría, y

(1) Tomo parte de estas noticias del P. Hilarion Lucas, superior de la santa casa de Misiones en Picpus, antes teólogo de la embajada del antiguo obispo de Saint-Malo, en Roma. El P. Hilarion es hombre apreciable por su piedad, profundos conocimientos y adhesión á la corte romana.

el Papa instituiría á los obispos. La lucha que empeñaron el clero, los parlamentos y las universidades, para rechazar el concordato de 1515, fué mas violenta que feliz, y duró hasta el reinado de Carlos IX.

Tengo á la vista el propio ejemplar del concordato que perteneció á Luis XIV. En el exordio de la primera bula se lee en francés: «Leon, obispo, servidor de los servidores de Dios, para perpétua memoria de lo que se ha hecho.

«Esta primitiva Iglesia, fundada por nuestro Salvador Jesucristo sobre la piedra angular, levantada por las predicciones de los Apóstoles, consagrada y aumentada por la sangre de los mártires en tiempos pasados, cuando primeramente empezó, con la ayuda de Dios, á extender los brazos por el circuito de la tierra, considerando prudentemente el peso de la carga que llevaba á la espalda, el número de ovejas que debía mantener, el de las que debía guardar, y en cuantos puntos muy apartados unos de otros debía tener fijos los ojos; por consejo divino creó parroquias, instituyó diócesis, nombró obispos, y propuso arzobispos, para que, como miembros obedientes al jefe, gobernaran todas las cosas sanamente en nuestro Señor, y como pequeños arroyos, procedentes de la fuente perdurable (esto es, la Iglesia romana), no dejasen sin regar un solo rincon de la tierra del Señor, porque, del mismo modo que los otros papas ó predecesores, en su tiempo trabajaron y pusieron toda su atencion en conservar la union santa y sin mancilla de la Iglesia, y en arrancar todos los abrojos de ella, cuyas propiedades son, mediante la gracia de Dios, amar las virtudes y extirpar los vicios hasta en sus raíces, nos, en nuestro tiempo y durante el presente concilio, debemos hacer y procurar todo aquello que sea conducente á la union y conservacion de dicha Iglesia.»

Este principio de bula es un trozo admirable de constitucion eclesiástica: en pocas palabras se recuerda lo que hemos expuesto en esta historia; la situacion de la Iglesia primitiva, la organizacion del culto, la necesidad de *extender* los brazos por el circuito de la tierra, el Papa, jefe, á quien se debe obedecer, los obispos, *arroyos* procedentes de la fuente perdurable (la Iglesia romana), los buenos ejemplos de los papas predecesores,

la necesidad de union, el amor á las virtudes, la ex-tirpacion de los vicios, nada falta en esta sublime exposicion. Los hombres de talento á quienes mas arriba hemos señalado como *amigos y consejeros* de Leon, no le hicieron falta en esta ocasion.

Despues de este preámbulo, que explica noblemente el estado de las cosas, el Papa anuncia que va á arrancar todas las *espinas* que dañan á dicha union: anula la *pragmática sancion* á que el rey Francisco *quiso renunciar libre y espontáneamente*.

Mas léjos, declara que sabe, por la frecuencia de las absoluciones y rehabilitaciones pedidas y obtenidas, que muchas personas, antes de las elecciones, hicieron juramento de elegir al mas *idóneo*, y fueron perjuras voluntariamente. Concede luego al rey de Francia el derecho de nombrar un licenciado en teología, ó doctor ó licenciado en uno ó en ambos derechos, *con título universitario*, de veinte y siete años de edad á lo menos, é *idóneo en todo lo demás*. Si nombra una persona que no reuna estas calidades, esta persona puede ser rechazada por el Papa. En los tres primeros meses, desde la recusacion, el rey debe nombrar otra persona, y si esta tampoco es *idónea*, el Papa y sus sucesores procederán al nombramiento.

Este artículo era uno de los que mas oposicion excitaban, pues podia dar lugar, por una y otra parte, á largas recriminaciones, y que, en definitiva, decian, un partido enemigo en la corte romana, tenaz en rechazar todos los nombrados y fingiendo no reconocerlos por *idóneos*, podia pretender nombrarlos todos. Pero para esto eran precisos malos tiempos, muchos hombres malos, la Santa Sede siempre amenazadora é injusta, y la Francia cobarde y miserable, circunstancias que no podian existir ó durar mucho tiempo.

El Papa habia dicho, hablando de la *pragmática*, que entregaba la Iglesia francesa á las *cábalas*, á las violencias y á la simonía. «Fundada acusacion, dice M. Audin;» es una verdad palmaria que las elecciones canónicas, restablecidas por el concilio de Basilea, no eran mas que una mentira. En cada provincia los principales señores se hacian dueños de las principales dignidades; creíanse hasta cierto punto con derecho al nombramiento, como patronos de las iglesias, ó como descendientes de los piadosos fundadores.

M. Audin prosigue así : « El gran reproche que el clero galicano, la universidad, los parlamentos, las cartas , si se quiere, dirigian á Leon X, es que su bula destruía una obra disciplinaria, vigente desde mucho tiempo en la Iglesia de Francia. En esto desconocian evidentemente los derechos de la Santa Sede. ¿ No hay circunstancias en qué la derogacion de las reglas comunes se hace necesaria? ¿ Quién decidirá si es ocasion de derogar? ¿ El presbítero qué no tiene la plenitud del sacerdocio, rama, como dice Tomasino, del arbol divino cuyo tronco es el obispo? ¿ El obispo, cuya jurisdiccion, si bien divina, no puede ejercerse sino sobre la materia designada por el Papa, que puede extenderla ó disminuirla, como decia el cardenal de Lorena en el concilio de Trento?

« Habiendo sido dada á san Pedro la primacia para evitar toda ocasion de cisma, dice san Jerónimo, solo el papa tiene derecho de hacer leyes que obliguen á la Iglesia; pero estas leyes, variables por naturaleza, no pueden ligarle hasta el punto de no derogarlas por justas razones, cuyo solo juez es él.»

Por este pasaje de Audin, se reconoce toda la superior sabiduría del pais á donde ha ido por los materiales de su excelente historia de Leon X, que deja tan atrás la historia del mismo Papa, escrita por Roscoë.

Si hubiésemos emprendido una monografía completa de Leon, hablaríamos mas extensamente de una conjuracion tramada contra él, de 1516 á 1517. Los cardenales Soderini, Sauli, Riario y otros, vivamente comprometidos en este delito, con motivo de haber hecho algunas confesiones, fueron perdonados; pero á pesar de la clemencia natural del Papa, su gobierno mandó castigar á los otros conjurados.

En 1516, Leon beatificó á Felipe Benizi, florentino, celoso propagador de su orden, *los servidores de Maria*, y á petición de Manuel, rey de Portugal, permitió que se celebrára todos los años la memoria de Santa Isabel, reina de aquel reino, á la cual canonizará mas tarde Urbano VIII.

En virtud de un breve del mismo año, el Papa aprobó el culto de los siete mártires franciscanos, Daniel, Samuel, Angel, Donoso, Leon, Nicolas y Ugolino, degollados en el reino de Marruecos por haber combatido á los mahometanos.

En aquel tiempo, habiendo reconocido Leon un acto de felonía en la conducta de Francisco María de la Róvere, duque de Urbino, y sabiendo despues que el mismo príncipe habia hecho morir traidoramente al cardenal Alidosi, privó á Francisco María de su ducado, é invistió con él á Lorenzo de Médicis, hijo de su hermano Julian.

Fué un antiguo acto de nepotismo, corregido por otro acto de amor á los parientes, no menos contrario á los derechos de la Santa Sede. El sucesor de Leon X restablecerá á la Róvere en el goce de aquel ducado. Veremos si necesitando un dia Clemente VII el apoyo de Francisco María de la Róvere, encontrará á este príncipe dispuesto á servir á la Santa Sede. Se tratará tambien de salvar la autoridad de Clemente VII; pero estas otras tristezas de la historia, no deben ocuparnos en este momento.

Viendo Leon que los trece cardenales que entonces formaban el sacro colegio, no le eran bastante favorables, promovió, en 1.º de abril de 1517, á cardenales al arzobispo de Bourges y al de Cambrai, francés el primero y flamenco el segundo.

En el mismo año, Leon creó treinta y un cardenales á la vez, en 1.º de julio: nunca se habia visto promocion tan considerable. En el número de estos cardenales, elegidos en todos los principados de Italia, estaba Juan Salviati, noble florentino, pariente de Francisco I (1). El último de los elegidos era Alfonso de Portugal, sexto hijo del rey Manuel. Alfonso no tenia mas que siete años, y no debia recibir y llevar las insignias de la púrpura hasta la edad de 14 años (2). Entre estos cardenales ocho eran romanos, tres pasaban por aliados de la familia del Papa.

Leon no perdía de vista los preparativos de guerra contra la Turquía; sabia que en Alemania se tramaban maquinacio-

(1) Camilo Borghese, casado con Paulina, hermana de Napoleon, por su madre llamada Salviati, era pariente de los príncipes de la casa de Francia, refugiada en Inglaterra.

(2) Este cardenal pasaba en su tiempo por uno de los ornamentos del Sacro Colegio. Murió en 1530. Fué el primero que introdujo en las iglesias de Portugal la costumbre de enseñar á los niños la doctrina cristiana.

nes contra la Santa Sede, y queria que los príncipes, mas ocupados de los intereses del catolicismo, concluyesen tratados duraderos.

En 1518, Maximiliano habia reunido en Augsburgo varios príncipes de Alemania, que debian ocuparse de las medidas convenientes á fin de asegurar el éxito de la nueva cruzada.

Para sostener estos gloriosos esfuerzos, Leon diputó cuatro cardenales: el cardenal Campeggio pasó á Inglaterra (hacia doscientos años que en este país no habian visto un cardenal *á latere*); el cardenal Egidio fué enviado á España; el cardenal Farnesio, despues cardenal Gaëtani, pasó á Alemania, y finalmente, el cardenal Bibiena debia solicitar nuevas pruebas de benevolencia del fiel Francisco I. Pocos dias despues de haber dado credenciales á los cuatro legados, Leon dispuso una prócesion solemne, en la que el Papa y los cardenales iban descalzos para dar gracias á Dios por la promesa que los príncipes habian hecho de vivir en paz durante cinco años, y empezar la guerra contra los turcos. Leon dirigia fervientes súplicas á Dios para que se dignase volver á Constantinopla y Jerusalem al imperio cristiano.

Por mandato del Papa, el cardenal Gaëtani entregó á Maximiliano el *stocco* y el *berettone*, bendecidos recientemente por Su Santidad.

La muerte de Maximiliano, en 1519, enfió á los parciales de la guerra católica. Ya se habia levantado el frenesí de Lutero, declarando una guerra fatal á la Santa Sede. Este herejarca se veia sostenido por Federico, duque de Sajonia, sin embargo de haberle enviado últimamente Leon *la rosa de oro*, bendecida en san Pedro, como un don justamente alcanzado por el saber, valor, desinterés y generosidad de este príncipe. Pero todas estas previsiones y otras, como el envio del sombrero de cardenal á Alberto (hijo de Juan IV, elector de Brandeburgo) ya arzobispo de Magdeburgo y de Maguncia, cartas, súplicas, ruegos, todo es inútil: un incendio moral llena de terror á toda la Alemania. Desaparecen los antiguos intereses; el orgullo y la ambicion se cubren con máscaras engañosas; nunca se honró tanto á la Santa Sede, ni nunca se juró mas pérfidamente su perdicion.

Los principios del cisma de Lutero pertenecen solamente al reinado de Leon. No seguiremos ahora los ataques culpables del religioso apóstota sino hasta el año 1521. Para mas noticias que las que puedo yo dar , se consultará con fruto la notable obra de M. Audin sobre Lutero.

M. Audin empieza con estas elocuentes palabras :

« La reforma es un doble fenómeno, social y religioso. A su aparicion , Lutero encontró los elementos de este movimiento que debia agitar el mundo, ya del todo reunidos : no los creó, como se ha dicho muchas veces, sino que se sirvió de ellos. El gérmen del protestantismo existia, pues, al aparecer Lutero. La accion del doctor de Wittemberg sobre su siglo fué objeto de un gran número de obras, en que su palabra está representada mas poderosa que la de ningun otro escritor, en que su pensamiento está pintado sorprendiendo al porvenir que por intuicion ha adivinado, en que su ciencia del Verbo divino es superior á la de todos los génios católicos, en que su mision es transformada en apostolado , y su obra comparada á la revelacion.

« Veremos en su duelo con la autoridad, si el monje agustino fué hombre, y si careció de las miserias de nuestra naturaleza.

« La reforma fué violenta al principio ; no se contentó con echar de sus conventos á nuestros religiosos, y á los presbíteros de sus presbiterios ; sino que los calumnió en sus costumbres y doctrinas , desfigurólos y quemó ó dispersó sus libros, aquellos libros católicos, sobre todo, en que el escritor, presbítero, monje, jurista , ponía en cuestion á la enseñanza del doctor, su mision evangélica , sus costumbres, sus doctrinas , y á su vez le ponía de manifiesto en un teatro donde él mismo habia hecho representar sin piedad á sus adversarios.

« Terminado el drama de la reforma , Lutero quedó solo en la arena , sin rivales , sin contradictores.

« Por interés de la historia nos hemos constituido á nuestra vez en jueces de un hombre que juzgó con tanta severidad á sus hermanos ; estábamos en nuestro derecho.

« No hay escritor , por débil que sea la parte que en estos debates haya tomado , ya pertenezca á nuestra escuela , ya á la de Lutero , cuyas producciones no hayamos estudiado.

« Un hombre como Lutero no revive solamente en sus obras y en las relaciones de sus contemporáneos ; su pié se ha impreso tan hondamente por do quier que ha pasado , que ha dejado huellas imperecederas. La vida del doctor fué á la vez un combate y una peregrinacion al través de la Alemania. Almas entusiastas van á visitar aun en el dia los lugares donde pasaron los fenómenos de la reforma , como nuestros padres en otro tiempo sentian el deseo de ir á Tierra Santa. Tambien nosotros hemos emprendido este viaje , y hemos visto Eisleben , Eisenach , Erfurt , Worms , Spira , Wittemberg , recogiendo recuerdos é imágenes que ayudarán á que nuestra narracion sea mejor comprendida , y nos proporcionarán útiles enseñanzas. Así , si sucede que nos pongan de manifiesto con idólatra respeto el vaso en que bebia Lutero , pediremos que se nos explique el desden de nuestros adversarios por los huesos de los mártires de nuestra fe : si el protestante se sienta conmovido á la sombra del árbol que cobijó á Lutero cerca de Oppenheim , séanos permitido besar la mano de uno de nuestros santos que prefirió la muerte al perjurio ; y si nos señalan las gotas de tinta que saltaron del tintero que Lutero echó á la cabeza del diablo , nos costará menos trabajo obtener gracia para las leyendas de algunas de nuestras provincias. Libro de conviccion y de buena fé es nuestra historia ; júgueselo como lo hemos escrito. »

Martin Lutero nació en 1483; su padre, Hans, era un pobre aldeano del pueblecito de Mœhra (*Moer*), en el condado de Mansfeld. Su madre, Margarita Lindemann, criada de baños, era mujer virtuosa, temerosa de Dios y amiga de la oracion; en Eisleben era considerada como adorno de su sexo. Hans habia abandonado el oficio de labrador para tomar el de minero, en el cual hizo pronto progresos, y pudo mantener á su numerosa familia. Martin Lutero estudió gramática en Eisenach; muy en breve leyó á Ciceron, Virgilio, Tito Livio, y entonces entró en un convento de monjes agustinos, y llegó á ser presbítero. Su superior le envia á Roma, vé cortesanos rodeando á Julio II, y toma odio á Roma y á su gobierno (1).

(1) M. Audin se engaña al decir que Lutero nada vió en Roma en 1510,

Las reflexiones de M. Audin acerca de esta disposición de espíritu de Lutero son dignas de ser leídas : « Todo el pasado ha muerto para Lutero ; no sabe lo que Roma ha hecho por la humanidad , ignora de todos los papas que se han sentado en la cátedra de san Pedro los títulos á la admiracion y á la gratitud ; deja una comarca que el turco amenaza , y olvida que si el Alcoran no es el Evangelio , es porque un papa detuvo su triunfo ; nada sabe de las santas cruzadas predicadas por Pio II, Inocencio VIII, Julio II, y otros muchos ; ha visto la fuerza brutal reinar en Alemania , y á sus barones poner el guantelete sobre las inteligencias rebeldes á sus voluntades , y no sospecha que despues de Dios la inteligencia no tiene mas protector que el vicario de Jesucristo en la tierra ; que el papado , rompiendo la fuerza material y obligándole á doblegarse delante de las leyes de la moral , ha dado el espectáculo mas hermoso que pueda presenciar el hombre (1). »

Leon publica indulgencias , uso , como hemos visto , ya muy antiguo. El Papa pide limosnas , socorros que le ayuden á levantar el templo de san Pedro , la maravilla de Bramante , que Julio II no pudo concluir. Una nueva Roma , que el pontificado queria hacer mas hermosa que la Roma pagana , empezaba á salir de la tierra ; se acudia á la piedad de los fieles para continuar la obra colosal. Lutero declara que predicará contra las indulgencias ; y muy en breve ya no es el abuso lo que combate , sino que se dirige contra el remedio espiritual. Toda la vida futura de Lutero está en este sermón : allí se le encuentra con su exaltada fe , su *yo* que pretende apoyarse en las palabras de la Biblia , su desden por la tradición , su soberano desprecio á la escuela , y su sarcasmo que ya no le dejará delante de cuanto se llame scotista ó aristotélico.

Lutero decia á los que le dirigian reconvenciones : « Si esto y que ningun rayo de la corona de Rafael niño , de Miguel Angel *adolescente* , deslumbró al religioso agustino. Rafael nació el mismo año que Lutero , y ya no era niño en 1510 , sino que tenia , como Martin , 27 años , y Miguel Angel , nacido en 1474 , tenia treinta y seis.

(1) Estas observaciones son excelentes , expresadas noblemente , y muy en relacion con la materia. En M. Audin solo se observan ligeros defectos , que desaparecerán en las nuevas publicaciones de su recomendable libro , que cuenta ya tantas ediciones en Paris y en Europa.

no viene de Dios, no podrá sostenerse: si procede de su santo nombre, subsistirá.»

Este era el tema de Juan Hus, de Wiclef, el resultado fundando el derecho, la glorificación del Alcoran.

Sin embargo, Lutero se detuvo un momento en su furia, y el papa Leon decia: «Ahora vivimos en paz: el hacha no corta ya el tronco del árbol, no hace mas que podar las ramas.»

El Papa tenia razon. Dejemos hablar á Audin en su *Historia de Lutero*.

«Nunca, en ninguna época del cristianismo, la tiara habia brillado con tanto esplendor; todas las coronas desaparecieron delante de ella (1). El Papa era verdaderamente el monarca universal (2); reyes, príncipes, grandes del mundo, pueblo, se disputaban una mirada suya; cantábanle en todos los idiomas, y su retrato adornaba todos los palacios y todas las cabañas, porque el nombre de Leon despertaba á la vez todas las ideas de religion, de arte, de poesia y de gloria.»

Este fué, sin embargo, el soberano á quien horribles desórdenes debian, no detener, sino atormentar en su vasto poderío.

Martin, vuelto á su cólera, publicaba tesis subversivas contra todo órden católico: sin embargo, creyó á propósito invocar la benevolencia del Papa.

«Nunca se trazaron palabras mas humildes, pero de mas estudiada humildad; su carta nada tenia de inspirado y espontáneo, todo respiraba estudio, todo era trabajo forzado de cabeza.»

Leon X procuró que Gaëtani, legado en Augsburg, tratara de persuadir á Lutero. Sábio, elocuente y enemigo de violencias era el legado; pero todo fué inutil. El monje contestaba á la suavidad con sarcasmos; apelaba á las universidades; estas le condenaban, y respondíales con injurias; no queria reconocer la autoridad pontificia y no sabia qué sustituir á las predicaciones de Jesucristo, á la Biblia bien leida,

(1) Recuérdese á Francisco I en Bolonia, y á Maximiliano que habia querido ser papa. Voltaire decia de la edad media en aquel tiempo: «El pontificado era la *opinion*.»

(2) Era una especie de Luis XIV de aquella época.

á las tradiciones , y á los escritos que desde Roma le eran dirigidos.

Hé aquí como prosigue M. Audin : «Al mismo tiempo que el viejo árbol del catolicismo se despojaba de algunas ramas, otros retoños nacia al calor del sol americano. Dios guiaba á un hombre cuyos discípulos debian llevar la fe á las comarcas mas lejanas, y ganar para el pontificado mas almas que las que le habia quitado la doctrina de Lutero. Nació Ignacio de Loyola, y con él la milicia que durante muchos siglos llenará el mundo con los prodigios de su fe , de su saber y de su predicacion.

M. Audin, en su Vida de Lutero, se detiene en el momento en que el pontificado va á perder al gran Leon X, y enumera en los siguientes términos los males que ya el doctor habia causado al catolicismo :

« ¿ Se quiere saber las heridas que la revuelta sajona ha hecho á la religion ? Son estas : abolicion de la confesion , de la misa, de las oraciones para el descanso de los difuntos, del culto de los santos y de las imágenes, de la uncion sacerdotal, de los votos monásticos , de los ayunos , de la abstinencia, de la extremauncion , de las obras , del libre alvedrío. ¿ Quién lo creyera ? quiere ahogar hasta el grito que el alma apesarada dirige incesantemente al trono de todas las misericordias, pues , segun Lutero , basta hacer oracion una ó dos veces, porque Dios ha dicho ( S. Mateo , II , 22 ) : « Lo que me pidiérais , lo obtendreis. » Rogar , y vuelta á rogar , es manifesta que no tenemos confianza en Dios. »

Mientras que estos disturbios devastaban la Alemania Leon X, dotado de un espíritu nacido para lo grande, prosiguia trabajando en la basílica del Vaticano, deseoso de concluir, si era posible, la obra de Julio II.

Bramante habia recibido de este papa la órden de edificar un templo que debia humillar en esplendor al que en otro tiempo Salomon habia mandado construir para el Señor. Puede decirse muy bien que San Pedro de Roma es la obra de Julio II : concibió la idea y las proporciones gigantescas , á pesar , dice un historiador contemporáneo , de la oposicion de todos los cardenales, que no podían ver sin dolor caer la antigua iglesia de Constantino , santificada por los huesos de

todos los bienaventurados, venerada en toda la cristiandad, y escena de tan altos hechos católicos.

Lo que se trataba de destruir era precisamente aquel templo, aquellas escaleras, aquellas diversas puertas, aquellos numerosos altares, dispersos aquí y allá, de todo lo cual nos ha dado Hurter una descripción que hemos copiado en parte.

La basílica de Constantino había recibido toda clase de nombres hermosos. Digamos estos nombres históricos, porque va á borrarse enteramente la huella que de ellos quedaba. Leon el Grande la llamaba *techo glorioso del principado de San Pedro*; Gregorio IX, *astro de aquella tierra*; Nicolas III, *cabeza de la Iglesia católica*. Bramante fué implacable con la obra imperial: todo cayó á los golpes de su martillo, columnas de alabastro, bajos relieves cubiertos de oro, estatuas de mármol, mosaicos griegos, puertas de cobre y puertas de plata.

Después de tres años de trabajos preparatorios, se colocó la primera piedra del nuevo templo, celebrándose una misa solemne á la que asistieron 30 cardenales. Luego que un prelado se halla revestido con la púrpura, cualquiera que sea el estudio que en él ha predominado, el amor á las artes se apodera de él, y, con mas ó menos conocimientos prácticos, se hace protector del gusto por los edificios monumentales, que son una de las principales glorias de Roma. Julio II, con sus cardenales, bajó á los cimientos de uno de los pilares de la cúpula, el mismo en que está colocada la estatua de santa Verónica (1), y bendijo un pedazo de mármol en que estaba grabada esta inscripción:

†

ÆDEM PRINCIPIS APOSTOLORVM  
IN VATICANO VETVSTATE ET SITV  
SQUALENTEM A FVNDAMENTIS  
RESTITVIT IVLVIVS LIGVR  
PONT. MAX. AN. MDVI.

Bramante tenía entonces 66 años. Había concluido las cuatro columnas de la cúpula y *cimbrado* los arcos que las unen

(1) Esto nos dá positivamente la edad de este pilar, cuya construcción se ha pretendido atribuir á Clemente VII.

entre sí; y se preparaba á empezar el tambor de la cúpula de los arcos sobre los que descansa, é iba á terminar el brazo occidental de la cruz, cuando murió.

Le enterraron en la iglesia de San Pedro, y es de sentir que ninguna inscripcion nos recuerde el sitio donde descansan los restos de tan grande arquitecto. Llevóse consigo el secreto de su plan, pues, segun costumbre de la época, eran simples albañiles los que le ayudaban en sus trabajos. Al morir, designó para que le reemplazara á Rafael de Urbino, á quien fueron dados, como cooperadores, Julian de San Gallo y el hermano Jocondo. Apenas los nuevos arquitectos echaron una mirada á la obra de Bramante, señalaron desproporciones evidentes entre la cúpula y las columnas destinadas á sostenerla. La cúpula, que igualaba á corta diferencia el Panteon de Agrippa, estaba sobrecargada de columnas y coronada con una linterna. Recargados los pilares trabajaban y amenazaban abrirse, de modo que fué preciso modificar el plan de Bramante.

Era necesario, con relacion á tanta magnificencia, que Julio II tuviese por sucesor á un Leon X, y esto es lo que sucedió. Leon no ocultaba que él queria hacer tambien una obra maravillosa. Bembo redactó el breve que, con este motivo, recibió Rafael, y que prueba la afeccion y confianza del Papa.

«Rafael de Urbino (1), independientemente del arte de la pintura, en el que todo el mundo sabe que sobresalís, poseeis tambien, segun declaracion del arquitecto Bramante, el arte de edificar. Así lo manifestó Bramante poco antes de morir, y creyó que se os podia confiar el cuidado de continuar la obra por él empezada del templo del Príncipe de los Apóstoles. Habis confirmado esta declaracion, presentándonos un plano dibujado por vos. Como deseamos con extremo que este templo se levante pronto y con la mayor magnificencia, os nombramos superintendente de la obra, y os asignamos 300 escudos de oro, pagaderos cada año por los tesoreros, de las cantidades reservadas y destinadas al gasto que ocasione el templo.

(1) Traduzco esta carta, cuyo original forma parte del apéndice de la *Historia de la vida y obras de Rafael*, por M. Quatremare de Quincy.

«Mandamos, además, que sin tardanza y aun cada mes, si lo pedís, se os pague la suma que os corresponda, á proporcion del tiempo. Os exhortamos tambien á emprender el cuidado de este empleo, de modo que se vea que mirais por nuestra dignidad y por vuestro nombre. En efecto, conviene que, como valiente jóven, deis buenos cimientos á vuestra reputacion; es preciso que correspondais á la esperanza que en vos ponemos, y á nuestra paternal benevolencia. No debeis olvidar que se trata de la dignidad y fama de este templo, que siempre fué en el mundo el mas grande y santo, y en fin, de nuestra devocion al Príncipe de los Apóstoles.»

Rafael habia imaginado una cruz latina con una cúpula en la interseccion de los dos brazos de la cruz. El edificio tenia tres naves, cada una de las alas cinco capillas, cada columna un nicho: el coro y las tribunas laterales estaban igualmente adornadas de nichos, cada uno de los cuales descansaba en un cuerpo sostenido por dos pilares y doce columnas reunidas de cuatro en cuatro. La fachada ofrecia tres entradas principales. El pórtico, sobre gradas, descansaba sobre treinta y seis columnas, tres en la profundidad, doce en lo ancho, dispuestas de manera que las líneas interiores y exteriores fuesen siempre dobles.

He dado á un tiempo todos estos detalles para que formasen conjunto. El principio de la construccion de San Pedro pertenece á los reinados de Julio II y de Leon X. Esta parte de la historia pontificia no debia ser interrumpida. No hemos acabado de hablar del zelo de los papas; debemos señalar particularmente á Paulo V, Borghese, cuyo nombre se conserva todavía inscrito en la fachada del templo mas magnífico que los hombres han construido en la tierra.

Hay todavía un punto de historia que pertenece al cuadro que ha compuesto el mérito de Julio II y de Leon X relativamente á las artes. No puedo hablar de todos los grandes maestros que han ilustrado estos dos reinados, brillantes por las ciencias y artes, y cuanto la inteligencia humana ha producido de mas perfecto.

Fuerza es dejar á Rafael; pero no perderemos aun á Miguel Angel, á quien encontraremos en 1533 delante de su Moi-

sés, la figura mas hermosa del sepulcro de Julio. Séame permitido poner aquí el paralelo que nos ha dado Mr. de Quatremere de Quincy, al juzgar á estos dos hombres solo en relacion con la pintura.

Pero antes recordaremos la opinion de nuestro sábio amigo acerca de dos asuntos de estudio y meditacion que entran tambien en los objetos que aquí he reunido para hacer un todo que sea mas fácil de apreciar. Me refiero á los retratos de Julio II y de Leon X por Rafael.

Hé aquí lo que dice Mr. de Quatremere sobre este particular:

«A pesar de lo que puede elogiarse en los retratos hechos por Rafael, diremos que no darian una idea completa de los talentos de éste, por el poder del tono y la magia del parecido, á los ojos de los que no hubiesen visto sus retratos al óleo de los papas Julio II y Leon X.

«El de Julio II precedió de cuatro ó cinco años al otro. El color es vigoroso. Su efecto es de la segunda escuela de Rafael, que algunos prefieren á la tercera, como teniendo mas claridad en las tintas, mas preciosidad en el trabajo y mas sencillez en la ejecucion. Añádese con respecto á este retrato que el carácter de la cabeza del Papa tiene una verdad enérgica de expresion, que Rafael no sobrepujó jamás.

«No es un mérito venal de parecido. Para el elogio de esta obra no basta hacer notar la precision del trabajo ó el conjunto exacto de las formas de la cabeza ó de los detalles del rostro; estos elogios se reservan para muchos retratos que solo presentan el exterior de la persona. ¿Pero qué es el exterior cuando no es el espejo fiel del interior, esto es, de las costumbres, hábitos, pasiones y carácter del hombre? Sí, para quien conozca la historia moral de Julio II, esta historia está escrita en su retrato. Despues de tantos años, aun se puede decir con Vasari: *«Faceva temere il ritratto a vederlo, come se proprio egli fosse vivo.»* (1) El retrato inspiraba temor, como si el mismo Julio estuviese vivo.

(1) No participo de la opinion de Vasari. Julio II, en su retrato mas bien medita que amenaza; y además, este papa no fué tan malo como

«El retrato de Leon X, entre los dos cardenales, es una obra mas notable todavia.

El Papa, representado de medio cuerpo, está sentado junto á una mesa cubierta con un tapiz, ( 1 ) como si presidiera un consejo ó escuchara la relacion de algun hecho. Los cardenales Julio de Médicis y de Rossi están á uno y otro lado de él, como sus primeros ministros.

«Es tan difícil dar á comprender al espíritu por medio del discurso la perfeccion y belleza de las obras del pincel, que naturalmente, y en todos tiempos, la hipérbole ha venido en socorro de las descripciones para, amplificar la idea que la imaginacion debe concebir, só pena de quedar inferior á la realidad. Luego despues, de algunas locuciones hiperbólicas nacen ciertos relatos mas ó menos fabulosos, que, por apócrifos que sean, no contienen menos la expresion de alguna verdad. Así debe juzgarse lo que se cuenta del retrato de Carlos V por el Ticiano y del de Leon X por Rafael. Dicen que la ilusion del parecido fué tal, que habiendo sido colocado el cuadro junto á una mesa, el hijo del emperador se acercó á su padre para hablarle de negocios. La obra de Rafael, segun cuentan, mereció los honores de un desengaño análogo, pues el cardinal de Rossi, datario de Leon X, arrodillóse

parecia. No perdonaba gustoso á los que desafiaban su autoridad; pero en la vida privada era bueno, familiar y reprimia su vivacidad. Los boloneses que dijeron haberle encontrado tan furioso, habianse granjeado su cólera. Rafael pintó la mano izquierda del papa sobre el pomo anterior del sitial, y la derecha medio cerrada sosteniendo un pliegue de su ropage. En todo esto no hay indignacion ni preocupacion excéntrica para un papa. Rafael amigo mas prudente de la verdad que Vasari, vió á Julio en el interior de su palacio y mas dispuesto á bendecir que á lanzar maldiciones. A Rafael nada debe enseñársele, lo sabe todo.

(1) Si se persiste en encontrar malicia en la posicion dada por Rafael á Julio II, conviene observar que Leon X está sentado junto á una mesa con el lente en la mano, y que Julio II está en un verdadero trono pontificio. Cualquiera puede estar sentado como Leon X en un sillón de pequeñas proporciones; pero no todos pueden sentarse en un trono tan eminente como Julio II. Este tiene dos dedos de la mano derecha ocultos entre los pliegues del vestido, y los otros tres extendidos como cuando el papa dá la bendicion. ¿Se acaba nunca de leer á Rafael? Paréceme pues que Vasari y mi amigo Quatremere se han engañado. Julio II no dá miedo como si estuviese vivo. Al contrario, está vivo, como dicen, pero se le vé con respeto y sin terror.

delante del retrato de éste, para presentarle una bula á firmar.

«Si, lo repetimos, estas anécdotas tienen algo de cierto. Es imposible ver el retrato de Leon X, aun despues de haber pasado por encima de él tres siglos, que han debido debilitar los colores que tanto contribuyen á la ilusion, sin experimentar este poder del arte que mueve al espíritu á prestarse al prestigio que el artista tiene derecho á ambicionar.

«Esta especie de poder se siente á la vista del retrato de Leon X. No puede resistirse á él al examinar la verdad y carácter profundo de la cabeza del Papa, la noble sencillez de su actitud, lo exacto del conjunto, el vigor del colorido, el relieve de la pintura, la ejecucion amplia y preciosa de todos los accesorios.»

Hé aqui ahora el paralelo que Mr. Quatremere hace de Miguel Angel y Rafael como pintores. El mismo Leon X, en sus conversaciones con literatos, habria elogiado este juicio como merece serlo, pero todas las clases de talento no pueden existir en la misma época. Basta decir que Leon pensó sin duda lo que Mr. Quatremere expresa tambien en nuestros dias:

«Estos dos genios nada tuvieron verdaderamente de comun entre sí; diverso el gérmen de estos dos talentos, no podia producir los mismos frutos.

«Para convencerse de ello, basta fijarse en la época en que nacieron..... Miguel Angel se habia acostumbrado á no ver en el estudio exterior del hombre mas que el hombre físico, ó un compuesto de huesos, músculos y resortes mecánicos. Pero la ciencia anatómica, cuando domina en el artista á los demás conocimientos, tiene el inconveniente de moverle á reemplazar por la enérgica expresion de la fuerza corporal, la expresion moral del hombre interior; esto es, del alma, del sentimiento, de las afecciones y diferentes pasiones.

«Así Miguel Angel parece que se ocupa mas, en sus composiciones pintadas, de *dar movimiento* á sus figuras (en lo que no tiene igual) que en hacerlas *pensar*. Por lo general, ninguna sensibilidad en sus cabezas, ninguna gracia en sus composiciones, ninguna pretension, ya para expresar la belleza,

ya para definir la variedad de edades, de sexos, de condiciones, de costumbres, etc. En las formas no conoce otras calidades que las de la energía y de la fuerza, en la expresión de los caracteres de cabeza, otro modo que el de una apariencia severa y sombría.

« El talento de Rafael se formó de muchos elementos, y el gusto por lo antiguo fué en definitiva el que los purificó y coordinó. Ya preparado, y deseoso desde sus primeros pasos de abrazar la universalidad de las calidades que constituyen la pintura, tendió constantemente á elevarse de progreso en progreso, desde su primera hasta su última obra, á esta especie de punto de vista moral, que afecta las impresiones del sentimiento antes que las de la ciencia. Propiamente no fué este su objeto, ni sobre todo su objeto único. Este fué para él lo que debe ser, esto és, el medio de dar mejor forma á sus pensamientos y de expresar el carácter de cada objeto segun cada una de sus conveniencias; de modo que cuando en las diversidades de sus figuras y composiciones parece que su rival no tiene mas que un tono, un solo patron, si así puede decirse, él les cambia á su gusto, ó por mejor decir, varia sus modos y sus inflexiones segun el objeto que debe tratar (1). Finalmente, lo que no puede evitarse de observar en ventaja suya, es que se ha ejercitado en todos los géneros, desde el mas sencillo al mas sublime. Composiciones bíblicas, religiosas, históricas, mitológicas, alegóricas, todo lo abrazó; hizo revivir entre los modernos todas las invenciones del mundo poético de los griegos (2).

(1) Solo Rafael podía pintar á Leon X despues de haber pintado un Julio II. Tengo á la vista ambos grabados.

(2) Me contentaré con enumerar los principales frescos. Desde luego citarémos las pinturas de la sala de *la Segnatura*, en el Vaticano, sala en que están ejecutadas las cuatro grandes composiciones que tienen por objeto, segun los titulos y nombres que el uso les ha dado: 1.º *La Contraversia del Santísimo Sacramento*; 2.º *La Escuela de Atenas*; 3.º *El Parnaso*, y 4.º *La Jurisprudencia*. Cada uno de estos asuntos está coronado en un cuadro circular de la bóveda, por una figura de mujer alegórica que es, si así puede decirse, el sumario, y que podria, si fuese necesario, ser su argumento.

La que está encima de la *Contraversia del Santísimo Sacramento*, y probablemente la primera figura que Rafael pintó en Roma, (pues la obra

« Si Miguel Angel es el mas grande de los dibujantes , Rafael es el primero de los pintores ; y la idea de pintor comprende mas calidades diversas que la de dibujante. Si Miguel

del fresco exigia que se empezáran los baños por la parte superior), representa la *Teologia* sobre nubes, con dos pequeños genios que llevan en dos carteles estas palabras: *Rerum divinarum notitia*. « *Conocimiento de las cosas divinas.* » En la mano izquierda tiene un libro cerrado y con la otra señala la tierra, sobre la cual está elevada, como queriendo decir que nos está vedado el conocimiento de las cosas divinas.

Encima de la *Escuela de Atenas* se vé la figura alegórica de la *Filosofia*. Se encuentra explicada como conviene (mas de lo que se cree) explicar cualquier alegoria, cuyo uso no ha sido indicado por la significacion vulgar, esto es, por la escritura. Dos pequeños genios, colocados á sus lados, presentan dos carteles que llevan este epigrafe: *Causarum cognitio*. « *Conocimiento de las causas.* » Desde que quedamos enterados del asunto, no tenemos sino mas placer de leer en la misma figura y en sus atributos el pensamiento profundo del pintor que ha dado por asiento á la *Filosofia*, un trono del cual cada larguero es uno de estos hastiales llamados *Diana de Efeso*, conjunto simbólico de los diferentes reinos de la naturaleza. Fiel al motivo de esta alegoria, Rafael repartió el lienzo, bajo la túnica de la *Filosofia*, en tres zonas, en lo alto el cielo figurado por medio de estrellas, en medio el mar con peces, y finalmente plantas de toda clase adornan el remate inferior. Semejante adorno habia sido colocado en otro tiempo en el ropaje del Júpiter olimpico por Fidias,

Encima de la gran pintura del *Parnaso*, se admira la bella y sencilla alegoria de la *Poesia*. Los dos genios que la acompañan, podrian dejar de repetirnos con las palabras que nos hacen leer: *Numine afflatur*, « *Es inspirada por un dios,* » lo que la figura por si solo dice á los ojos. El pintor le ha dado alas; su cabeza está coronada de laurel, su trono está formado de largueros que terminan en la parte superior con una cabeza.

El asunto de la *Jurisprudencia* está coronado con la figura de la *Justicia*. La diadema que lleva es signo de la soberanía que ejerce; tiene la balanza en una mano y la espada en la otra. Cuatro genios que la rodean llevan este principio de derecho: *Jus suum unicuique tribuit*, « *Dá á cada uno su derecho.* » No hay descripcion humana que dispense de ir á ver los cuadros admirables que se refieren á estas diferentes figuras.

Es preciso ver en seguida los cuadros de los profetas y sibilas en la iglesia *della Pace*. De aquí es preciso volver al Vaticano y visitar la *Misa de Bolsena*, *Heliodoro*, *el Libertamiento de san Pedro*, el cuadro de *Atila*, *el Incendio del Borgo*, la *Victoria de Leon IV contra los moros*, la *coronación de Carlomagno*, las pinturas de la historia de la Biblia, la *Batalla de Constantino*; aquellas vírgenes divinas mirando tan tiernamente al Niño Jesus, y en fin la composicion sublime de la *Transfiguracion*.

No hemos pretendido enumerar todos los cuadros del pintor de Urbino; pero en los que hemos tratado de describir ¿no se vé una obra ia-

Angel ha tenido la ventaja, por su estilo de dibujo sábio y original, de no admitir en este género comparacion con nadie, Rafael ha tenido el mérito de arrostrar, en todos los géneros, todos los puntos del paralelo, y sobre todo los de la antigüedad. »

Estos dos hombres, lo repito, merecian ser introducidos en la historia de los dos pontífices que nos hemos permitido referir. Miguel Angel merecia que Julio II le inspirase escenas terribles, en analogía con las doctrinas de autoridad que este papa gustaba de defender. Rafael merecia la íntima confianza de Leon X, de este hombre tan amable, tan benéfico, tan afable, tan grande, tan digno de poder apreciar la grandeza de los demas.

Muchos papas han protegido tambien las artes: no puedo extenderme como quisiera respecto de materia tan atractiva. Por lo demas, hablando de un siglo como el de Leon X ¿quién,

mortal que abraza á la vez el Antiguo y Nuevo Testamento y una parte de la historia griega? Y es un hombre solo, muerto á los treinta y siete años, quien compuso esta especie de historia universal. Pero floreció en tiempo de Julio II y Leon X.

En materia de artes, de investigaciones y rectificaciones históricas, se encuentra siempre en Roma, en el espíritu de los papas, un sentimiento de emulacion que anima aun á los que menos se han entregado á trabajos de este género. Esta emulacion, este amor de los buenos ejemplos, parecen un gusto, un hábito, de los deberes inherentes á la tiara.

Bajo Gregorio XVI, en 26 de octubre de 1835, se hicieron á Rafael nuevos honores. Habiendo sido encontrados sus restos mortales en el mismo punto que habia designado para su sepultura, en la *Rotonda*, debajo del altar de la capilla adornada por él, y llamada de *la Madonna del Sasso*, el papa Gregorio XVI mandó que del museo del Vaticano se sacara un hermoso sarcófago de mármol y fuese destinado á recibir el ataúd de madera forrado de plomo, donde los restos del pintor habian sido colocados de nuevo. « En la tarde del 18 de octubre, dice el *Diario*, procedióse á la ceremonia de la inhumacion, que se verificó con gran pompa. El interior de la iglesia del Panteon, recibió aquella fúnebre iluminacion (véase lo que hemos dicho del Panteon en los primeros artículos de esta obra). Bajado el sarcófago, fué colocado en el mismo punto en que en presencia del cardenal Zurla y de los primeros prelados de Roma, habia sido hallado el antiguo ataúd. Los presidentes de todos los cuerpos académicos asistian á la ceremonia. » Pocos años antes no fué menos magnífica la pompa desplegada en honor de Canova en la iglesia de los Santos Apóstoles. El cuerpo diplomático estaba presente. Se asegura que Pio VII asistió tambien desde una tribuna cerrada, que comunica con las espléndidas habitaciones del palacio Colonna.

si es amigo de las artes, puede callarse? Me parece por otra parte que en la digresion que acabo de hacer, no me he apartado del lugar de la escena: los dos retratos de Julio II y de Leon X formaban parte de mi asunto; la mencion de los mismos me pertenecía como digno descanso despues de tarea tan severa y grave.

Finalmente, en los primeros tiempos de la imprenta, como eran aquellos, las artes tenian tal vez mas poder que las ciencias. Un libro manuscrito era elaborado con mucho trabajo y quedaba en poder de su celoso propietario. Un cuadro, un fresco, instruia á todo el mundo; ellos tenian el privilegio de dar lecciones, de enseñar la virtud, de proscribir el crimen. Poderosa era ya sin duda la predicacion: las artes seguian poseyendo su fuerza, y en un pueblo amigo de las imágenes, que las habia salvado de la brutalidad del emperador Constantio, reinaban sobre los espíritus, como en otro tiempo habian reinado en Atenas y en Roma.

Hoy no vemos ya lo que pudo ser Rafael. Gozaba en la capital de una posicion muy envidiable: Celio Calcagnini le llama *vir prædices*. Vivía, dice Vasari, no como un pintor, sino como un príncipe, *non da pittore, ma da principe*.

Si el dolor se mide por la pérdida, ninguna de este género ha debido causar un duelo comparable con el de la muerte de Rafael, encumbrado á la mas alta reputacion que el talento puede dar, y arrebatado en una edad que para la mayor parte no es mas que la de la esperanza. ¡Cuántas obras maestras, y obras maestras católicas y puras, arrebatadas á la admiracion de los siglos! ¡Qué grandes y hermosas ideas prontas á ver la luz, al mismo tiempo en que el demonio de las tinieblas encendia una antorcha deletérea sobre la moral, la obediencia y la verdad! ¡Qué grandes y preciosas ideas volvieron á la nada! Todo lo que vive, todo en la naturaleza se reproduce; estaciones, sociedades, generaciones, épocas, imperios y usurpaciones se suceden, solo el genio no tiene sucesor, y han de pasar muchos siglos antes que podamos oponer nuestros pintores á Rafael. Dios no era, pues, tan severo; habia enviado á Roma un intérprete casto y elegante de los misterios mas sagrados de la religion. Tales eran las reflexiones del público, y es-

tos tristes pensamientos parecian un velo lúgubre caido sobre todos los sentimientos, y, segun expresion de Bembo, *extendido sobre la naturaleza*.

Muerto Rafael (1520) fué expuesto en su casa, segun costumbre de la época y del país, sobre el catafalco en que se hallaba el cuadro de la transfiguracion, terminado en algunos puntos y aguardando la *última pincelada*. Leon X lloró la muerte del gran artista, á quien destinaba un capelo. Y aquí conviene decir, que en esto el Papa no contravenia á ninguna práctica ni derecho del pontífice. Disponiendo de un capelo, el Papa conferia una distincion, por cuyo efecto daba el título y renta á ella anejas, dispensando de las funciones eclesiásticas. A los ojos de Leon, las artes no debian ser menos bien tratadas que las ciencias. Mas de veinte sábios estaban revestidos con la púrpura, y es sabido que la oscuridad del nacimiento no era obstáculo para que el mérito la consiguiera. Ya hemos probado, además, que ni aun para llegar al pontificado era preciso *prueba alguna*.

El dolor de toda una corte brillante, el luto que habia roto las relaciones de los negocios, el llanto de una generacion espiritual y sabia, habian, hasta cierto punto, mitigado las desgracias de la época. Roma, llorando á su pintor, combatia tambien al fanático religioso que no queria que se saliese del guantelete, de la desnudez de los templos, de la guerra y de las innumerables consecuencias que á las armas acompañan; en fin, los trabajos espirituales, momentáneamente interrumpidos, recobraron su conservadora influencia.

El Oriente nos llama por un momento; graves negocios no cesan de interesar á la Santa Sede: procuraba establecer correspondencias con Selim I, emperador de Constantinopla, que acababa de conquistar á Jerusalem. Veremos luego el resultado de estas negociaciones.

En aquella época se supo que los establecimientos de los españoles habian cesado de prosperar en América; habia habido una insurreccion de indios, causada por un ultraje que un oficial español habia hecho á la mujer del cacique D. Enrique, que habia abrazado el cristianismo.

Habiendo pedido en vano justicia este cacique; retiróse con

los suyos á las montañas de Beoruko desde donde hizo la guerra á los españoles durante eatorce años. El célebre Las Casas, que se hallaba entonces en Santo Domingo, piadoso misionero, de quien tendremos ocasion de volver á hablar, restableció la paz en 1533.

Leon canonizaba, en 1320, á san Casimiro, uno de los trece hijos de Casimiro IV, rey de Polonia; beatificaba á Isabel, reina de Portugal, y á Margarita de Córdoba, que fué canonizada despues por Urbano VIII.

Coronado emperador Carlos V, á pesar de Francisco I, pedía permiso á Leon para conservar el reino de España con el imperio; permiso que le fué otorgado. Francisco I quedó disgustado de ello, pues acumular las dos posesiones era un hecho nuevo prohibido por antiguas constituciones.

De estas circunstancias resultó la guerra. El Papa recobró á Parma y Plasencia y contribuyó á que los franceses evacuasen á Milan. Lo que excusa á Leon en este particular, sobre el cual quizá habria hecho mejor quedando en paz con todos, es que Carlos V prometió de buena fe contener al monje sedicioso; y efectivamente, Carlos tenia mas poder en este concepto que Francisco I. Sin embargo, Dios no envia á veces alegrías á los soberanos sino con condiciones dolorosas. Se habian dispuesto fiestas en Roma; pero el Papa, en medio de los preparativos, á la edad de 66 años, sucumbió á un ataque apoplético, despues de haber reinado ocho años, ocho meses y veinte dias. Fué enterrado en el Vaticano en un sarcófago poco digno de él. En tiempo de Paulo III fué trasladado al coro de la iglesia de padres dominicos de la Minerva, donde le habian levantado un sepulcro al lado del de Clemente VII, como él, de la familia de los Médicis.

Leon era de estatura alta y bien formado en su persona, menos de la cabeza que era de desmesurado grandor. Era amigo de la música, de la conversacion y de la caza. En las iglesias parecia grave y sério, y en la majestad de las funciones sagradas, y en la dignidad de su porte, y en sus maneras de soberano, sobresalió á una parte de sus predecesores. Sus costumbres eran ejemplares. Roscœ le ha defendido con este motivo contra las injurias de algunos protestantes.

Referirémos un rasgo de su generosidad, que es característica.

Tenia por costumbre, despues de comer ó de cenar, de repartir rollos pequeños de papel llenos de escudos de oro, que daba á las personas que le parecia merecian su interés.

Habiendo visto un dia, entre los que le servian, á un hombre de quien sabia que era muy merecedor de recompensa, resolvió darle veinte y cinco escudos cuando se acercase para darle con que lavarse. Sin embargo, no habiendo podido adivinar éste la intencion del Papa, se habia retirado antes de que levantáran la mesa. Entonces Leon se dijo: «No es bueno que la mala suerte de este pobre hombre impida nuestra liberalidad,» y dobló la suma con intento de dársela la primera vez que le viera. Llegó el dia siguiente, el criado se presentó un momento y no volvió á parecer. El Papa no varió de resolucion, y en el rollo preparado, añadió por los dos dias de ausencia dos veces veinte y cinco escudos, que unidos á los otros produjeron la cantidad de cien escudos. El hombre no parecia: Leon no quiso ceder, y á veinte y cinco escudos por cada ausencia, subió la suma á trescientos. Leon se decia: «Rigurosa suerte la de ese hombre, pues no quiere que reciba este socorro.»

Al fin se presentó el criado; el Papa no aguardó á que terminára la comida, y llamándole, le dijo: «Amigo mio, no queremos que nos obligues á darte el pontificado; toma esta suma que de veinte y cinco en veinte y cinco escudos se ha elevado á trescientos; tómalos y márchate aprisa, porque de lo contrario tendría que darte todo cuanto tengo (1).»

Leon instituyó una órden de cuatrocientos caballeros, que recibian cada uno, de las aduanas del alumbre, una renta de cien escudos. Ascendió á sesenta el número de *cubicularios* (chambelanes); restauró la Academia real, y renovó el baptisterio de Constantino.

Pablo Jove escribió la vida de este papa en 1548, que fué traducida del latin al italiano, por Luis de Dominicis. Existe otra vida por monseñor Angel Fabbroni, y Roscoë publicó

(1) Tomo esta anécdota de un manuscrito de mi biblioteca, intitulado: *Notizie della discendenza de la famiglia di Medici*.

otra vida de Leon X, que fué traducida al francés por Monsieur Henri.

La mejor vida de este papa es la publicada por M. Audin, y que, como se ha visto, hemos consultado á menudo.

He hablado de Roscoë, y no puedo decidirme á despedirme de Leon X sin citar el siguiente juicio que pronunció este inglés, protestante, y que por lo mismo no puede ser sospechoso.

«El pontificado de Leon X es célebre en los anales romanos como una de sus épocas mas felices. En el momento en que ocupó la cátedra de san Pedro, las desgracias de Italia habian llegado á su colmo, á causa de haber sido este país teatro de una guerra, en que todos sus gobiernos se habian comprometido y que era aun mas funesta por las devastaciones de los franceses, de los suizos, y de los españoles. Un concilio que habia sido establecido en Pisa, por la autoridad del rey de Francia, hacia abortar las medidas tomadas, y aun á veces afectaba desconocer la autoridad pontificia; é independientemente de todas estas calamidades, la Italia era atormentada sin cesar por el miedo á los turcos, que á cada momento amenazaban echarse sobre sus costas. La moderacion y prudencia de Leon vencieron las dificultades que se le ofrecieron, y durante todo su pontificado, las tierras de la Iglesia disfrutaron de mas tranquilidad que ningun otro estado de Italia. En medio de las sangrientas contiendas que dividieron á Carlos V y á Francisco I, se distinguió por su vigilancia, prudencia y hábil política. (Roscoë, Vida de Lorenzo de Médicis).

Robertson declara tambien, que Leon X fué el único príncipe que observó con sábia circunspeccion los pasos, miras y pretensiones de los dos monarcas rivales, y que manifestó la mas generosa solicitud por la tranquilidad de Europa.

Si es de deplorar que las divisiones hayan producido la escision que ha apartado á tantos hijos educados en la misma creencia, no es ocioso decir que hubo mas tarde ilustres protestantes que, contradiciendo sus acusaciones, manifestaron sentimiento por encontrarse separados del catolicismo. Leibnitz, que ha merecido la admiracion de Europa por la singular variedad de sus obras, movido en una de sus cartas á

dar su opinion acerca de estos memorables y funestos sucesos, se expresa así (no se olvide que es un protestante que habla despues de la reforma):

«Resultó que los que pedian muchas ventajas, perdieron las que eran justas, y que el cristianismo tenia interés que ellos mismos conserváran.» (Cod. Jur. gent. diplom.).

Aun va mas léjos el mismo Leibnitz:

«Ya que Dios es el Dios del orden, y que el cuerpo de la iglesia *una*, católica y apostólica, bajo un gobierno que sea *uno* y con una jerarquía que comprenda á todos sus miembros, es de *derecho divino*, es consiguiente que haya tambien, en virtud del mismo derecho, en el mismo cuerpo, un soberano magistrado espiritual, sosteniéndose dentro de justos límites (añado ahora estas palabras) provisto de un deber directivo y de la facultad de hacer todo lo que es necesario para cumplir su cargo en interés de la salvacion de la Iglesia (1).»

Si el glorioso pontífice pudiese volver entre nosotros y leer estas palabras, se estremecería de gozo y felicidad.

Antes de pasar á otro reinado, quiero disculparme de antemano de un reproche, que quizá se me haría con respecto á lo que he dicho de las artes.

Se me figura que un Aristarco me dirige estas palabras: «¿Por qué este gran sitio dado á un templo, á un sepulcro, á un pintor, á un escultor, al retrato de un papa y al retrato de otro papa?» Porque estos dos papas que tienen derecho de mandar aquí, porque son los amos, en el terreno moral y en el físico, en mi alma y en la tierra, dieron este gran sitio á los hombres y á los objetos que hemos mencionado. Los libros de ciencias y de literatura compuestos en Roma tienen su gloria; ¿pero hay gloria mayor que la de los genios que levantaron el templo de San Pedro? ¿Qué espectáculo atrae mas las miradas de los viajeros? Se corre á San Pedro, se corre al sepulcro de Julio, todos se precipitan para contemplar cuanto antes las obras de dos papas que tan bien comprendieron su siglo. Roma, lo diré siempre, es un país donde los artistas constituyen una potencia. No hemos dicho todavía que el

(1) Obras de Leibnitz, tom. V, pág. 228.

ataud de Rafael fué llevado por cuatro cardenales; que el dean del sacro colegio y otros tres cardenales llevaban el pálio. De seguro que las obras de los grandes publicistas, las meditaciones de los sábios, han servido la noble causa de Roma; pero ¿á quién se le ha de ocurrir no asignar en las distribuciones de títulos honoríficos una parte inmensa para las artes del dibujo?

Supóngase á Roma iconoclasta como Lutero, y pregúntese ¿qué habria sido? Aspiraria á recobrar su admiracion á las imágenes.

Véase el homenaje que, á propósito de artes, rinde Pope á Leon X.

«Mirad, es la edad de oro del gran Leon! Las musas vuelven de su letargo y se coronan con las guirnaldas marchitas por el tiempo. El antiguo genio de Roma, que se cierne sobre sus ruinas, sacude el polvo que las cubre, y levanta la cabeza majestuosa. ¡Oh triunfo de las artes! la escultura y sus hermanas dejan la tumba; el mármol respira; la piedra se reviste de formas; levántanse hermosos templos. Rafael ha tomado sus pinceles...»

Poseemos en nuestra coleccion tres medallas de Leon X.

En torno de la cabeza se ven estas palabras: LEO X PONTIFEX MAX.

En el reverso de la primera se lee, al rededor del escudo de los Médicis, coronado con la tiara y las llaves (seis bolas colocadas 1-2-2-1, la primera con las tres flores de lis de Francia) GLORIA ET HONORE CORONASTI EUM. ROMA. «*Roma, tu le has coronado de gloria y de honra.*»

La segunda y la tercera llevan en el reverso: LIBERALITAS PONTIFICIA. «*La liberalidad pontificia.*»

La tercera es de un modelo mayor que la segunda: en un lado una mitra, un capelo; en el otro instrumentos de música. En esta aproximacion hay tal vez algo que repugna á la gravedad pontificia. La lisonja ha ido hasta el punto de acuñar esta medalla en dos módulos. Los soberanos nunca se ven libres de la adulacion, verdad es que alguna culpa tienen en ello.

De Molinet presenta otras cuatro medallas: SCVTA COMBURET IGNI. «*Por medio de fuego quemará los escudos.*»

Este reverso está imitado del Salmista que ha dicho: «*Con-*

*fringet arma, et scuta comburet igni: Romperá las armas y dará al fuego los escudos.*» Esta medalla se acuñó con motivo de la paz con Francisco I y de la firma del concordato.

Una medalla sin inscripcion representa un carro antiguo tirado por cuatro caballos: una Victoria que viene por los aires le sale al encuentro y presenta una corona.

Otra representa á Roma sentada sobre escudos, teniendo en la mano una Victoria. En el campo C. P., que debe significar *Carissimo parenti*.

Una cuarta medalla lleva en el reverso: *VICIT LEO DE TRIBV IVDA.* «*El leon de la tribu de Judá ha vencido.*» Un leon tiene el pié sobre el mundo, encima una Victoria alada.

En Bonanni, que trabajó sobre la numismática pontificia, segun de Molinet, se encuentran otras medallas:

1.º *SVAVE.* «*Es suave.*» Esta palabra está encima de un yugo. El autor quiso significar que el yugo de las leyes sábias, es una autoridad suave.

2.º *LEO PONT. MAX. S. P. S. P.* *Leon, soberano pontifice, SAN PEDRO, SAN PABLO.* Las cabezas aureoladas de san Pedro y de san Pablo, debajo las bolas de los Médicis.

3.º *PACEM MEAM DO VOBIS;* en el exergo, *ROMA.* «*Os doy mi paz. Roma.*» Jesucristo bendice á sus discípulos arrodillados.

4.º *LUX VERA IN TENEBRIS LUCET:* en el exergo, *ROMA.* «*La luz verdadera brilla en las tinieblas. Roma.*» Los tres reyes magos á caballo contemplan la estrella.

La Santa Sede quedó vacante un mes y siete dias.

### 322. Adriano VI. 1522.

Adriano VI se llamaba al principio Florencio Boyers. Nació en Utrecht, de un padre que unos dicen tejedor, otros constructor de navíos, y algunos criado de un piloto, ó fabrican-

te de cerveza. Como quiera que sea, su padre le envió al colegio de Lovaino. Adriano recibió mas tarde el título de doctor en esta ciudad.

Margarita, tia de Carlos V, hija de Maximiliano, rey de los romanos, y gobernadora general de Flandes, nombró á Adriano párroco de Lovaino, y despues dean de la catedral, en cuya calidad tuvo el cargo de vice-canciller de la universidad. Maximiliano lo dió por maestro á Carlos V cuando tenia siete años. Adriano fué luego nombrado por Maximiliano embajador cerca de Fernando, rey de España, que le concedió el obispado de Tortosa.

Rey de España Carlos por muerte de Fernando, su abuelo materno, confió á su antiguo maestro Adriano la administracion de todos los negocios. Adriano era ya cardenal nombrado por Leon X en el mes de julio de 1517. Llegó sucesivamente á inquisidor general y dueño absoluto del reino que Carlos, rey de España, con el nombre de Carlos I, debia dejar para ir á tomar posesion del imperio con el nombre de Carlos V.

Treinta y nueve cardenales habian entrado el 27 de diciembre de 1521 en el cónclave: en esta asamblea, dice Sponde, nunca habia habido tantos. Entonces Julio de Médicis y Gaëtani, sin conocer siquiera á Adriano, ante la sola oposicion de Francisco Orsini, le elevaron al pontificado el dia 9 de enero de 1522, y á la edad de 63 años. Todo esto se hizo en poco tiempo, á pesar de hallarse ausente Adriano y ser extranjero, sin conocida cuna, y estar desprovisto de habilidad. Los electores sagrados que consintieron en la eleccion, dijeron que gozando Adriano del favor imperial, podria mejor que otro abatir la impiedad luterana, negocio entonces el mas importante de la Iglesia.

Pero el sacro colegio olvidaba que Adriano, encargado de tantos asuntos en España, no habia correspondido á la idea que de sus talentos se tenia. Se habia visto nacer en España una especie de revolucion, llamada la *Liga Santa*, ocasionada por el descontento general de una parte de la nobleza, del clero y del pueblo, ofendidos por las preferencias concedidas á los flamencos. La prueba mayor de estas preferencias era la autoridad casi soberana concedida al hijo de un vecino

de Lovaino, criado en aquella ciudad; Adriano se portó débilmente, y no fué por sus cuidados si la insurreccion cesó en Madrid. Sin embargo, la eleccion no era del agrado de los romanos, que pensaban que el nuevo papa se quedaria en España, á donde trasladaria la residencia de la Santa Sede, de modo que cuando los cardenales salieron del cónclave tuvieron que oír graves injurias.

Adriano residia en Vitoria (Vizcaya), cuando recibió el decreto de su eleccion, y aceptó el nombramiento despues de una madura deliberacion. Por un capricho singular, no quiso mudar de nombre, por mas que esto fuese de uso autorizado por cinco siglos. Equipó una flota de 50 navíos, que confió al mando de don Fernando de Andrade, y en 8 de julio se dió al mar con un numeroso cortejo de prelados y 4,000 soldados, dejando en España, en clase de su vicario general, con el título de nuncio apostólico, á Bernardo Pimentel, hombre casado, novedad que movió mucho ruido. Al llegar á Génova, fué cumplimentado por el duque de Milan, el marqués de Pescario y Próspero Colonna, capitan de los ejércitos imperial y pontificio. Como habian entregado Génova á una soldadesca sin freno, y habian merecido las censuras pontificias, pidieron que les fuesen levantadas. Adriano respondió: « No podemos, no debemos, no queremos; » palabras que empleó mas tarde Pio VII en sus debates con Napoleon.

En 28 de agosto, Adriano saltó en tierra en Ostia, donde se embarcó en el Tiber, para ir á bajar á san Pablo extramuros, donde permaneció una noche en el convento de religiosos benedictinos que Martin V, en 1425, les concedió.

Habiendo sabido allí que en la puerta Portesa se estaba construyendo un arco de triunfo que costaria 500 escudos, mandó que se suspendieran los trabajos, diciendo que esta clase de pompas era mas propia de paganos que de cristianos y de religiosos. En los consejos de la ciudad se trataba de decidir si el Papa seria coronado en san Pablo, á fin de que entrase coronado en Roma; pero prevaleció la opinion de que valia mas atenerse al uso antiguo, y coronar al Papa en el Vaticano.

El día 29 de agosto, los cardenales, en solemne cabalgata llegaron á san Pablo, donde el Papa dijo misa particular, y luego bajó al claustro, donde los cardenales le besaron la mano y juraron obediencia.

De allí Adriano pasó á la sacristía, dió las gracias á los cardenales por haberle elegido, y manifestó los motivos de su demora. Suplicóles en seguida que no diesen abrigo en su palacio á hombres perseguidos, ó de embrollados negocios. Pidió que el barigel (cabo de la policia de las calles) pudiese entrar libremente en el palacio de los cardenales, en lo que consintieron desde luego. Montaron despues á caballo, y Su Santidad llevado en silla de manos hasta enfrente de la puerta de san Pablo, montó un caballo blanco, teniendo delante el Santísimo Sacramento (costumbre que despues se abolió), y se adelantó hácia el Vaticano. En 31 de agosto, el Papa fué solemnemente coronado por el cardenal Marcos Cornaro, primer diácono, en las escaleras de la basilica. A causa de la peste, la concurrencia era escasa. Uno de los primeros actos del Papa fué publicar un severo edicto contra los que fuesen presos con armas.

En el mismo año Adriano llamó á su lado á Erasmo. « Levantaos, levantaos, decia el Papa á Erasmo, para defensa del Señor, para glorificarle; servios, como hasta ahora lo habeis hecho, de los dones preciosos que os concedió.»

Mr. Audin dá cuenta de esta negociacion entre el Papa y el sábio.

Erasmo vacila; no se atreve á asociarse á la obra que le propone el jefe de la Iglesia; balbucea excusas tímidas acerca de su edad, de sus dolencias, de su imaginacion que se hiela con sus dedos, y de la dificultad de ir á Roma, á donde el Papa le ruega que se traslade. Sin embargo, conoce los males de la Iglesia y los remedios que deben aplicársele; pero estos remedios solo puede confiarlos á mensajeros fieles, y no los encuentra. Al fin acaba por decir que sus consejos no fueron oídos cuando los dió. Adriano no tardó en conocer que era en vano contar con el concurso de Erasmo.

Mr. Audin traza así el retrato de Adriano: (Hist. de Lutero).

« El papa Adriano era un verdadero aleman; aleman en su

lenguaje, en el vestir (1), en costumbres, en fe, que para ser excitado no necesitaba, como la de los italianos, símbolos é imágenes (2); todo un cristiano de la primitiva Iglesia, que por desgracia no comprendía que la forma exterior, si quiere durar, debe renovarse con las costumbres de un pueblo. Vestido mas que sencillamente, no se le conocía en las calles de Roma sino por el séquito de jorobados, paralíticos, ciegos, y mendigos de ambos sexos, que se agolpaban á su paso y á quienes hacia limosna (3). No quería á los artistas (4) y les echaba en cara el que hacían propios los bienes de los pobres.»

Mas léjos, Mr. Audin se muestra justo con Leon X, despues de haber estado muy cerca de no apreciar dignamente al magnánimo soberano: Leon X y Adriano cumplieron su misión: Leon asociándose al movimiento de las ideas, elevando y dotando magníficamente todo lo que poseía un alma de artista, para dar á comprender al pueblo que el pontificado, léjos de ser enemigo de las luces, las glorifica como un don venido de Dios; el otro, cuando el arte estaba creado y no había de temer borrascas, olvidando un momento la forma para no pensar mas que en los males de la Iglesia, esto es, en una obra que tiene tambien su grandeza, y que nadie mejor que Adriano podia emprender.»

Quando la balanza está suspendida así, un platillo no arrastra al otro, y el lector queda colocado en una línea de moderacion, en la que es preciso mantenerle siempre.

(1) Es difícil á un papa ser alemán en el vestir, pues todos los pliegues de sus vestidos están calculados. Las costumbres, los gustos, el rostro pueden permanecer alemanes; pero las ropas, la sotana, la muzeta, el sombrero, todo esto se convierte en romano, de lo que tienen buen cuidado los maestros de ceremonias de Roma.

(2) Esto es algo severo: las imágenes en Roma poco dan á la fe, pues está vino antes que las imágenes.

(3) Mis lectores pueden decir si mas de una vez les he señalado cuadros parecidos. Sin contar los trece pobres de San Gregorio, ¿no hemos visto una infinidad de papas caminando con esta escolta de pobres y dándoles á la vez bendiciones y limosnas? El verdadero pontífice de Roma debe ser llamado tambien *pastor amans inopum*.

(4) Esto es cierto; pero no era lo mejor, segun nuestro parecer. Los pobres y la grandeza de Roma pueden ir juntos sin perjudicarse. Los pobres ganan mucho en encontrar tantos viajeros como van á Roma á admirar la magnificencia de las artes.

10 Pero ¿qué pasaba en esta capital, que hemos dejado presa de la peste?

11 En el mes de diciembre el contagio redobló sus estragos: fué preciso cerrar los tribunales; muchos cardenales se ausentaron de Roma, y el Papa se encerró con sus criados en el palacio, en el que solo entraban las personas llamadas y del cual no se podía salir sin permiso.

12 Cesó la peste en la primavera de 1523 y los tribunales se volvieron á abrir. El Papa no tomó posesion de san Juan de Letran, por mas que en un consistorio de enero se hubiese tratado de saber si el Papa podia tomar posesion por procurador.

13 Hablábase mucho de los desórdenes de la corte romana; los innovadores dieron quejas, no siempre fundadas, y aconsejaban al Papa que hiciera reformas. Adriano, atormentado por todas partes y llevado de su zelo á restablecer el órden, sobre todo en la disciplina eclesiástica, llamó á dos personajes de los mas distinguidos por su bondad, saber y prudencia, Juan Pedro Carafa, arzobispo de Chieti, y á san Cayetano *Tiencó*. De concierto con ellos, el Papa empezó á examinar atentamente la cuestión que habia encendido las primeras chispas del incendio de Lutero, las indulgencias, pues se habian introducido abusos que el Papa y los cardenales querian reprimir. Empezó por ser muy avaro de indulgencias, lo que excitó universal satisfaccion, pues el desinterés del poder siempre es grato al pueblo.

En 1.º de setiembre, despues de la coronacion, Adriano revocó todos los *indulti* dados por los cardenales, de lo cual estos quedaron descontentos. Los refrendarios eran entonces treinta; Adriano los redujo á ocho, para que la cámara apostólica pudiese con este motivo hacer economías.

En 9 del propio mes recibió solemnemente, y en medio de una gran multitud, la hacanea y el tributo de siete mil onzas de oro de parte del reino de Sicilia, que fueron presentadas por Juan Manuel, embajador de Carlos V, y de Juana, sobrina de Carlos, reina de Aragon y de Sicilia. En aquella ocasion el Papa ratificó la investidura del reino de Nápoles en favor de Carlos.

En 9 de diciembre, Adriano publicó la revocacion que habia

hecho en abril, en Zaragoza, de todas las *expectativas de beneficios*. Eran estas cierto privilegio concedido por los papas, los cardenales y los obispos, á personas eclesiásticas, que por él se hacian hábiles para suceder á los titulares despues de su muerte. Eran lo que hoy se llaman para los obispados *coadjutorias*, y para los seculares *futuras*.

El Santo Padre queria á toda costa destruir el luteranismo; escribía cartas á los príncipes fieles y mandó á su nuncio, Francisco Cheregat, á la Dieta de Nuremberg, en la que se decidió que se ejecutarían los decretos de Carlos V y de Leon X contra Lutero. Este, al parecer, hacia poco caso de los tales decretos, porque muchos príncipes apoyaban sus doctrinas. El apóstata, en recompensa, concedía á estos soberanos la posesión de los obispados y de la mayor parte de los bienes eclesiásticos.

Por el mismo Cheregat, Adriano envió un breve paternal á Federico, duque de Sajonia, en el cual, recordando la piedad de sus antepasados, le exhortaba á que abandonara á Lutero y volviera al seno de la Iglesia.

Se han atribuido á Adriano palabras ofensivas para la corte romana: en sus instrucciones habia dicho: «Confesad que Dios ha permitido este cisma y esta persecución, á causa de los pecados de los hombres, y sobre todo de los sacerdotes y prelados de la Iglesia.» Estas palabras, dichas con profunda humildad, pero que quizá la prudencia humana no habría aconsejado, encerraban una censura implícita de muchos actos anteriores á su pontificado: fueron motivo de triunfo para los partidarios de la reforma, y de descontento para los escritores adictos á la corte romana. El cardenal Pallavicini dice de Adriano sobre este punto: «Fué un excelente eclesiástico; pero en el fondo un papa muy mediano.» Por otra parte, estos actos no pertenecen exclusivamente á la corte romana; en todas partes se habian dado perniciosos ejemplos; y ya hemos visto que muchas veces fué menester que los papas llamaran á mejores sentimientos á los eclesiásticos de diferentes naciones. Los cismas no se sostenian sino por complacencias, abusos y olvidos de toda dignidad, de toda moral. Se desobedecia al Papa para vender públicamente en la casa del Señor.

Noticias llegadas á Adriano le participaron que los pueblos de América pedían misioneros , y les mandó religiosos de San Francisco, llenos de zelo por la propagacion de la fe. Entonces Adriano dió á estos valerosos atletas una prueba de confianza y de verdadero amor. Una bula, que se encuentra en Verricelli, decia que en las Indias, allí donde no habia obispados, ó si los habia, en lugares á donde los obispos ó sus vicarios no pudiesen ir, los religiosos destinados expresamente por sus superiores , podian ejercer la jurisdiccion episcopal , menos en las cosas en que la autoridad del obispo es absolutamente necesaria. Mucho antes Juan XXII, por una ley, habia concedido á los hermanos mínimos para el ejercicio de sus misiones, el uso de la jurisdiccion *casi episcopal* en los lugares donde no hubiese obispos católicos. Este privilegio fué reconocido por la congregacion de los ritos en 5 de abril de 1704, como lo demuestra Lambertini. (De Canon. SS. lib. II , cap. 11 , n.º 4 ).

En aquel tiempo la isla de Rodas , residencia de los caballeros de este nombre, estaba sitiada por 200,000 turcos mandados por Soliman II. Adriano envió á los cristianos un socorro y víveres ; pero como los vientos contrarios retardaron la llegada de la flotilla, los sitiados se vieron reducidos al último extremo. Sin embargo, como los caballeros no cesaban de dar pruebas de su valor poco comun , los turcos se disponian á levantar el sitio. Entonces el canciller de la órden, Andrés de Amaral, portugués, irritado por que para la dignidad de gran maestre habia sido postergado á Felipe de Villiers l'Isle-Adam, francés, advirtió á los turcos, por medio de un hondero que lanzaba cartas á su campo, que la plaza no podia defenderse ya mas, y por consiguiente Soliman no cesó de atacar. Despues de seis meses de asedio, la ciudad se rindió con condiciones honrosas, y el sultan que entró en ella triunfante y lleno de aprecio hácia el gran maestre, le tributó todos los honores debidos á su magnánimo valor. Los caballeros habian tomado la isla á los sarracenos hacia 213 años, y ejercian en ella el derecho de soberanos. Era la quinta residencia de aquellos bravos caballeros, y no la perdieron sino gracias á la traicion , viéndose al fin obligados á errar de aquí para allá, hasta que Carlos V les hubo dado la isla de Malta, con condi-

cion de presentar un halcon al rey de Nápoles, señor feudal de la isla.

Algunas veces conviene guardarse de juzgar con demasiada prevencion, por mas que no pueda ser disculpada del todo, la disposicion guerrera que caracterizó á Julio II, pues aquí está Adriano, religioso, enemigo de semejantes costumbres, avezado al retiro y á la oracion, pero que habia contemplado de cerca el espíritu de la época; aquí está, decimos, viéndose obligado á emprender una guerra y á enviar contra Malatesta, señor de Rimini, el ejército español que habia escoltado al nuevo papa á su llegada á Italia, ejército que sirvió tambien para devolver á Francisco María de la Róvere el ducado de Urbino, del cual le habia despojado Leon X. Alfonso de Este recibió al mismo tiempo el ducado de Ferrara. El Papa trabajó tambien en separar á los venecianos de la liga con los franceses, y no contento con este triunfo, comprometió á la república á contraer alianza con el emperador Fernando de Austria y el duque de Milan. De este modo Adriano creia estar al abrigo de todo ataque de parte de los franceses. Felices fueron estas previsiones políticas, pero al mismo tiempo, Adriano merece que se le reproche el haber llevado demasiado léjos el reconocimiento hácia la corte imperial, á la que dejó, hasta cierto punto, el árbitro de las decisiones del Vaticano.

En medio de tantas condescendencias, Adriano, poco acostumbrado á gobernar, no descubria que el cardenal Soderini, á quien manifestaba mucha confianza, estaba secretamente en inteligencia con el rey Francisco I, y le aconsejaba que se aprovechara del mal estado de los negocios para conquistar la isla de Sicilia. Al fin se descubrió la traicion; el cardenal fué despojado de sus bienes y encerrado en el castillo de San Angelo.

Lo que Adriano podia olvidar menos, fuerza es hacerle justicia, eran los intereses del sacerdocio.

El dia 13 de mayo de 1523 canonizó á san Benon, abad y prevoste de las bulas en la ciudad de Hildesheim, despues obispo de Meissen en la baja Sajonia y apóstol de los slavos, que habia sido gran defensor de Gregorio VII contra el rey de los romanos, Enrique VI, á quien se atrevió tambien á exco-

mulgar. Víctima de mil dolores agrabados por la edad, Benon habia muerto en 16 de junio de 1106 á los 76 años, despues de haber sido el mas valeroso de los obispos durante 40 años. Alejandro VI, Julio II y Leon X se habian ya ocupado de esta canonizacion.

En la misma solemnidad, Adriano canonizó tambien á San Antonino, llamado así por lo pequeño de su estatura. Llamábase Antonio y se le designaba con el diminutivo; pertenecia al orden de dominicos y habia sido arzobispo de Florencia.

Adriano concedió tambien á los reyes de España el derecho otorgado por Leon X á los reyes de Francia, de escoger y nombrar á los obispos. Al mismo tiempo, los reyes de España obtuvieron el privilegio de ser grandes maestros de las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara.

Adriano, cansado por los tormentos é inquietudes entre Soliman y Lutero, veia quebrantarse de dia en dia su salud. Cayó enfermo y murió el dia 14 de setiembre de 1523, á la edad de 64 años, despues de haber gobernado la Iglesia un año, ocho meses y seis dias. No habia creado mas que un cardenal. Hacia mucho tiempo que padecia la enfermedad de la piedra. Fué enterrado en el Vaticano entre los dos Pios del nombre de Piccolomini, Pio II y Pio III. Novaes, VI, p. 215 refiere que pusieron sobre su losa la detestable inscripcion siguiente: *Hic jacet impius inter Pios*. Se cree que esta sátira miserable é injusta es de Juan Pedro Valeriano.

Adriano fué trasladado mas tarde á la iglesia de Santa María del *Anima*, iglesia nacional de los alemanes, construída, segun los planos de Baltasar Peruzzi, por el cardenal Guillermo Enchenvoert, único á quien creó tal. De modo que el solo cardenal creado por Adriano era aleman, nacido como el Papa en Utrecht. El Pontífice que fué ajeno al *nepotismo de familia*, no lo fué al *nepotismo de nacion*.

Adriano era de rostro agradable; se veia con gusto su semblante blanco y sonrosado. Su estatura era bastante alta; pero por efecto de la vejez, ó por naturaleza, llevaba inclinada la cabeza. Tenia alegre el carácter, y todos encontraban siempre franca y agradable su conversacion. Se admiraba el valor con que decia: « No queremos adornar sacerdotcs con igle-

sias, sino adornar las iglesias con sacerdotes. » Muy á menudo daba bulas y no queria que fuesen pagadas. Adriano no conocia, como hemos dicho, la necesidad que han tenido algunos papas de enriquecer á su familia : algunos parientes suyos se atrevieron á ir á Roma para hacer fortuna ; pero Adriano les dió una pequeña cantidad para el viaje, y les mandó á Flandes á pié. Adriano decia como Adriano IV, que debia mas al Cristo que á la carne ; que nada debia á la sangre, *sobre la cual no queria fabricar.*

Antes que fuese encontrada en una excavacion ; en Roma, la estátua de Patroclo (1) muerto por Hector en la guerra de Troya y salvado del tumulto por Menelao, existia un sastre llamado Pasquin, fecundo en agudezas : los ociosos de la época frecuentaban su tienda para oír lo que decia acerca de los negocios y para animar su malignidad. Al morir este bufon, sus amigos que ya no tenian ocasion de reunirse en su tienda, para continuar sus murmuraciones, imaginaron escribirlas y fijarlas en la estátua de Patroclo nuevamente descubierta y que se hallaba en un lugar inmediato al en que despues ha sido construido el palacio Braschi : esta estátua recibió del pueblo el nombre de *Pasquin* y las sátiras que en ella se leen se llaman *pasquines*. Hacia mucho tiempo que los señores, los preladados, los príncipes extrangeros estaban expuestos á verse objeto de aquellas sátiras, casi siempre mordaces ; daba asombro que en una ciudad en que, como dice Novaes, se sabe cerrar la boca á los malignos, no se hubiese hallado un remedio para hacer callar á un pedazo de mármol sin nariz, brazos ni piernas, si bien de tan magnífica escultura, que Bernin la apreciaba como una de las mejores que habia visto, y se detenia para admirarla siempre que pasaba por aquel barrio. El papa Adriano VI, que conocia poco las costumbres de Roma, y que no sabia que en esta ciudad, muchas veces agitada, la guerra civil no habia cesado sino haciendo lugar al sistema de pullas que, en definitiva, erapreferible al estado de guerra y asesinato ; Adriano, que por otra parte daba poco valor á las antigüedades y no tenia

(1) Véase á Cancellieri, en las Noticias sobre las dos famosas estátuas de un rio y de *Patroclo*, llamados vulgarmente *Marforio* y *Pasquin*.

sobre este punto toda la sagacidad romana, quiso arrancar la estatua para echarla al Tíber ó para reducirla á polvo; pero uno de sus cortesanos le hizo desistir de su intento, diciéndole que, si se ahogaba á Pasquin se oiria una voz mas enfadosa que la de las ranas en el fondo de los estanques; y que si era quemado, los poetas, ya maldicientes por naturaleza, se reunirían cada año en el lugar del suplicio de su abogado, para celebrar sus funerales, destrozando la memoria del que le hubiese mandado perecer. Esto bastó para detener en su resolución á Adriano, hombre de buen sentido, y Pasquin no perdió su derecho, pues aun en el día destroza impunemente con sus sátiras á vivos y á muertos, y en particular á los que se apoderan del país á mano armada.

Por lo regular Pasquin está en coloquio con otra estatua llamada *Marforio*, porque se cree que fué encontrada en el *foro de Marte*. El uno pregunta y el otro responde. Esta última, según Fea, es una antigua estatua que representa el Rhin, y que quizás perteneció á la estatua colosal de bronce de Domiciano, que en otro tiempo estaba en el foro.

Adriano era poco espléndido; era enemigo de los poetas y del lujo, y acabamos de ver que no protegía á los amantes de antigüedades: gran desgracia para Roma. En cuanto al reproche de haber gastado poco, se puede responder que habia encontrado exhausto el tesoro, y que todos los príncipes cristianos aun el mismo Carlos, le negaron socorros. Sin embargo, á fuerza de cuidados, solicitud y privaciones sobre todo, envió á Hungría al cardenal Gaetani, dominico, con un socorro de 40,000 ducados, no pudiendo ofrecerlo mas considerable.

Su mayor desdicha, decia á veces, era la de mandar. Se asegura que él mismo se compuso el epitafio: hé aquí el que se le atribuye: «*Adrianus VI hic situs est, qui nil sibi infelicius in vita, quam quod imperaret, duxit.*»—«Aquí descansa Adriano VI, quien lo que mas sintió en su vida fué la desgracia de la necesidad de mandar.»

Este papa es contado entre los escritores eclesiásticos por su *Comentario al 4.º libro de las sentencias*, libro impreso por vez primera cuando profesaba en Lovaino, y reimpresso, sin permiso del autor, cuando se vió á la cabeza del mundo cristiano.

En él se encuentra esta proposición: «*Que el papa puede errar en lo que pertenece á la fe,*» proposición que nada prueba en favor de los protestantes que la han repetido mucho para atacar la infalibilidad del papa, pues puede entenderse de las opiniones particulares de los papas, y no se aplica esencialmente á sus decisiones solemnes, y menos á sus decretos aceptados por el cuerpo de obispos. Adriano en el trono se retractó de las opiniones dignas de censura contenidas en este libro. También se tiene de él *Quæstiones quodlibeticæ*.

Gerardo Maring escribió la vida de Adriano VI, que fué impresa en Lovaino en 1536. Pablo Jove, obispo de Nocera, publicó la *Vita Adriani VI*, en 1548, en Florencia. Esta obra traducida al italiano por Luis Domenichi, fué publicada en Florencia con la de Leon X, escrita también por Pablo Jove. Gaspar Burman publicó en 1727, en Utrecht, la vida de Adriano.

El abate Millot ha tratado á este pontífice con severidad injusta y cruel.

Ofrecemos dos medallas de este reinado, que representan la cabeza de Adriano cubierta con un ancho solideo blanco. Al rededor, estas palabras: ADRIANVS VI. PONT. MAX.

En el reverso de la primera se lee: QUEM CREANT ADORANT. ROMÆ. «*Adoran al que creen. En Roma.*» Hemos visto este tipo bajo el reinado de Martin V (Oton Colonna) y en el de Eugenio IV. Esta pieza es, pues, una restitucion.

La segunda lleva en el exergo: ROMA, y en torno: SPIRITUS SAPIENTIE. «*El espíritu de sabiduria.*» Véanse unos libros entreabiertos con las llaves y la tiara encima; mas arriba el Espíritu Santo. De Molinet hace mencion de esta medalla y habla de Adriano en los términos mas pomposos.

Se cree que existen medallas con la efigie de Adriano VI acuñadas en Lovaino; pero yo no las conozco.

Bonanni describe la medalla siguiente: VT IPSE FINIAM. «*Para que yo mismo la termine.*» Hay en ella una torre á medio construir, rodeada de andamios. Bonanni cree que por la torre empezada es preciso entender el envio de un nuncio á Nuremberg para combatir á Lutero. El Papa se reservaba dar él mismo los últimos golpes, procurando contener al adversario de

la Iglesia, y oponer un dique ( una torre ) á las invasiones de que estaba amenazado el catolicismo.

De Glen en su *Historia pontificia* habla así de Lutero un siglo despues : «Queriendo Satanás hacer el postrer esfuerzo contra la Iglesia, encontró un instrumento, un ministro propio, Martin Lutero, apóstata, insigne arquitecto ó mas bien *reforjador* de todas las heregías condenadas y sepultadas en los siglos anteriores.» De Glen era flamenco como Adriano, y por lo demás no habla en términos convenientes de su compatriota.

La Santa Sede estuvo vacante dos meses y cuatro dias.

---

### 223. Clemente VII. 1523.

Clemente VII, llamado antes Julio de Médicis, era hijo legitimo de Julian de Médicis, muerto en 26 de abril de 1478, un mes antes del nacimiento de Julio, por los conjurados florentinos de la faccion de los Pazzi. Su madre se llamaba Antonia *del Cittadino* ó de los *Gorini*. Para probar la autenticidad del matrimonio de Julian con Antonia, se nombraron dos cardenales que encontraron testigos que habian asistido al casamiento secreto de Julian y Antonia.

En el tiempo de su destierro, Julio, de edad de 18 años, entró en la órden de los caballeros de Rodas y fué prior de Cápua: luego llegó á arzobispo de Embrun, y obtuvo despues el arzobispado de Florencia. En 1513, su primo Leon X le creó el diácono-cardenal de Santa María *in domnica*. Fué legado en la liga de Leon X y de Carlos V contra los franceses, y no dejó el ejército encargado de combatirles.

Despues de los funerales de Adriano VI, treinta y tres electores sagrados entraron en el cónclave en 1.º de octubre. La guardia de los mismos fué confiada al gran maestre de Rodas, l'He Adam, que habia ido á Roma, llamado por Adriano, y que habia sido recibido con los honores mas distinguidos.

Julio, á los 45 años de edad, fué elegido papa el dia 18 de noviembre de 1523, y promulgado el 19, despues de cincuenta dias de cónclave, esto es, el mismo dia en que dos años antes habia entrado vencedor en Milan. Debíó su elevacion particularmente á los cardenales jóvenes. Se le habia nombrado por vía de *adoracion*, esto es, públicamente y en alta voz; pero deseó que hubiese escrutinio, declarando que aun cuando podia invocar un acto de *adoracion*, cederia todos los derechos que por este acto hubiese adquirido. Era posible que en el escrutinio no fuese seguro el triunfo; pero el escrutinio lo confirmó por unanimidad, menos el voto de Julio; y el cardenal Marcos Cornaro le coronó, con el nombre de Clemente VII, en San Pedro, el dia 26 de diciembre; pero no tomó posesion solemne de San Juan de Letran. Es verdad que pensó tomarla en 1525 el dia de San Juan Bautista; pero este proyecto nunca se llevó á cabo.

El nuevo papa volvió la libertad al cardenal Soderini, que, desde el castillo de San Angelo, habia pasado al cónclave, á pesar de haber sido contrario á Julio en las negociaciones para la eleccion de papa. En esta ocasion, dijeron los romanos, el pontífice se mostró clemente de nombre y de hecho. Algunos autores aseguran que el Papa quiso conservar el nombre de Julio; pero que se le objetó que los que conservaban el nombre morian pronto, como acababa de suceder á Adriano, y que á consecuencia de esta observacion tomó otro, sin curarse de la circunstancia del antipapa que, en tiempo de Urbano V, habia tratado de llamarse Clemente VII, y á quien Fleuri, como hemos visto, llama el papa Clemente VII. Inmediatamente el Santo Padre mandó á Alemania al cardenal Campeggi, miembro del sacro colegio, el mas hábil en negocios y uno de los mas recomendables por su piedad y virtudes. Este con varios príncipes del imperio, reunidos en Ratisbona, publicó una reforma del clero, comprendida en treinta y cinco capítulos. Luego Clemente, cuyas inclinaciones eran pacíficas, se aplicó con zelo á restablecer la mas perfecta armonía entre los príncipes cristianos, para disminuir el escándalo de sus disensiones y presentar un frente mas temible á los enemigos de la religion; pero si los principios del ponti-

ficado fueron tranquilos como el Pontífice, la continuacion llegó á ser tan horriblemente dolorosa, que la Iglesia, desde su fundacion, no experimentó nunca, bajo papa alguno, tantas miserias, tantas violencias y tantas catástrofes imprevistas.

Por una bula de 24 de junio de 1524, Clemente aprobó la órden de clérigos regulares teatinos, instituida por Juan Pedro Carafa, entonces arzobispo de Chieti. Del nombre latino *Theate* (asi se llama Chieti en esta lengua) tomaron aquellos religiosos el nombre de teatinos: los otros fundadores de la órden eran personas de ejemplar piedad, como Bonifacio del Colle, noble de Alejandría, y Pablo Consiglieri, caballero romano, ayudados en esta gran obra por San Cayetano Tieneo, noble vicentino, llamado comunmente el Fundador. Aconsejaba á sus religiosos una pobreza tan austera, que decia: «No debeis esperar mas que *en la divina Providencia.*» Se esparcieron poco fuera de Italia; solo tuvieron cuatro casas en Alemania, cinco en España, una en Francia (1), tres en Portugal, una en Polonia y otra en Goa, en las Indias orientales portuguesas. Las religiosas teatinas que, en 1583, fueron fundadas en Nápoles, son á penas conocidas fuera de este reino. Se dividen en dos congregaciones, la una que profesa votos simples, la otra votos irrevocables: ambas tienen por superiores á los teatinos.

En 1525, Clemente celebró el jubileo del año santo, esto es, el octavo despues del de Bonifacio, y el segundo desde que se celebraban cada veinte y cinco años.

En 1.º de mayo, despues de la misa pontifical de San Juan de Letran, Clemente publicó la liga firmada contra el turco por Carlos V y los reyes de Francia y de Inglaterra, los florentinos, los duques de Milan y de Mantua. En esta ceremonia, el Papa concedió á todos los asistentes la indulgencia plenaria y la bendicion pontificia.

Con motivo de la peste, pocos peregrinos asistieron aquel año, temíanse además las guerras de Italia, las rebeliones de Alemania, los tumultos de Hungría, y finalmente, á causa de los disturbios promovidos por Lutero, que en el mismo año se

(1) Fueron establecidos en este reino en 1647 por Luis XIV y el cardenal Mazarino. Este les dejó en su testamento cien mil escudos para edificar la casa.

casó, á la edad de 45 años, con la religiosa Catalina de Boro, abadesa de un monasterio de la ciudad de Nimptscho, cerca de Grimma (1), viviendo con ella hasta el 18 de febrero de 1546, dia en que murió el apóstata á consecuencia de una embriaguez. De esta [desgraciada union sacrilega nacieron tres hijos, Juan, Martín y Pablo.

A instancias de Andrés Gritti, dux de Venecia, Clemente habia beatificado á san Lorenzo Justiniano, patriarca de esta ciudad, el mismo que veremos despues canonizado por Alejandro VIII.

Pero dispongámonos á ver excenas funestas. Ya conocemos los males [causados por Lutero; ahora veremos á sus partidarios en cuerpo de ejército marchar sobre Roma. Armese de valor el lector católico.

El condestable de Borbon, irritado por las injusticias que habia sufrido en la corte de Francia, tuvo el mal pensamiento de querer vengarse, y abandonó el servicio de Francisco I; por medio de una desercion que nunca tendrá disculpa, pasó al servicio de Carlos V, circunstancia que, debilitando al rey, aumentó las fuerzas y la influencia del rey de España y del rey de los romanos.

Entonces Francisco I, vencido en Pavía, no podia defender enteramente á Clemente, que estaba en mala inteligencia con Carlos V. En 1526, en el momento de recobrar su libertad, Francisco celebró un tratado con el Papa, y quiso echar á Carlos de la Península; pero ni en Roma ni en París se tomaron las medidas convenientes para impedir que el enemigo se dirigiera contra Roma. Borbon mandaba el ejército compuesto de luteranos y españoles, que se atrevia á avanzar sin artillería, sin bagajes, ni municiones. Tanta audacia exigia mejor causa y proyectos mas nobles.

Fuera difícil probar que entonces algunos romanos no echaron de menos las disposiciones guerreras de Julio II.

Renzo de Ceri, de la familia Orsini, prometia tomar el mando para salvar á Roma; pero el Papa habia despedido á algunas tropas extranjeras con que podia contar, y la ciudad

(1) Grimma es una ciudad de Sajonia á siete leguas de Leipsick.

quedó reducida á sus propios habitantes que hacia mucho tiempo que no tenian la costumbre de pelear.

El dia 4 de marzo de 1527, Carlos de Borbon condujo á sus soldados al asalto. Benvenuto Cellini, que fué testigo ocular, en su vida se espresa así :

« Toda la ciudad se puso sobre las armas ; nosotros nos dirigimos entonces á lo largo de las murallas del *Campo Santo*, y vimos á aquel prodigioso ejército que hacia todos los esfuerzos por apoderarse de la parte de la muralla á que nos acercábamos. Habia allí muchos jóvenes muertos por los de afuera : reinaba una niebla muy espesa , me volvi hácia Alejandro *del Bene*, uno de mis compañeros, y le dije : « Retirémonos á la casa mas inmediata que sea posible, pues ya no hay remedio, hermano. Ya lo veis ; aquellos suben y estos huyen. » Asustado Alejandro , exclamó : « Ojalá que no hubiésemos venido ! » Entonces se volvió precipitadamente para retroceder ; pero yo le detuve diciéndole : Ya que me habeis llevado aquí , es preciso que hagamos alguna accion honrosa. » Y habiendo dirigido mi arcabuz allí donde distinguia un grupo mas compacto de soldados , apunté á un personaje que estaba mas elevado que los demas. La niebla no me permitió ver si iba montado ó á pié. Habiendo luego mirado á Alejandro y á Cecchino, mi segundo compañero, les dije que descargaran los arcabuces, y les enseñé el modo de guarecerse de los tiros enemigos. Habiendo disparado los tres, dos veces cada uno, miré por encima del muro con precaucion ; observé entre los sitiadores un gran tumulto, pues uno de nuestros tiros habia muerto á Borbon, á quien ví que levantaban los otros, como claramente se supo despues.

« Nos fuimos por *Campo Santo* y entramos por *san Pedro*, y como salíamos detras de la iglesia de San Angelo, llegamos á la puerta del castillo con mucha dificultad, pues el señor Renzo di Ceri y el señor Horacio Baglioni, herian y mataban á los que se retraian de batirse en las murallas. Se dejó caer el puente levadizo, pues los enemigos estaban ya en la ciudad, y entré en el fuerte en el mismo instante en que el papa Clemente llegaba por los corredores (1). »

(1) Hay corredores que conducen desde el Vaticano al castillo de

Exaltados por la muerte de su general, que fué muerto al principio del asalto por Benvenuto Cellini, ó por otro, los soldados no dieron cuartel, pues el primer día fueron muertos mas de 8,000 romanos en una sola parte de la ciudad, á pesar de pedir la vida de rodillas.

« Tal vez nunca, en la historia del mundo, dice Sismondi, una tan gran capital habia sido abandonada á un abuso mas atroz de la victoria; nunca poderoso ejército habia sido formado de soldados mas feroces, ni habia sacudido tan horriblemente el yugo de la disciplina. No fué bastante ver entregadas á la rapacidad de los soldados las riquezas sagradas y profanas, que la piedad de los fieles ó sus industrias juntaban en la capital del orbe cristiano, sino que las mismas personas de los desdichados moradores, fueron tambien entregadas al capricho y á la brutalidad de la soldadesca; mientras que mujeres de alta estirpe eran víctimas de una incontenencia que, al parecer, nunca quedaba saciada, los que eran considerados como ricos, y de quienes se sospechaba que ocultaban sus riquezas, eran puestos en el tormento. Por medio del potro se les obligaba á firmar billetes y á agotar la bolsa de los amigos que tenian en tierra extranjera. Muchos prelados sucumbieron á estos padecimientos. Despues de redimidos, muchos otros se veian obligados de nuevo á ser rescatados, y murieron de resultas de estas violencias, de su afliccion ó de su horror. Se veia á los soldados alemanes, en la doble embriaguez del vino y de la sangre, pasear montados en asnos á obispos vestidos de pontifical, arrastrar por las calles á los cardenales, cargándoles de ultrajes y de golpes. La avidez hundia las puertas de los tabernáculos, mutilaba las obras maestras de las artes. La biblioteca del Vaticano fué saqueada, las plazas y las iglesias de Roma eran un mercado donde los soldados vendían á las doncellas y á los caballos; y estos espantosos excesos, que llegaban á cometerse tambien en la ba-

San Angelo, construidos como acueductos. Cuando se prolongan á lo largo de una calle, están como aplicados á las paredes é interceptan la luz de los primeros pisos. Pocas personas visitan estos corredores que todavia existen en el dia. Para ello se necesita permiso expreso; pero es viaje muy curioso y del que se conserva el recuerdo.

sílica de san Pedro y san Pablo, asilo venerado cuando Alarico, aquel pillaje que en tiempo de Genserico no habia durado mas que catorce dias, duraron sin tregua dos meses.»

En medio de tantas atrocidades, sucedió que no fueron respetados ni los talentos que, poseyendo escasas riquezas, no ofrecen atractivo alguno á la codicia. Confiados en el sentimiento de dignidad, que aun las mas bárbaras naciones respetaban, los artistas de todos los puntos de Italia que vivian en Roma, despues de haber pedido la libertad y la vida, hicieron oír palabras de honor, de valor y de piedad. ¿Qué les decís, desgraciados, á esos mónstruos que se alimentan de sangre, y que durante cinco años han despojado sin compasion y colmado de dolores otras provincias de la Península? ¿Qué alucinacion es la vuestra! Vosotros adornabais con elegancia los templos, los embelleciais con sagradas imágenes, colocabais en los sepulcros las alegorías de la Iglesia; á vosotros tambien se os ha declarado la guerra. Los iconoclastas de Leon, el soldado inícuo é innoble, estan de vuelta. ¿Qué necesidad hay de vosotros y de vuestras ficciones? Lo que conviene son templos desnudos: si no huis, morireis como los otros romanos. Los mismos soldados que han adorado á Nuestra Sra. *del Pilar*, y que sin duda la pedirán perdon al regresar á su patria, estos, arrastrados por el fatal ejemplo de sus compañeros de crímenes, han olvidado la voz de sus prelados y se avergonzarian de arrodillarse delante de su Santiago de Compostela.

En un instante las alabardas han dispersado la sábia escuela de Miguel-Ángel y de Rafael.

Especifiquemos, como Roma supo hacerlo en su lenguaje entusiasta y poético, los estragos que tuvo que deplorar.

Antonio Sangallo abandona sus pilastras medio levantadas en San Pedro, en donde sus andamios han sido quemados. Ve apenas de lo alto del castillo de San Angelo, único refugio de Roma católica; distingue apénas los últimos pisos del Vaticano, que está encargado de engrandecer.

Polidoro huye y corre á Salerno, aventurándose solamente á volver hácia Nápoles. Julio Romano solo recobra el uso de sus pinceles en Mantua. Pellegrino lleva su gusto, su gracia

y su frescura á Módena. Gaudencio Ferrari comunica las lecciones de las *loggie* y de las *stanze* á sus admiradores en Milan. Perino del Vaga establece una escuela en Génova. Un solo artista, Rosso, que despues construyó y adornó con pinturas la gran galería de Fontainebleau, no consiente en ocultarse en Roma. Allí donde no hay religion libre, no hay proteccion para las artes. Rosso es atado, apaleado, encadenado, llamado impío é idólatra. Recurre á los españoles y recibe iguales violencias; tendrá oro, puesto que se defiende y ama la vida.

Los discípulos del que hizo colocar, en la Iglesia de la Minerva, el *Cristo abrazando la cruz*, que nadie respeta ya, van á precipitarse en brazos de Miguel-Angel, quien, echando el compás ha empuñado la espada, y se ofrece á defender la capital de Toscana, que va á ser tambien amenazada.

Tantos ilustres fugitivos llevan á todas partes el resentimiento de sus injurias, y en su lenguaje de imaginacion, de fibra y fuego refieren sus suplicios.

No hablaré de los ultrajes inferidos á los sábios: habian pasado los tiempos en que debia ser respetada la casa de Arquímedes.

Finalmente es tan grato ver las ciencias y artes prodigar al que las protege la gratitud que sobrevive á un imperio, como es penoso reconocer que, si son ultrajadas, se abandonarán desmesuradamente á la pasion de la venganza. Esta idea debe siempre reaparecer para desolar nuestros sentimientos cristianos.

Que venga un día de dolor y espanto para los que Lutero llama á la discordia (este dia fatal vendrá á fines del siglo, y como la historia de los papas no tiene término, tendremos que dar cuenta de él) y en la misma Roma las artes indignadas todavía se acordarán vivamente de sus desastres.

Entre tanto Carlos V se vestia de luto con las noticias de su victoria, y el hipócrita mandaba hacer rogativas públicas por la libertad del papa, sitiado en el castillo de San Angelo, y por el restablecimiento de la paz en la cristiandad, de la paz que solo él turbaba. ¡Qué cobardía en las órdenes que, desde Aranjuez, daba para la libertad de Roma, por tanto tiempo en poder de soldados luteranos! El que mandaba hacer rogativas era el

jefe, el dueño de aquel ejército, el cual, *Jano* de piedad y de disturbio, mandaba por lo bajo refuerzos sacados de Alemania.

A esta nueva, delante de tan odioso enemigo, Clemente VII creyó que no debía pensar todavía en rendirse. Para que pudiese salir de San Angelo se exigían de él cuatrocientos mil ducados de oro; se exigía que entregase á las tropas que le tenían sitiado, las ciudades de Ostia, Civita,-Vecchia, Parma, Plasencia y Módena, sin que nada se extipulase para el caso de una restitucion eventual. El Papa vacilaba en aceptar estas condiciones, pues si no tenía el valor militar de Julio, tenía el valor civil y el don de prudencia.

El cardenal Pompeyo Colonna, otro enemigo de Clemente VII, habia entrado en Roma al frente de una tropa de aldeanos de sus tierras señoriales. Habia abrazado con sacrílego ardor la causa de Carlos, y se gozó al principio con la humillacion del Papa y el despecho de Renzo de Ceri; pero es preciso añadir rápidamente que este príncipe de la Iglesia, este romano, no pudo soportar por mucho tiempo la vista de la profanacion de los templos y del dolor de su patria. Sus aldeanos quisieron robar lo que habia escapado á los españoles y á los luteranos, y no pudo contenerse. Sintióse penetrado de una piedad profunda, vertió lágrimas de arrepentimiento, despidió en seguida á los bandidos que habia llevado consigo, y solo dejó para su guardia algunos aldeanos sumisos y fieles. Luego abrió su palacio á los que quisieron refugiarse en él; rescató con su dinero á cardenales cautivos, sin distinguir entre amigos y enemigos. En la generosa franqueza de su penitencia, habria tendido la mano á un Orsini. Mandó distribuir víveres á muchos desgraciados que, habiéndolo perdido todo, iban á morir de hambre. Los grandes crímenes han sido causa muchas veces de grandes virtudes (1).

Cuando el ejército hispano-aleman consentia en reconocer un general, era Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, quien lo mandaba: con el tiempo acabó por hacer respetar algunas veces su autoridad.

(1) En la noche de San Bartolomé, el duque de Guisa, este hombre tan criminal, salvó á cien protestantes en su casa.

Clemente VII suplicaba de nuevo al duque de Urbino que fuese á acampar en *Monte Mario*, posicion muy fuerte, desde donde es fácil inquietar y atacar á Roma. ¿Qué podia temer el vencedor? Todo lo que no temia. Pero la Róvere, enemigo de los Médicis y de Leon X, que le habia privado de su principado por espacio de algun tiempo (nuevo efecto de males producidos por el nepotismo), enemigo de Leon X hasta la mas vil tenacidad, repetia sin cesar que su ejército no tenia bastantes municiones. Los venecianos le rogaron que se pusiera en marcha; pero se mantuvo sordo á todas las súplicas.

Roma habia sido saqueada por los galos trescientos sesenta y dos años despues de su fundacion; por Alarico rey de los godos, en 24 de agosto de 410 de la era cristiana; por Genserico, rey de los vándalos, en 455; por Odoacro, en 467; por los ostrogodos, en 536; por los godos, en 538; por Totila, rey de los godos, en 546, y otra vez en 17 de setiembre de 548, las primeras familias se vieron reducidas á tal extremo de miseria, que las damas patricias tuvieron que mendigar á las puertas de los godos; por el emperador Constancio II, en 5 de julio de 663; por los lombardos, en 750; por Astolfo, rey de la misma nacion, en 775; por los sarracenos del Africa, en 896; por el emperador Arnolfo, en 996, y por el emperador Enrique IV en 1084, pero los excesos, las matanzas cometidas por el ejército de Carlos V hicieron olvidar á los romanos la rapacidad de los bárbaros que les habian despojado.

Aquellos alemanes luteranos, aquellos españoles católicos, despues de haber cometido juntos las execraciones mas brutales, quisieron insultar á Roma con mas audacia: reuniéronse en una de las capillas del Vaticano y revestidos con las insignias cardenalicias, depusieron al papa Clemente y procedieron á la eleccion de un nuevo pontífice. Ridiculizando las ceremonias del cónclave, todos dieron su voto á Lutero, patriarca de la revuelta, y fué proclamado papa en Roma por aquella abominable reunion.

Clemente, abrumado por tan horrorosas desdichas, arrastraba una vida de dolores y de lágrimas en el castillo de San Angelo. Siete meses estuvo sitiado, desde el 6 de marzo al 9 de diciembre, y vióse obligado á rendirse con las mas duras

condiciones. Se exigieron por su rescate 400,000 escudos de oro, que tuvo que pagar. Pidiéronse rehenes, y tuvo que entregar á sus mejores amigos, los cardenales Francisco Orsini, Paulo Emilio Cesi, Alejandro Cesarini, Agustín Trivulzi y Nicolás Gaddi, como también á Juan Mateo Giberti, obispo de Verona, Antonio Pucci, obispo de Písoia, Onofre Bartolini-Salimbeni, arzobispo de Pisa.

Todos fueron encerrados en el palacio del cardenal Pompeo Colonna, y trasladados luego á Nápoles.

El Papa, con quien quedaron trece cardenales, fué guardado como prisionero por el español Alicornio, que ya habia sido carcelero de Francisco I, el cautivo de Pavía. El español trató al Papa como á un jefe de ladrones. Entonces Clemente, dudando mas que nunca de la buena fe de Carlos V, huyó á Orvieto disfrazado de mercader y escoltado por Luis Gonzaga. Allí le dió hospitalidad Nicolás Ridolfi, su pariente, obispo de la ciudad. Entre tanto los soldados del ejército de Borbon dejaron á Roma á instancias del cardenal Campeggi, legado de la Santa Sede, y Clemente pasó á Viterbo, entrando despues en Roma el día 6 de octubre de 1528.

Cuando el emperador Carlos V supo la continuacion de estas calamidades inauditas de la capital del mundo católico y del jefe de la Iglesia, continuó fingiendo el mas vivo dolor, suspendió las fiestas dispuestas para el nacimiento de su hijo Felipe, redobló su luto y mandó hacer nuevas rogativas públicas para implorar la asistencia del cielo contra tantas desgracias. Pero todos conocieron la hipocresía en el trono cuando la falsedad del emperador, en vez de poner al Papa en libertad, le detenia prisionero, deshonorándose con sus súplicas por la libertad de aquél, á quien solo él podia darla, á quien, si hubiese querido, habria podido devolver su capital en menos de un mes. ¡Tristes son en la historia espectáculos semejantes! Se asegura que este príncipe habria gustado de trasladar á Clemente á Madrid, para enseñar un Papa encadenado, despues de haber saciado á sus pueblos con la presencia de un rey de Francia por tanto tiempo prisionero; pero Carlos temia que este nuevo exceso le hiciera odioso á los ojos de sus pueblos, y sobre todo de sus obispos que de-

testaban la sola idea de ultraje tan violento contra el vicario de Jesucristo.

Clemente, poco tiempo antes de estas lúgubres excenas, habia beatificado á Pedro de Luxemburgo, de los condes de Ligny, familia célebre que habia dado reyes á Bohemia y emperadores á Alemania.

Es sabido que Enrique VIII, rey de Inglaterra, habia casado con Catalina de Aragon, viuda de Arturo, su hermano, y tia de Carlos V, habiendo obtenido para ello dispensas de Julio II; pero este príncipe, entregado por otra parte á sus amores con Ana Bolena, á pesar de haber vivido veinte y ocho años con Catalina, pidió en 1528 al papa Clemente, que entonces se hallaba en Viterbo, que la Santa Sede consintiese en romper el matrimonio contraido con Catalina, para que Enrique pudiese casarse de nuevo con Ana Bolena. No era solo el amor á Ana lo que determinaba al rey á hacer esta peticion. Cortesanos, teólogos desobedientes á Roma, persuadian al desdichado monarca de que no era válida la dispensa concedida antes, y que no debia haberse casado con la viuda de su hermano. Lo repetimos, tales escrúpulos atormentaban á este príncipe insensato despues de veinte y cinco años, y despues de haber hecho uso por tanto tiempo de una dispensa dada por Julio II, papa legítimamente elegido.

Los jurisconsultos que tales consejos daban, eran movidos mas por el amor á la ganancia que por los cálculos de la razon: es manifesto que el caso de una dispensa semejante, que es absolutamente y sin duda alguna del poder del papa, no habia sido raro. Martin V antes que Julio II habia concedido al conde de Foix permiso para casarse con la viuda de su hermano; Pagi, Tomasini, Rainaldi y Natal Alexandro lo atestiguan. Alejandro VI ha dispensado á Manuel rey de Portugal, que se habia casado sucesivamente con dos hermanas. Y para citar ejemplos posteriores, despues del concilio de Trento, Clemente VIII ha permitido al rey de Polonia casarse con la viuda de su hermano; Luisa María de Gonzaga se casó sucesivamente, mediante dispensa pontificia, con los dos hermanos Ladislao Sigismundo y Juan Casimiro, ambos reyes de Polonia; Urbano VIII concedió trece dispensas de esta clase;

Alejandro VII concedió ocho ; Clemente X un número igual ; dos Inocencio XI ; dos Inocencio XII ; Clemente XI dió tambien varias, y todos estos papas anteriores y posteriores á Enrique VIII son hombres ilustres por su doctrina y virtudes. Estaban convencidos de que el impedimento de afinidad *transversal* no es un mandamiento de la naturaleza ; sabian que la ley de Moisés mandaba que un hermano tomase por esposa á la viuda de su hermano bajo pena de infamia.

Estoy poco familiarizado con tan altas doctrinas, y si he consignado aquí un resúmen, es porque al hacerlo me he apoyado en un escritor tan respetable como Novaes. Si él no ha escrito esta nota, ha permitido á lo menos que un hábil teólogo de Roma la compusiera para insertarla en los *Elementi della storia de sommi pontefici*.

Debo añadir que semejantes dispensas fueron concedidas desde el tiempo de la gerencia del cardenal de Bernis, y que en mi tiempo, en Roma, se han solicitado otras sin obstáculo.

Vuelvo á Clemente VII. Dió éste provisionalmente una severa contestacion á la demanda de Enrique VIII, sin dejar de confiar el exámen de la cuestion á los cardenales Campeggi y Volsey. La reina Catalina apeló de un juicio que le pareció, y con razon, demasiado favorable á los desórdenes del rey é injurioso para la memoria de Julio II.

Henos de nuevo en el tiempo en que se queria obligar á un nuevo Clemente á mancillar la memoria de uno de sus predecesores.

Mandada la causa á Roma, fué entregada á Pablo Capizucchi, dean de la Rota, que la examinó detenidamente tres años, con la esperanza de que el rey arrepentido abandonaría su proyecto.

Enrique VIII tuvo entonces la audacia de constituirse juez en el asunto, y reputándose á sí mismo árbitro conveniente, se atrevió á casarse con Ana Bolena en 1533. Esta no cesaba, para irritar al príncipe, de decir que no corresponderia á su amor mientras no se viera reina legítima, por mas que hubiese sido antes, segun dicen, menos austera con otros á quienes habia prostituido su honor, como su madre y su herma-

na habian hecho con Enrique VIII, este fatal libertino que tantos males debia causar á la Iglesia.

Enrique habia echado de Inglaterra al cardenal Campeggi y retirado su favor á Volsey. Enterado el Papa de lo que sucedia en Inglaterra, lanzó una bula por la cual excomulgaba á Enrique, si dentro de un mes no habia vuelto á tomar á su legitima esposa Catalina y dejado á la cortesana Bolena.

Súplicas, consejos saludables, amenazas, exhortaciones, promesas de afeccion, nada pudieron sobre el espíritu de Enrique. Tratábase este negocio con mucha delicadeza, y toda la Europa sabia que casi siempre seguia á la excomunion el perdón ó un acto de clemencia al menor movimiento de arrepentimiento por parte del excomulgado. Clemente reunió, en 23 de marzo de 1534, un consistorio, y en él 22 cardenales, todos los que se hallaban en Roma, declararon que el matrimonio de Enrique y Catalina era válido y firme. Solo tres cardenales fueron de opinion que se concediera el divorcio. El rey fué condenado por los restantes diez y nueve á respetar su matrimonio con Catalina. La sentencia proferida por el Papa, *oidos los cardenales*, era una consecuencia de la decision; las censuras acababan de ser confirmadas, y se habia declarado que el rey habia incurrido en ellas.

Los que en un caso no previsto hacen una regla para los hechos anteriores, acusan á Clemente de muy imprudente en esta deliberacion, y dicen: «Si la sentencia pontificia se hubiese diferido, como pedia Francisco I, el cisma de Inglaterra no se hubiera verificado, pues seis dias despues de fulminada la excomunion, llegaron cartas á Roma en las que el rey de Francia participaba que Enrique se sometia á la Santa Sede y prometia obedecer los juicios del Papa, si éste no le separaba de la comunion de los fieles. Enrique deseaba que el Papa consintiese en excluir del exámen de la causa á los hombres que le eran sospechosos, y que se le enviaran á Cambray comisarios encargados de recibir las razones, motivos y excusas que presentasen los delegados del rey.»

Los acusadores de Clemente añaden que apenas pasaron veinte y un meses desde la época de la separacion á la muerte de Catalina, y con esta muerte la disputa hubiera cesado. Pero

se responde en favor de Clemente que con el pontificado no habia recibido el don de profecía, y que no podia prever los sucesos futuros. Catalina podia vivir mucho mas tiempo, y Enrique, que en 1533, se habia casado con Ana Bolena, quedaba en estado de divorcio. Clemente habia esperado mucho tiempo, y ninguno de sus consejeros creía que llegara alguna circunstancia que pudiese cambiar el estado de la cuestion. El desenfreno de Enrique, la religion del matrimonio hollada, despreciadas con arrogancia las palabras del jefe de la Iglesia, todas estas eran circunstancias terribles, que exigian fuerza en el Papa para defender los principios cristianos.

¿Quién sabe, además, si las promesas del rey, apasionadamente ciego, que llegaron despues de la sentencia, habrian sido sinceras, dóciles y durables?

Novaes elogia aquí á Bercastel, cuyas opiniones aprueba en un todo. Otras razones pueden tambien alegarse, tales como las siguientes: El rey no escuchaba los consejos de la razon y no queria ceder; el clero inglés era rico, y podia despojársele sin que el príncipe renunciase á su pasion. Inmensas abadías, tierras considerables, rentas, beneficios, pasaban á las manos del fisco. Clemente que habia esperado tanto tiempo, habria esperado que los mismos sucesos hubiesen tenido lugar sin que la historia pudiese elogiar, como tiene derecho de hacerlo, la firmeza del Papa y su adhesion á las reglas de la disciplina de la Iglesia; reglas que Clemente no desconoció ni un momento siquiera.

Damos con dolor estos detalles acerca de la estincion de la fe en Inglaterra. Los ingleses habian recibido la religion católica por medio de las predicaciones de José de Arimatia; la fe, casi, olvidada habia sido restablecida por el hijo del rey Lucio, que suplicó al papa san Eleuterio le enviara misioneros, los cuales consiguieron que el rey y la isla admitiesen la fe que reinó en el país hasta los furors de Diocleciano, época en que fué destruida casi enteramente. Gracias al zelo de san Gregorio el Magno, volvió á florecer á fines del siglo v por medio de algunos religiosos que mandó á Inglaterra. Desde aquel momento floreció durante cerca 1000 años, siempre sólida, pura y sin mancha, como es de ver por la obra que el

jesuíta Roberto Persoon escribió en inglés con el título de *las tres conversiones de Inglaterra, del paganismo á la religion cristiana*.

Al saber la excomunion, Enrique derogó completamente la autoridad pontificia en su reino; negó el tributo anual que era pagado á la Santa Sede desde Ina, rey de los sajones occidentales de Inglaterra en tiempo de Inocencio III; amenazó con la pena de muerte al que reconociese en el Papa la suprema dignidad de la Iglesia; prohibió que se continuáran las oraciones en favor del Papa, las cuales sustituyó con estas palabras: «De la tiranía del obispo romano y de enormidades detestables libranos, Señor,» y obligó á los eclesiásticos á que, por medio de juramento, le reconociesen por jefe de la Iglesia *constituido inmediatamente por el Cristo*. Para esto hizo una nueva ordenacion de obispos, adoptó una infinidad de errores luteranos, de modo que le llamaron *el postillon de la reforma*, y finalmente, formó de todas las sectas una amalgama tal, que desterró la religion católica de todo el reino.

Ya con anterioridad á estos sucesos se habia constituido en Worms una dieta, á la cual Clemente acababa de enviar un nuncio, á fin de conciliar los espíritus de los luteranos que aumentaban las perturbaciones de Europa. Fernando, hermano de Carlos V, habia establecido en esta dieta, de concierto con la mayor parte de los príncipes y de las ciudades imperiales, que debia ejecutarse el decreto publicado en Worms por el emperador, con algunas prescripciones para detener los efectos de la herejía; pero otros príncipes partidarios del luteranismo, Juan, elector de Sajonia, Jorge, elector de Brandeburgo, Ernesto y Francisco, duques de Luneburgo, Felipe, langrave de Hesse, Wolfgang, príncipe de Anhalt, con un número muy considerable de ciudades imperiales, Strasburgo, Nuremberg, Ulm, Constanza, Memmingen, Lindan, Heilbroun, Saint-Gall y otras protestaron contra el decreto de la dieta. Por este acto de protesta, los luteranos adquirieron el nombre de *protestantes* que les distingue de otros herejes.

Durante todas estas desgracias, otros desastres parecian amenazar la religion. Soliman, con un espantoso aparato de guerra se disponia á partir en persona para invadir el reino

de Hungría. El rey Fernando acudió al Papa en busca de socorro.

Generoso Clemente VII, á pesar de las escenas de Roma, no descuidaba ocasion para unirse con lazos mas sólidos á Carlos V, y pidió al príncipe, [ó]que recibiese al Papa en España, ó que él mismo fuese á personarse con el Pontífice en Italia. Carlos respondió con respetuosa deferencia que el Papa debía fijar el punto donde debía tenerse la entrevista, y se convino que el Papa se trasladaria á Bolonia, á donde el príncipe iria á juntársele. Pero Clemente, atormentado por una enfermedad cruel, se vió obligado á diferir el viaje y hasta á renunciar á los cuidados del gobierno [por algun tiempo, y nombró para gobernar á Roma, cuatro cardenales, á saber: Alejandro Farnesio, Andrés della Valle, Agustin Spinola y Pablo Cesi. Poco tiempo despues, el Papa se encontró en disposicion de poder partir.

Hemos referido, relativamente al cisma de Inglaterra, algunos hechos mas recientes que los que hoy nos ocupan; pero no podia interrumpirse el relato de estas desgracias, y nos vemos obligados á retroceder á las circunstancias que habian precedido á esta funesta separacion.

En el congreso que se abrió en Bolonia, el Papa tuvo la dicha de ver firmada la paz entre el emperador y los venecianos, y los duques de Milan, Saboya y Mantua.

En 24 de febrero de 1530, Clemente coronó con toda solemnidad á Carlos V, último emperador de Alemania, que recibió la corona de las manos del Papa. Observáronse las antiguas ceremonias: Carlos V con la corona en la cabeza, agarró el estribo del caballo, que el Papa montó para la cabalgada. Tambien se observó la ceremonia que tiene por objeto recibir al emperador elegido canónigo del Vaticano, antes de la coronacion, en la capilla de Santa María, entre dos torres que están cerca de la basílica, y para ello se levantó en la Iglesia de San Petronio, en Bolonia, una magnífica capilla que debía sustituir á la de Santa María.

Algunos dias despues, el Papa publicó una bula para suplir las ceremonias que no hubiesen sido las del antiguo rito. Luego, á ejemplo de Leon X, Clemente concedió que el reino

de Nápoles fuese considerado, durante la vida de Carlos, como unido al imperio germánico.

Clemente, amigo de Carlos V, no se descuidó de ser mas íntima é indudablemente amigo de Francisco I.

En 9 de setiembre de 1533, el Papa fué á Pisa; allí se embarcó en una galera francesa y desembarcó en Marsella para tratar del matrimonio del duque de Orleans, despues Enrique II, con su sobrina Catalina de Médicis, que fué mas tarde madre de tres reyes, Francisco II, Carlos IX y Enrique III.

En aquella ocasion, considerándose Clemente como yendo de viaje, renunció á una costumbre antigua y se sentó á la mesa con la reina esposa de Francisco I. Bercastel en la *Historia de la Iglesia* describe la magnificencia de la entrada de Clemente en Marsella.

El Papa regresó á Roma, en donde habia resuelto que se eligiese á su sucesor para el caso de morir en el camino; cayó enfermo, y despues de seis meses de padecimientos, murió en 25 de setiembre de 1534, habiendo gobernado la Iglesia diez años, diez meses y siete dias.

Habia nombrado por ejecutores testamentarios á los cardenales Cibo, Salviati, Ridolfi y Médicis, á quienes dejó una suma de dinero para pagar el coste de su sepulcro y del de Leon X. Este sepulcro, colocado en la iglesia de la Minerva, contiene los cuerpos de Leon X y de Clemente VII.

Clemente fué un papa de invencible constancia en las calamidades y miserias de su época, que no solo oprimieron á Roma, sino á toda la cristiandad. Habia sido un cardenal muy feliz, pues en tiempo de Leon X administraba con mucho aplauso todos los negocios. Es cierto que su pontificado fué fatal á Roma, si se considera el progreso del luteranismo, el cisma de Enrique VIII, y la abominable invasion de Roma.

Muchos escritores dicen que Clemente era odioso á la *curia*, sospechoso á los príncipes, avaro, de fe dudosa, y poco amigo de la beneficencia; pero no pueden menos de confesar que fué en sus acciones grave, sagaz, de gran genio, cuando una circunstancia imprevista no le obligaba á mudar de resolución.

Una de sus mayores virtudes fué la clemencia con que

perdonó al cardenal Soderini, su mortal enemigo, á quien tuvo despues por amigo y panegirista. En la tumba provisional que se le levantó en el Vaticano, pusieron con razon esta dedicatoria: « A Clemente VII, soberano pontífice, cuya invencible virtud solo fué sobrepujada por la clemencia. »

Clemente enriqueció con gran número de volúmenes la biblioteca del Vaticano. De este papa se conservan muchas cartas al rey de Francia, al de Inglaterra y á algunos sábios. Las cartas á Carlos V, publicadas bajo el título de *Epistolæ Clementis VII ad Carolum V; alteræ Caroli V Clementi respondentes*, son muy raras.

Pasemos á decir las relaciones que este papa tuvo con Miguel Angel.

Despues de haber continuado los planos relativos á la construccion del mansoleo de Julio II, Miguel Angel, antes de las desgracias de Roma, se habia trasladado á Florencia (1), desde donde volvió á Roma. De regreso, quiso dedicarse únicamente á la empresa de los preparativos para las nuevas pinturas de la capilla Sixtina y á la terminacion de los trabajos del mausoleo de Julio II, que trataba de concluirse segun un proyecto muy reducido.

En tiempo de Clemente VII fué empezado el fresco del Juicio final, que fué concluido en 1541, reinando Paulo III. A propósito de esta obra puede aplicarse á Miguel Angel un pasaje de Plinio, lib. XXXV: *Pinxit et quæ pingi non possunt*. Mas tarde volveremos á hablar de esta sublime composicion.

Las medallas de Clemente VII llevan al rededor de la cabeza estas palabras: CLEMENS VII PONT. MAX.

Una de ellas tiene en el reverso estas palabras: GLORIA ET HONORE CORONASTI EVM. « *Tu le coronaste de gloria y honor.* » Es una reproduccion de la de Leon X, de la que hemos hablado ya. En el campo se ven las bolas de los Médicis.

Otra representa la apertura de la puerta santa: M. D. XXV.

(1) Poseo un documento original de su propio puño. Miguel Angel debia encontrarse entonces en una situacion miserable, pues se ve obligado á vender el caballo por una cantidad muy módica. Este documento, en el cual el artista escribió correctamente su nombre *Buonarroti*, creo que es el único autógrafo suyo que existe en Francia.

RESERAVIT ET CLAVSIT. «*Ha abierto y cerrado.*» Es una reproducción de una medalla de Alejandro VI.

Una tercera contiene en el reverso y en lo alto del campo: EGO SUM IOSEPH FRATER VESTER «*Soy vuestro hermano José:*» José, en una especie de trono, se da á conocer á sus hermanos. Es una alusión á un convenio propuesto por Clemente VII, cuando cautivo, prometiendo á Hugo de Moncada, general de Carlos V, perdonar á los Colonna, que habian llamado el ejército de éste á Italia.

De Molinet habla de otras medallas.

1.<sup>o</sup> La apertura de la puerta santa con un exergo diferente: SVNT ET PORTÆ COELI APERTÆ. «*Las puertas del cielo están abiertas.*»

2.<sup>o</sup> POST MVLTA PLVRIMA RESTANT. «*Despues de muchos quedan muchos mas.*» Alusión al cautiverio del papa. Nuestro Señor Jesucristo está atado á la columna; debajo, los azotes que le hirieron.

3.<sup>o</sup> CLAVDVNTVR BELLI PORTÆ. «*Está cerradas las puertas del templo de la guerra.*» La discordia aparece encadenada junto á las puertas del templo de Jano; alusión á la paz entre Carlos V y Francisco I y á la abundancia con el cuerno en la mano.

4.<sup>o</sup> VT POPVLVS BIBAT. «*Para que el pueblo beba.*» Moisés hiere la roca con su vara. El Papa habia mandado abrir un pozo al cual se podía bajar y conducir por medio de rampas, mulos cargados. Sin epígrafe: José en pié recibe el homenaje de sus hermanos; algunos de estos están á caballo.

Bonanni presenta otras medallas de Clemente VII.

1.<sup>o</sup> HODIE SALVS FACTA EST MVNDO; en el exergo: CLEMENS VII ANNO IVBILEI. «*Hoy se ha dado la salud al mundo. Clemente VII, en el año del jubileo.*» En ella se vé el establo, el niño Jesús acostado, la Virgen, San José, el buey, el asno, encima la estrella fija.

2.<sup>o</sup> MISIT D. ANGELVM SVM ET LIBERAVIT; y en el exergo: ME. «*Dios envió su ángel y me libertó.*» Un ángel conduce á San Pedro, que lleva las llaves. Alusión al libertamiento de Clemente VII que salió del castillo de San Angelo donde estaba sitiado. Luis Gonzaga, que le aguardaba en los prados vecinos, le condujo hasta la montaña de Viterbo.

3.<sup>o</sup> CANDOR ILLÆSUS. «*Un candor inalterable.*» Un árbol sin hojas significa el incendio de Roma. El sol lanza sus rayos sobre una de las bolas de los Médicis. Esta medalla ha sido repetida otras veces con algunas diferencias.

4.<sup>o</sup> En el exergo: IVSTITIA EX DEO. «*La justicia viene de Dios.*» Clemente VII montado en una mula, la mitra en la cabeza, dos soldados vestidos de españoles están de rodillas. El artista no quiso representar disfrazado al papa: los soldados son Luis Gonzaga y uno de sus generales.

5.<sup>o</sup> ECCE HOMO, en el campo; en torno se lee: PRO EO VT ME DILIGERENT. «*Hé aquí el hombre. Padebí por él para que me amasen.*» *Ecce homo* son las palabras de Pilatos: lo demás lo dice Clemente por Jesucristo. Jesucristo, cubierto con la túnica, tiene atadas las manos.

La Santa Sede estuvo vacante diez y siete dias.

---

### 224. Paulo III. 1534.

Paulo III, llamado antes Alejandro Farnesio, nacido de una familia romana muy antigua, era hijo de Pedro Luis Farnesio y de Juana Gaetani, hija del duque de Sermoneta. Nació en Roma en 28 de febrero de 1468; en sus primeros años tuvo por maestro á Pomponio Leti: enviado despues á Florencia, hizo progresos en las letras griegas y latinas.

Fué nombrado protonotario apostólico, al volver á Roma, por Inocencio VIII. Alejandro VI le hizo tesorero de la cámara, y en 21 de setiembre de 1493 le creó cardenal, á los 25 ó 26 años.

Cuando Carlos VIII entró en Italia, el Papa envió al cardenal Alejandro á su encuentro.

Julio II le hizo obispo de Parma. El cardenal Alejandro fué quien coronó á Leon X, que le nombró obispo de Frascati.

Las raras prendas de Farnesio hicieron que Clemente VII le quisiera mucho, de suerte que al morir dijo: «Si el pontifi-

cado fuese hereditario, nombraríamos en nuestro testamento al cardenal Farnesio sucesor nuestro.»

Hacia 40 años que el cardenal sostenía el brillo de la púrpura, y no le faltaba dote alguno. Todos le juzgaron digno de la tiara.

Después de los funerales de Clemente, en 14 de octubre de 1534, 37 electores entraron en el cónclave: el primer día por inspiración, y el segundo por escrutinio, eligieron papa á Alejandro, que entonces tenía 67 años.

Universal fué la alegría de Roma; era la primera vez desde Martín V, después de trece papas y 103 años, que la ciudad veía á un romano en la silla de san Pedro (1).

Alejandro trató de darse el nombre de Paulo por haber nacido bajo el pontificado de Paulo II.

El rey de Inglaterra proseguía desplegando furores insensatos: descubrióse que mucho tiempo antes de recibir la bula de excomunión, decretaba ya en su consejo la separación funesta con que amenazaba á la Santa Sede. Roma no había abandonado la prudencia, y en todo este negocio había cumplido con sus más sagrados deberes, sin faltar á ninguna de las reglas de la circunspección, de la humildad y del espíritu de concordia que debe animarla. No estaba en el poder de Roma el hacer más, y el golpe que se le había dirigido no podía ser conjurado por ninguna fuerza humana. Finalmente, Enrique VIII mandó decapitar á Ana Bolena, y se casó en terceras nupcias con Juana Seymour, dama de Ana Bolena. Una cuarta mujer, Ana, hermana del duque de Cleves, sucedió á la tercera, que tal vez escapó al suplicio por haber muerto de parto. No hablemos todavía del suplicio de la quinta mujer, Catalina Howard, que, según dicen, fué convicta de adulterio y condenada á ser decapitada.

Enrique había hecho perecer á dos cardenales, tres arzo-

(1) De Thou se engaña cuando dice que este papa después de su elección se hizo llamar Onofre V, y que en la coronación trocó este nombre por el de Paulo III. ¿En donde ha visto De Thou cuatro papas Onofres para que Alejandro fuese el quinto? Otros autores dicen que quiso tomar el nombre de Honorio V y que los electores le hicieron desistir de ello.

bispos, 18 obispos, 13 abades, 500 presbíteros y religiosos y un número incalculable de víctimas de toda clase.

De todas partes se reclamaba contra tan odiosa ferocidad. Paulo, por medo de una bula de 29 de noviembre de 1535, excomulgó de nuevo á Enrique. Se mandó al príncipe que se presentára en Roma personalmente ó por embajador, dentro de 90 dias, para dar cuenta de su abominable conducta; pero no habiendo obedecido, el Santo Padre confirmó la excomunion en 27 de diciembre de 1538.

A la sazón afligian la Iglesia un considerable número de sectas heréticas: además de Lutero y los anabaptistas, iban á entrar en liza escritores no menos enemigos, los adeptos de Zwingle, Picard, Occhin, Bucer, Melancthon, Beze y Calvino. Los partidarios de este último recibieron nombres diferentes en cada comarca por donde se esparcieron. Llamábanse *calvinistas* en Alemania, *sacramentarios* entre los suizos, *picardinos* en Bohemia, *pelones* en Flandes, *puritanos* en Inglaterra, y *hugonotes* en Francia.

Hé aquí una idea general de las doctrinas de este sectario, que tomamos de la hermosa *Historia de Calvino* por M. Audin.

«Ocúltese la reforma bajo el nombre de Zwingle, Lutero, Calvino, Cœcolampade ó Knox, no puede existir sino porque así plazca á los príncipes. Su reino es de este mundo. Seguidle al través de la Alemania, cuando parte de Witemberg; en donde quiera establecerse, necesitará la mano de un hombre. ¿En qué se apoyaría cuando ha destruido los recuerdos, las creencias, la fe, las tradiciones? Muerta en ella toda vida ideal, se materializa y se entrega en cuerpo y alma, en Inglaterra á una mujer que hace oficios de papa; en Prusia á un monarca que regulariza hasta la disciplina eclesiástica y redacta liturgias para las dos comuniones reunidas; en Ginebra á legos transformados en doctores de Israel. No hay país en el mundo donde la fe en el poder sea mas ciega que en Prusia, país donde floreció el luteranismo....»

Libertad civil y religiosa, nacionalidad, poesía, pintura bellas letras, Calvino todo lo ha marchitado en Ginebra, todo lo ha descolorido, todo lo ha muerto. Sin él, Ginebra habria marchado, como las otras ciudades, á la luz, que Roma, Flo-

rencia, Venecia habian hecho brillar. Esta ciudad podia ser pintor, poeta, orador, artista. Los frailes de Ginebra son pedantes y enfadosos, producen enormes volúmenes sin estilo y sin vida. Mientras que Ginebra se fatiga asi en el vacio, Roma produce al aliento del pontificado obras maestras de historia, de lingüística, de filosofía.

«En Wittemberg, como en Ginebra, la reforma, que nunca ha comprendido los instintos populares, habia roto todas las imágenes materiales del culto; pero en Wittemberg, en cuanto se vió dueña del templo católico, se puso á levantar de nuevo las estátuas, á restaurar los cuadros, á recomponer los cristales, temiendo ser acusada de vandalismo. En Ginebra, para complacer á Calvino, embadurnó las paredes de la catedral, vendió las estátuas é hizo quemar los cuadros.

« Antes de morir, Calvino legó á su patria adoptiva una manía de controversia, que los refugiados viéronse obligados á sufrir.

« Calvino prohíbe al alma ocuparse de la forma visible, que podria, dice, hacerla caer en la idolatría; de la pintura, que solo despertaria en ella falsas ideas sobre la naturaleza divina; de la música, que la sumergiría en perezosos ensimismamientos. De este modo se cumplía la sentencia formulada por Menzel contra el protestantismo sajón: « La reforma fué al principio un fuego devorador, despues una aurora boreal, señal de enfriamiento.»

«La escuela exegetica, que Calvino fundó en Ginebra, se resistió de una manera funesta al cultivo de las inteligencias... Es preciso ver como se regocijan estos escoliadores cuando han quitado ó añadido una pierna á una letra griega; anuncian este feliz descubrimiento, como nosotros católicos cuando Rafael pinta en Roma el cuadro de la *Transfiguracion*, ó cuando Erasmo acaba de escribir el prefacio de su San Jerónimo! No pidais á todas aquellas inteligencias de los siglos diez y seis y diez y siete, que preceden á Calvino, ningun descubrimiento histórico, científico ó moral.

«Sabemos que Ginebra, proclamando que *el calvinismo no es el cristianismo*, se sustrajo al yugo doctrinal del reformador. Rehabilitado el libre exámen, se abrió otro abismo, la anarquía

religiosa, y una voz se oyó que gritaba á sus pastores: « Habéis renegado del Cristo, el Cristo reniega de vosotros. » Esta voz protestante venia de Escocia. »

Así termina M. Audin su *Historia de Calvino*. Los autores católicos se deben apoyo y afeccion; por esto me alegro de haber encontrado ocasion de hacer apreciar las vigilais de un hombre útil que conviene consultar [á menudo, que posee el razonamiento y el arte de arrastrar, el talento, el calor, la ló-gica, la audacia y la prudencia. Se ve claramente (ya lo he dicho en otra parte) que sus manantiales son italianos y ardientes. Yo que no apago mi sed sino tambien en las fuentes de Italia, en donde, por una série de circunstancias, me entro como *hijo de la casa*, debo agradecer, honrar al que me ha imitado, al que, con un zelo infatigable, ha prestado servicios eminentes á nuestra santa Religion, y que contribuirá, como yo, á que la Italia sea mas amada de la Francia..... Perdónese-me esta digresion mientras vuelvo á mi asunto.

La apostasía de Occhin fué uno de los dolores mas vivos de Roma. Era general de la órden de capuchinos y se habia hablado de extinguir esta órden con el pretexto de que estaba infestada de los errores de su jefe. Paulo celebró un consistorio secreto y propuso, delante de todos los cardenales, abolir la órden de estos religiosos. Todos los cardenales iban á seguir el parecer del Papa, cuando el cardenal Antonio San Severino tomó la palabra, y en un discurso elocuente y generoso, expuso que era preciso obrar con entera justicia en el negocio. Encomió los servicios prestados por los capuchinos, su ciencia, su zelo en predicar, el valor con que arrostraban la pobreza, de la cual hacian su gloria. El cardenal de Carpi fué encargado de examinar la conducta dogmática de los individuos de la órden, y estos religiosos, tan útiles, tan amados del pueblo, tan sencillos y sumisos, fueron mantenidos en sus privilegios, que el mismo Papa trató de aumentar.

A fin de destruir y anonadar absolutamente todas las heregías, el Papa envió nuncios á todos los príncipes cristianos, para participarles que intentaba celebrar un concilio general, en que se daria remedio á tantos males, y publicó, en 2 de junio de 1536, una bula firmada por veinte y seis cardenales, de-

clarando que la sagrada asamblea se reuniría en Mántua. El duque Federico dió razones para que su capital no fuese el asiento del concilio, y el Papa resolvió, en 1537, que se celebraría en Vicencio. Los obispos de Alemania opusieron algunas dificultades, pues en aquel tiempo siempre se encontraban cuando se quería hacer bien á la Iglesia, y finalmente se designó la ciudad de Trento, que se halla en los confines de Alemania y de Italia. Todos deseaban la primera sesion, que no debía empezar sino mas tarde.

Las quejas de los descontentos se habian dirigido, sobre todo, contra infracciones de la disciplina eclesiástica. Paulo conocia el mal y tenia la voluntad de satisfacer acerca de este punto á los buenos católicos, por lo que formó una congregacion compuesta de nueve personas, tan distinguidas por su piedad como por su ciencia, de estas personas privilegiadas que nunca escasean en Roma: eran los cardenales Gaspar Contarini, Juan Pedro Carafa, Jaime Sadolet, Reinaldo Polus, Federico Fregoso, arzobispo de Salerno, Jerónimo Aleandri, arzobispo de Brindes, Juan Mateo Giberti, obispo de Verona, Gregorio Cortese, abad de san Jorge de Venecia, y fray Tomas Badia, maestro del sacro palacio.

Estos comisionados redactaron un libro que contenia los principales artículos necesarios á la buena disciplina de la Iglesia, y lo presentaron al Papa, que no lo publicó entonces, deseoso de que, admitido el libro en concilio general, adquiriese por medio del concurso mayor autoridad.

Los capítulos contenidos en esta obra fueron entonces publicados en Alemania, con explicaciones del hereje Sturm. Por esto en el *Indice* de los libros prohibidos se encuentra el *consejo* de la congregacion, como lo prueban varios autores, no por lo que contenia el libro en su principio, sino por el *veneno de explicacion* que habia sido añadido á él.

Afligido Paulo viendo encendida la guerra entre Carlos V y Francisco I, y juzgando que podia perjudicar á los intereses de la religion, propuso á estos dos reyes que conferenciaria con ellos, para que recíprocamente pudiesen darse pruebas de la union propia para extirpar las heregías fatales á ambos reinos. Para la entrevista se eligió la ciudad de Niza. Paulo sa-

vió de Roma mientras que el emperador desembarcaba en Villafraanca y el rey cristianísimo iba por tierra á Villanueva.

Uno despues de otro, los príncipes ofrecieron homenaje al Papa, que no pudo conseguir verles juntos á su lado. En el congreso particular con el rey de Francia, el Papa confirmó el privilegio dado por Eugenio IV á Carlos VII, que autorizaba á los consejeros del parlamento de Paris, por mas que fuesen legos, para nombrar á su gusto personas *idóneas* para los beneficios menores de doscientas libras tornesas.

El Papa experimentó el dulce consuelo de obtener que los príncipes firmaran una tregua de diez años. Otra noticia vino á regocijar el corazon de Paulo. Fernando, rey de los romanos, le escribió que tal vez no sería difícil obtener un acuerdo entre católicos y protestantes, si Su Santidad se dignaba mandar á Alemania á una persona ilustre por sus costumbres y ciencia. El Papa nombró al efecto al cardenal Aleandri; pero éste, engañado siempre por los protestantes, nada pudo arreglar con ellos, y, á instancias del Papa, regresó á Roma.

Por aquel tiempo á corta diferencia se concluyó el mausoleo de Julio II. Clemente VII queria tener á *todo Miguel Angel* para adornar su capilla Sixtina. Libró al artista del compromiso en que se hallaba con la familia de Julio; el proyecto primitivo, como ya hemos dicho, quedó muy restringido. Miguel Angel no tuvo que hacer mas que tres figuras; las otras siete debian solo ser modeladas por él y acabadas bajo su direccion.

Para describir la nueva composicion, partiendo desde su cúspide, diremos que en el segundo cuerpo está representada, acostada y visible apenas, la figura del Papa, de aquel papa que siempre fué el primero en todas partes; pero que, por lo general, despues de su muerte se defienden mal sus derechos. Como si una especie de fatalidad le hubiese negado ocupar en su monumento fúnebre un sitio correspondiente á su ambicion, su figura del modo como está tratada y colocada, llama apenas la atencion del espectador. Debajo y en un nicho está la figura de la Virgen con el niño Jesus, obra de Scherano de Settignano, que, al decir de Vasari, la ejecutó segun un modelo de Miguel Angel. Los otros dos nichos colaterales de

este cuerpo, estan ocupados por estatuas sentadas. La una representa un profeta, la otra una sibila, obra de Rafael de Montelupo, de la cual, segun dicen, Miguel Angel qued6 poco satisfecho.

Esta descripcion parte de lo alto del monumento que terminan las armas del Papa (la encina) y unos candelabros para llegar á la parte inferior donde están las obras que pertenecen á Miguel Angel y que consisten en estatuas representando á uno y otro lado, en sus nichos, la una la *vida contemplativa* y la otra la *vida activa*, bajo los nombres de Rachel y de Lia.

La figura de la *vida activa* mayor que el natural, está á la izquierda de la estatua de Moisés; la de la *vida contemplativa* está á la derecha. A pesar del genio de Miguel Angel y de los tesoros de Julio, que habia tratado de prepararse otra gloria en aquella última morada, aguardando el juicio del cielo, el monumento está atestado de los defectos de composicion del siglo anterior.

Siempre he sospechado que Miguel Angel, atado en su imaginacion, y reducido, por los zelos, á menospreciar hasta cierto punto á Julio II, gustaba representarle bajo aquel Moisés pontífice y guerrero; y que este secreto ha sido guardado mucho tiempo, si en efecto Miguel Angel experimentó este sentimiento y trató de poner de nuevo en escena el carácter de su héroe.

Como quiera que sea, la estatua colosal de Moisés excita un entusiasmo universal.

Debemos reconocer en esta obra muchos méritos en mas de una parte. No hay duda que la cabeza y el rostro de Moisés son la obra, no solo de un elevado pensamiento, sino tambien de un cincel muy ejercitado. Es preciso admirar en él una amplitud de delineacion, una firmeza de estilo, inspiradas por un sentimiento vivo y profundo, una grandeza de formas y una resolucion imponente, una expresion de poder y actividad que hace bajar los ojos, y huir á la crítica.

Esta es la opinion de los que al llegar á Roma, *corren al Moisés*, si no desean ver antes el *Juicio final*, de que hablaremos.

Ignacio de Loyola habia instituido la compañía de Jesús:

despues de las inmensas contradicciones y del género de guerras formidables entre las cuales nació, fué aumentando con un éxito inesperado. En 15 de setiembre de 1539, Paulo aprobó la institucion en Tivoli, *vivæ vocis oraculo*, y la confirmó por medio de una bula fechada en 27 de diciembre de 1540; retardo que prueba la sabiduría y prudencia con que se resuelven en Roma los negocios. En 31 de julio de 1543, el Pontífice aprobó el libro de los *Ejercicios espirituales*, compuesto por el ilustre fundador.

Ignacio fué el primer escritor de su órden, que cien años despues contaba entre los autores dos mil doscientos treinta y ocho de sus hijos, número que aumentó singularmente hasta el momento de la destruccion de la compañía en tiempo de Clemente XIV.

Finalmente, puede asegurarse que, hasta esta época de tristeza, la órden, en el discurso de poco mas de dos siglos, contaba entre los fieles unos veinte mil escritores, sin comprender los que escribieron despues de la supresion. Zaccaria habia empezado á redactar un catálogo de los mismos; pero la muerte le impidió proseguir esta série de autores que es verdaderamente prodigiosa.

El año 1539, algunos ciudadanos y curiosos romanos habian instituido, en la iglesia de la Minerva de los padres dominicos, la compañía del Santísimo Sacramento. Su objeto era velar para que en todas las iglesias el Santísimo Sacramento fuese expuesto con la decencia y veneracion convenientes, y cuidar de que fuese llevado puntualmente á los enfermos. El Papa aprobó la santa institucion, concediéndola indulgencias y privilegios, de que gozaron las otras compañías instituidas bajo el mismo título, y que mas tarde se establecieron.

El día de Navidad de 1541, Paulo mandó que se descubriera la grande obra de Miguel Angel representando el *Juicio final*.

Mr. Quatremere dice en su historia de Miguel Angel: «¿Nos preguntais si el asunto del *Juicio final*, ó fuera del órden de las cosas sensibles ó superior á él, asunto desconocido, inmenso, innumerable, infinito, superior á toda expresion, á toda

idea, es de tal naturaleza que pueda ser tratado por toda clase de imitación gráfica? Responderemos que no.

«Si insistís, añadiremos que según lo que la imaginación puede formarse de tan inmensa catástrofe, de la convulsión de todos los elementos, de la aparición del tribunal supremo ante el que deben ser citados todos, de la resurrección de los muertos, dando á esta escena, no toda su extensión, como debe suponerse, sino un compendio proporcionado á la facultad visual, no se encontraría en un solo pintor la reunión de todas las calidades, muchas de las cuales, por la sola naturaleza de las facultades humanas, son opuestas entre sí.»

Según M. Quatremere, sería posible, prestándose á la posibilidad imaginaria de una reunión de todas las propiedades que exigiría un asunto tan múltiple y complicado, figurarse la parte superior, ó la de los ángeles, con esos efectos de armonía luminosa que solo puede pintar el pincel de un Tintoretto ó de un Rubens. La parte central, ó la de los bienaventurados en torno de Cristo, reuniendo todas las bellezas de los predestinados ya introducidos en el cortejo celeste, podrían pintarla Rafael ó Corregio. La región inferior pertenecería de derecho á Miguel Ángel; sería el lote de su osado dibujo, de las expresiones violentas. En una palabra, si la representación entera de tal asunto no es inaccesible á la pintura, es superior á los medios de un pintor único.

«Sí, exclama M. Quatremere, este asunto, en toda su verdad, no podría pertenecer mas que al arte del poeta (1).»

La poesía lo puede todo, pues se dirige al sentido moral del hombre, que puede seguirla y viajar con ella por todos los mundos.

Miguel Ángel, encerrado en lo estrecho de su arte, y sobretudo en la parte de este arte en que le comprimía la naturaleza de su talento, supo hábilmente concebir y ejecutar en un espacio que, grande sin duda para un cuadro, debía siempre ser pequeño para el asunto.

Podía disponer de poco espacio, de modo que partiendo de

(1) Dante ha probado en su *Divina Comedia* que el poeta puede emprender todos los asuntos y sucesivamente el terror, la esperanza y la beatitud.

la cumbre y en los campos semi-circulares formados por la *recaida* de las dos bóvedas, en el extremo de la capilla, Miguel Angel se complugo en figurar grupos de jóvenes en el aire, llevando los instrumentos de la pasion.

Una docena de estos jóvenes, en actitudes mas apropiadas al arte que á la funcion que desempeñan, se ocupan en trasladar la cruz; otro grupo de cinco ó seis figuras parecidas acompañan la corona de espinas.

En el espacio, cimbrado correspondientemente, se ve un grupo de ocho ó diez jóvenes (ó ángeles sin alas), de la misma proporcion que los anteriores y de la misma edad, que se agrupan en torno de los otros instrumentos de la pasion, ó los llevan, como la columna, la escala, la esponja.

Debajo de los espacios ocupados por estos grupos se ven, á ambos lados y en una extension mucho mayor, dos, no ya grupos, sino verdaderas muchedumbres que componen el ejército celeste de los patriarcas, de los justos de la antigua ley, de los profetas, de los mártires, de todos los héroes del Antiguo y del Nuevo Testamento, llevando ó presentando en homenaje al juez supremo, quien los instrumentos de su suplicio, quien los estigmas de su martirio (1).

Sábios, buenos servidores de Dios, hábiles, generosos y centinelas vigilantes fueron los papas, que viendo afluir á los cristianos al templo por excelencia, les dirigen un precepto tan fuerte, una enseñanza tan ardiente y verdadera, cuando creen que solo van á encontrar un placer, una emocion de gozo, una satisfaccion de curiosidad, un descanso despues de viaje tan largo. Es una de las mas nobles inspiraciones de los papas, y no es uno solo quien la tuvo: Julio II, Leon X, Adriano VI, dejando obrar, y Paulo III, se dieron la mano para el mismo objeto... No, no es estéril la peregrinacion á Roma! Ella ha vuelto al seno de la Iglesia á mas de un protestante que no pudo resistir á tantos encantos.

(1) Mientras que en Alemania se insultaba el poder y la divinidad de la religion, Miguel Angel, católico esforzado, trazaba todos los actos de nuestro culto en un cuadro que parece poder verse en dos ó tres miradas, pero en el que se necesitan muchos dias para estudiar á fondo los misterios que ofrece.

Pero despues de haber dado las gracias á los protectores que durante tanto tiempo y con tanta constancia sostuvieron á Miguel Angel, nada de su gloria quitemos al artista.

Hemos dicho que en la composicion hay dos muchedumbres; pero es de advertir que solo las figuras que se hallan en primer término rodeando á Jesucristo, aparecen pintadas de cuerpo entero. La perspectiva presenta á uno y otro lado una multitud de cabezas dificiles de contar, que se pierden á mas ó menos altura á lo léjos.

En medio de estos grupos aparece (no sabemos si sentada ó en pié, pues la indecision de la actitud ofrece dudas) la figura de Jesucristo, teniendo á su lado á la Virgen. Hay en la accion del Cristo un movimiento que se dirige hácia el lado donde, como diremos, se desarrollan las escenas de los reprobados.

A cierta distancia del Cristo y debajo de él, Miguel Angel ha colocado un grupo de ocho jóvenes que indudablemente, á pesar de la ausencia de alas que deberian caracterizarles, son ángeles que tocan la trompeta destinada á convocar á los muertos.

Miguel Angel se apodera sucesivamente de todos los argumentos que nos presenta la Iglesia para animar á los buenos y asustar á los malos.

El grupo de ángeles (1) separa otros dos, uno de los cuales, al lado de Cristo, está compuesto de personajes resucitados, los unos en accion y con movimientos que indican su tendencia ascendente hácia el cielo; otros á los cuales manos protectoras y esfuerzos diferentemente expresados (no es posible expresar mas tiernamente el efecto de la oracion, de la generosa oracion) facilitan los medios de elevarse á la region de los bienaventurados.

El otro grupo paralelo, pero en oposicion por su asunto, es la masa de los que la suprema sentencia precipita en el abismo. Como en el grupo anterior, la accion de elevarse conforme

(1) Esto nos recuerda á cierto predicador anunciando en Alemania el *juicio de Dios*. A las últimas palabras que pronunció, unos trompeteros que estaban ocultos tocaron destempladamente las trompetas, de modo que los espectadores se levantaron asustados.

con las reglas de la física, se manifiesta sensible á la vista por el auxilio de los que evidentemente facilitan su ascension; aquí se ven por los movimientos de una accion contraria, todos los cuerpos de los réprobos empujados hácia el abismo, en posiciones y actitudes complicadas de un modo horroroso, pero cuya tendencia indica con la mayor claridad una direccion del todo opuesta á la del grupo anterior, y nadie puede dudar de que estos sean arrastrados á la region de los condenados. Fea decia que veia en la fisonomía de los que ayudaban á esta caida las facciones de los aduladores, de los consejeros pérfidos y de todos los cobardes que en el mundo suelen decir que es preciso sucumbir á las pasiones. Sin embargo, esta suposicion de Fea haria pensar que todos estos perversos seguirán en su mision de continuar sus crímenes; vale mas creer que la sentencia celeste quiso que una fuerza sobrenatural obrase esta especie de suplicio. Todo es en aquel momento misterio, prodigio; un milagro mas no debe asombrar en el cataclismo que prueba á los hombres de poca fe lo que han merecido por el abandono de la justicia, de la caridad, del honor y de las virtudes, con cuya ayuda se alcanza la gloria eterna.

En estos grupos, Miguel Angel ha sabido multiplicar de una manera indescriptible con la audacia de las mas espantosas dificultades (y siempre con una verdad y una correccion de dibujo increíbles), muchedumbres de figuras en posiciones y actitudes que parecen no poder ser vistas mas que en sueños, y cuya verdad y correccion pueden siempre desafiar la mas severa crítica (1).

Despues de haber visitado las pinturas de Rafael ó antes de subir á los *cuartos* y á los *palcos*, es este el primer cuadro que se busca al llegar á Roma. ¡Qué emocion cuando una ceremonia en que oficia el Papa llama á las gentes á la capilla Sixtina, y aquella obra maestra se nos presenta á los ojos durante algunas horas! Compadezcámonos de aquellos que no han podido ver este monumento tan grandioso que atestigua la fuer-

(1) Las personas que en Paris quieran formarse una idea del conjunto de esta composicion, vean en el palacio de bellas artes la hermosa copia del *Juicio final*, que debemos á M. Sigalon.

za de las facultades humanas, y la terrible advertencia que tiende á retenernos dentro de la prudencia, de la humildad y de la verdadera caridad cristiana.

Debemos decir que en esta época Paulo creó cardenal á Enrique, infante de Portugal, á quien mas tarde veremos rey de esta nacion.

Pasemos ahora á recordar una de las épocas mas gloriosas del pontificado de Paulo III.

El dia 13 de diciembre de 1545, el vigésimo concilio general, llamado concilio de Trento, que no debia terminar hasta el año 1563, celebró su primera sesion en esta ciudad, y la octava en 11 de marzo de 1547. Reinó entonces una horrorosa epidemia en la ciudad, y el concilio se trasladó á Bolonia donde se celebraron dos sesiones, á pesar de la repugnancia de Carlos V, que pretendia que los franceses le habian ofendido, y que continuaba manifestando públicamente un grave descontento y un vivo rencor contra el Papa. Paulo habia dado, en feudo, en 1546, Parma y Plasencia á Pedro Luis Farnesio: muerto éste de resultas de una conjuracion de sus súbditos, el emperador trataba de hacer considerar Parma y Plasencia como pertenecientes al dominio imperial, con pretexto de que estas ciudades formaban parte del ducado de Milan. En esta hipótesis, Carlos queria sentar que estos principados habian vuelto á su dominio.

En el número de cardenales creados durante la undécima promocion de Paulo, se cuenta á Carlos de Lorena, hijo de Claudio de Lorena, primer duque de Guisa, y de Antonieta de Borbon, hermano de los cardenales Juan y Luis de Lorena y de María de Guisa, mujer de Jacobo Stuardo, rey de Escocia. Carlos habia nacido en Joinville (Champagne) en 17 de febrero de 1525. En 1538, cuando solo contaba trece años, habia sido nombrado arzobispo de Reims. Debia coronar, en 1547, á Enrique II, en 1557, á Francisco II, y en 1561, á Carlos IX, reyes de Francia los tres. Era príncipe dotado de eminentes calidades, pero de carácter tan imperioso, que Pio V le llamaba *el papa de allende los montes*, y Pio IV le habia ya llamado *el segundo papa*.

En 1548, se habia comprendido en la duodécima promocion al cardenal Carlos de Borbon, hijo del duque de Vendome, hermano de Antonio, rey de Navarra, y tio de Enrique IV,

rey de Francia, y al otro cardenal de Borbon que fué proclamado rey por la Liga en 21 de noviembre de 1589.

La paz no se restablecía entre el Papa y el emperador: este monarca creyó poder publicar en Augsburgo una profesion de fe que redactaron el obispo de Nuremberg, el obispo de Sinodia y algunos escritores; pero creyóse en Roma que el emperador, queriendo terminar las diferencias con los disidentes religiosos, se habia excedido en los derechos de un soberano temporal, pues en los veinte y seis capítulos que esta confesion comprendía, trataba de los principales dogmas de la religion, de los sacramentos, de las ceremonias de la Iglesia: contenia, además, dos capítulos contrarios á la disciplina eclesiástica, pues el uno concedía el matrimonio á los clérigos, y el otro permitía dar á los legos la comunión bajo las dos especies. Habiendo sido publicada esta fórmula para servir de regla en Alemania, hasta que el concilio hubiese arreglado y decidido lo perteneciente á la fe, dióse el nombre de *interim* á esta célebre determinacion imperial. Es cierto que muchas otras fórmulas de este nombre fueron concedidas en varias épocas por Carlos V sobre materias religiosas, hasta que fueron conocidas las formales decisiones del concilio general; pero la mas renombrada con el título de *interim* es la de 15 de mayo de 1548, publicada cuando ya el concilio habia empezado, y que tambien fué llamada *interitus*, porque llevaba á la muerte á los que la abrazaban.

Autores hubo que asimilaron esta fórmula á las fórmulas parecidas, llamadas *enotica*, *ectesis* y *tipo*, y comparaban al emperador Carlos con los emperadores Zenon, Heraclio, y Constancio, á quienes debemos las tres fórmulas que acabamos de citar. Es indudable que este *interim* fué reprobado por el Papa, que se asombraba de que Carlos por sí solo tratase de arreglar las cosas de religion en el imperio. El *interim* fué combatido tambien por escritores católicos y hasta por algunos protestantes, distinguiéndose entre los primeros, Roberto, obispo de Avranches, Conrado Clingius, teólogo de la órden de S. Francisco, en Roma, Francisco Remée, general de los dominicos, y entre los segundos, Gaspar de Aquila, Felipe Melanchthon, y el mismo Juan Calvino.

Para evitar los males que de este *interim* debian nacer , el Santo Padre envió á Alemania en calidad de nuncios apostólicos , á los obispos de Fano , de Verona y de Ferentino , con poderes para tratar con Carlos V y hacerle desistir de las malas doctrinas. El Papa les encargó que procedieran suavemente , y dióles facultad de dispensar , segun la necesidad lo reclamara , con respecto á los dos mencionados artículos , siempre que no sufriese menoscabo la pureza de nuestra religion. Los nuncios echaron de ver muy pronto que la obstinacion de los protestantes no queria retroceder un poco siquiera acerca de la comunión del cáliz , y que sus predicadores , monjes apóstatas los mas , de ningun modo consentirian en dejar las mujeres con quienes habian contraído sacrilega union , de suerte que el valiente y zeloso Pontífice no pudo sacar fruto alguno de la negociacion. Probado queda , pues , que Paulo no fué mas que cociliador en este asunto , y por lo tanto no merece ninguno de los reproches que despues de este acontecimiento temerariamente se le han dirigido. Así en tiempo de Paulo III , como en la época de los demás papas , la mas consumada prudencia guió constantemente á la corte romana.

Como Carlos V habia ocupado el Estado de Plasencia , el Papa debia temer que ocupara tambien el de Parma. El hijo del príncipe asesinado trataba de suceder á su padre : todos estos negocios que no dejaban , además , de presentar una multitud de circunstancias , de que murmurar , no podian obtener feliz éxito , pues el Papa era anciano y estaba enfermo. La conducta de Octavio Farnesio vino de tal modo á irritar al Papa , que agravó su enfermedad. Recobrósele por medio de remedios prontos , pero estaba herido de muerte ; sobrecojióle la calentura , y murió en 10 de noviembre de 1549 , á la edad de 81 años , ocho meses y diez dias , despues de haber gobernado la Iglesia quince años y veinte y nueve dias. Creó setenta y un cardenales , entre ellos dos sobrinos y sucesores suyos , Julio III , Marcelo II , Paulo IV , y Pio IV.

Paulo murió en el palacio de los herederos del cardenal Carafa , en el Quirinal , á donde habia ido á vivir en busca de aires puros. Sus criados le trasladaron sin pompa al Vatica-

no : allí fué colocado en un sepulcro provisional , y mas tarde le depositaron en otro magnífico, obra del famoso Guillermo della Porta , á quien llamaban *hermano del plomo* (*del piombo*), porque estaba encargado de poner el sello de plomo á las bulas pontificias. Dicho sepulcro habia sido ejecutado bajo la direccion de Miguel Angel, y por el zelo de Anibal Caro.

Dícese que Paulo III repitió, antes de morir, estas palabras del salmo XVIII : *Si mei non fuerint dominati, tunc immaculatus ero, et emundabor a delicto maximo.*

Léese en la *Biografía universal* de Feller : « Paulo III era naturalmente afable y moderado ; amaba la poesía , y componia versos con facilidad. Se conservan algunas cartas suyas á Erasmo y á Sadolet llenas de erudicion. »

Feller dice que este papa anotó algunos escritos de Ciceron. Novaes no puede terminar la noticia que consagra á Paulo III, sin elogiar su virtud, su prudencia, su justicia, su grandeza de alma, su constancia en la adversidad, su moderacion, su magnificencia, su conocimiento de las cosas divinas y humanas.

Las muchas calles desiertas y sucias afeaban la ciudad de Roma ; cada casa estaba aislada. Paulo las dió una forma mejor ; alineó las calles, las hizo limpiar y las adornó con plazas públicas. Agradecidos los romanos, le dedicaron una estatua en el Capitolio. El mismo mandó levantar tambien en el Capitolio la estatua ecuestre en bronce de Marco Aurelio, que en los tiempos de barbárie del siglo X el pueblo llamaba la estatua de Constantino, y que Sixto IV hizo trasladar á la plaza de San Juan de Letran, como admirable obra de escultura de los antiguos romanos. Siempre que Pedro de Cortona pasaba cerca del caballo, le decia : « Por qué no andas ? ¿ no sabes que estás vivo ? »

Para los lectores que conocen á Roma, diremos que fué Paulo III quien abrió la calle por la que se pasa desde el puente de San Angelo á la *Strada-Giulia*, que concluida en 1543 ha conservado el nombre de Paulina. Construyó en el *Aventino* un muy hermoso barrio, que es aun hoy dia la admiracion de los ingenieros. Restauró completamente la basilica de San Juan de Letran, y en el Vaticano se le debe la capilla Pau-

lina y la sala Real, donde eran recibidas las embajadas solemnes.

No solo Roma participó de sus beneficios : débense á este Papa la fortaleza de Perugia y grandes obras de defensa que añadió á la ciudadela de Ancona.

Todo el pueblo cristiano derramó lágrimas á la muerte de Paulo III.

Nuestra coleccion ofrece tres medallas de este reinado : una de ellas pertenece al gran modelo , y las otras dos al modelo mas pequeño. En una de ellas la cabeza está completamente desnuda , en la otra está cubierta con el largo solideo blanco que llevan los papas ancianos ; en la tercera la cabeza lleva la tiara. En los adornos se ven la abertura de la puerta santa , actos de bendicion , un templo como el de Vesta. En el reverso se lee : ANNONA PONTIFICIA. « *Anona Pontificia.* »

La Abundancia, con el cuerno en la mano izquierda y una figurita en la derecha, está representada delante de una canasta de frutas y flores. A la izquierda un timon y algunos bajo-relieves.

En el reverso de la segunda se vé el palacio Farnesio , tal como existe en el dia , con sus trece ventanas de frente ; en torno se lee : FVNDATOR HARVM ÆDIVM. « *Al fundador de este palacio.* » Es considerado como el palacio mas hermoso de Roma. Paulo III lo mandó empezar segun los planos de Antonio de Sangallo , y Alejandro Farnesio lo acabó bajo la direccion de Miguel Angel.

En el exergo y en torno de la tercera medalla se leen estas palabras en griego : « *Dos Jovis exhilarat.* » « *El beneficio de Júpiter refresca.* » Acuario , bajo la figura de Ganimedes , teniendo el águila á su izquierda, derrama agua sobre unas flores de lis. La palabra *dos* que propiamente hablando significa *dote*, está empleada como haciendo alusion á Farnesio. Idea bastante complicada. El agua que refresca el mundo es llamada *dote de Jupiter* ; dote que , segun dicen , lleva Júpiter al unirse con el universo. Damos esta explicacion por lo que valga. Investigando hechos históricos , encontramos que por las flores de lis entiende el artista el rey de Francia , que lleva en campo azul tres flores de lis de oro. Sin embargo , el lirio de

la medalla es el lirio en flor y no las lises del blason. El Papa habia restablecido la paz en Francia, paz que regocijaba á sus provincias como la lluvia á las plantas. El jóven está demasiado desnudo, pero modelado muy elegantemente segun el gusto de la antigüedad.

Hé aquí ahora otras medallas recojidas por De Molinet: 1.<sup>a</sup> en torno, NEC PRIMVS TERTIO, NEC SECVNDVS. En el campo, FVTVRA VIRVM OSTENDENT. «Ni el primero, ni el segundo son mas grandes que el tercero. El porvenir mostrará al hombre.»

Trátase aquí de los tres papas que han llevado el nombre de Paulo. S. Paulo I fué un gran pontífice; estaba en correspondencia íntima con Pepino, á quien llamaba su compadre. Paulo se mostró zeloso protector de las imágenes. Paulo II era veneciano: empleó su actividad en detener los progresos de los turcos. Tuvo enemigos; pero cuidó mucho de lo concierne á la disciplina eclesiástica. En general, el artista que gravó esta medalla, si es el que inventó el dibujo, habria podido hacer cosa mejor. Ya hemos visto que Erasmo elogia á Leon X, mencionando á los demás papas de este nombre, sin rebajar á ninguno de estos; pero en esta medalla parece que se dá la preferencia á Paulo III. Conviene que los autores de estos exergos sean hombres de tacto que junten á esta circunstancia una gran delicadeza de expresion. Un medio habia para elogiar plenamente y de otro modo al ilustre Paulo III.

2.<sup>a</sup> SAVLE SAVLE QVID ME PERSEQVERIS. En el exergo VAS. ELECTIONIS. «¿Saulo, Saulo, por qué me persigues? Vaso de eleccion.» De Molinet cree que estas palabras hacen alusion al nombramiento de Paulo III, aclamado Papa; pero esta explicacion no es satisfactoria. Por Saulo se cree que ha querido significarse Paulo papa; pero Paulo papa no perseguia á Jesucristo. Compréndese lo que pretenden decir las palabras *vas electionis*. Son una de esas lisonjas que con tanta frecuencia ofrecen las medallas. En el campo se vé á San Pablo cayendo de caballo en el camino de Damasco.

3.<sup>a</sup> DOMINVS CVSTODIT TE. DOMINVS PROTECTIO TVA. «Dios te guarde. Dios es tu proteccion.» El rayo cae sobre dos caballeros, pero no les hiere. Será en conmemoracion de un ac-

cidente sucedido al cardenal Farnesio antes de que fuese papa, pues uno de los caballeros se le parece.

4.<sup>a</sup> Un carro antiguo tirado por cuatro caballos. La paz llevando el ramo de olivo. Sin epígrafe. Medalla acuñada con motivo de una batalla ganada contra los habitantes de Perusa que se habían sublevado.

5.<sup>a</sup> SECVRITAS TEMPORVM. «*La seguridad de los tiempos.*» En el campo tres caballos libres que juegan en medio de una pradera.

6.<sup>a</sup> En el campo SECVRITATI PERPETVÆ. «*A la seguridad perpetua.*» Al rededor PAVLVS III PONT. MAX. LEONIANAM AGGERIBVS COMMVNIVIT. «*Paulo III ha rodeado de fortificaciones la ciudad Leonina.*» La parte de Roma donde está el Vaticano se halla rodeada de murallas, detrás de las cuales podía hallarse un refugio cuando el enemigo atacase la ciudad.

7.<sup>a</sup> SECVRITAS P. R. «*La seguridad del pueblo romano.*» Un joven romano duerme tranquilamente en un asiento antiguo; á sus piés una antorcha que se apaga.

8.<sup>a</sup> OMNES REGES SERVIENT EI. «*Todos los reyes le serán sometidos.*» Hemos visto este mismo cuño bajo el reinado de Calixto III. En la medalla de este papa se ve una cruz coronada de una tiara, un templo hácia el cual señalan con la mano tres personajes. A la izquierda, Roma sentada, con el casco en la cabeza y un escudo en la mano izquierda. Créese que uno de los personajes es Andrés Doria. Se hace referencia á un tratado de alianza entre el Papa, Carlos V y Venecia contra el emperador de los turcos.

9.<sup>a</sup> DOMUS MEA DO. OR. «*Mi casa es casa de oracion.*» Jesucristo, armado de un látigo, arroja del templo á los mercaderes.

10. DIRIGENTVR PEDES MEI IN VIAM PACIS. «*Mis piés serán dirigidos por el camino de la paz.*» En el centro del campo una lis de Francia debajo del arco iris; luego estas palabras: FREDERICO TVO DEVS. «*Por tu alianza, Dios.*» Medalla acuñada con motivo de la paz entre Carlos V y Francisco I, obtenida por la mediacion de Paulo.

11. ALMA ROMA. «*La sublime Roma.*» Roma poblada de edificios, rodeada de murallas. Vense los templos, las calles y algunas de sus colinas.

12. En el campo, FARNESINA DOMVS CVRA EJVS. IMPENDIS Q. En el campo, A SOLO EXCITATA. «*El palacio Farnesio edificado por los cuidados y á expensas del mismo pontífice.*» Fachada del palacio Farnesio: es la misma que hemos visto mas arriba, pero con algunas diferencias. Debemos decir aquí que para levantar este palacio se acudió á una gran parte de las piedras del travertino que pertenecian al Coliseo. Semejante profanacion de un tan precioso monumento antiguo, no tendria lugar en el dia.

13. RVFINA, en el centro de una gran masa de fortificaciones. En el exergo, TVSCVLO REST. «*Rufina (hoy la casa de la Rufinella, que ha pertenecido á los jesuitas y que despues fué habitada por Luciano Bonaparte) Tusculum restablecido.*» La Rufinella se encuentra no léjos de las ruinas de Tusculum. Las reparaciones que entonces se hicieron no deben haber sido considerables, pues en la actualidad es todavía un país desierto.

14. ANNO IVBILEO MDL. «*El año del jubileo 1550.*» La iglesia de San Pedro tal como estaba entonces. Se reconoce en esta algo de lo que es en la actualidad, lo cual me hace presumir que esta medalla es reciente, sin embargo de que Bramante habia recibido las órdenes de Julio II. Las dos cúpulas laterales son mas altas que las que hoy se ven: la del centro termina en punta, con una especie de forma gótica. En el exergo, PETRO APOST. PRIN. «*A Pedro principe de los apóstoles.*»

15. La Puerta santa, sobre la cual se lee: HÆC PORTA DMI. «*Es la puerta del Señor.*» Al rededor IVSTI INTRABVNT PER EAM. «*Los justos entrarán por ella.*»

16. HANC PETVNT MIRACVLA SEDEM. «*Los milagros vienen á encontrar á esta Santa Sede.*» La antigua estatua ecuestre de Marco Aurelio, de la que hemos hablado y que el pueblo llamaba la estatua de Constantino, estaba como oculta en uno de los ángulos de la plaza de Letran. Paulo la mandó retirar de allí por Miguel Angel, para levantarla en la plaza del Capitolio, traslacion que se verificó en 1538.

17 FLEXU APTO PRECURRE. «*Carrera inclinada á propósito.*» Una figura en un carro tirado por dos caballos va á tocar la meta. Chacon dice que Paulo manejaba los corazones del mismo modo que habria guiado caballos. (De Molinet).

18. PIETATI ET COMMODO PONTIFICVM. «A la piedad y á la comodidad de los pontífices.» La capilla Paulina del Vaticano.

19. ANITÆ MENTES VNIVNT. «Los corazones unidos unen.» Alusión á la elocuencia de Raulo que reúne los esfuerzos de los reyes de Francia y de España contra los turcos. Es la primera vez que se ve la cascada de Terni. Las aguas acaudaladas por los cuidados del Papa, caen con estruendo y evitan las inundaciones en los campos de Rieti.

20. BENEDICTIO DOMINI SVPER VOS. «Que la bendición del Señor se estienda sobre vosotros.» El Papa bendice una escuadra que va á partir para atacar á los turcos.

En Bonnani, tomo 1.º pág. 199, se ven otras medallas.

1.ª AVITÆ FARNESIORUM STIRPIS. «De la familia de los Farnesios, nuestros antepasados.» En un escudo seis lises colocadas así: 1 2 2 1. Es un testimonio de afección á los franceses.

2.ª Sin inscripcion. Una serpiente entrelaza con sus nudos un grifo. Se cree que la serpiente es la prudencia (la Santa Sede) que quiere detener los esfuerzos del grifo, (Enrique VIII).

3.ª MATVRE. «Muy pronto.» Un delfin combate con un cocodrilo y le traspasa con aletas armadas de espinas. Alusión al socorro dado por el Papa á los venecianos que estaban en guerra con los turcos de Egipto. *Mature* significa que el auxilio llegó á tiempo y que produjo la victoria.

4.ª Sin epigrafe. ΝΙΚΗΤΗΡΙΟΝ. «Festum pro victoria ó præmium victoriæ. Premio de la victoria.» Era costumbre entre los romanos acuñar medallas despues de una victoria y echarlas al pueblo. Roma moderna siguió esta costumbre. Alusión á la derrota de los tunecinos vencidos por Carlos V, á quien Paulo III habia enviado galeras para hacer mas formidable la flota del príncipe.

5.ª PAVLVS III PONT. MAX. AN. XIII. En el campo (en griego) *principi sacerdotum summo*. «Al príncipe soberano de los sacerdotes.» Nueva alusión á la misma victoria.

La Santa Sede quedó vacante por espacio de dos meses y veinte y cinco dias.

**225. Julio III. 1550.**

Julio III llamábase al principio Juan María de Ciocchi del Monte : nació en 10 de setiembre de 1487, y era hijo de un famoso jurisconsulto de Roma.

En 1512, Julio II le hizo arzobispo de Manfredonia, cuando solo contaba 25 años. Paulo III le creó cardenal en 1536. Fué enviado desde luego como legado apostólico, y fué el primero que presidió el concilio de Trento. En todas sus operaciones el cardenal del Monte ostentó tanto talento y justicia, tanta prudencia y habilidad, que tenia fama de ser el cardenal mas distinguido. El fué quien reformó, de concierto con el cardenal Guidiccioni, el sagrado tribunal de la Rota.

Luego que se supo la muerte de Paulo III, los cardenales Salviati, Gonzaga, Cibo, della Rovere, Madrucci, del Monte, Truchsess, Doria y Pacheco se dirigieron á Roma.

Los electores formaron tres facciones ( término de cónclave ) : los cesarianos, los franceses y los farnesianos. Antes de reunirse en cónclave, resolvieron elegir el mejor candidato entre los que merecian la tiara, y en este número se contaban Polus, Sfrondrati, padre del que fué Gregorio XIV, da Carpi y Ridolfi.

Abrigábanse, sin embargo, graves temores en el cónclave, por cuanto Pompeyo Colonna, despues de la muerte del Papa, habia ocupado Palliano y otros castillos de su casa que le habian sido confiscados, y que recobraba, según decia, para mantener sus derechos: en consecuencia, se confió la guardia de Roma á Horacio Farnesio, que tenia á sus órdenes cuatro mil hombres, y para que pudiesen secundarle, se nombraron cuatro tribunos, Torcuato Conti, Julio Orsini, Nestor Baglioni y Papirio Capizucchi.

Por lo general se entraba en el cónclave á los once dias de muerto el Papa ; pero aquella vez se tardó diez y nueve dias, retardo solicitado por los cardenales franceses que pidieron un plazo, para que los de su nacion tuviesen tiempo para lle-

gar. Entonces se vió por vez primera introducir en el cónclave seis médicos y seis cirujanos de diferentes naciones.

Después de la ceremonia de costumbre, empezóse á proponer por papa al cardenal Polus, de sangre real de Inglaterra, personaje ilustre por su ciencia y su piedad. En un escrutinio no le faltaban más que dos votos, y los cardenales quisieron inmediatamente elegirle por adoracion. Anochece, y creíase que el movimiento precipitado de la adoracion que lleva á los cardenales á proclamar en alta voz el nombre del pontífice, iba á decidir definitivamente la eleccion, cuando Polus, inmóvil en su fisonomía y oponiendo la fuerza de su virtud á tan viva eleccion, les dijo, que siendo Dios el autor de la luz, no convenia deliberar en las tinieblas, y les suplicó que aplazaran la eleccion para el dia siguiente. No deseaban otra cosa sus adversarios, quienes se aprovecharon de la autoridad del cardenal Carafa, que fué después Paulo IV, personaje que tenia fama de piadoso y sábio, é hicieron correr la voz de que Polus era algo luterano, pues hallándose de legado en Viterbo, no habia desplegado grande energía contra los acusados de hereges.

Pensóse entonces en el cardenal Alvarez de Toledo, pariente del duque de Alba, virey de Nápoles, que gozaba de favor con el emperador y con Cosme, duque de Florencia; pero á este español le faltaron tambien dos votos.

Farnesio era favorable al cardenal Cervini; pero el emperador era enemigo suyo. Proponian los franceses á Salviati, florentino, y Rodolfo de Carpi: célebre el primero por sus negociaciones en tiempo de Leon X, Clemente VII y Paulo III; recomendado el otro por la reina de Francia, Catalina de Médicis; pero ni uno ni otro eran del agrado del cardenal Farnesio. El rey de Francia deseaba que fuese nombrado el cardenal de Este.

Dos meses duró el combate, y ya se desesperaba de que se entendieran, cuando de repente los votos se dieron por unanimidad al cardenal del Monte, de quien eran adversarios los tres partidos, los imperiales, los franceses y aun el mismo Farnesio. La eleccion fué declarada el dia 7 de febrero á las nueve de la noche, habiendo en el cónclave cuarenta y ocho

cardenales , de los cuales doce eran franceses , dos alemanes , cinco españoles , uno inglés , y los restantes veinte y ocho italianos ó romanos. Era preciso obtener treinta y dos votos.

El nuevo papa tenia sesenta y tres años. Fué coronado el dia 22 de febrero por el cardenal Cibo , primer diácono , y tomó el nombre de Julio III, en memoria de Julio II que habia dado el capelo á Antonio del Monte, tio del nuevo pontifice.

El dia 24 de junio de 1550, dia de san Juan, Julio tomó posesion de San Juan de Letran.

El primer dia de su pontificado, el Papa disminuyó los impuestos , y sobre todo el que se pagaba por el trigo , proyecto que estaba ya en las intenciones de Paulo III, y cuya ejecucion impidió la muerte.

Durante el cónclave, los cuarenta y ocho electores habian resuelto que cualquiera de ellos que fuese elegido, estaba obligado á llamar á Orsini, gobernador de Parma, y á devolver este principado á Octavio Farnesio. Julio III, á su advenimiento, fué fiel al compromiso, y volvió Parma á Octavio, nombrándole porta-estandarte de la Santa Sede.

Abrióse entonces el jubileo anunciado por Paulo III, y en aquel año (1550) se puso en ejercicio el piadoso instituto de la *Santissima Trinitá de Pelegrini*, obra insigne fundada por san Felipe Neri, que puede llamarse *el milagro de la caridad cristiana*, y que tiene por objeto recibir á todos los convalecientes que salen de los hospitales de la ciudad y á los peregrinos que van á Roma á visitar los Santos lugares , y que reciben hospitalidad durante tres dias.

Aquel año experimentaba Italia una gran penuria, y Roma estaba afligida por la presencia de una inmensidad de pobres. Julio mandó venir trigos y su prevision produjo una abundancia suficiente.

Durante los jubileos suspéndense las indulgencias en todo el mundo; pero el Papa exceptuó las concedidas á la compañía de Jesus , pues como habia conocido en Trento á Fabra, Lainez y Salmeron, teólogos de la Santa Sede, colmó de favores á la compañía , confirmándola por medio de nuevas bulas.

El dia 31 de mayo de 1550, Julio hizo su primera promocion de cardenales; dió el capelo á Inocente del Monte que, segun

dicen, habia sido adoptado como hijo por Baudouin del Monte, hermano del Papa, eleccion que produjo una impresion poco favorable.

El tal Inocente del Monte no era, al parecer, digno de aquella distincion. Con motivo de los cuidados que dispensaba á un animal doméstico de propiedad del Papa, llamaban en Roma á este favorito, *il cardinal della scimia* (1). Carecia de talento y su conducta no era muy ejemplar, de modo que los otros cardenales no le manifestaron afecto alguno. En una segunda promocion, la eleccion fué dictada por un verdadero espíritu de prudencia, pues comprendia súbditos de toda la cristianidad, dignos de tal honor.

Julio sabia hasta qué punto debia ser útil el concilio general de que habia sido presidente, y lo convocó en Trento, nombrando al cardenal Marcelo Crescenzi para presidirlo. Dióle además, como nuncios, á Sébastian Pighini, obispo de Manfredonia, y á Luis Lipomani, obispo de Verona, deseando honrar el episcopado que los herejes trataban de abatir.

A pesar de la resistencia de los príncipes protestantes, el concilio abrió su undécima sesion en 1.<sup>o</sup> de mayo de 1551, y duró hasta la sesion décima sexta, celebrada en 28 de abril de 1552. Entonces los trabajos de esta augusta asamblea fueron interrumpidos por la guerra de Parma y por la que los luteranos habian declarado á Carlos V, de concierto con el rey de Francia, Enrique II, que queria debilitar las fuerzas del emperador, sin ver que se aliaba al mismo tiempo con los enemigos de la religion.

En esta circunstancia, reunióse en Passaw, en el Danubio, una dieta en la que los príncipes protestantes, por un tratado solemne firmado en 1552, obtuvieron la libertad de ejercer su religion (2). Este es el tratado que llaman *la paz religiosa* y que formó parte del derecho público del imperio. Por este convenio, que fué confirmado en 1555 en Augsburgo, el emperador y los miembros del imperio, católicos y protestantes, comprometieronse á no hacer violencia alguna á los príncipes y á

(1) Novaes, VII p. 69.

(2) Novaes, VII, p. 76.

los estados que hubiesen abrazado las *novedades* de Lutero, ó que persistiesen en la antigua y verdadera religion. Prometiéronse que la union que existiese entre ellos nunca sería turbada por la diversidad de la fe. Ambos partidos, cansados de las guerras suscitadas por la nueva herejía, concluyeron este tratado, en el que Carlos V, además de la libertad devuelta al landgrave de Hesse, preso contra la buena fe, hizo varias concesiones á los luteranos, llamados *protestantes* porque habían protestado contra los decretos de la dieta de Spira, que mandaban á todos los miembros del imperio que respetaran la antigua doctrina, de manera que estos *protestantes* pueden llamar la *paz religiosa* el verdadero fundamento de la libertad de que han gozado desde aquel tiempo. ¡Qué de males para la Iglesia!

En vano, sin embargo, pudo lisonjearse alguno de haber establecido una completa paz; los herejes se aprovechaban de las diversas guerras para propagar sus errores. Para evitar nuevas aflicciones, el Papa, que temia que el cisma se extendiera tambien hasta Alemania, fundó en Roma, bajo la direccion de san Ignacio de Loyola, un colegio en el que debía instruirse á los jóvenes alemanes y húngaros destinados á abrazar el sacerdocio en su país, á restablecer la fe católica si era destruida, y á sostenerla si vacilaba. El Papa contribuyó con sus propios caudales á la conservacion de este colegio, y cada cardenal dió una limosna proporeionada á sus facultades, formándose así una renta anual de tres mil sesenta y cinco escudos, que mas tarde el bienhechor Gregorio XIII elevó á la suma de diez mil.

Por un breve de 31 de julio, san Ignacio se encargó de la direccion de este colegio, del cual eran profesores sus hermanos los jesuitas.

En aquel tiempo los sieneses echaron de su ciudad y de las fortificaciones del litoral á las tropas españolas, y se entregaron á Enrique II, rey de Francia. Pedro de Toledo, virey de Nápoles, mandó entonces á Toscana un ejército de veinte mil hombres de infantería, que debía atravesar las fronteras del Estado eclesiástico; pero temiendo Julio que le sucediese lo que habia sucedido á Clemente VII, guardó sus confines con

ocho mil hombres. Sin embargo, franceses é imperiales llevaban á todos los Estados contiguos los furores de la guerra. Propuso Julio su mediacion á las partes beligerantes, pero en vano, y entonces Julio resolvió socorrer á Cosme de Médicis contra los sieneses.

Por una bula de 26 de enero de 1554, mandó Julio que en lo sucesivo no hubiese en el sacro colegio dos cardenales hermanos.

Esta bula fué confirmada por Pio IV en 12 de enero de 1560; despues cayó en desuso. En nuestros dias he visto en el sacro colegio á los dos hermanos José y Antonio Doria, y hoy se ven en él dos príncipes del nombre de Riario.

A la muerte de Eduardo, rey de Inglaterra, en 6 de julio de 1553, María, su hermana, habia sido llamada al trono. Julio empleó los medios convenientes para que este reino volviera á la fe, y el cardenal Polus, cuyos sentimientos no eran los que le atribuía el cardenal Carafa, fué el encargado de solicitar la vuelta á la concordia. Ya una solemne embajada iba á partir de Londres para Roma y debia llevar al Santo Padre actas de respetuosa obediencia; pero Julio no tuvo la dicha de recibir á los embajadores, pues murió el día 23 de marzo de 1555, á la edad de 67 años, habiendo reinado cinco años un mes y diez y seis dias.

Mil rumores han corrido acerca de las causas de su muerte; pero la verdadera fué una série no interrumpida de ataques de gota. Arrostrando el aire y las intemperies, iba á ver los trabajos de la famosa *villa* fuera de la puerta del Pueblo, que aun lleva su nombre, y fué atacado de un acceso de calentura al cual no pudo resistir.

Julio era de estatura alta, de ojos vivos, nariz larga, y el semblante como irritado á veces: por lo regular era afable, liberal, amigo de la justicia y de la paz, y unia á estas virtudes la ciencia y el don de una elocuencia irresistible.

Arrepintiéndose de haber disgustado á los cardenales, dando la púrpura al hijo adoptivo de su hermano, no perdonaba medio para vencer la repugnancia que aquella eleccion habia suscitado contra su autoridad. Gustaba Julio de conceder á los cardenales todas las gracias justas y posibles que solicita-

ban , é inventaba favores y medios de ser agradable al sacro colegio. Si no habia hecho cosa que pudiese obligarles , ya no podia dormir durante toda la noche siguiente. Notóse tambien que Julio fué muchas veces liberal con sus propios enemigos.

Bercastel le considera uno de esos espíritus subalternos que brillan en segundo término , pero que se eclipsan en el primero. Era , dice , un alma bien templada , pero de limitadas miras , nacida para ejecutar y no para mandar.

Mucho se ha hablado de aquella villa y de los placeres que iba á buscar en ella ; pero estos solo podian ser puros é inocentes , por cuanto muchos cardenales eran invitados á acompañarle á ella todos los dias , y él , libre de la severa etiqueta , gustaba de reunirles en torno de su mesa.

Entraremos con Novaes en algunos detalles acerca de varios actos importantes debidos á Julio.

Introdujo reformas en la Dataría ; instituyó una congregacion de seis cardenales encargados de examinar lo que habia que corregir en la colacion de los beneficios ; mandó que los cardenales que poseyeran varios obispados , eligieran al que fuese de su agrado y renunciaran en el término de seis meses á las otras iglesias ; publicó una bula contra los legos que se mezclaran en el conocimiento de los puntos de heregía , con objeto de contener á los venecianos que acababan de asociar inquisidores legos con los inquisidores eclesiásticos.

Julio velaba sin cesar por la conservacion de la paz de la Iglesia y del Imperio ; sostuvo la inmunidad eclesiástica , que algunos magistrados habian violado en España y que los franceses atacaban en Córcega , y restableció los concordatos de Nicolas V para la colacion de beneficios en Alemania.

En Nápoles apaciguó los desórdenes motivados por las censuras de la santa inquisicion , de modo que los culpables que habian agitado el reino viéronse castigados ; pero sus bienes se aplicaron á los mas próximos parientes , y no al fisco , como pretendia el virey Pedro de Toledo , el cual queria que en aquel reino los bienes de los herejes fuesen , como en España , aplicados al tesoro del rey.

Con el cardenal Cervini , reformó el colegio de cardenales ,

é hizo desaparecer algunos abusos: reprimió la codicia de muchos monjes ambiciosos de la mitra, mandando que ninguno de ellos pudiese nunca ser obispo, si no obtenia el expreso consentimiento de su superior y de los cardenales protectores de la órden.

Julio recibió, con una alegría que no puede explicarse, á Simon Sulaca, monje de San Basilio y patriarca electo de Oriente, enviado por los nestorianos que deseaban verle confirmar y consagrar en Roma. Este religioso obtuvo este favor, y regresó á su patria con dones considerables.

Julio introdujo en Roma la archicofradía del Santo Sepulcro; escribió á todos los príncipes católicos, exhortándoles á dar limosnas para el restablecimiento de las iglesias de la Siria; concedió á la compañía del Santo Crucifijo, en S. Marcelo, el privilegio de libertar cada año un preso condenado á muerte, con tal de que no fuese culpable del crimen de lesa majestad, privilegio que tambien habia sido concedido á muchas ciudades de la cristiandad.

Vamos á describir ahora tres medallas de Julio III.

1.<sup>a</sup> Léese del lado de la faz: IVLIVS III PONT. MAX. En dos medallas la cabeza está descubierta; en la tercera lleva la tiara. Presenta varios asuntos: 1.<sup>o</sup> y 2.<sup>o</sup> el Papa, en su trono, entregando el baston de mando á un capitan general de la Iglesia; 3.<sup>o</sup> una parte de la iglesia de San Pedro, hácia la cual se encamina una procesion compuesta de diferentes personajes. En el reverso de la primera medalla se lee escrito en griego: «*Estoy vencida.*» La Prudencia con sus símbolos, la serpiente y el espejo, coje por los caballos á una jóven que parece ser la Fortuna. Existe una medalla griega, acuñada por Agatocles, que lleva la misma divisa. Se copió el asunto, la divisa y la actitud de las dos mujeres. El autor no hubiera debido escoger el mismo estilo de composicion para un pontífice. El trabajo, por la parte de la cabeza y del reverso, es excesivamente delicado.

2.<sup>a</sup> VIRGO TVA GLORIA PARTVS. «*Oh Virgen! la natividad es tu gloria.*» La Virgen tiene en sus brazos al niño Jesus, al cual abraza. Las cabezas de la madre y del niño están rodeadas de aureolas. La Virgen es imitacion de las de Rafael.

3.<sup>a</sup> FONS VIRGINIS. VILLÆ JULIÆ. «Fuente del agua virgen. Villa Julia.» La medalla representa la *villa* construida por el Papa. Hoy está abandonada; pero se encuentran los restos del edificio. Esta *villa* fresca y umbria, regada por el *acqua Vergine*, era un lugar delicioso, donde el Papa se retiraba á descansar de los negocios. Allí reunia á veces á los cardenales para consultarles acerca varios sucesos políticos. Aquella *acqua Vergine* habia sido traída en otro tiempo á Roma por Marco Agrippa; pero los acueductos estaban arruinados. Julio mandó buscar las huellas de esta agua, famosa entre los romanos. Adriano I, en 790, habia tenido intencion de conducirla á Roma; Julio III continuó con éxito los trabajos de Adriano. Sobre todo, desde que los cardenales ancianos que no podian subir las escaleras del Vaticano, habian consentido en ir á pasar las veladas de octubre en la *villa*, el Papa iba á ella muy á menudo.

Acerca de este punto se le ha acusado, y se ha escrito que habiendo un maestro de ceremonias preguntado á Su Santidad en estos términos: *Beatissime Pater, cras erit consistorium?* «¿Habrá mañana consistorio?» el Papa habia contestado: *Cras erit vinea*. «Mañana habrá *villa*.» Pretenden algunos que esta respuesta merece censura, pero lo tienen razon. Los asuntos mas importantes se trataban en la *villa*, y por consiguiente el Papa pudo dar riendo esta respuesta. En cuanto á la palabra *vinea* (viña) es una palabra mas modesta para designar una *villa*. El campo de un noble se llama *villa*; el de un plebeyo se llama *viña*.

De Molinet habla de otras medallas de Julio III:

1.<sup>a</sup> Una medalla que lleva estas palabras en torno de la cabeza desnuda: D. IVLIVS III REIPVB. CHRISTIANÆ REX AC PATER. «D. Julio III, rey y padre de la república cristiana.» D. es tal vez la abreviatura de *divus* (divino); pero el artista ha ido mas allá de las reglas. Este título, si es efectivamente el que se quiso dar á Julio, no le pertenece. Este D. significa quizás *dominus*. Se ve la puerta Santa. Es una especie de reproduccion de una medalla de Paulo III.

2.<sup>a</sup> NVLLA CARIOR. En el exergo: BONONIA. «Ninguna es mas amada. Bolonia.» Esta ciudad sentada sobre un trofeo, en el que se ven libros, presenta uno en la mano derecha: en frente es-

pigas sobre tres montecillos, símbolo del nombre de este Papa. En esta ciudad habia hecho sus estudios.

3.<sup>a</sup> GENS ET REGNUM QVOD NON SERVIERIT TIBI PERIBIT. «*La nacion y el reino que no te sirvan perecerán.*» Se cree que hay en esto una alusion al cisma de Inglaterra. La amenaza no se ha verificado. Además, si Inglaterra vuelve al catolicismo, ¿no es mejor que verla morir?

4.<sup>a</sup> PAX ITALIE RESTITVTA. «*La paz de Italia restablecida.*» La Italia, rodeada de torres, está sentada, extendiendo la mano derecha en señal de alianza, y tiene en la izquierda el cuerno de la abundancia. Julio III no emprendió guerra alguna y puso término, en cuanto pudo, á la que se le habia suscitado á causa de Parma. Con este motivo dice Chacon: «Los papas no pueden abundar en el sentido de su espíritu, de sus deberes y hábitos, hasta el punto de no verse trasportados algunas veces del puerto de la tranquilidad que se proponen, á las olas devoradoras de la cosa pública.»

5.<sup>a</sup> NOS AVTEM POPVLVS EIVS ET OVES PASCVE EIVS. «*Pero nosotros somos su pueblo y las ovejas de sus pastos.*» Créese que son ingleses sublevados los que hablan, cuando negociaban para volver á la Santa Sede. En algunas montañas, que imitan las siete colinas de Roma, se ven ovejas y perros de rebaño. Esta medalla enviada á la Gran Bretaña, fué muy conocida, sobre todo en Irlanda, y sirvió de gozo á los cristianos que se habian mantenidos fieles.

6.<sup>a</sup> PORTVS ET REFVGIVM NATIONVM. «*El puerto y el refugio de las naciones.*» Emblema que anuncia que Roma es la ciudad católica por excelencia. Fué acuñada esta medalla con motivo de la llegada á Roma de Simon Sulaca, patriarca de Babilonia; los habitantes del país enviaban al Papa cartas en siríaco, y protestaban de su adhesion á la Santa Sede. Un puerto fortificado está abierto en una de sus partes, y dos navíos entran en él á toda vela.

7.<sup>a</sup> PONDVS IMMANE VIRES INFRACTÆ. «*Un peso enorme, fuerzas invariables.*» Atlas, de rodillas sostiene el globo. Adriano IV, menos confiado, decia en otro tiempo: «La dignidad pontificia es de tal peso, que aplasta á los mas robustos y les quebranta las espaldas.»

8.<sup>a</sup> ANGLIA RESVRGES. En el exergo: VT NVNC IN NOVISSIMO DIE. «Inglaterra, tu resucitaràs. Como ahora el último dia». Esta medalla promete que en el juicio final, la Inglaterra no será comprendida en el número de los reprobados. En el campo, Julio III, con la tiara en la cabeza, y entre dos reyes que se dice son el emperador Fernando y Felipe II; á la derecha el cardenal Reginaldo Polus, á la izquierda un tercer soberano, probablemente como los otros, mediador de la paz.

9.<sup>a</sup> EGO SVM VIA, VERITAS ET VITA. «Soy el camino, la verdad y la vida (1).» El Padre Eterno, en una nube, tiene en la mano izquierda un globo coronado con una cruz, y bendice con la mano derecha.

La Santa Sede estuvo vacante diez y seis dias.

---

## 226. Marcelo II. 1555.

Marcelo II fué célebre por su horror al nepotismo: prohibió que sus sobrinos fuesen á Roma. Habia nacido el dia 6 de mayo de 1501, en Monte-Sano, en la Marca, diócesis de Osimo, cerca de Loreto, y se llamaba Marcelo Cervini de'Spannocchi. Fué de temperamento débil durante su infancia; dotado de disposiciones felices, llegó á ser hábil en la lengua griega y en la latina: amaba las artes, dibujaba y esculpía con elegancia.

Elevábase en Italia un rumor pérfido: aseguraban con toda la desvergüenza de la falsa ciencia que un diluvio universal amenazaba á la Italia; desastre no menos terrible, segun decian, que el diluvio de Noé. Añadian que Clemente VII, siguiendo el consejo de algunos insensatos, se habia refugiado en Tívoli, para hallar en sus montañas proteccion contra este azote; pero si esto es cierto, tuvo sin duda una razon para justificar este viaje. Como quiera que sea, el pueblo y un gran

(1) San Juan evangelista.

número de señores tomaban precauciones, como si hubiera algunas que les pudiesen salvar del cataclismo. Marcelo, conocido apenas, pensó que á tales locuras bastaba oponer el lenguaje de la razon, de la prudencia y de la sana física, y compuso una disertacion acerca de este terror pánico: presentó esta memoria al Papa, y calmáronse los rumores que agitaban la Península.

Al morir Clemente VII, Marcelo fué tratado con benevolencia por Paulo III.

El dia 18 de diciembre de 1539, hallándose Marcelo en Francia, en calidad de nuncio apostólico, fué creado presbítero cardenal; luego marchó á Alemania, como legado á *Latere*, cerca de Carlos V, y mas tarde acompañó á este príncipe á Madrid.

Cuando el nuncio salió de España, Carlos V quiso recompensarle, y le dió una pension de diez mil piastras, que Marcelo no quiso recibir, diciendo: «He sido hasta ahora ministro libre del Papa, y deseo serlo en lo sucesivo, sin contraer vínculos con ningun príncipe.» Tenia el título de obispo de Reggio, mas por la amistad del Papa, veíase obligado á permanecer en Roma, de modo que para administrar su obispado envió á Santiago Lainez, compañero de San Ignacio.

En 1545, Paulo III nombró á Marcelo presidente del concilio general de Trento: despues el Papa llamó á su amigo á Roma, cuando se publicó el *interim* de que hemos hablado.

El dia 5 de abril de 1555, los electores, en número de treinta y seis, entraron en el cónclave. Los cardenales Ranucio Farnesio y Guido Ascagne Sforza pensaron inmediatamente en nombrar á Cervini, á la sazón de edad de 54 años. Habiendo llegado este rumor á oídos del cardenal Carafa, dean, al caer el dia, en 29 de abril, acercóse á Cervini, y postrándose de rodillas, le veneró como pontífice, exhortando á todos los cardenales á que le eligieran.

De allí pasaron á la capilla donde fué elegido por unanimidad. El dia 10 de abril, fué consagrado bajo su antiguo nombre de Marcelo, porque San Marcelo I habia sido invocado siempre por la familia Cervini.

El nuevo papa habia dado evidentes pruebas de su piedad,

de su ciencia y virtud constante. La Iglesia universal esperaba un gran bien de este pontífice. Desde el primer momento manifestó un verdadero valor. El embajador de S. M. Católica pedíale la gracia de un culpable condenado por asesino; Marcelo le contestó que no creia conveniente empezar su pontificado con el perdon de un homicida.

Era muy madrugador, y sin llamar á ninguno de sus criados, él mismo encendía su lámpara. Solia repetir estas palabras de Adriano IV: «No hay hombre mas miserable que el pontífice romano; toda su felicidad no es mas que amargura. La cátedra de San Pedro está rodeada de agujas, y además su peso es tal que oprime las espaldas mas robustas.» Era tal la severidad de Marcelo, que pensó en desterrar la música de todas las ceremonias de la Iglesia. Palestrina, á la sazón maestro de capilla del Vaticano, le suplicó que suspendiera la ejecucion de este proyecto, hasta oír una misa compuesta segun el verdadero estilo eclesiástico. Cuando el dia de Pascua Marcelo la oyó cantar á seis voces, conmovióse hasta el extremo de llorar, y desistió de su primer pensamiento. Esta misa fué publicada bajo el título de *Misa del Papa Marcelo*, y dedicada á su sucesor Paulo IV.

Enemigo implacable del lujo, Marcelo amaba la temperancia tanto en el comer como en el gastar. Pretenden algunos que tuvo intencion de suprimir la guardia suiza, y que decia: «Vale mas que el Papa sea muerto por impíos, si llega el caso, que no que dé el ejemplo de un miedo vergonzoso ó de una majestad poco necesaria.»

No conviene exajerar acerca de este punto, pues hay ocasiones en que la guardia suiza es indispensable en Roma, sin contar que un motivo político ha disculpado siempre el empleo de tropas *contratadas* como dicha guardia. Los suizos que han servido al Papa, al volver á su país, hablan de Roma en un sentido que mantiene el sentimiento católico de Ury, de Unterwald, de Lucerna y muchos otros cantones, y milagro es la conservacion de nuestra religion en Suiza, nacion combatida por cismas y dolorosas separaciones. La estancia de algunos suizos en Roma durante cierto tiempo llega á ser un remedio para una parte de estos males, y, lo repito, aquellos caracte-

res cándidos llevan á sus montañas hábitos de respeto hácia Roma, que ningun sistema de negociacion podria reemplazar. Me refiero á la guardia suiza del Vaticano; con respecto á los regimientos suizos, á tener Clemente VII dos mil hombres de aquel país en Roma, la ciudad no habria sido tomada tan fácilmente por el ejército de Carlos V. Los suizos son valientes y verdaderos guerreros, de suerte que todo general que ve suizos delante de él, no ataca sino con circunspeccion.

El zelo con que este santo pontífice deseaba trabajar en la reforma de la disciplina clerical, movíale á decir que nunca habria permitido que los eclesiásticos con cura de almas fuesen empleados en destinos públicos; de modo que, segun Novaes, tenia el designio de no confiar mas que á legos la administracion de la cosa pública y de los negocios del Estado (1).

No permitió á ninguno de sus parientes, ni siquiera á su hermano Alejandro, que se acercaran á Roma, á donde acuden los parientes de los nuevos pontífices para recibir, como dice Novaes, el fértil rocío del Vaticano.

Deseaban algunos que el Papa recibiera á sus dos sobrinos Ricardo y Herenio, y que tomasen aposentos en palacio; pero Marcelo respondió: ¿Qué tienen que hacer mis sobrinos en el palacio apostólico? ¿Es acaso patrimonio suyo?

Cuando habia prometido alguna cosa, apresurábase á cum-

(1) Esta cuestion es muy importante. El día en que un sacerdote, en los Estados Romanos, no tuviese absolutamente mas que el poder moral que le asegura el carácter sacerdotal, poseyendo los legos todos los destinos públicos, aquel día podria hacerse una revolucion en el espacio de tiempo que se necesita para que un correo vaya de Roma á Bolonia, esto es, diez horas recorridas en ferro-carril. No quiero decir que no deban construirse caminos de hierro; al contrario, debe haberlos allí como en otra parte; pero cuando un incendio es posible, no conviene echar do quiera materias combustibles; y una organizacion de administracion exclusivamente lega, es esa materia inflamable que no conviene introducir tan imprudentemente. Modificaciones sábias, una satisfaccion completa dada á los intereses municipales, una mano suave para exigir los impuestos, mas consideraciones á los empleados para que sean exactos; quiero la ejecucion de las leyes confiada *al frac*, como suele decirse, pero la autoridad mas elevada *á la toga*: además déjese hacer á un país en que los hombres, *súbditos*, son buenos y amigos del orden, *administradores*, son justos é ilustrados.

plir su palabra: «No quisiéramos, decia, avergonzarnos de no haber sido fieles, si sucediera que habiendo prometido una cosa no la hubiéramos cumplido.»

Un violento ataque apoplético arrebató todas estas virtudes. Marcelo murió despues de haber gobernado la Iglesia veinte y un dias no mas, y fué enterrado en el Vaticano.

Acusábase á un cirujano de haber envenenado una llaga que el Pontífice tenia en la pierna de resultas de una caída de caballo; pero la autopsia probó que la acusacion era falsa.

Marcelo era de estatura alta, tenia el rostro flaco, negros los ojos, y agradable la fisonomía. Una de sus cejas era mas alta que la otra: casi nunca reía, sin embargo, á veces se manifestaba alegre de repente. Un protestante, Teodoro Bibliander, á elogiado á este pontífice, al cual llama santo y sábio. El abate Pebro Polidori escribió en latin muy puro la vida de Marcelo.

Describiremos dos medallas de Marcelo II. La cabeza desnuda de Marcelo; al rededor MARCELLVS II PONT. MAX. «*Marcelo II soberano pontífice.*» La primera lleva en el reverso: HILARITAS PONTIFICA. «*La alegría pontificia.*» Una figura de mujer en pié, una palma y una corona de espigas.

La segunda tiene en el reverso: CLAVES REGNI CŒLORVM. EN EL EXERGO: ROMA. «*Las llaves del reyno de los cielos. Roma.*» Jesucristo, con la cabeza rodeada de una aureola, entrega las llaves á san Pedro que está de rodillas.

De Molinet describe otras dos medallas de Marcelo II.

1.<sup>a</sup> Sin epígrafe. Una mujer sentada tiene un libro en la mano derecha, y un timon en la izquierda.

2.<sup>a</sup> FIET PAX IN VIRTUTE TUA. En el exergo: MEMORIE (sic) OPT. PRINCIPIIS. «*Hágase la paz en tu valor. A la memoria del excelente pontífice.*» Las figuras de la Paz, de la Justicia y de la Abundancia, de pié.

Bonanni habla de otras medallas de Marcelo II.

NOSTRA LATENS. «*La nuestra está oculta.*» Bonanni suplica al lector que le explique el significado de esta medalla. Representa, en el campo, una estrella encima de un altar antiguo, sobre el cual aparecen llamas bastante vivas. Typotius dá esta explicacion: «Una estrella brillante y un altar que humea de»

ben recordar „los suplicios y los votos.» Bonanni no queda satisfecho con esta explicacion , y con justicia. Nosotros no podemos ayudar á Typotius y á Bonanni á descubrir este misterio. Quizá significa : una estrella despide su claridad, el fuego despide sus llamas. Nuestra suerte está oculta ; no conocemos todavía el juicio que Dios hará de nosotros.

La Santa Sede estuvo vacante veinte y un dias.

---

### 227. Paulo. IV. 1555.

Paulo IV , llamado al principio Juan Pedro Carafa , nació el dia 28 de junio de 1476, en Capriglia, en el principado ulterior del reyno de Nápoles. Dedicóse desde sus tiernos años al estudio de las sagradas letras , y mas tarde hizo progresos en las lenguas griega , latina y hebrea. Residia en Venecia por orden de Leon X , y podia discutir con los griegos puntos de dogma ; asegúrase que le era fácil conversar con los judíos en su propio idioma.

En 1505, Julio II le nombró arzobispo de Chieti; no es exacto que en su juventud tomara el hábito de los dominicos , ni que mas tarde renunciara su arzobispado para recibir el hábito de benedictino; sí, es cierto que vivió siempre en la mayor inteligencia con los hijos de santo Domingo. Se cree tambien que quiso entrar en la religion de los camaldulenses ; pero su superior, Pablo Giustiniani, amigo suyo, nunca quiso recibirle.

Julio II le envió á Inglaterra con el título de colector del tributo que este reino pagaba á la Santa Sede , y que se llamaba el *dinero de san Pedro*.

Durante el sitio de Roma , Pedro fué violentamente perseguido por los alemanes ; es sabido que de concierto con san Cayetano habia fundado los teatinos. Para evitar desastres que le amenazaban , retiróse á Verona y luego á Venecia, con sus religiosos.

Paulo III le llamó á Roma, pidiéndole consejos para la reforma de la disciplina y los trabajos que debían hacerse en el concilio general. Escusóse Carafa con modestia y constancia; mas como el Papa repitiera tres veces sus instancias, el religioso hubo de obedecer.

Al llegar á Roma, cayó enfermo; pero el Papa no quiso diferir el darle la púrpura, que recibió el día 22 de diciembre de 1536. Cuentan que cuando el secretario encargado de entregar el *berrettino rosso* al nuevo cardenal, hubo ofrecido esta insignia con los cumplimientos de costumbre, Carafa dió gracias al secretario en pocas palabras; y en seguida le dijo: «Está bien; ahora colgad de un clavo este *berrettino*.»

Paulo III, el día 15 de diciembre de 1549, nombró á Juan Pedro Carafa arzobispo de Nápoles; pero, con motivo de las oposiciones del virey Pedro de Toledo, Carafa no pudo tomar posesion de aquella sede sino en 1550, bajo Julio III.

Despues de los funerales de Marcelo, cuarenta y cinco cardenales que se encontraban en Roma, entraron en el cónclave el día 15 de mayo. En aquel momento el embajador imperial exhortó á Carafa para que no entrara con los otros, atendido que el emperador le habia excluido. A estas palabras poco convenientes, Carafa respondió con intrepidez: «El emperador no podrá impedir que sea yo Papa, si quiere Dios que lo sea; y mucho me alegraría de ello, porque en este caso solo Dios me mandaria.»

Muy rectos eran los sentimientos de los electores: los partidarios del imperio preferian á los cardenales de Carpi, Polus, Moroni; pero los cardenales adictos á Francia no querian á ninguno de estos cardenales. Para evitar todo motivo de disidencia, el cardenal Alejandro Farnesio, de acuerdo con el cardenal de Este, propuso á Carafa.

Los franceses, que no dejaban de participar de esta opinion, corrieron á su cuarto. Llegaron en seguida de Carpi, y el cardenal de Toledo, y le condujeron á la capilla Paulina. Escusábase Carafa, y deseaba que fuese nombrado el cardenal de Nobili, hombre de una piedad ejemplar; pero sus reclamaciones no fueron oidas. Carafa fué sentado en un sillón para recibir la adoracion; mas como se resistiera y pugnara por escaparse,

los Farnesio le detuvieron. Carafa estaba casi achacoso ; sujetáronle las manos al sillón ; solo la boca combatía aun y pedía gracia ; pero las exclamaciones en sentido contrario ahogaban sus palabras.

Sin embargo , á pesar del ruido , veíase claramente que le faltaban tres votos , en cuyo caso la elección por *adoracion* es imprudente y á veces funesta para los que la provocaron. Entonces los cardenales Pozzi , Moroni y Sforza , jefes del partido de los imperiales , conociendo que serian vencidos en el escrutinio , dieron su voto , y Carafa , dean del sacro colegio , de 77 años de edad , fué elegido por *adoracion* el 23 de mayo de 1555 , día de la Ascension.

Declaró que se quedaba la silla de Nápoles , y que se llamaría Paulo IV , para demostrar la devoción que desde mucho tiempo tenía á san Pablo , y para manifestar su gratitud hácia Paulo III y los Farnesios , autores principales de su exaltacion.

El día 26 del mismo mes , fué coronado por el cardenal Pisaní en las gradas de la iglesia del Vaticano , cerca del pórtico.

El día siguiente , resucitando una costumbre antigua , dió un gran banquete á los cardenales , á los duques de Ferrara y Urbino , y á los embajadores de los príncipes ; nadie recordaba haber visto tanta suntuosidad en una coronacion de papa. La ceremonia fué celebrada un domingo , segun la antigua costumbre , que , sin embargo , no habia sido seguida por Julio II , Leon X , Clemente VII , Paulo III y Julio III.

El día 28 de octubre de 1555 , tomó posesion de San Juan de Letran.

Algun tiempo despues de su exaltacion , Paulo llamó á su palacio , como secretarios , á Casa , Gualenghi , Bini y Fiorabelli , hombres los mas hábiles de aquel tiempo en escribir en latín y en italiano.

Por mas que el nuevo pontífice habia vivido hasta su advenimiento , en el estado de pobreza prescrito á los teatinos , no por esto dejó de sostener con esplendor la dignidad de soberano pontífice. Habiéndole preguntado su mayordomo , como queria ser tratado para la apariencia exterior de su corte y su persona , contestó : « Magníficamente , como conviene á príncipes. »

Considerando luego que la austeridad en que hasta entonces viviera inspirase temor á los romanos , mostróse con ellos grande y generoso , colmóles de beneficios , renovó antiguos privilegios , les dió la ciudad de Tívoli , cuya administracion quitó al cardenal de Este , el cual fué indemnizado con otras preeminencias. Sorprendidos los romanos , no tardaron en llamar á Paulo *delicia* de su ciudad , y en gratitud le levantaron en el Capitolio una estatua de marmol , obra de Pirro Liguorio. Mas tarde formaron una compañía de ciento veinte caballeros que , sin sueldo alguno , debian servir de guardias de Corps del Pontífice. Cada dia , diez de ellos iban á hacer este honroso servicio , del cual el papa se manifestaba satisfecho. Llamábase á estos guardias Caballeros *fieles ó de la fe* ; otros les llamaban caballeros *de la Paloma*. Nuevas circunstancias produjeron disturbios acerca de este punto : el Papa habia declarado la guerra á Felipe , rey de España , lo cual ocasionó descontentos en aquella guardia que el Papa no veia ya con buenos ojos , y quedó reducida á un corto número de caballeros.

Acababan de llegar á Roma tres embajadores ingleses , enviados á la Santa Sede por Felipe y su esposa María , reina de Inglaterra , quienes pidieron el perdon de los errores pasados. Abrazóles Paulo con afeccion , levantó todas las censuras en que aquel reino habia incurrido , y en pro de la dignidad de su soberano , erigió en reino la isla de Irlanda , título que ya la habian dado Enrique VIII y Eduardo VI , pero sin la aprobacion de la Santa Sede.

En su primera promocion , Paulo no creó mas que un cardenal , Carlos Carafa , su sobrino.

Carlos V , fastidiado del gobierno de la monarquía española , que habia administrado durante treinta y ocho años , y del de Alemania que habia tenido durante treinta y seis , intervalo de tiempo en el cual habia ganado cuarenta victorias , emprendido cincuenta viajes , nueve á Alemania , seis á España , siete á Italia , diez á Flandes , cuatro á Francia , dos á Inglaterra , dos al Africa , ocho en el Mediterráneo y dos en el Océano , quiso renunciar públicamente al trono.

En 1556 , cedió el gobierno de España á su hijo Felipe II ,

esposo de la reina de Inglaterra, y la administracion del imperio á su hermano Fernando I.

Reservóse, para disponer de ellos á su gusto, cien mil escudos, doce servidores y un caballo, que necesitaba para hacer ejercicio, y se retiró al monasterio de Yuste, de la orden de san Jerónimo, en los confines de Castilla, donde murió en 1558.

Entonces Fernando fué elegido emperador; pero Paulo negóse á aprobar la eleccion, porque, decia, era ofensiva á la dignidad apostólica. Ni la renuncia de Carlos V, ni la eleccion de Fernando podian ser reconocidas sin el consentimiento de la Santa Sede, y solo á la muerte de Carlos debia considerarse como vacante el imperio.

Entretanto las Indias orientales habian sido en gran parte convertidas á la fe católica por el apóstol de Oriente, san Francisco Javier, uno de los compañeros de san Ignacio en la fundacion de la compañía de Jesus.

Mientras que en Europa pedian los luteranos la abolicion de esta orden, Francisco habia bautizado con sus propias manos en Asia un millon y doscientos mil paganos. Finalmente, segun el cálculo de Segner y de Pichler, durante once años de apostolado, Francisco dió á la Iglesia mas almas que las que le habian quitado los herejes desde Simon el Mago hasta Lutero y Calvino, en el espacio de 1,500 años. Cuando Dios, en su bondad, consiente en conceder una indemnizacion, da generalmente mil por uno, segun decia el cardenal Borgia, prefecto de la propaganda en Roma, quien no hablaba sino segun los innumerables é incontestables documentos que guardaba.

A instancias del rey de Portugal, Juan III, el Papa, en el mes de febrero de 1558, erigió en arzobispado la iglesia de Goa, y estableció nuevos obispados en los lugares convertidos por Javier.

En 16 de diciembre del mismo año, Paulo publicó una bula contra los que solicitaran el pontificado por medio de intrigas. San Carlos Borromeo elogió tanto el espíritu de esta bula, que cuando hubo de volver á Roma, con motivo de la enfermedad de Pio IV, no quiso absolutamente hablar del futuro pontífice ni con el Duque de Florencia, ni con Marco Antonio Colonna.

Hacia algunos meses que Paulo habia empezado á recelar de sus sobrinos, y fué enfriándose el cariño que les profesaba.

El primero que habló al Papa acerca de la conducta de sus sobrinos fué el duque de Guisa, que al volver de una desdichada guerra emprendida en Nápoles, dijo á Paulo que aquellos habian hecho traicion á la Santa Sede. Por otro lado, Felipe, rey de España, mandaba á sus embajadores que procuraran que el Papa no diera su confianza al cardenal Carafa, que habia impedido el efecto del favor del príncipe para con Marco Antonio Colonna.

Sucedió en esto que, habiendo hablado vivamente el Papa en una congregacion del Santo Oficio contra un abuso reprochado al cardenal del Monte, á quien con este motivo queria privar de la púrpura, el cardenal Pacheco trató de achacar la falta á la juventud de del Monte. Inflamado en santo zelo, el Papa exclamó: *¡Reforma, reforma!* A estas palabras, Pacheco replicó: «Muy santamente hablado; pero conviene que la reforma empiece por nosotros (*da noi*).» El papa guardó silencio, creyendo que las palabras *da noi* se aplicaban á sus sobrinos, culpables de muchos mas excesos de los que podian echarse en cara al cardenal del Monte.

El ultimo golpe de que estaba amenazado el crédito de estos sobrinos fué asestado por Bongiano Gianfiliazzi, ministro del duque de Florencia, que se quejaba de injurias graves recibidas del cardenal Carafa. Este habia dado con las puertas en el rostro del ministro, quien se presentaba en el palacio de Su Santidad para tratar de asuntos graves. Iba á exponer de parte de su príncipe grandes agravios contra el cardenal, que, entre otros, exigia del clero intolerables contribuciones. Entonces el Papa dirigióse secretamente á un piadoso teatino, llamado Jeremías, en quien tenia antigua confianza, y este enteró completamente á Paulo acerca de los desórdenes que cometian sin temer alguno los Carafa.

En cuanto hubo descubierto la culpable conducta de sus sobrinos, reunió un consistorio extraordinario, descubrió esta desgracia de familia, y dió un decreto mandando que sus sobrinos y cuantos les acompañaban, su madre, la esposa de uno

de ellos, sus hijos y todos sus criados, salieran de Roma dentro de doce días. Inmediatamente despojó á sus sobrinos de su dignidad y del poder de que habian abusado.

El cardenal fué desterrado á Civita-Lavinia , cerca de Albano , y mas tarde á Marino.

Juan Carafa , duque de Palliano , general del Estado pontificio , prefecto de las Galeras , perdió estos dos empleos tan eminentes y fué desterrado á Galesia.

Antonio Carafa , marqués de Montebello , vióse obligado á partir para su marquesado , sito en Romanía.

Los tres debian ser juzgados como reos de lesa majestad si llegaban á dejar el punto de su destierro.

Algunos cardenales trataron de defender á los culpables; mas el Papa mandó que nadie se atreviera á hablar de ellos en su presencia. Guardó, sin embargo, consigo al cardenal Alfonso, hijo de Montebello, joven de 18 años, porque era de carácter bueno é ingénuo.

Cuando los tres desterrados hubieron salido de Roma, el Papa exclamó: ahora podemos, ahora debemos decir: año primero de nuestro pontificado.

Paulo podia hablar así, creyéndose libre de los estorbos del nepotismo; pero podia decir tambien *año último de su pontificado*, porque muy pronto, atacado de calentura y no hallando fuerzas para resistir á ella en sus 83 años, murió tres meses despues de haber dado esta justa y terrible sentencia. Entonces dijo, como Vespasiano, que no convenia á un soberano morir en el lecho, y trató de vestirse los hábitos pontificales; pero, oprimido por la enfermedad, no logró levantarse, y dió el último suspiro el dia 18 de agosto de 1559, despues de haber gobernado la Iglesia cuatro años, dos meses y siete días. Enterráronle en la iglesia del Vaticano; pero sus cenizas fueron trasladadas, en 1566, á la iglesia de la *Minerva* de los padres dominicos, por órden de san Pio V.

La *Biografía universal* refiere del modo siguiente las opiniones de este Papa acerca la medicina: «Este pontífice era apasionado de esta ciencia, y aun que á sus ojos los médicos eran los primeros sábios, se puso en estado de pasarse sin ellos. Habia leído los mejores autores sobre esta ciencia, y particularmen-

te á Galeno en el texto griego. Caraccioli, en su vida manuscrita de Paulo IV, citada por Marini, dice que este papa quiso encargarse sin auxilio ajeno del cuidado de su salud, y que por este medio se mantuvo en un estado de vigor que no se desmintió nunca. No tomó remedio alguno, ni nunca le sangraron; sin embargo, honraba y favorecía de tal modo á los médicos, que todos los que se distinguían por su saber en Roma deseaban el título de *archiatro*, ó primer médico del Papa, con la esperanza de lograr por medio de este honor el favor del Pontífice.

Paulo IV era de estatura alta, de color pálido, de mirada sévera; tenia los ojos hundidos, pero vivos; corta la nariz y escasa la barba; su voz era grave, y sus gestos indicaban modestia y dignidad.

Fué el autor de la profesion de fe que hacen hoy los obispos cuando toman posesion de su obispado. Prohibió establecer en una iglesia un pasaje; mandó que no se consintiera que los pobres pidiesen en ella limosna, para que nadie fuese interrumpido en sus oraciones.

Instituyó la solemnidad de la cavalgada de la *Minerva*, el dia de la fiesta de la Anunciacion; y la *capilla pontificia* que se celebra el dia destinado á honrar la memoria de santo Tomas de Aquino.

Paulo fué el primero que mandó que se pusieran colgaduras para impedir que la lluvia y el sol interrumpieran la fiesta del *Corpus Domini*, que recorre la plaza de san Pedro.

Cada año, durante el carnaval, invitaba un dia á comer á todo el sacro colegio, diciendo que es conveniente que el príncipe se divierta de vez en cuando en compañía de sus hermanos ó hijos.

Salvó dos veces á Roma del hambre, gracias al tesoro que sabia administrar cumplidamente.

Su mesa estaba magníficamente servida, y lo que él comia podia apenas bastar para sostener la vida.

Ayunaba fuera del Adviento, y contribuyó á restablecer la observancia del ayuno en la santa Iglesia.

Su sueño era corto é interrumpido á cada instante. No pudiendo dormir durante la noche, se levantaba, pero sin lla-

mar á ningun criado , temiendo , segun decia , privarle del *don de Dios* , como llamaba al sueño.

Por grandes que fuesen sus virtudes , no pudieron conseguir una constante afeccion de parte de los romanos. Su extrema severidad le suscitó tantos enemigos , que despues de su muerte , á pesar de haber hecho justicia contra sus sobrinos , el pueblo rompió la estatua pontificia levantada en el Capitolio , echó la cabeza al Tiber , y destruyó todos los escudos de armas y todos los monumentos de la familia Carafa ; violencias que en el pontificado siguiente fueron vengadas.

Se conservan de este papa varios escritos : *De symbolo* , *De emendanda Ecclesia* , *La Regla de los teatinos* , de la que fué fundador.

Tres medallas tenemos de Paulo IV.

Las tres tienen alrededor de la cabeza , que está cubierta de un largo capillo blanco , estas palabras : PAVLVS IIII PONT. OPT. M. « *Paulo IV , soberano y excelente pontífice.* »

En el reverso de la primera : ROMA RESVRGENS. « *Roma levantándose.* » Roma armada , con el casco en la cabeza , teniendo el asta en la mano derecha y el escudo en la izquierda , está rodeada de trofeos. Se ven á sus piés , á la izquierda , tambores , clarines , una ánfora , y como un libro en el que se lee distintamente : S. P. Q. R. « *El senado y el pueblo romano,* » y á la derecha una armadura completa de caballero , figurando un canasto que contiene una alabarda , un estandarte moderno , un arco y una aljaba mas léjos.

En el reverso de la segunda se lee , en el exergo : DOMVS MEA DOMVS ORATIONIS VOC. « *Mi casa es llamada casa de oracion.* » Es una réstitucion por lo que hace á la inscripcion , no en quanto al modelo y á la composicion , de una medalla de Paulo III. Jesucristo está á la izquierda y empuña un látigo formado de correas. El suelo está cubierto de monedas caidas de la mesa de un mercader ; un viejo , azotado mas vivamente que los otros , ha caido de rodillas al huir. Un mercader se lleva una cajita ; una figura de mujer lleva un jarro sobre la cabeza.

En la tercera se lee : IN FLVCTIVS ENSERGENS. « *Saliendo de las olas,* » El Cristo en la barca de Pedro ; sus compañeros sacan las redes llenas de peces.

De Molinet habla de las medallas siguientes :

1.<sup>a</sup> ANNO DOMINI M. D. LVI. PONT. SVI. PRIMO INSTAVRAVIT. « *Estableció (esta guardia) el año 1556, primer año de su pontificado.* » Medalla acuñada con motivo de la creación de una guardia noble que se presentó para servir al Papa, sin sueldo, y que fué llamada de los Caballeros *de la fe*. La Fe presenta sus símbolos, el caliz del sacrificio de la misa y el libro de los Evangelios, que contiene lo que es de fe. Medalla de un trabajo elegante y acabado.

2.<sup>a</sup> Los escudos de la casa de Carafa, sin inscripcion : la tiara encima de las llaves, y, en el campo, oro en las dos bandas de plata.

3.<sup>a</sup> BEATA SPES. « *La esperanza feliz.* » Reinó al principio un vivo temor inspirado por el advenimiento del Papa, quien tenía reputacion de muy severo; pero habiendo algunos actos de clemencia tranquilizado al pueblo, el gobierno pontificio mandó acuñar esta medalla, representando la *Esperanza*, teniendo en la mano derecha una flor y en la izquierda una como rama de adormideras. A los piés de la figura una espiga cargada de granos.

4.<sup>a</sup> BEATI QVI CVSFODIVNT VIAS MEAS. « *Felices los que guardan mis caminos.* » La figura de Jesucristo rodeado de aureola. El trabajo es puro. La cabeza del Cristo es jóven y majestuosa.

5.<sup>a</sup> DISCITE IVSTITIAM MONITI. « *Enseñad la justicia, vosotros que sois avisados.* » La Justicia tiene la balanza igual en la mano derecha y la espada en la izquierda.

6.<sup>a</sup> CLAVES REGNI COELORVM. « *Las llaves del reino de los cielos.* » Hemos visto este epígrafe en tiempo de Marcelo II; pero la composicion es mas libre, y se ven siete personajes, al paso que en la medalla de Marcelo no hay mas que dos. Jesucristo entrega las llaves á san Pedro que las recibe de rodillas; cerca de san Pedro dos discípulos, junto á Jesucristo se ven tres.

7.<sup>a</sup> HERES. REST. Se cree que estos dos diminutivos significan: *Heresi restincta*. « *La herejía reprimida.* » Esta medalla fué acuñada con motivo del cuidado que Paulo tuvo en destruir los cismas. El Papa con la tiara en la cabeza, está sentado en su trono : á su derecha tiene tres obispos. A los piés del trono se

ven dos hombres arrodillados, y no léjos otros que al parecer confiesan sus faltas.

Bonanni habla, además, de estas otras tres medallas.

1.<sup>a</sup> NE DETERIVS VOBIS CONTINGAT. « Para que no os suceda nada mas terrible. » Jesucristo dá la bendicion á los pueblos: el hombre mas inmediato al Salvador es un pobre que se apoya en un palo.

2.<sup>a</sup> DVRABIS IN PERPETVVM. « Durarás perpétuamente. »

En el centro del campo un reloj de arena encima de un cráneo; á la derecha un freno, á la izquierda la cruz sobre un libro abierto. Apoyándose en la opinion de Juan Ferri, Bonanni añade: Es como si una persona, dirigiéndose á Jesucristo, le dijera: Tu reino durará eternamente; tu muerte en la cruz es un freno á la muerte eterna.

3.<sup>a</sup> SEDE VACANTE. « Vacando la Sede. » Los escudos del cardenal camarlengo Ascanio Sforza, con la llaves entrelazadas. Se sabe que el camarlengo tiene derecho de mandar acuñar moneda mientras está vacante la Santa Sede. Este cardenal llevaba plata en los cuatro cuarteles: 1.<sup>o</sup> leon rampante; 2.<sup>o</sup> seis flores de lis de oro; 3.<sup>o</sup> leon rampante; 4.<sup>o</sup> las mismas flores de lis colocadas. 3. 2. 1.

La Santa Sede estuvo vacante cuatro meses y ocho dias.

---

### 228. Pio IV. 1559.

Pio IV, llamado al principio Juan Angel de Médicis, nació en Milan el dia 31 de marzo de 1499, de Bernardino de Médicis y de Cecilia Serbelloni, dama ilustre de aquella ciudad, en la que se habian refugiado algunos miembros de la familia de los Médicis, arrojados de Florencia por la violencia de las guerras civiles. Juan Angel recibió las insignias de doctor en la universidad de Bolonia. A la edad de 28 años pasó á Roma, á donde llegó el dia 26 de Diciembre de 1527, el mismo dia y á la misma hora en que treinta y dos años despues fué elevado al

trono de San Pedro. Clemente VII le nombró protonotario apostólico; Paulo le hizo gobernador de Ascoli, luego de Città di Castello; cinco años despues, de Fano, y mas tarde de Parma. De allí fué enviado á Hungría con el general de las tropas italianas, y de vuelta á Roma, en 1543, Paulo le encargó que restableciera la paz entre los ciudadanos de Bolonia y los de Ferrara, que disputaban por cuestiones de fronteras.

Juan Angel recibió orden de partir para la Polonia, en calidad de comisario contra los turcos y los luteranos, acompañando á Juan Bautista Savelli, general de las tropas pontificias y auxiliar de Fernando, rey de Hungría. Sucesivamente Juan Angel fué gobernador de Ancona, arzobispo de Ragusa, vicelegado de Bolonia, en tiempo del cardenal Moroni; despues gobernador de Perugia y de la Ombría, y finalmente, el día 8 de abril de 1549, fué creado cardenal presbítero de Santa Prudenciana.

El papa Julio III le envió como legado al ejército pontificio que marchaba contra Octavio Farnesio. Conseguida la paz en 1553, Carlos V le nombró obispo de Cassano, de donde Paulo IV le trasladó en 1556 al obispado de Fuligno. Del título de Santa Prudenciana, el cardenal de Médicis pasó á otros títulos, hasta llegar al de Santa Prisca.

Despues de los *novendiali*, que empezaron el día 23 de agosto y que concluyeron, con motivo de algunos retardos, en 4 de setiembre, congregóse el cónclave, que duró cuatro meses. Cuarenta y cuatro electores no podian entenderse para nombrar al sucesor de Paulo IV, hasta que en la noche siguiente á la de Navidad, el cardenal de Médicis fué elegido, no por escrutinio, sino por aclamacion, debiendo principalmente su elevacion á los cardenales Farnesio, Sforza, de Guisa y Carafa.

El día siguiente los cardenales se trasladaron á la capilla del escrutinio, y aunque no faltaba ninguna formalidad á la aclamacion de la víspera, la confirmaron por medio de las cédulas ordinarias.

No olvidaremos la estratagema que en este mismo cónclave fué empleada para que recayera la eleccion en el cardenal Bartolomé de la Cueva, español. Su conclavista, Fernando Tor-

res, hombre hábil y astuto, fué un día secretamente á la celda de treinta y dos cardenales, rogando á uno despues de otro que honraran una vez en el escrutinio á su amo, que agradecería esta prueba aislada de aprecio y consideracion. Cada uno de los cardenales así solicitados, creyendo ser el único que complacería á Torres, prometió su voto. Llegados á la capilla, algunos preguntaron á sus vecinos: ¿A quién dareis el voto esta vez? Contestaron que por aquella sola vez lo darian al cardenal de la Cueva. Descubrióse el ardid de Torres; pero no se pudo evitar que su amo obtuviera diez y siete votos entre los treinta que se necesitaban.

El nuevo elegido que tomó el nombre de Pio IV, fué coronado el día 6 de enero de 1560. Paminio, en la vida de este pontífice, ha observado que Pio nació el día de Pascua, fué elegido el día de Navidad, y coronado el día de la Epifanía, tres días llamados de Pascua.

El día 28 de enero, Pio IV, precedido de treinta y un cardenales, tomó posesion de San Juan de Letran.

El Papa quiso manifestar inmediatamente que practicaba con zelo las virtudes de que habia dado pruebas como cardenal. A instancias del sacro colegio, y principalmente del cardenal Carafa, perdonó á los romanos las violencias que cometieron, cuando al morir Paulo destrozaron sus escudos y derribaron la estátua que tres meses antes levantaran llenos de entusiasmo. Quiso que el senado asistiera á la misa celebrada el día 17 de enero en la iglesia de San Eustaquio en expiacion de aquel tumulto, y que la ciudad pagara los daños causados en aquella ocasion.

Pio IV no se mostró tan clemente en favor de Pompeyo Colonna. Este habia dado muerte á su madrastra en tiempo de Julio III y pedia perdon de su crimen. Pio respondió: Librenos Dios de comenzar nuestro pontificado por la absolucion de un parricida.

Poco despues, el pontífice confirmó á Fernando en la dignidad imperial, y recibió á sus embajadores como los de un emperador legítimo, pues habiendo muerto Carlos V, no existian ya las razones de exclusion alegadas por Paulo IV.

Rogaban vivamente al Papa que pronunciara su fallo acer-

ca de la suerte de los ministros y de los sobrinos de su predecesor á quienes el pueblo detestaba, y entonces quiso Pio que se supiera como deseaba que se le sirviese en la administracion de los negocios del gobierno. El dia 7 de junio los dos cardenales Carafa, Carlos, sobrino de Paulo, y Alfonso, su resobriño, fueron presos. Al mismo tiempo se prendió á Juan Carafa, conde de Montorio y duque de Palliano, otro sobrino de Paulo, como tambien á otros varios caballeros cómplices de un crimen cometido en la persona de Brianza di Ascalona, esposa del referido duque de Palliano.

Pio nombró una diputacion de ocho cardenales encargados de seguir el proceso instruido contra sus cólegas Carlos y Alfonso Carafa, el cual duró hasta 3 de marzo de 1561, que fué el dia en que se leyó en un consistorio un proyecto de sentencia. El pueblo aguardaba impaciente está satisfaccion dada á los que aborrecian el nepotismo. Carlos fué convicto del crimen de lesa majestad; se le probó que habia engañado á su tio por medio de avisos pérfidos y consejos peligrosos, principalmente en lo relativo á la guerra de Nápoles; que habia perseguido á varias personas recomendables, y encendido la guerra entre Francia y España por medio de cartas y firmas falsas. La misma noche el cardenal Carlos fué muerto en el castillo de San Angelo, y algun tiempo despues decapitaron al duque de Palliano, suplicio que sufrieron tambien los otros condenados.

El cardenal Alfonso Carafa fué declarado inocente y obtuvo su libertad; pero se le mandó que pagara cien mil escudos á la cámara apostolica (1).

Por este ejemplo de terrible severidad, cuyo recuerdo por otra parte oscurecerá indudablementé la fama del pontificado de Pío IV, fueron advertidos los ministros del rigor de las miras é intenciones de este papa.

Para asegurarse al mismo tiempo de la fidelidad de sus súb-

(1) En tiempo de Pio V esta causa fué sometida á una revision, y se declaró que el cardenal Carlos y su hermano el duque, y los demás sentenciados, habian sido condenados injustamente. Ciertamente es enojoso tratar de nuevo la *cosa juzgada*; pero si la sentencia es injusta, es deber de todo soberano noble, jeneroso, y amigo del órden anular esta sentencia.

ditos, á pesar de haber declarado tan terrible guerra al nepotismo, no quiso confiar el cuidado de su persona y de los mas importantes negocios sino á uno de sus sobrinos, Carlos Borromeo, de 23 años de edad, cuya eleccion aplaudieron los romanos, bien que detestando los motivos de parentesco que la habian dictado.

Otros parientes recibieron tambien la púrpura, entre ellos Juan de Médicis, hijo de Cosme, gran duque de Toscana. El cardenal Juan, segun cuentan historias florentinas, fué asesinado á la edad de 19 años por su hermano D. García, que le persiguió con un odio envidioso y feroz.

El cardenal Morone, que habia presidido el concilio de Trento, y á quien Paulo IV habia mandado prender con motivo de varias denuncias, deseó que se le formara causa y suplicó á Pio IV que mandára proseguir el proceso con el mayor rigor. Una comision de cardenales, de la que formaba parte Ghislieri, que despues fué papa con el nombre de Pio V, declaró, despues de un detenido exámen, que el proceso era injusto, inícuo, y que el cardenal Morone merecia ser proclamado absolutamente *no culpable*. ¿Dejábase ya sentir el remordimiento del juicio anterior?

Poco despues, el Papa fijó toda su atencion en las operaciones del concilio de Trento, y deseó que se concluyera. Las revoluciones de Europa le habian interrumpido, y en el último cónclave todos los cardenales acababan de prometer que pondrian fin al concilio, dado caso que fuesen elegidos. Pio IV quiso cumplir su promesa, y sus antiguos cólegas movíanle á ello sinceramente.

Por una bula de 23 de noviembre de 1560, Pio IV convocóla continuacion de aquella augusta asamblea, que volvió á abrirse el día 28 de enero de 1562. Sin embargo, aquella bula encontró dificultades, por que en ella no se nombraba al rey de Francia, á pesar de ser el *hijo mayor de la Iglesia* (1).

(1) El duque de Saint-Aignan, embajador del rey de Francia cerca del sacro colegio, en el discurso que pronunció en el momento del cónclave en que fué elegido Benedicto XIV, dice que el rey su amo era el único que tenia el derecho de llamarse *hijo mayor de la Iglesia*, y que gozaba de la posesion de este titulo hacia muchos siglos. Con este moti-

Celebrábanse las sesiones con lentitud con motivo de las pretensiones de Claudio Vigil de Quiñones, conde de Luna, embajador de Felipe II, rey de España, que, contra el uso, queria que sus embajadores tuviesen la *precedencia* sobre los embajadores de Francia.

Por otro lado, Arnaldo de Ferrier, presidente del parlamento de Paris, y Guy de Pibrac, de Tolosa, embajador francés, sostenian firmemente la preeminencia de su corte. El Pontífice decidióse en favor de esta última. El embajador español protestó y se dirigió á Roma con ánimo de representar á Pio IV, que Suintila, rey de España, fué llamado por Honorio I, en 637, *rey católico*, antes que Gregorio III llamara á Carlos Martel *rey cristianísimo*.

*Rey católico* era un título; *rey cristianísimo* era otro. Los debates de esta cuestion renováronse en Roma en 1564: Pio IV decidió por segunda vez en favor de los reyes de Francia, y Felipe II no se mostró ofendido por ello, si hemos de dar crédito á Muratori.

El día 26 de febrero de 1561, Pio habia hecho una segunda promocion de cardenales. Fueron de este número :

1.º Bernardo Salviati, al principio guerrero, muy temido de los turcos, despues limosnero de Catalina de Médicis, lue-

vo en 1743 y 1754 publicóse una carta en que el autor atribuye este privilegio á los emperadores. Dice el autor que el primer hijo de la Iglesia fué el emperador Constantino, quien trasmitió este título á sus sucesores, los cuales durante mas de dos siglos, desde Clodoveo, primer rey de Francia, fueron llamados *hijos* y *cristianísimos*. Añade el autor que en el ceremonial de la coronacion de los emperadores no se encuentra que este titulo fuese concedido á otros. Finalmente, este escritor deducia que las primeras huellas de tal nombre atribuido á los reyes de Francia, no se remontaban mas allá de la mitad del siglo pasado, segun las *Vindiciæ Hispanicæ* de Juan Jacobo Chifflet. En 1754 contestóse á esta carta, probándose que el titulo de rey de Francia era mencionado por Jorge Dietrich en sus notas sobre la bula de oro, por Ernesto Cokel, por Conrado Schurzfleisch y por un tratado entre Alejandro VII y Luis XIV, firmado en Pisa en 1664. Hay un hermoso extracto de las publicaciones relativas á este asunto en el tomo X de la *historia literaria de Italia* del padre Zaccaria. Por lo que hace al título de *cristianísimo*, véase el tomo I de la presente obra, en el cual se vé que Gregorio III daba á Carlos Martel el título de *rey cristianísimo*. En cuanto al título de hijo mayor de la Iglesia, los escritores franceses mas severos piensan que se remonta al tiempo de Luis XI.

go cardenal de Santa Prisca, que habia edificado en Roma, en la *Lungara*, el famoso palacio Salviati que existe todavía, bien que arruinado. En este palacio aguardaba á Enrique III que habia prometido ir á Roma, y que no pudo hacer este viaje.

2.<sup>o</sup> Estanislao Osius, natural de Cracovia, hijo del rey Segismundo Augusto, despues embajador del emperador Fernando cerca del concilio.

3.<sup>o</sup> Antonio Perrenot de Granvelle, de una familia noble de Ornans, diócesis de Besanzon, dado despues como consejero por Felipe II á Margarita de Austria, duquesa de Parma, gobernadora general de Flandes. Hablaba correctamente siete lenguas.

4.<sup>o</sup> Luis de Este, de los duques de Ferrara.

5.<sup>o</sup> Luis Madrucci, noble de la ciudad de Trento. Su familia prestábase con gran generosidad á todas las demandas que concernian á la habitacion de los miembros del concilio en la ciudad. Fué cardenal durante cincuenta y nueve años, intervino en nueve cónclaves y solo se le acusó de haber defendido con demasiado ardor los intereses de España.

6.<sup>o</sup> Marco Sitticus Altemps, aleman, baron de Hohenemps, nacido en su feudo de Ems, y sobrino de Pio IV por la rama materna.

7.<sup>o</sup> Francisco Gonzaga, de los duques de Ariano.

8.<sup>o</sup> Iñigo Avalos de Aragon, noble napolitano, caballero de Santiago de España y canciller del reino de Nápoles.

9.<sup>o</sup> Francisco Pacheco, noble español.

10. Juan Francisco Gambará, noble de Brescia, conde de Virola, célebre por una prodigiosa penetracion de espíritu. Era raro que este cardenal no previera el éxito de los mas importantes negocios. Fué uno de los principales ornamentos de los cónclaves á que asistió.

Otros prelados distinguidos en las letras obtuvieron tambien la púrpura en el mismo consistorio. Vese por los nombres que acabamos de citar, que las primeras familias de Europa, y hasta hijos de reyes, solicitaban el capelo.

Por medio de este zelo y de estas precauciones, se respondia á los luteranos que persistian en representar el sacro colegio como poblado de personas de baja esfera, sin ilustracion, sin

talento y sin cualidades sacerdotales. Todos los individuos que acabamos de nombrar merecian el aprecio universal por su piedad y sincero cumplimiento de sus deberes.

Insistian de vez en cuando los príncipes partidarios de Lutero en que el concilio se celebrara en Alemania; pero negábanse á ello los papas, dando por razon que no convenia en ningun caso entregar expresamente las ovejas á los lobos devoradores. Pedian tambien los protestantes (cosa mas intolérable aun) que el Papa no presidiera, y que los ministros de la confesion de Augsburgo tuviesen voto deliberativo.

Estas injustas demandas podian tener consecuencias funestas, pues temia el Papa que los calvinistas hicieran en Francia lo que los luteranos habian hecho en Alemania, y esto fué lo que le obligó á procurar que el concilio terminara, mientras la Iglesia estaba en paz.

Celebróse pues la última sesion que fué la vigésima quinta, y el dia 3 ó 4 de diciembre leyéronse todos los capítulos y cánones formados bajo diferentes pontífices, aprobándoles los padres, sin que las interrupciones del concilio lastimasen su unidad.

Paulo III lo habia convocado en Mántua en 1536, y el año siguiente, sin efecto alguno, en Vicencio; luego, en 1542, en Trento, donde empezó definitivamente en 1545. Despues de siete sesiones, fué trasladado, en 1547, á Bolonia, en donde no hizo operacion alguna durante cuatro años. En tiempo de Julio III, en 1551, fué continuado en Trento, y suspendido en esta misma ciudad hasta el año 1562. Entonces se le convocó de nuevo bajo Pio IV, quien le terminó, como ya hemos dicho, con feliz éxito.

Si se consulta la venerable antigüedad, no ha habido concilio alguno en el que se hayan tratado tantas materias sobre el dogma, las costumbres y la disciplina. Nunca estas materias fueron mejor definidas que en aquella asamblea, que debemos considerar como imágen fiel y complemento perfecto de todos los concilios anteriores (1).

(1) El célebre jesuita Sforza Pallavicini, que despues fué cardenal escribió en italiano muy puro la historia del concilio de Trento que fué impresa en Roma en 1656. Es la mejor edicion y la mas buscada que

En resúmen , despues de veinte y siete años, desde la reunion de Mántua, y despues de diez y ocho años contados desde la primera sesion en Trento , este gran concilio fué concluido y firmado por doscientos treinta y cinco padres , á saber : cuatro legados , dos cardenales , tres patriarcas , veinte y cinco arzobispos , ciento sesenta y ocho obispos , siete abades , treinta y nueve apoderados de prelados ausentes, y siete generales de órdenes religiosas.

A instancias de los Padres, Pio IV, por su bula de 26 de enero de 1564 , aprobó solemnemente el concilio, prohibiendo y anulando todo comentario ó interpretacion. Por otra bula del 18 de julio, declaró que todos los decretos del concilio de Trento, pertenecientes á la reforma y al derecho positivo, fuesen obligatorios desde el dia 1.<sup>o</sup> del mes de mayo anterior.

Para que dichos decretos fuesen exactamente observados, el Papa , por su bula *Benedictus Deus*, instituyó una congregacion compuesta de ocho cardenales con derecho de inspeccion sobre la ejecucion de dichos cánones, reservando para sí la interpretacion de los decretos, y prohibiéndola á todos bajo pena de excomunion.

Sixto V confirió mas tarde á la misma congregacion la autoridad de interpretar las cosas referentes tan solo á la reforma de las costumbres , mas no las que concernieran al dogma.

No estando destinado á tratado canónico el presente libro, y siendo comun en toda biblioteca un ejemplar de las decisiones del concilio de Trento, nos limitaremos á dar un extracto de la bula *Injunctum*, publicada por Pio IV, bajo la forma del juramento de profesion de fe. Esta bula lleva la fecha de las idus de noviembre (13 de noviembre) de 1564, quinto año del pontificado.

Despues del *credo*, tal como se dice en nuestras iglesias, se

oponer se puede á la historia de *Fra Paolo Serpi*. Pallavicini trabajó en los archivos del castillo de San Angelo donde estaban reunidos los documentos relativos al concilio. El padre Jos Giattini, jesuita de Palermo, tradujo al latin la obra de Pallavicini que se imprimió en Amberes. Otra edicion de Pallavicini se hizo en Augsburgo en 1733, y existe la que se publicó en Faenza por Francisco Antonio Zaccaria. Independientemente de las traducciones anteriores, la misma historia fué traducida al francés por el abate Dassance en 1842.

leen estas palabras que todo eclesiástico al recibir un beneficio debe pronunciar en voz alta é inteligible, ó escribir de puño propio.

«Confieso un solo bautismo para la remision de los pecados, y espero la resurreccion de los muertos y la vida perdurable. Admito firmemente y abrazo las tradiciones apostólicas y eclesiásticas y demas observancias de la Iglesia. Admito la sagrada Escritura, segun el sentido que ha dado y da la santa madre Iglesia, á la que pertenece juzgar del verdadero sentido y de la interpretacion de las sagradas Escrituras. La recibiré y no la interpretaré sino segun el consentimiento unánime de los Padres. Profeso que hay verdadera y propiamente siete sacramentos en la nueva ley instituida por nuestro Señor Jesucristo para la salvacion del género humano (aun que no todos sean necesarios para cada uno). He aquí los siete sacramentos: El bautismo, la confirmacion, la eucaristía, la penitencia, la extremauncion, el órden y el matrimonio. Declaro que confieren la gracia, y que entre estos sacramentos el bautismo, la confirmacion y el órden, no pueden ser reiterados sin sacrilegio.

«Recibo y admito los ritos de la Iglesia católica, recibidos y aprobados en la solemne administracion de todos los indicados sacramentos. Abrazo y acepto todas y cada una de las decisiones sobre el pecado original y la justificacion, definidas y declaradas en el santo concilio de Trentó. Profeso igualmente que en la misa se ofrece á Dios un verdadero, propio y propiciatorio sacrificio para los vivos y los muertos; que en el Santísimo Sacramento de la eucaristía hay verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y sangre con el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y que hay conversion de toda la sustancia del pan en cuerpo, y de la sustancia del vino en sangre, y que esta conversion es lo que la Iglesia católica llama transsubstanciacion. Confieso tambien que solamente bajo la otra especie se toma á Jesucristo entero, y así el verdadero sacramento. Mantengo constantemente que hay un purgatorio, y que las almas detenidas en él, son ayudadas por los *sufragios* de los fieles; y que los santos que reinan con Jesucristo deben ser venerados é invocados; que ofrecen oraciones por

nosotros á Dios, y que sus reliquias deben ser conservadas. Sostengo firmemente que se deben poseer y retener las imágenes de Cristo y de la Madre de Dios siempre virgen, y las de otros santos, y que es preciso venerarlas y honrarlas como se merecen; que el poder de las indulgencias ha sido dado á la Iglesia por Jesucristo. Afirmo que su uso es muy saludable para el pueblo cristiano. Reconozco la santa Iglesia católica, apostólica romana, como madre y señora de todas las iglesias. Prometo y juro al pontífice romano, sucesor de san Pedro, príncipe de los Apóstoles y vicario de Jesucristo, una verdadera obediencia. Recibo y profeso todo lo que ha sido dejado, definido y declarado por los sagrados cánones y concilios ecuménicos, y particularmente por el santo concilio de Trento. Al mismo tiempo condeno, rechazo, anatematizo todo lo que es contrario, y las heregías condenadas, rechazadas y anatematizadas por la Iglesia. Juro, reconozco y declaro que esta verdadera fe católica, sin la cual nadie puede salvarse, y que es profesada y tenida por verdadera por mí al presente y voluntariamente, debe ser constantemente profesada, con el auxilio de Dios, entera, inviolable, hasta el último suspiro de la vida; que debe ser tenida y confesada por los que me estén sometidos, ó por aquellos cuyo cuidado me será confiado en virtud de mi cargo, que velaré para que sea reconocida, enseñada y predicada tanto como pueda. Dios y los santos Evangelios de Dios sean en mi ayuda.»

Varias veces hemos hecho mencion en este libro de los absurdos, inconsecuencias y actos de rebelion, de que las heregías nos han dado escandaloso ejemplo; ya es tiempo que reproduzcamos fielmente lo que nos enseña el concilio de Trento. Nada mas diremos acerca de este particular, porque en el resto de esta obra los actos del concilio serán citados con frecuencia.

El primer soberano que señaló su zelo sometién dose al concilio de Trento, fué el jóven rey Sebastian de Portugal, que hacia siete años que habia sucedido á su piadoso abuelo Juan III. Desde que Sebastian recibió la bula confirmatoria, dió las gracias al Pontífice con el mas tierno respeto, felicitóle por el feliz éxito de sus trabajos, prometióle sostener fuertemente con todo su poder la autoridad de la Santa Sede y la del concilio, y

protestó que nada deseaba tanto como hacer ejecutar religiosamente las decisiones dogmáticas y disciplinarias dadas por el santo sínodo.

Segun Jacobo Diedo, los venecianos aceptaron tambien el concilio con ardor, y el Papa con este motivo les colmó de elogios, y propuso el senado por ejemplo á muchos otros príncipes. No contentó con esta demostracion, el Pontífice regaló á la República el palacio de S. Marcos en Roma, el cual fué puesto á disposicion del embajador veneciano. Agradecida Venecia, regaló á la Santa Sede el majestuoso palacio Gritti, que se convirtió, segun dice Andres Morosini, en residencia del nuncio apostólico.

No encontraron inmediatamente la misma acogida las operaciones del concilio en los reinos de España y Francia, si hemos de creer á Novaes, pues fueron aceptadas en lo decretado sobre la fe, la doctrina y la disciplina, disputada por los herejes; pero no fueron admitidas en algunos puntos de reforma y policía, segun dice Bercastel. Semejantes reservas no subsisten en el dia.

En aquel tiempo se vió llegar á Roma á Abdisú (servidor de Jesus) monge de la órden de San Antonio y personaje muy sábio, que fué á suplicar al Papa que le confirmara en el título de patriarca de Muzale, en la Siria oriental. Hizo su profesion de fe (que puede leerse en de Sponde), habia sido ya leida en la sesion vigésima segunda del concilio, y la firmó para ofrecerla al Papa, quien le despidió para su patria cargado de regalos.

El pontífice habia prometido á Cosme, primer duque de Toscana, fundar, para la defensa de la fe y seguridad del Mediterráneo, la órden militar de San Esteban, papa y mártir. Pio IV, luego de recibidos los convenientes informes, aprobó los estatutos de la órden que debia profesar la regla de San Benito y los tres votos de caridad, castidad conyugal y obediencia á los superiores. La bula del Papa nombraba gran maestre á Cosme, y despues de él á sus sucesores, quienes debian gozar de hñorosos privilegios. El hábito de la órden es muy magnífico. El gran duque Fernando reformó, en 1590, los estatutos, y otros papas concedieron nuevos derechos ho-

noríficos : entre otros, Benedicto XIV les concedió el privilegio de hablar al Papa sin dejar la espada en las antesalas, privilegio que es tambien el de todos los cuerpos diplomáticos, y que fué concedido á los caballeros de la real y distinguida órden de Carlos III de España.

La cruz de los caballeros de San Esteban es roja y casi igual á la de los caballeros de Malta.

Felipe II habia honrado con su proteccion á Marco Antonio Colonna que dirigia varias reclamaciones á la Santa Sede. El Papa volvió á este príncipe romano las tierras de su familia que habian sido confiscadas por Paulo IV, y el rey católico, con este motivo, favoreciendo en aquella ocasion los cálculos del nepotismo pontificio, dió al sobrino de Pio IV, Federico, conde de Arona, el ducado de Oira, en el reino de Nápoles, con una pension considerable.

En la misma época verificóse una gran promocion de cardenales, habiendo sido nombrados Federico Gonzaga, de los duques de Mantua, y Fernando de Médicis, de la familia de los duques de Toscana, que mas tarde, no estando ligado por las órdenes sagradas, renunció el capelo, y llegó á ser gran duque de Toscana en 1588.

Para terminar la diferencia sobre los *honores del paso*, suscitada entre los canónigos regulares de San Agustin y los religiosos benedictinos, Pio decretó, en 1564, que los primeros, como *clérigos*, debian preceder á los *monges* en los actos públicos y privados; pero que en los concilios y otros lugares en que unos y otros emiten sus votos, el paso perteneciera á cada uno de los abades de estas órdenes, siguiendo la antigüedad de promocion en sus abadías. Véase acerca de este punto á Pannotti.

En el consistorio celebrado el 27 de noviembre de 1564, el Papa exhortó á los cardenales á que no adoptasen el uso de coches, introducido por la marquesa de Mántua y otras damas (1), pues queria que el sacro colegio continuase yendo á

(1) Véase á Charpentier en la palabra *Currus*. Mas tarde prevaleció tanto en Roma el uso de las carrozas, que San Carlos Borromeo solia decir: *Omnia vanitas, præter currum in Urbe*. « Todo es vanidad, ménos una carroza en Roma. »

caballo por la ciudad. Carlos V, á su vuelta de Roma, habia dicho que lo que mas habia llamado su atencion en aquella capital, era el cortejo de cardenales yendo á caballo á los consistorios. Es cierto, por otra parte, que en 1582, segun Marco Antonio Valena, cuando los cardenales se dirigian al palacio, iban pontificalmente á caballo, y si en el camino encontraban á un criminal, á quien llevaban al suplicio, tenian autoridad de perdonarle inmediatamente (1).

Los Negocios importantes tuvieron entonces mas ocupado á Pio IV. Muchos alemanes de diferentes diócesis, solicitaban permiso para comulgar bajo las dos especies: el Santo Padre creyó, en el primer momento, que de este modo la religion debia extenderse mas. Algunos príncipes, el emperador Fernando, Alberto de Baviera, y Carlos, archiduque de Austria, unian sus súplicas al voto de algunos pueblos. Habíase hablado de esta facultad en el concilio de Trento, asamblea modelo de sabiduría, de prudencia, de circunspeccion y de valor, y el Papa se dignó otorgar permiso; pero en los breves que con este motivo dirigió á los electores y á los arzobispos, declaró que les concedia la facultad, si la tenian por conveniente, de administrar la comunión bajo las dos especies, á los que solicitaran devotamente este favor, y confesaran que una y otra contenian el verdadero cuerpo de Jesucristo, y que la Iglesia no habia errado distribuyendo solamente una especie, como no erraría distribuyendo una y otra.

Muy luego se echó de ver que esta concesion no habia hecho mas que enardecer la disposicion funesta de los luteranos, y que de ella resultaban graves perjuicios para la fe, como escribia el cardenal Commendon, el dia 6 de junio de 1565, al cardenal Borromeo, y por consiguiente Pio V y Gregorio XIII revocaron enteramente el permiso, y restablecieron el uso practicado durante muchos siglos de administrar á los legos la comunión bajo una sola especie (2).

(1) Este privilegio era concedido á las vestales en la antigua Roma; pero debian jurar que solo la casualidad les habia llevado al lugar en que encontrarán al criminal.

(2) Relativamente á la comunión dada á los legos bajo ambas especies, véase á Lambertini (*Sacrificio de la misa*) y *el tratado de la co-*

En 4 de mayo de 1565, publicó el Santo Padre una constitucion, por la cual, de concierto con Giannottes Castiglioni, su pariente y gran maestro de la órden, restauró y extendió la órden de los caballeros de San Lázaro, en Italia, fundada, si se ha de creer á S. Gregorio Nazianceno, y confirmada por el pontífice San Dámaso, para servir á los peregrinos en Jerusalem, y particularmente á los leprosos.

Estos mismos caballeros, que mas tarde veremos unidos á los de la órden de San Mauricio, fundada por el duque de Saboya, habian sido confirmados, en 1255, por Alejandro IV, puestos bajo la regla de San Agustín, y favorecidos con privilegios por varios pontífices (1).

Por otra constitucion, que confirmó despues Gregorio XIII, mandó Pio IV que los palacios de los cardenales y de los embajadores no sirviesen ya de asilo á los delincuentes y malhechores.

Como Pio IV estuviese enfermo de bastante gravedad, mientras se celebraba el concilio, se hizo correr el rumor de que esta asamblea seria quien eligiese su sucesor. Con este motivo el Pontífice decretó que solo se haria en Roma la eleccion del papa; que esta facultad competia solamente á los cardenales, únicos depositarios de este derecho; y además, por una bula del 18 de enero de 1565, que renovaba una ley de Bonifacio II, mandó el Pontífice no pudiese nunca escojerse un sucesor ni un coadjutor, por mas que los cardenales estuviesen de acuerdo entre sí sobre esto. Por la misma constitucion, Pio renovó, decretó y amplificó las leyes dadas sobre esta eleccion por sus predecesores Alejandro III, Gregorio X, Clemente V, Clemente VI y Julio II.

Para recompensar á los súbditos que habian merecido bien de la Iglesia en el concilio de Trento, Pio IV hizo una promocion considerable. Creó cardenales, entre otros, á Marco Antonio Colonna, discípulo en estudios geológicos de Fray Felix

*munion bajo las dos especies*, de Bossuet, libro que ha sido traducido al italiano.

(1) Estas gracias y privilegios concedidos á esta órden por algunas papas, se hallan mencionados en la constitucion 95 de Pio IV. De Spence habla tambien de ellos en el año 1563, núm. 46 y 47.

Peretti, que fué despues Sixto V; á Angel Nicolini, noble florentino; á Luis Pisani noble veneciano; á Próspero Publicola Santacroce, noble romano. En su tierna edad éste habia perdido á sus próximos parientes, y en la época del saqueo de Roma, en 1527, todos sus bienes habian sido robados y destruidos. Aplicóse entonces con tanto zelo al estudio, que llegó á ser uno de los súbditos mas distinguidos de la corte romana. Nuncio en Francia cerca de Enrique II, pasó mas tarde de allí con la misma calidad á Portugal, luego regresó á Francia con las mismas facultades de nuncio, y allí recibió la púrpura. Tambien fueron elegidos cardenales Hugo Buoncompagni, que fué despues Gregorio XIII; Simon Pascual de Negri, noble genovés, médico excelente, que obtuvo en seguida los destinos mas importantes; Carlos Visconti, que habia allanado muchas dificultades en el santo sínodo; Francisco Abondio Castiglioni de la familia de Celestino IV, papa en 1241; Antonio de Crequy, de la ilustre familia francesa de este nombre; y Juan Francisco Commendon, veneciano, cuyo padre era médico (1). Véase, pues, como en medio de tantas ilustraciones de nacimiento como Roma favorecia entonces, quizá mas que antes, no olvidaba los talentos, los méritos y la ciencia en las clases menos elevadas.

Esta promocion, que dió veinte y dos nuevos cardenales á la Iglesia, fué una digna recompensa de tantos trabajos, de tanta resolucion, de tanta paciencia, y toda la Europa participó de este beneficio.

Entre tanto Soliman II que, sin entender cosa alguna en nuestras querellas, se habia declarado protector de Lutero porque habia turbado la cristiandad, mandó á Mustafá, uno de sus mas valientes generales, que sitiara la isla de Malta, dada á los caballeros de Rodas despues de su gloriosa derrota en 1523.

(1) El cardinal Commendon, dice Novaes, fué elevado á los empleos mas brillantes, y murió en Pádua en 23 de Diciembre de 1584 á los 72 años de edad, mas avanzado en gloria que en años, con la reputacion de uno de los hombres mas graves de su siglo. Su vida fué escrita por Monseñor Antonio María Graziani, obispo de Amelia, é impresa en Paris en 1669. Monseñor Flechier, bajo el nombre de Roger Akakia, hizo una traduccion, que se publicó en Paris en 1671 y mas tarde en Lion en 1702.

Cuarenta mil turcos desembarcaron y embistieron los fuertes; pero Pio IV que deseaba ardientemente el bien de la religion, dió un poderoso socorro á la flota de Felipe II, y el bajá vióse obligado mas tarde á levantar el sitio, despues de haber perdido treinta mil combatientes. Hablaremos mas detenidamente de este sitio al llegar al pontificado de Pio V.

La magnificencia de Pio IV no se limitó á socorrer á la cristiandad entera contra los musulmanes, esta generosidad se extendió á Roma y al Estado pontificio.

En los Thermas de Diocleciano construyó el convento de Cartujos, uno de los edificios mas hermosos de Roma.

Del palacio de Monte-Cavallo hizo construir una hermosa calle que conducia á las murallas de la ciudad, y allí mandó fabricar la magnífica puerta que fué llamada *Porta Pia*, casi en el mismo sitio en que en otro tiempo estaba la *Porta-Novamentana* (1).

Pio IV mandó abrir además otra puerta junto á la que antiguamente se llamaba *Puerta-Cassia*. En conmemoracion del nombre de Angelo que el Papa llevaba antes de su advenimiento, la nueva puerta fué llamada *Angélica*. No léjos del castillo de San Angelo mandó construir otra, llamada *di Castello* que comunicaba con la puerta *Angélica*. Otro de sus beneficios de esta clase fué la reconstruccion de la puerta *Flaminia*

(1) El arquitecto de la *Porta-Pia* fué Miguel Angel que nos felicitamos de volver á encontrar, para continuarle el tributo de perpétua admiracion que merece. Algunos creen ver en los adornos de dicha puerta, que el artista persistia en considerar á los Médicis como descendientes de una familia de barberos y médicos; pues pretenden que en los adornos hay *vacías, tohallas, pildoras*, pero puede ser muy bien que estos accesorios, que se ven imperfectamente espresados, fuesen añadidos mas tarde por algunos maliciosos, pues si Miguel Angel hubiese tenido esta idea, ¿como hubiera escogido semejante ocasion para hacer una *sátira en piedra*, bajo la direccion de un papa de aquella casa, que, fuerza es confesarlo, tenia la debilidad de no querer descender de una familia de médicos? Para convencerse de que se calumnia á Miguel Angel y que se le supone un valor ó una malicia que no tuvo, basta calcular el dinero que el papa Médicis dió por aquella fábrica; la suma total prueba que no detenia á éste sacrificio alguno, y de seguro que no hubiese pagado tantos miles de escudos romanos por verse burlado. Además, la edad de 86 años que tenia el artista no permitia semejantes burlas.

llamada *del Popolo*, la misma por la que se entra en Roma viniendo de Florencia y de la Marca de Ancona. La plaza que sigue á esta puerta fué singularmente embellecida en tiempo de Pio VII y Leon XII.

Pio IV fué quien empezó á levantar el palacio de los conservadores en el Capitolio. Miguel Angel dió consejos para esta obra, y Pio IV estaba demasiado bien servido por sus ministros para poner su confianza en un ingrato.

La *villa Julia*, de la que hemos hablado ya, fué restaurada por Pio IV.

No cesaremos de enumerar los beneficios debidos á este papa.

Fundó una imprenta en el Vaticano, de la cual nombró administrador al célebre Pablo Manuce, á quien para este efecto llamó á Roma, y continuó la grandiosa empresa de las construcciones de la iglesia del Vaticano, empezadas por Julio II. Este infatigable bienhechor reconstruyó los caminos antiguos y mandó abrir otros nuevos (1). Perfeccionó las investigaciones hechas por Julio III en busca de los filones del agua vírgen.

Finalmente, añadió nuevas obras á las fortificaciones de Ostia, de Civita-Vecchia y de Ancona.

Por desgracia tuvieron que aumentarse los impuestos establecidos. Los hombres que buscan la agitacion en los gobiernos y que siempre están dispuestos á aprovechar las quejas del pueblo, para aumentarlas si consiguen su objeto, urdieron una conspiracion contra el Papa. Contábanse entre los conjurados Tadeo Manfredi, el caballero Pellizzoni, el conde Antonio Canosini, y Próspero Pittori, los cuales trataron de asesinar al Papa. Benito Accolti debia presentar un memorial, y en el momento en que el Pontífice hubiese alargado la ma-

(1) Léese en Papiro Masson el siguiente dístico, segun el cual dice Roma.

*Marmoream me fecit, eram quum terrea, César.*

*Aurea sub quarto sum modo facta Pio.*

« Cuando yo era de tierra, César me hizo de mármol. Gracias á Pio IV soy de oro.

no para recibirlo, aquel vil sicario debia dar de puñaladas á su amo; mas como le faltara al asesino el valor en las muchas ocasiones favorables que se le habian presentado, aplazó su crimen; los conjurados empezaron á no entenderse ya, y uno de ellos descubrió la conspiracion.

En una noche fueron presos todos, juzgados y condenados á muerte.

Escapado apenas de tan bárbara traicion, Pio IV fué atacado de una calentura catarral, y murió en 10 de diciembre de 1565, despues de ocho dias de enfermedad, asistido por san Felipe-Neri, que un año antes habia fundado su congregacion de padres del oratorio, y por san Carlos Borromeo que, llegado á Roma á la primera noticia que recibió de la enfermedad de su tio, le anunció que estaba en peligro de muerte y le administró los sacramentos de la Iglesia.

Pio IV contaba 66 años 8 meses y 9 dias. Su pontificado duró cinco años once meses y quince dias, durante el cual fueron creados cuarenta y seis cardenales. Fué enterrado en el Vaticano, y el dia 4 de enero de 1583 sus cenizas fueron trasladadas sin pompa á la iglesia de la *Madonna degli Angeli* (en los cartujos) que el mismo habia fundado y consagrado.

Pio IV era de estatura regular, robusto, de cara ancha, ojos azules, algo desperejados, nariz grande y barba escasa. Estaba mas dispuesto al buen humor que á la gravedad severa que su dignidad exigia. Era tan feliz su memoria, que recitaba en alta voz y de prisa pasajes bastante largos de jurisprudencias, historiadores y poetas. Cuando queria, brillaba por su elocuencia, y asombraba por su experiencia en los negocios y su paciencia en los trabajos.

Añadiremos algunos detalles mas sobre las operaciones de este Pontífice. Por una constitucion aprobó el Index de los libros que el concilio habia prohibido, y sabia por qué los tales libros estaban prohibidos. Tres meses duró el trabajo á que se entregara para justificar á sus propios ojos esta aprobacion. Ya en 1548 se habia publicado un *Index* de libros prohibidos; pero no era ni auténtico, ni tenia la autoridad especial del Pontífice, por mas que hubiese sido compuesto por monseñor della Casa, nuncio del Papa en Venecia. El primero que atacó

el *Index* fué el abate de Saint-Cyrán ; luego vino Quesnel, y despues otros. Habiendo Roma prohibido sus libros, estos escritores trataron de vengarse por medio de injurias. Para confusion suya y justificacion de la Santa Sede, conviene recordar que Benedicto XIV, en su constitucion de 1753, establece que la sagrada congregacion del *Index* no condena el libro de ningun católico, sin que el autor ó un consultor lo defienda; pero no es necesario indicar aquí lo indulgente que es la Santa Sede en sus juicios, como tendremos ocasion de ver mas adelante.

Pio IV se dedicó con gran solicitud á la reforma del clero secular y regular, revocando las concesiones, privilegios y gracias contrarias á las disposiciones del concilio de Trento. Por medio de reiteradas constituciones obligó á los obispos á la residencia, condenó los beneficios *in confidenza*, esto es, con simonía, reformó diferentes tribunales de Roma en los que se habian introducido abusos, instituyó la fórmula ó profesion de fe que debian pronunciar los que fuesen promovidos á una cátedra en las escuelas públicas, y otra parecida profesion de fe impuesta á los que gozasen de beneficios eclesiásticos, segun se vé en el extracto que mas arriba hemos hecho de la célebre constitucion *Injunctum nobis apostolicæ sedis officium*.

A instancias de su sobrino, san Carlos Borromeo, instituyó un monasterio para las mujeres que habiendo llevado una vida desarreglada, quisiesen volver al camino de la virtud ; monasterio que fué levantado junto á la *Minerva*, y que se llamó *Casa-Pia*.

Poseemos particularmente tres medallas de Pio IV. Al rededor de la cabeza se lee : PIVS IV PONT. MAX. En dos medallas mas pequeñas y del principio del pontificado, la cabeza está descubierta. En una medalla de gran modelo y en cuya inscripcion se lee además AN. IV, la cabeza está cubierta con el gran capillo blanco.

La primera medalla tiene por epígrafe, INSTAVRATA. «*Restaurada.*» Algunas fortificaciones avanzadas, comunicando con el castillo por el lado del campo, están representadas con sus escarpas y contra-escarpas. Estas fortificaciones existen todavía, y estaban destinadas á proteger la *Cita Leonina* que hoy

está abierta por el lado de Roma y no tiene murallas sino en la parte mas inmediata á la puerta *Angélica*.

La segunda medalla presenta estas palabras al rededor del campo y en el reverso: MENDICIS IN PTOCHOTROPHIUM REDACTIS. «*A los mendigos recogidos en el edificio donde se mantiene á los pobres.*» Se atribuye esta medalla á Leon X, pero pertenece á Pio IV, que fué quien mandó edificar el asilo de mendicidad. Una mujer, la Beneficencia, segun parece, está rodeada de cuatro niños que le sonrien.

La tercera medalla lleva. DIVE (sic) CATHARINÆ (sic) TEMPLVM ANNO CHRISTI. En el exergo: M. D. LXI. «*Templo dedicado á santa Catalina el año de Cristo 1561.*» Esta iglesia existe todavía. El cardenal Rafael Cesio la habia empezado en medio de las ruinas del circo Flaminiano. Los últimos trabajos que la perfeccionaron se deben á Pio IV. La fachada es agradable y elegante; se llama Santa Catalina de los *Funari* (de los cordeleros). La santa Catalina del altar mayor, los santos apóstoles Pedro y Pablo y la Anunciacion que se vé encima, fueron ejecutados por Livio Agresti.

De Molinet habla de otras muchas medallas acuñadas en tiempo de Pio IV.

1.<sup>a</sup> HODIE IN TERRA CANVNT ANGELI. «*Hoy los ángeles cantan en la tierra.*» Adoracion; la Virgen rodeada de gloria, de rodillas; el niño Jesus acostado desnudo sobre un monton de paja; un pastor y dos reyes magos cerca de la Virgen; el asno y el buey. La composicion de esta pieza es ingeniosa y llena de gracia.

2.<sup>a</sup> PIO IIII. PONT. MAX. S. P. Q. BON. «*A Pio IV soberano pontifice, el pueblo y el senado boloneses.*» El Papa, con la tiara en la cabeza, sentado en su trono, con los piés sobre unas culebras, tiene una llave en la mano derecha y un libro en la izquierda.

3.<sup>a</sup> INDVLGENTIA PONT. «*Indulgencia pontificia.*» Alusion á la clemencia de Pio IV que perdonó á los romanos las injurias hechas á la memoria de Paulo IV. El Papa, con la tiara en la cabeza y sentado en el trono, perdona á algunos romanos que están arrodillados.

4.<sup>a</sup> TV AVTEM IDEM IPSE ES. «*Tu tambien eres el mismo.*» Dios

ha dicho de la fe: EADEM SEMPER EST. «Ella es siempre la misma.» Jesucristo, en una especie de templo, está de pié delante de algunos ancianos sentados y con libros en las manos. Es una alusion al concilio de Trento. La fe no cambia. Las opiniones de los herejes son nuevas, erróneas, fútiles y se parecen á las nubes y á las nieblas del otoño. Repito la explicacion que dá de Molinet, página 72.

5.<sup>a</sup> TVI SECTATOR. «Yo sigo tu ley.» Existia una moneda acuñada en Milan cuando Luis XII ocupaba esta ciudad. En el anverso veíase la cabeza del monarca con la diadema; en el reverso á san Ambrosio á caballo echando á los maniqueos, priscillianistas y herejes de la época. Supone el autor de la medalla que Pio IV dijo á san Ambrosio: «Yo soy tu ejemplo. En el concilio de Trento he combatido á los nuevos herejes, á los luteranos y á los calvinistas. Yo soy pues tui sectator.»

6.<sup>a</sup> INSTAVRATIO COLLEG. I. C. MEDIOL. «Establecimiento del colegio de jurisconsultos en Milan.» Pio IV habia estudiado leyes y recibido el título de doctor en Milan. Nombrado papa, restauró esta escuela y la concedió privilegios. Una figura (la Ciencia del derecho probablemente) está sentada delante del edificio. Tres jóvenes arrodillados le dan las gracias.

7.<sup>a</sup> PROVIDENTIA PONT. «La prevision del pontífice.» Una figura en pié tiene el cuerno de la abundancia; á su izquierda un monton de espigas.

8.<sup>a</sup> PORTA PIA. En el exergo: ROMA. «Puerta Pia. Roma.» La puerta Pia, con el escudo de los Médicis, entre dos torrecillas.

9.<sup>a</sup> Léese á la izquierda, en cuatro líneas (disposicion rara en numismática):

PIUS IIII. PONT. MAX. PORTAM.  
IN HANC AMPLITVDINEM EX-  
TVLIT. VIAM FLAMI-  
NIAM STRAVIT ANNO III.

«Pio IV, soberano pontífice, elevó esta puerta á esta altura. Reparó la via Flaminia el año III».

Trátase aqui de la puerta del *Popolo* de que hemos hablado mas arriba. La vía Flaminia debia su nombre á Cayo Flami-

nio, cónsul por segunda vez. Partia de Roma, atravesaba una parte de la Etruria y de la Ombria, hasta Rímíni. Su hijo la aumentó y condujo hasta Bolonia, y de allí á Aquilea por la vertiente de los Alpes.

El Papa, escoltado por sus cardenales, sale de Roma.

10. ANTIDOTVM VITÆ. «*El antidoto de la vida.*» Se dice que Pio IV dictó el epígrafe y el asunto de esta medalla dedicada á la Paciencia. Pio IV tenia disposicion á la viveza y tal vez á la cólera, y trataba de corregirse invocando la paciencia. Los antiguos daban por símbolo á esta virtud el *buey* y el *yugo*: la *paciencia cristiana* debe tener además la cruz, como en efecto tiene.

11. EXURGAT DEVS. «*Que Dios resucite.*» El sepulcro se entrea-bre; Jesucristo se eleva llevando una cruz en la mano. Asustados los guardias, huyen; uno de ellos ha caido desmayado. Por esta medalla el Papa conjura á Jesucristo para que aparezca y disipe de nuevo á sus enemigos.

Bonan ni habla además de las medallas siguientes :

1.<sup>a</sup> DESIDERIO DESIDERAMVS. «*Deseamos con vivo deseo.*» Una elueca rodeada de sus pollitos. Medalla acuñada para agradecer al Papa sus beneficios hácia los pobres. Estos habian deseado su eleccion, y él habia mandado construir un asilo para reunirles y colmarles de favores.

2.<sup>a</sup> HVMLIA RESP.CIT. «*Atiende á las cosas mas humildes.*» El cordero sobre el altar. Esta inscripcion está tomada del salmo 112, versículo 6, ó del salmo 137, versículo 6.

La Santa Sede estuvo vacante por espacio de veinte y ocho días.

## 329. San Pio V. 1566.

«No hay cosa de que no abuse la humana malicia para conseguir sus designios, sea ó no el mas sagrado ó respetable interés; y esto sucede principalmente cuando se trata de destruir la fe y de abatir la religion. Nos asedia una inmensa multitud de volúmenes que crecen cada dia, y que contienen una historia eclesiástica extensa ó suscita; mas ¿quién creería que con un proyecto tan piadoso é instructivo se trama una conspiracion contra la Iglesia, y que en una copa de oro, adornada de imágenes sagradas, se ofrece el veneno á la mayor parte de los fieles?»

Estas reflexiones del canónigo Muzzarelli, teólogo de la sagrada penitenciaria, que se encuentran en su hermosa obra *Il buon uso della lójica in materia di religione* no son aplicables á un libro publicado por el vizconde de Falloux, que se intitula: *Historia de San Pio V*, impresa en Angers. Al llegar al pontificado de este gran papa, debo de antemano manifestar lo muy obligado que estoy á este autor, uno de los que mas se aplican al estudio de los hechos. Al hablar de San Pio V contábanse tantos hechos desnaturalizados, que Falloux exclama sobre este punto: «M. de Maistre, que no era francés, no vaciló en decir: *la verdad necesita á la Francia*, y la Francia, á su vez, se lanzó en busca de la verdad.»

Lo que digo de M. de Falloux repito que nada tiene de comun con los libros denunciados por Muzzarelli; pues este joven y animoso escritor francés es uno de los que mas trabajan por la rehabilitacion del cristianismo y la inauguracion del movimiento reparador. Hé aquí como explica los primeros resultados de tan vasta empresa: «Los discípulos, siguiendo á los maestros, registraron los antiguos archivos de la historia y de la filosofía católica, desdeñados durante muchos años. El objeto de las calumnias mas habituales llegó á ser objeto de un imparcial exámen, y muy pronto de un respetuoso reconocimiento; y mas tarde la accion divina fué disipando de dia en

dia las nubes de lo *incógnito*. Roma, que habian creído reducir á un papel subalterno por la invasion de su territorio, recobró su primacia en todos los acontecimientos. El Soberano Pontífice está amenazado á la vez por todos los furores y todos los ardidés: se le acaricia para seducirle; le amenazan para abatirle; el leon dá vueltas, se arrastra ó ruje en torno suyo; pero todo es en vano; Pio VII permanece impasible; Napoleon sin fuerzas cayó antes que él (1). Las simples armas apostólicas, la oracion y la humildad, que habian derrotado á tantos Césares, han recobrado su antiguo temple; y Dios que habia ocultado sus misterios en esta lucha, quiere que todos los corazones estén iniciados en ella, quiere que consideremos en todos sus detalles este instructivo cumplimiento de la promesa infalible. »

El autor vá á proseguir su nueva tarea; seguirá á San Pio V en cada una de sus acciones, y derramará olas de verdades sobre una vida poco conocida, casi siempre calumniada, y que, mezclada con nuestros desastres políticos, parecia ser un motivo mas para atentar contra los papas, y hacer oír contra ellos palabras de maldicion y de horror, cuando, por el contrario, habian procurado dirigir á los pueblos por el camino de la sabiduría y de la prudencia, y hacer desistir á príncipes ambiciosos de una usurpacion culpable é imposible. Pueblos y príncipes, desconociendo una voz sucesivamente persuasiva y severa, entregáronse á excesos que inspiraron terror; pero la Santa Sede no faltó á sus difíciles deberes.

Haré justicia á los presentes tiempos. Sobre estas cuestiones, prohibidas durante mucho tiempo, ó por los hábitos de la lisonja, ó por el rutinario empleo de mil elementos alambicados, en posesion de referir la historia, seguianse opiniones establecidas. En 1572, los Guisas nada habian intentado contra sus reyes, el pueblo nada habia querido, todo lo habian hecho una mujer y algunos de sus hijos. Los que fueron

(1) Estoy preparando un apéndice á la historia de Pio VII, en el que se verá cuánto sufrió este pontífice, y por él será fácil convencerse que su valor era propio, que luego le añadió el de los demás; pero que, particularmente, en los primeros ataques resistió *solo*, no pidiendo apoyo mas que á Dios, que no se lo negaba.

víctimas nada tenían que reprocharse; no abandonaban la religión de sus padres, no soñaban una república fantástica. Todo era bien sabido, bien aprendido, bien repetido; los futuros historiadores no tenían que hacer mas que copiar lo recogido para ellos. Un siglo ignorante y sin libertad lo habia enseñado todo, y decíase incapaz de alterar los hechos; los culpables estaban en Roma.

Roma era quien lo habia echado á perder todo en la vida política; así se lo decían en verso, en prosa, en folletos, en anales; y si contestaba, los Apeninos no dejaban pasar la respuesta.

Procurémos ya, con ayuda de generosos paladines franceses é italianos, decir toda la verdad, en cuanto alcancen nuestras humildes facultades; oigamos con paciencia á todos los testigos en este nuevo tribunal. Hacia nosotros han llegado, no á poca costa de tiempo y hasta de sangre; no todos los sentimientos son uniformes, pero reina una curiosidad general. Dígnense á lo menos oír lo que es nuevo; ¿de qué sirve la paz si con la facilidad mas rápida de las comunicaciones para las modas, para los escritos fútiles, piezas dramáticas de poco valor, no acabamos por obtener la franca propagacion de las ideas sobre las cuales pueden y deben estar basadas la dicha de los hombres, la brillante luz de la verdad augusta, la justicia para todos? Veamos si el que debe enseñar la moral faltó, y seamos mas circunspectos si fué constantemente lo que debe ser, firme propagador del bien, constante adversario del mal, y si el pontífice de entonces manejó con hábil mano el timon del buque confiado á su vigilancia y á su valor.

La vida de san Pio V vá á surgir despues de lo que acabamos de reseñar. Reconozcamos lo que encontró en los ejemplos de Gregorio VII y de Alejandro III, y lo que añadió él mismo, como actos particulares de su carácter, á las lecciones que el pontificado habia recibido de estos grandes modelos.

San Pio V, llamado al principio Miguel Ghislieri, nació en Bosco, cerca de Tortoni, de Pablo Ghislieri y de Dominga Angeria. Su familia era distinguida en Bolonia, por mas que hubiese caído en la pobreza. Fundado en esto último, de Thou dá á entender que Miguel era de baja condicion; pero son

equivocados los informes de este escritor. Según Jacobilli, que escribió la vida del santo, se cree que descendía de Ghislieri de Constantinopla, cuyos hijos se establecieron en Roma, en Perugia, y en muchas otras ciudades de la península ausonense. Por otra parte, Pompeyo Scipion Dolfi, autor de la cronología de la casas nobles de Florencia, asegura que en tiempo de Eugenio IV, 1445, esta familia fué desterrada de Bolonia, donde gozaba de títulos de nobleza, y que Tomas Ghislieri se salvó en Vicenza; Francisco Ghislieri, en Ferrara, y Lippo Ghislieri, en Bosco. Tenia este último un hijo llamado Antonio, que fué el abuelo de Miguel. Nació éste en 17 de enero de 1540; sus padres le dieron una educacion piadosa y le destinaron á la carrera eclesiástica. A la edad de 14 años tomó el hábito de Santo Domingo, en el convento de Vigevano, y en 1519, aunque tan jóven, hizo su profesion, cosa permitida en aquel tiempo. Sus superiores le enviaron al colegio de Bolonia á estudiar teología, y luego á Génova para recibir el orden sacerdotal. Obligado á enseñar un curso de filosofía, pasó á un convento de Pavía, donde brilló por sus conocimientos teológicos, y del cual fué profesor durante diez y seis años, con gran satisfaccion de sus jefes. En 1543 le enviaron al capítulo de su provincia, que residia en Parma, donde sostuvo *conclusiones* públicas. Elegido sucesivamente superior en varias residencias, gobernaba, dice Novaes, á sus hermanos, con tanta virtud como dulzura.

La congregacion de la suprema Inquisicion, en Roma, le envió á Coira, país de los grisonos, con encargo de decidir algunas cuestiones.

En 1551, Julio II nombróle comisario general de la congregacion, por recomendacion del cardenal Carafa, quien, siendo papa con el nombre de Paulo IV, instituyó á Miguel, en 1556, á pesar de su repugnancia, obispo de Sutri y Nepi.

Finalmente, este pontífice le creó cardenal del título de *Santa Maria de la Minerva*, en 15 de marzo de 1557. Al mismo tiempo Miguel fué nombrado supremo inquisidor perpétuo, oficio reservado solamente al papa y que parecia un augurio anunciador del pontificado. Mas tarde, el cardenal Miguel dejó el obispado de Sutri para pasar al de Mondovi, en el Piamonte.

Acabamos de referir hechos que nos han sido trasmitidos por autores italianos; ahora hablaré de los que debemos al libro de M. de Falloux, los cuales probarán que nuestras miras en la composicion de nuestras historias son siempre las mismas, menos en algunos puntos que indicaré.

Despues de haber hablado de la infancia de Miguel, M. de Falloux añade: «Pródigos dispensadores de su influencia temporal, Julio II y Leon X parecieron los herederos del Imperio (Constantinopla) que acababa de caer, mas bien que los sucesores de Pedro en el pontificado. Una emulacion profana, dividiendo las escuelas, servia de preludio á las pasiones del espíritu de secta. En la víspera de las hostilidades entre la razon individual y la autoridad revelada, cruzábanse en el vacío las controversias gramaticales y los carteles científicos: Platon vino á atacar á Aristóteles en el seno de las universidades; Pico de la Mirándola destronaba á los Padres de la Iglesia, cuya latinidad fué reputada bárbara; la erudicion mitológica invadia la misma ciencia teológica, en grave daño de la sencillez católica; ya no se oia en los púlpitos mas que una elocuencia ciceroniana; las procesiones populares de las grandes cofradías de la edad media eran eclipsadas por los triunfos del Capitolio, donde se coronaba al Ariosto (1).

«En la misma casa del Señor su nombre se disfrazaba á menudo con el nombre de Júpiter; y no era raro que Diana la Casta fuese comparada á la Virgen María.

«Dicen algunos, que Julio II habia escogido su nombre en conmemoracion de Julio César, á quien se parecia por los designios ambiciosos y cuyo casco pareció ceñirse para oponerle á la corona imperial. Leon X reemplazó este impulso bélico con un impulso magnífico, pero no menos mundano y no menos extraño á las antiguas tradiciones de la Santa Sede. En tiempo de Julio II, Roma fué trasformada en un arsenal;

(1) Petrarca fué coronado en el Capitolio en tiempo de Benedicto XII, que reinaba en Aviñon. En tiempo de Leon X, el Ariosto no fué coronado; es cierto que hubo un bufon llamado Barabello que fué conducido al Capitolio montado en un elefante, pero cayó antes de llegar. En 1595, cuando Clemente VIII, se preparó un triunfo al Tasso, pero el poeta murió antes de la coronacion.

en tiempo de Leon X, en panteon. Las academias sucedieron á los consejos de guerra; el Vaticano asombrado podia apenas conocer á sus nuevos habitantes, arqueros cubiertos de armas, ó artistas muellemente vestidos de seda y terciopelo.»

No proseguiré: lo hermoso del estilo no ha de cegarme sobre un no sé qué de injusto que encuentro en esta descripcion magnífica.

He elogiado los monógrafos, he dicho cuán útiles eran para ayudar á los historiadores; pero, despues de haber encomiado los primeros, preciso es advertir á los últimos que aquellos no deben ser admitidos siempre con igual confianza. No repetiremos dos veces el reproche que vamos á hacer; pero lo indicaremos una vez siquiera. Parece que un biógrafo, en su monografía, no se cuida mas que de su héroe; los predecesores y los sucesores le importan poco; no tiene mas que un objeto, no inciensa mas que á un ídolo. El historiador que ha abarcado la série entera de los anales puede adoptar de paso una acusacion severa, venga de donde venga, pero además del cuadro de los actos de uno solo, tiene que cumplir un deber con todos. Cada uno puede recibir la reconvencion merecida; sin embargo, la admiracion por una magnífica vida de grandeza no debe interponerse á costa de los papas inmediatos que, en su época, cumplieron como quienes eran. No por esto dejo de hacer justicia á trabajos generalmente completos que clavan con regularidad los piquetes, y que guian á aquél á quien el tiempo de detenerse amenudo le ha sido negado por la misma índole de su empresa (1).

Seguiremos ahora á Novaes que, como nosotros, se ve obligado á andar, y que pasa tan rapidamente como puede por los hechos principales del pontificado.

Despues de los funerales de Pio IV, cincuenta electores entraron en el cónclave para dar un sucesor al pontífice difunto. Spinello Benci, en la historia de Monte-Pulciano, dice que el cardenal Angel Nicolini habria sido este sucesor. Se habia hablado de esto; pero era tan amigo de Cosme, gran duque de

(1) Mr. de Falloux tiene demasiado talento y buen gusto, y es demasiado generoso para no perdonarnos esta observacion, que creemos fundada, y que en nuestro lugar él mismo se hubiera permitido.

Toscana, que esta circunstancia impidió su elección. Pensóse en seguida en el cardenal Ricci, y mas tarde parecía que la elección debía recaer en el cardenal Morone, que deseaba que fuese elegido el cardenal Borromeo. Agitáronse sus enemigos, Morone fué excluido, y rechazado Borromeo, votó por los cardenales Sirlet y Buoncompagni. Las dificultades aumentaron, hasta que los cardenales Altemps y Farnesio se reunieron en favor del cardenal Alejandrino. Así llamaban á Miguel Ghislieri porque habia nacido en Bosco, en las dependencias de Alejandría della Paglia, y porque el provincial de Miguel le habia dado este nombre siendo monje.

Algunos electores hicieron presente á Borromeo que Alejandrino era sobrino de Paulo IV, que era de temer una reacción contra el castigo impuesto á los Carafa por este pontífice, y que tal vez Ghislieri perseguiría á la familia de Pio IV.

Pero el gran Borromeo en negocio de tan alta importancia no se dejaba guiar por las reflexiones humanas.

Este digno hijo de la Iglesia solo atendia al servicio de Dios y á la gloria de la Santa Sede, de modo que se declaró en favor de Alejandrino, y no se dejó hasta haber convertido á esta opinion á todos los cardenales de su numeroso partido, y luego á los de los partidos contrarios. Advertido Alejandrino, resistió aun á las súplicas de sus amigos. «Para que esta elección fuese válida, dice Falloux, era preciso que el elegido manifestase su consentimiento, y que pareciese dispuesto á pronunciar las palabras solemnes de la aceptación. Este esfuerzo no se obtuvo sin nuevas demostraciones de su horror y de las protestas de su indignidad, acompañadas de abundantes lágrimas.» Finalmente, el cardenal Miguel fué elegido pontífice el dia 7 de enero de 1566.

Para manifestarse agradecido hácia Carlos y honrar la memoria del tío de este santo, en vez de tomar el nombre de Paulo, que naturalmente se presentaba, tomó el de Pio V. Tal vez habria sido preferido el de Miguel, pero san Carlos observó que este nombre era insólito. Sin embargo, no todo habia concluido: Ghislieri parecia abismado en un estupor que le tenia inmóvil; su boca habia dado el consentimiento, pero su corazón, su espíritu, su piedad, su modestia, su hu-

mildad natural, nada habian dicho. Se le preguntó la causa de este silencio, y contestó: « En nuestro convento de dominicos en donde vivíamos entregados á Dios y ocupados en nuestra salvacion, habiamos esperado firmemente salvarnos; pero nombrado obispo y cardenal, empezamos á temer, y hoy que nos han elegido papa, desesperamos de nuestra salvacion. »

En 17 de enero, dia en que cumplia 62 años, se procedió á las ceremonias de costumbre: en la fiesta de la coronacion no permitió que se echase dinero al pueblo, porque se habian deplorado algunas desgracias en tiempo de Pio IV y habian sido aplastados varios niños y mujeres; pero mandó que el dinero fuese distribuido á domicilio á los pobres de las parroquias, habiéndolo percibido de este modo mas de una persona noble conocida como indigente.

Habiendo sabido Pio V que los romanos mostrábanse poco contentos de su eleccion, porque temian que fuese demasiado severo, exclamó: « Confiamos en Dios, y esperamos que nuestro pontificado será tal, que los pueblos sentirán, á nuestra muerte, mayor desazon que la que han tenido á nuestro advenimiento. »

El dia 27 de enero fué en litera á tomar posesion de San Juan de Letran, y al pasar por delante de la iglesia de *Jesus*, como viera á san Francisco de Borja, general de la compañía, que con sus religiosos le aguardaba á la puerta de la iglesia para recibir la bendicion, mandó detener la cavalgada, llamó á Borja y conversó con él durante mas de un cuarto de hora, dirigiéndole para su orden las mas lisonjeras felicitaciones, y elogiando al mismo general que habia abandonado las mundanas grandezas para abrazar una vida de sacrificios, de dolor: una vida que las mas de las veces solo conducia al martirio.

A estas primeras pruebas de piedad, añadió el Pontífice actos de magnificencia, y los romanos empezaron á esperar que el pontificado sería glorioso.

Ochenta mil escudos fueron repartidos á treinta cardenales pobres, doscientos á cada auditor de la Rota, cincuenta mil al duque de Altemps para el dote de su esposa, hermana de san Carlos Borromeo, y que Pio IV, antes de su muerte,

habia prometido. Este último hecho de generosidad lo refiere Gabuzzi en la *Vida de Pio V.*

Para manifestar su gratitud á su bienhechor Paulo IV, Pio V le mandó levantar un sepulcro en la iglesia de la *Minerva*; luego restituyó á los príncipes de la familia Carafa, despues de oír al sacro colegio, los bienes y honores de que habian sido privados en tiempo de Pio IV; finalmente, concedió la púrpura á Antonio Carafa, hijo de Reinaldo Carafa, que habia sido comprendido en la desgracia de la familia.

El dia 6 de junio de 1566, el Papa escribió una carta de puño propio á la reina de Escocia, María Stuart, consolándola de las tribulaciones que padecía por parte de la reina Isabel; y al mismo tiempo mandaba entregar á la augusta cautiva una suma de veinte mil escudos de oro, con promesa de ofrecerle mas, si se presentaba ocasion favorable. Existe un libro notable, publicado en 1625 en Londres: es una nomenclatura, en dos volúmenes, de todos los autores que han escrito sobre las desgracias de María Stuart. Este libro fué compuesto por Samuel Jebb.

Atormentado el pueblo romano, en el mes de agosto, por los rigores de un contagio que hacia muchas víctimas, el Papa en persona fué á visitar á los enfermos, dióles medicinas y repartió socorros en dinero.

Presentóse una circunstancia en que Pio quiso manifestar su horror al nepotismo. Preso por unos corsarios turcos Pablo Ghislieri, su tio, el papa le rescató, le hizo entrar en Roma con su traje de esclavo, y le dió un empleo de cien escudos de renta y un caballo para que se fuese á su patria. Pablo llevaba encargo de decir á sus demás parientes que el Papa no les daría los bienes de la Iglesia. Sin embargo, Pio, mas tarde, vuelto á otras opiniones, modificó su primer pensamiento. Llamó á Pablo á Roma, y le dijo: « Como sois persona digna de aprecio y la Santa Sede puede emplearos, os nombramos gobernador de Borgo y capitán de nuestra guardia. » Por desgracia Pablo Ghislieri, en este importante destino, llevado por el ardor de los años, cometió una falta y trató de hacerse absolver por medio de una mentira. Entonces el Papa le retiró su empleo, y llamándole á sus aposentos donde habian

encendido un cirio, le dijo: « Saldreis de Roma y del Estado pontificio antes que esta luz se haya extinguido. »

Sin embargo, Pablo dejaba en la miseria á cinco hijos de corta edad; el Papa remedió sus necesidades y permitió tacitamente que Bonelli de Bosco, que se habia casado con una hermana del cardenal Alejandrino, recibiese de un príncipe extranjero beneficios que le elevaron á una posicion muy distinguida. En una palabra, Pio amaba á sus parientes, queria hacerles felices, pero queria tambien que fuesen virtuosos, delicados, sin fausto, y que no obtuviesen generalmente mas que los favores de que podian ser dignos. Hé aqui el único nepotismo permitido.

Pio V trabajaba tambien en la publicacion de sábios reglamentos sobre la disciplina, y para conseguir mas fácilmente su objeto, exhortó á los obispos de toda la cristiandad á que observáran los decretos del santo concilio de Trento, y á que reformáran sus iglesias, de lo cual dió el primer ejemplo reformando su corte. Proveyó los tribunales de jueces conocidos por su probidad, declarando publicamente que solo se concederian los cargos al mérito y á la virtud, y no al favor y á la intriga. Los obispos que poseian beneficios con cura de almas, debian obedecer las leyes de la residencia, segun las del concilio; los prelados debian partir dentro de un mes, ó renunciar á sus beneficios. Algunos obispos perdieron los que gozaban por no haber obedecido á lo mandado.

Para conformarse con los decretos del concilio de Trento, Pio mandó demoler las tumbas levantadas en varias iglesias, mandando que los cadáveres fuesen puestos debajo de tierra ó enterrados en los cementerios. Ya los antiguos romanos, para que el mal olor no corrompiese el aire, prohibieron, por la ley de las doce Tablas, que los cadáveres fuesen enterrados en las ciudades, menos los de los personajes que habian triunfado. Esta ley, que cayó en desuso, fué renovada por Teodorico, rey de Italia, y mas tarde anulada por el emperador Leon, llamado el Filósofo.

Los alemanes, autorizados por Pio IV, comulgaban bajo las dos especies; pero Pio V revocó la autorizacion en la que

los protestantes habian creido ver una diferencia para las novedades que trataban de establecer.

Bonifacio VIII, por una constitucion que el concilio de Trento acababa de confirmar en su sesion décima quinta, capítulo V, habia mandado la clausura para las religiosas consagradas, con la solemne profesion de los tres votos; pero esta clausura en tiempo de Pio V no se observaba rigurosamente bajo diversos pretextos. El Papa mandó, so pena de excomunion mayor, que no se permitiese salir del claustro á las religiosas, escepto en casos de incendio, de lepra y de peste; pero al cesar estas causas, era preciso que las religiosas volbiesen al monasterio. La bula *Regularium personarum* prohibió tambien que bajo pretexto alguno entrase una religiosa en un convento de frailes, y que estos entrasen en un convento de religiosas. Unicamente los obispos podian, segun la costumbre, dar permiso para ello.

Se habia concedido algunas veces á los sacerdotes latinos la facultad de celebrar los divinos oficios segun el rito griego, y á los griegos la facultad de celebrarlos en latin: Pio V revocó estas concesiones.

Los holandeses se habian rebelado contra la Iglesia y Felipe II, su legítimo monarca; el Santo Padre, á fin de promover en los flamencos el sentimiento de fidelidad á la Iglesia y al soberano, fué, dice Oldoin, el primer pontífice que introdujo el uso de medallas benditas y concedió indulgencias á los que las llevasen. Al mismo tiempo, el Papa animó al duque de Alba, que habia ganado algunas victorias á los *pordioseros*, nombre que segun de Thou habian tomado los calvinistas en Flandes, y le envió en clase de regalo *lo stocco* (la espada) y el *berettone* (especie de sombrero ancho cubierto de adornos) que habian sido bendecidos, con varias ceremonias durante la noche de Navidad.

No se sabe exactamente cual es el origen del envío de esta espada y de este sombrero, que mas tarde fueron dados frecuentemente, segun dice Novaes, á los generales que habian merecido bien de la Santa Sede. Algunos autores piensan que es uno de los usos mas antiguos de la Iglesia; otros pretenden que es moderno. El padre Teófilo Reynaud, de la compa-

ñía de Jesus, hace merito de otras opiniones en su *Tractatus de Pileo, cæterisque capitibus tegminibus, tam sacris quam profanis.* « *Tratado del Pileo y otros sombreros, así sagrados como profanos.* »

Los monte-píos habian sido instituidos por Bernabé de Termini, hermano mínimo, con objeto de destruir la usura de los judíos y sustraer á las clases pobres de las exacciones de estos. El primer monte-pío debió su origen á Paulo III, y en 1559 (véase la bula *Inter multiplices*), Pio V completó sus medidas de precaucion contra el judaísmo, concediendo un señalado favor al desenvolvimiento de estas funciones caritativas.

Considerando tambien que en muchas clases, entre los pueblos cristianos, la falta de instruccion era el origen principal de los desórdenes que afligian á la Iglesia, instituyó la cofradía de la *Doctrina cristiana*, cuyos miembros obligábanse á explicar el catecismo á los niños todos los domingos y dias festivos en ciertas y determinadas iglesias. Viendo luego el gran fruto que de estas instrucciones reportaba el pueblo, concedió indulgencias á los que iban á instruirse y á los que ejercian esta caridad. Una bula, la ciento treinta y siete, exhortó por último á todos los patriarcas, arzobispos, obispos y prelados á establecer la misma cofradía de la *Doctrina cristiana* en todas las iglesias de sus diócesis ó dependencias (Véase á M. de Falloux).

La isla de Malta yacía en la mas deplorable miseria desde el sitio mandado por Soliman. Habiendo sabido los caballeros que el emperador hacia nuevos aprestos, pensaban en abandonar la isla, único baluarte de Italia contra los infieles, y refugiarse en Sicilia. Para que desistiera de esta idea, el Papa mandó al gran maestre tres mil soldados, mantenidos á expensas suyas: un nuncio debia llevarle al mismo tiempo quince mil escudos de oro, y prometer treinta y cinco mil, que serian pagados antes de siete meses. El Papa expidió tambien, en 22 de marzo de 1566, un breve en el que aseguraba que ni de su propia sangre andaria avaro para honra de Dios y salvacion de los habitantes de Malta. Pidió al propio tiempo socorros á Francia; mandó perseguir en Roma á los agentes infieles que defraudaron sumas pertenecientes al Estado, y con estos socorros se pudo empezar á construir la nueva ciudad, que fué llamada *citè la Vallette*, del nombre del gran maestre, ciudadela

que ha llegado á ser una de las fortalezas mas formidables del mundo.

« Al mostrarse tan solícito por la isla que de nuevo debia rechazar á los turcos, no olvidaba Pio V los peligros que corrían los Estados eclesiásticos, y para evitarlos, creyó de su deber trasladarse personalmente á Ancona. Podían los infieles atacar por el mar Adriático como por el Mediterráneo, por lo tanto era preciso prever las varias probabilidades en una guerra tan importante. El duque de Bracciano fué nombrado general de los ejércitos del Estado pontificio, y recibió el estandarte de la santa Iglesia.

Muy pronto regresó á Roma el Papa: no tardó en conocer parte de los proyectos de Soliman. Este emperador se habia apoderado de repente por traicion de la isla de Scio, mientras celebraban la fiesta del dia de Pascua los cristianos, todos los cuales fueron degollados. Pio V congregó un consistorio para noticiar este desastre á los cardenales, y su alocucion fué interrumpida por sollozos. Cartas partieron para todas las cortes fieles de la cristiandad, enviáronse sumas para rescatar á los hijos de la célebre familia Justiniani. Carlos IX, que tenia un embajador en Constantinopla, leyó con emocion las cartas del Papa, y los jóvenes Justiniani, libertados á petición de Carlos, fueron á Roma para rogar al Pontífice que diera gracias al rey.

El gran movimiento de los negocios vá á ser trasladado ahora á Alemania. Al llegar á este punto de su noble tarea, M. de Falloux explica elocuentemente el estado de cosas de este país. Reconócese en ese cuadro el sentimiento que nos animó á nosotros al tener que hablar de los estragos de la doctrina de Lutero. Permítaseme citar aquí el principio del capítulo VIII de la obra del mentado escritor:

« En tanto que la Iglesia luchaba con la barbarie, marchaba á la vanguardia de la cristiandad, ¿ qué socorro le ofrecia en esta lucha el imperio germánico?

« Se hace indispensable sondear la llaga que destrozaba el seno de la Alemania.

« Lutero, sobrecogiendo al mundo con el ruido de sus clamores ó con lo extraño de su audacia, infamando al que tra-

taba de contradecirle, comenzó por atraerse todas las miradas y por asaltar los espíritus mas fáciles de ser sorprendidos. Juan Hus, su predecesor en rebelion, habia muerto en la hoguera, hacia mas de un siglo. Lutero, no dejó de aprovechar esta leccion. No asoció, como el tenaz bohemio, su causa á la de los oprimidos, y no se propuso combatir la avaricia ó la tiranía de los grandes; al contrario, toda la violencia que desplegaba contra el Papa y los papistas, volviase en adulaciones no menos groseras á los príncipes y barones, y cuando se veía reducido á buscar un refugio, las murallas de Wartburgo le parecian preferibles á la cabaña del pobre que hubiese acogido á los apóstoles.

«Armado de la rodela temporal, entró valerosamente en su vía definitiva. Anunció que el único medio de poner término á los desórdenes del claustro y á las debilidades del sacerdocio, era abolir el sacerdocio y el claustro; y para que se apreciaran mejor estas máximas, dió al primer ocupante los despojos de los monasterios, el oro ó el cobre de los tabernáculos. Autorizando, en seguida, con su ejemplo el doble sacrilegio en el matrimonio, libró de todo freno las pasiones ajenas, sancionando la bigamia del langrave de Hesse.

«...Al morir Lutero, su funesta herencia fué ávidamente dividida entre sus lugar-tenientes, armados invariablemente unos contra otros (1), y de dia en dia fué alterándose mas y mas la fe en los corazones entregados á todos los tumultos de la anarquía.

«Los hombres de temperamento menos inquieto que el de Lutero, Melanchthon, Teodoro de Beze, procuraron una especie de mediacion; pero estas veleidades conciliadoras, hundidas muy pronto en el fondo de sus pechos, no se exhalaban mas que en gemidos: «Veo á los nuestros, escribia Teodoro de Beze á un amigo, errar á merced de cualquiera viento de doc-

(1) Mr. de Falloux define muy bien estas variaciones que acabaron por darnos la victoria. Los sacramentarios nacieron de los luteranos, los anabaptistas de los sacramentarios, y los siniestros recuerdos de Munster torturaron la inquieta agonia del reformador. Nosotros permanecemos católicos, católicos son los que nos han sucedido, y no son nuestras filas las que hoy dejan de engrosarse.



tero, despues canónigo de Constanza, vendió su beneficio para casarse, y mas tarde volvió á su patria para fundar un nuevo cisma. Zurich, Berna, Basilea y Schaffouse le siguieron: los cantones se dividieron y corrieron á las armas. «Es preciso apagar el fuego por medio de sangre» exclamó Zwingle recobrando su antiguo oficio, y murió en un combate. Su doctrina habia tenido tiempo de enjendrar fanáticos. Las ejecuciones jurídicas sucedieron á las asonadas populares. Habiendo tratado Gentilis de dogmatizar á su vez el baillío reformado de Berna mandó prenderle y le hizo cortar la cabeza en la plaza pública.

«En Ginebra Calvino asistia personalmente al suplicio de Miguel Servet.

«Federico III. conde palatino del Rin, abraza el calvinismo y lo sostiene con ardor.

«Guillermo, duque de Brunswick, hijo del duque Ernesto, habia entrado en la liga de Smalkalde, y mantenia todos sus errores.

«Carlostadt ( amigo de Lutero ) encendió la guerra en Sajonia.

«La Prusia dividiase entre el margrave Joaquin de Brandeburgo y el duque Alberto, ambos de la misma casa, y ambos protestantes. La Prusia habia permanecido mucho mas tiempo que las otras comarcas alemanas en el estado bárbaro, y era deudora á la Santa Sede de las luces de la civilizacion. Los caballeros teutónicos, echados de Siria por los sarracenos habian pedido á los soberanos pontífices un asilo que estos les señalaron en Culm y en Koenigsberg.

«Esta milicia cristiana, echada expresamente en medio de poblaciones salvajes, no tardó en subyugarlas por la superioridad de costumbres, al mismo tiempo que por la de las armas. Los caballeros dominaron muy pronto como monarcas en casi toda la Prusia. El título de gran maestro era tenido en honra entre las familias mas ilustres de Alemania y los príncipes de sangre real.

«Mientras que la órden teutónica halló bárbaros que combatir, provincias que someter, no se mostró menos noble que su mision; mas cuando los caballeros gozaron solo de un poder

secundario y de inmensas riquezas, todos los desórdenes de la molicie vinieron á asaltar sus corazones y á empañar su fé. El levantamiento luterano presentaba ocasion de sacudir el yugo, bien que dudoso y lejano, de los soberanos pontífices, y aprovecharon esta ocasion. Alberto de Brandeburgo, á la sazón gran maestro, estipulando, á expensas de la órden, el salario de su felonía, firmó en 8 de abril de 1526, con su tío, el rey de Polonia, un tratado por el cual se hacia reconocer duque hereditario de todos los dominios de la órden teutónica, menos de las ciudades abandonadas á la codicia de los polacos, á quienes prestaron socorro para la ejecucion de sus cláusulas. Dejó el hábito de la órden, despojó de sus privilegios á los caballeros que le habian elevado al mando supremo, y echó á los católicos de sus nuevos Estados. Murió Alberto muy entrado en años, y le sucedió su hijo Alberto Federico. La órden se habia refugiado en Franconia, y Jorge Hund de Wenckheim, gran maestro al advenimiento de Pio V, hacia resonar vanamente las dietas germánicas con incesantes protestas.

«En el norte, Suecia y Dinamarca habian visto perecer la Iglesia católica bajo atroces persecuciones. Gustavo Wasa, despues de haber librado á su país de la tiranía de Cristian II, congregó en Orebro, en 1529, un concilio nacional en el que hizo abolir el catolicismo y adoptar la confesion de Augsburgo. Juan III, su hijo y sucesor, casó con una hija de Segismundo, rey de Polonia, y tomó por ministro favorito á un francés llamado La Gardie. Estas dos influencias le acercaron al atiguo culto, y dejó entrever intenciones favorables á su restablecimiento; pero la muerte de la reina y el naufragio de La Gardie, al volver de un viaje á Roma, hicieron infructuosos estos primeros esfuerzos, y arrebataron á los católicos su último apoyo en el reino.

«Federico II, rey de Dinamarca, duque de Holstein, nieto del feroz Cristian, habia encontrado el luteranismo establecido en sus Estados, y lo mantuvo en ellos.

«Ivan IV reinaba en Rusia desde el año 1534. Fué el primer soberano de aquel vasto imperio que cambió el nombre de duque, príncipe ó gran duque de Moscovia por el título de tzar ó czar (palabra derivada de César): habia sometido el rei-

no de Astracán, dominado á los tártaros del Kasan, y llegado á las fronteras de los polacos. Dejando entrever algunos deseos de reunirse á la Santa Sede, habia atraído y recibido en Moscou al célebre padre Possevin; pero su instinto de despota no pudo someterse á las leyes de la Iglesia, y murió sin realizar ninguna de las esperanzas que habia hecho concebir. Se casó siete veces, y puede juzgarse por un solo rasgo del estado de aquel país, sustraído á la autoridad del soberano Pontífice.

«Tal era el cuadro del norte de Europa en 1566.»

Los nuncios de Pio V dabanle cuenta de sus observaciones, y vió que debia dar cuanto antes socorros al emperador, rodeado de tantos peligros, ya de parte de los turcos, ya de parte de los luteranos. En consecuencia, el solícito Pontífice publicó un jubileo, instituyó la oracion de las cuarenta horas, estimuló á los fieles al cumplimiento de sus deberes, y concedió indulgencia plenaria á cuantos, despues de haber confesado y comulgado, dirigiesen á Dios fervientes súplicas en favor del emperador.

En medio de los calores mas grandes de la estacion, el Papa celebró misa en San Marcos el dia de la inauguracion de las cuarenta horas, y dió públicas señales de una devocion que no se habia visto desde hacia trescientos años, empezando por ir á pié á San Juan de Letran, el dia siguiente á Santa María la Mayor, y el tercero á la iglesia de Araceli, la principal de los hermanos mínimos observantes. Súpose algun tiempo despues que hallándose Soliman en el sitio de Sighet, plaza de los confines de la Croacia y de la Hungría, habia dado una batalla en la que perdiera treinta mil hombres, muriendo despues de repente, antes que la plaza hubiese sido tomada.

La Francia estaba agitada por las herejías de los hugonotes (1), y Pio V sentia por ello un vivo dolor. Resolvió entonces el Papa enviar á París, como nuncio apostólico, á Miguel

(1) Traslado aquí una nota de Novaes (VII, 205): «Llamábanse así en Francia los herejes calvinistas; no se sabe precisamente el origen de este nombre. Creen algunos que se deriva del de una de las puertas de la ciudad de Tours, llamada puerta del rey Ugon, en cuyo punto celebraban sus asambleas los calvinistas. Otros autores dicen que cada

Tuvriani, obispo de Ceneda, mas tarde cardenal, con encargo de exhortar al soberano y á la reina Catalina á que se mostrasen constantes en la religion católica, que habia visto debilitarse su autoridad en muchos países, y á que contuvieran en el deber al cardenal Odet de Chatillon, excomulgado por Pio IV en pleno consistorio.

Para asegurar á Aviñon y al Estado venesino contra las pretensiones de los herejes, envió socorros, dinero y municiones. El cardenal de Armagnac, gobernador del Condado, recibió orden de redoblar la vigilancia y de no perdonar medio de ponerse en defensa contra toda clase de enemigos. Al mismo tiempo el conde de Santa Fiora partió con tropas para mantener en todos aquellos países la autoridad de la Santa Sede.

Ya el tesoro pontificio habia socorrido á Malta, al emperador, á la misma Francia, al condado de Aviñon y á la Hungría: el Papa no tardó en reunir nuevas sumas para dirigirlas en porciones convenientes á cada uno de aquellos países. Despues, habiendo vencido el rey de Francia á sus enemigos en Jarnac y en Moncontour, envió al Papa doce estandartes tomados al enemigo. Véase á Maffei, Gabuzzi y de Sponde.

Pio V aprovechaba todas las ocasiones de sostener la dignidad del poder romano; por este motivo publicó su constitucion treinta y cinco, *Admonet nos*, que fué firmada por treinta y nueve cardenales reunidos en consistorio, y confirmada despues por Gregorio XIII, Sixto V, Gregorio XIV, Clemente VIII y Paulo V. En esta bula está prohibido dar en feudo ciudad alguna en el Estado eclesiástico, ó en vitalicio, ó hasta la tercera generacion, y consentir cláusulas que lleven consigo enajenacion. Se mandó que cada cardenal, al recibir el capelo, ó antes de entrar en el cónclave para elegir el pontí-

ficado de Francia, (se podría decir cada ciudad de cualquier país, sin especificar la Francia) tiene un nombre particular de fantasma (*di fantasma*) por el cual se hacia miedo á los niños y á las mujeres, á quienes se decia que el rey Ugon cabalgaba durante la noche al rededor de las murallas y se llevaba á los que encontraba. De aqui naceria el nombre de hugonotes, porque los calvinistas recorrian las cercanías de las murallas.

efice, juraría no admitir jamás la derogacion de esta bula, y negaría su consentimiento á la dispensa otorgada acerca de este punto.

El Papa atrevióse á empeñar á los pontífices futuros á jurar la conservacion y confirmacion de esta bula, desde el momento en que llegasen al pontificado, debiendo declarar que cuidarían de que fuese ejecutada de la manera mas completa.

Efectivamente, Gregorio XIII, no solo juró públicamente mantener esta bula, sino que quiso ratificarla en 1581; y tal es el poder de una determinacion justa, eficaz, amiga del órden y del derecho, y firmada por muchos, que todos los cardenales prestaron simultáneamente el mismo juramento con espontaneidad, y despues de haber cumplido las ceremonias mas solemnes á este objeto.

Para establecer en el Estado una incontestable homogeneidad, Pio confirmó todas las constituciones dadas por sus predecesores Pio II, Paulo II, Sixto IV, Julio II, Leon X, Clemente VII y Pio IV, relativas á las persecuciones dispuestas contra los asesinos en caminos públicos, y á las reglas de una severa policia. Los cómplices de los sicarios eran tambien entregados á la animadversión general.

Al mismo tiempo firmó el Papa tratados de extradicion con los gobiernos de Nápoles y Toscana, para que los bandidos que se refugiaban en estos países fuesen entregados á las autoridades pontificias, prometiendo Roma entregar igualmente, sin requisitoria alguna, á los que se hubiesen hecho culpables de crímenes en los dos Estados vecinos.

En Alemania el catolicismo no sufría nuevas pérdidas; la Polonia permanecía fiel; á pesar de la debilidad del emperador Maximiliano, las provincias sometidas á la autoridad del Austria, reconocían la voz del Santo Padre; en Baviera, Alberto de Vitel reinaba en paz desde 1558; pero el carácter de Maximiliano, mas indeciso que nunca, inspiraba vivas inquietudes. Su padre Fernando, hermano de Carlos V, habia tenido violentas diferencias con Paulo IV, y estuvo en poco, si no se hubiese temido ofender el carácter adicto de los pueblos, que la politica y el amor de la novedad le llevaran á funestas consecuencias.

Se habia introducido, como hemos dicho mas arriba, un abuso que continuaba turbando el reposo de la ciudad. Algunos autores ávidos vendian su pluma para mancillar, por medio de pasquines ó *avvisi segreti*, el honor y buena fama de muchas personas pacíficas, á las que se queria obligar á dar dinero para obtener el silencio de la calumnia. Hasta entonces los culpables habian sido castigados ligeramente, y muchas veces solo por el desprecio; pero Pio V trató de acabar con este abuso, si era posible, y publicó una bula por la cual renovaba las antiguas leyes canónicas y civiles contra los delincuentes en esta materia, mandando perseguir á cualquiera que escribiese ó expendiera libelos infamantes, ó los enviára fuera de Roma, tratando por este medio de turbar el órden público y el reposo doméstico de los ciudadanos.

Era necesario otorgar una proteccion poderosa á la agricultura: diéronse nuevos reglamentos, y las controversias debian ser juzgadas prontamente, por mas que se suscitaban entre personajes privilegiados y apoyándose en *franquicias*.

El arte de la lana y de la seda fueron protegidos como en Florencia, y los tejidos de esta clase empezaron á ser buscados en Italia, ó formaban á lo menos vestidos menos caros para el pueblo, por estar libres de todo derecho de aduanas. El Santo Padre aprobó las disposiciones llamadas *el Estatuto del pueblo romano*, código redactado por los sábios jurisconsultos Antonio Vellis y Marco Antonio Borghese, abogados consistoriales.

Se habian asociado estos con otros hombres hábiles, doctores en derecho, y habian publicado un tratado *sobre las dotes y regalos* que debian hacerse á las desposadas romanas; ninguna de estas dotes podia pasar de la cantidad de cuatro mil quinientos escudos romanos (unos cien mil reales); debia existir tambien una especie de tasa para los dones entre esposos y parientes. Por desgracia, ó mas bien felizmente, esta ley no estuvo en vigor mucho tiempo. Se acabó por obtener dispensas para mostrarse mas generoso, y los comerciantes en alhajas, en telas, en alfombrería, á los cuales convenia animar, unieronse á los señores ricos para que la ley no prohibiese los dones considerables.

De la bondad de corazón de algunos hombres que se compadecían de los cristianos reducidos á esclavitud y que eran rescatados á expensas de aquellos, habia nacido un abuso que no podia preverse: los rescatados permanecían en las casas de aquellos amigos de los pobres, para seguir recibiendo socorros; pero esta situación se convirtió poco á poco en una segunda esclavitud, y podia decirse algunas veces que el primer cautiverio entre los turcos no habia sido tan penoso como el que era preciso sufrir entre los libertadores. Los mayordomos, tiranos subalternos que se encuentran en todos los palacios, hacían aborrecer á los rescatados su nueva condición. Una bienhechora constitución mandó oír las quejas justas, y asistir aun á costa del tesoro, á los que, despues de haber sido maltratados por los turcos, no habian recobrado con su libertad una vida mas grata y mas cristiana.

Pío V fué quien tomó nuevas medidas relativamente á los judíos, los cuales se habian establecido en varios pueblos del Estado eclesiástico; en Roma y en Ancona obtuvieron barrios particulares donde podían vivir. Despues fué mejorada la suerte de estos desgraciados; se pretende que todavía puede mejorarse mas sin peligro para nuestra religion, y hay motivos para creer que en nuestros dias veremos muy pronto este nuevo acto de humanidad.

En 1567 el Papa declaró quinto doctor de la Iglesia latina á Santo Tomas de Aquino, que fué asimilado á san Ambrosio, á san Agustin, á san Jerónimo y á san Gregorio.

Una de las operaciones mas necesarias y útiles para los futuros tiempos, y que debemos á san Pío V, es la condenación que hizo de las proposiciones de Miguel Bañus, ó Miguel de Bay, famoso doctor de la universidad de Lovaina. Estas doctrinas fueron como las primeras semillas de la zizaña que en el siglo siguiente infestó los campos de la Iglesia que habian quedado puros. Bañus, dice Pallavicini, habia esparcido en sus escritos sobre el libre albedrío, las obras humanas y el mérito, muchas sentencias que aumentaban el escándalo de las escuelas y las inquietudes de la conciencia. Estos escritos habian sido condenados por la Sorbona en diez y ocho artículos; los partidarios de Bañus respondían con una apología lle-

na de sarcasmos. Viendo el Santo Padre que la discordia ahogaba en los disidentes todo sentimiento de obediencia y amenazaba á la Iglesia un incendio que seria funesto, examinó personalmente esta causa, y por la constitucion *Ex omnibus afflictionibus*, sin nombrar á Bañus por un resto de indulgencia, condenó setenta y nueve proposiciones de sus obras, pero sin especificar la censura que hubiera podido convenir á cada una de ellas. En esto siguió el Papa el ejemplo del concilio de Constanza contra la herejía de Wicief, y el del pontífice Leon X contra los ataques de Lutero.

Con un sentimiento lleno de moderacion y *di suavità*, dice Novaes, mandó el Papa que la bula fuese comunicada de una manera privada por el arzobispo de Malines á la universidad de Lovaina. Tendremos que hablar mas tarde de esta dolorosa cuestion.

Los negocios de Francia atormentaban mas de dia en dia el corazon del Santo Padre. Los calvinistas se habian armado en todas partes. Pio V dirigia cartas á todas las cortes para que tomasen en consideracion el estado afflictivo de Francia. Este extenso y hermoso país, que cuando todos sus hijos están de acuerdo, no recibe leyes de nadie, desgarrado por la guerra civil, no desdeñaba ningun apoyo. Realistas y rebeldes, todos solicitaban socorros en hombres y dinero, y no era de los últimos Pio V en recomendar la causa del rey, que era la de la religion.

Hé aquí la carta que el Papa escribia con este motivo á Jerónimo Priuli, dux de Venecia: M. de Falloux la cita, tomándola de Goubau.

«En cuanto hemos sabido, con el mayor dolor, el peligro en que se halla nuestro muy querido hijo Carlos IX, rey de Francia, y las guerras que destrozán cruelmente sus estados, hemos resuelto asistirle con todo nuestro poder y aun mas allá de nuestras fuerzas, contra sus vasallos culpables de lesa majestad divina y humana; y porque la ruina de Francia arrastraria infaliblemente la de los estados vecinos, siendo indudable que el fuego abrasaria incontinenti toda la Italia, hemos creído de nuestra obligacion pastoral exhortar á Vuestra Alteza á que ayude al rey Cristianísimo con todos sus

esfuerzos, en este tan crítico momento, para conjurar la tempestad que igualmente os amenaza. No ignoramos, á la verdad, cuan inquieto está Vuestra Alteza por los negocios propios (1); pero el peligro que os señalo es tan inminente, que todos los que quieren defender la religion católica, y desean trabajar en la tranquilidad comun, deben sin retardo alguno oponer comunes esfuerzos á comunes enemigos. Será tan agradable á Dios como glorioso y noble para esa república, que busca siempre la verdadera gloria, haber acudido en circunstancias tan graves al socorro de un rey tan poderoso, y al mismo tiempo al socorro de la religion católica.

Dado en Roma cerca de San Pedro, el dia 15 de las calendas de noviembre (18 de octubre) del año 1567, segundo de nuestro pontificado.

«PIUS PP. V.»

M. de Falloux examina con reflexiva y severa atención las circunstancias en que reinaba Pio V, y aquellas á que no pudieron escapar sus sucesores, y hace observaciones profundas, nuevas é impregnadas de un alto talento de estilo; oigámosle:

«Así el siglo XVI, hay de ello muchas pruebas, fué atravesado enteramente por tres políticas muy distintas: la protestante, que se agita convulsivamente en el desórden intelectual y social; la razon de estado de los soberanos que argumenta, combate ó se dobla, segun las circunstancias del momento; la resistencia de la Iglesia que invoca principios eternos y divinos.

«En Francia estas tres líneas separadas vinieron á parar en tres salidas diferentes: los hugonotes, constantemente antipáticos al resto de la nacion francesa, tomando su fuerza del descontento de los grandes y de las pasiones adheridas á ellos, fueron desapareciendo á medida que esos agravios quedaron satisfechos ó vencidos. No llegaron mas que á la consistencia de un partido, reuniéronse en este terreno estrecho, combatieron con ayuda de jefes poderosos y auxiliares lejanos, declinaron á medida que las puertas del reino se cerraron sobre ellos, que sus plazas fuer-

(1) Fra Paulo debía complicarlos todavía mas tarde.

tes se desmantelaron, y desfallecieron en fin cuando el cañon de Richelieu hubo arrasado los muros de la Rochela, y reducido su existencia á merced de un edicto. El sistema de Catalina, que se habia valido de la antorcha y del puñal, pasó de la debilidad á la violencia, para ir á morir de una puñalada con el desgraciado Enrique III.

«La política cristiana vence sola tantas vicisitudes, y triunfa el dia en que el príncipe navarro, que se llamaba entonces Enrique IV, implorala santa uncion bajo las bóvedas de la catedral de Chartres, y libremente convertido, transforma sus amigos rebeldes en súbditos fieles».

Para referir fielmente las acciones de un papa, es preciso pasar rápidamente de una parte á otra de Europa; pero conviene tambien volver á las varias fases de la administracion temporal de los Estados pontificios. Al menor ruido, al menor desacuerdo, se exhalan gritos, se insulta á la tiara; se entrega demasiado á los intereses temporales de los demás, y descuida los de la comarca que gobierna. Nada de esto es aplicable á San Pío V.

Disputas, querellas si se quiere, se habian suscitado en varios puntos del Estado, relativamente á derechos reclamados por las órdenes mendicantes y que el fisco no queria reconocer. Algo faltaba á la seguridad, á la tranquilidad, al decoro de las órdenes religiosas, sobre todo de las mendicantes. Se las sujetaba á la gabela, á los alojamientos de guerra; los soldados mal acogidos maltrataban á los hermanos; estos se quejaban inutilmente á los gobernadores mal prevenidos. Pío V, queria saberlo todo: supo estos insultos, estos rencores, estas blasfemias; y aunque necesitaba soldados y hacia levas para defenderse, trató de restablecer el orden y lo consiguió. La bula *Deum ad uberes* declaró las órdenes mendicantes libres de todo derecho de gabela; sus conventos no debian ya dar alojamiento á los soldados.

Preguntábase tambien en aquel tiempo, cuales eran verdaderamente las órdenes mendicantes, y una bula del 1.º de octubre de 1567 declaró que debian llamarse así, como ya algunos lo habian deseado antes, los dominicos, franciscanos, eremitas de San Agustín, carmelitas y servitas, ó servidores

de María. Al mismo tiempo mandó que fuesen reconocidos tales los mínimos de San Francisco de Paula, los jesuatos (pues existían todavía algunos, aunque absolutamente aislados) y los jesuitas. Los privilegios reconocidos por el concilio de Trento quedaron así aumentados, y se convino finalmente en que la orden de Santo Domingo tendría la preeminencia sobre todas las demás órdenes mendicantes, tanto en la capilla pontificia, como en las procesiones y otras ceremonias públicas.

El estado de la Córcega llamaba desde hacía mucho tiempo la atención de los papas.

«La Córcega, dice M. de Falloux, que á mediados del siglo xiv había pasado de la dominación de Pisa á la de Génova, era desgarrada desde el año 1564 por crueles facciones. La contienda de un simple particular, transformábase en levantamiento general contra los genoveses».

Sampietri, corso, que había derramado su sangre por la Francia, tomaba parte en estas divisiones funestas; perseguido, desterrado, tuvo que huir. Su mujer había creído poder obtener de los genoveses un acto de clemencia; pero irritado el esposo, no quiso perdonarle lo que él llamaba un crimen, y la hizo morir ahorcándola con su propia banda. No se halló ley alguna de la época para castigar este crimen.

Como Pio V no cesaba, en presencia de semejantes horrores, de invocar una reconciliación general, la obtuvo al fin.

Fuerza es elogiar las observaciones que Mr. de Falloux hace acerca de este punto, y termina en su capítulo XI del tomo primero:

«La insurrección corsa, terminada hacia poco, había revelado costumbres de una rudeza enteramente salvaje, y la Iglesia que, en la persona del pacificador, había visitado aquellas montañas, debía dejar en ellas la huella de sus pasos. La Iglesia quiso que penetrara en Córcega la civilización cristiana, la instrucción que corrige, ilumina y purifica, pues nunca se muestra enemiga de la ciencia, cuando ésta mana, sin mezcla de veneno, de sus naturales fuentes.»

De los cuidados particulares que se tomó el Pontífice, y que recordaban indirectamente la medida política de que hemos hablado mas arriba, á propósito del asilo dado á los corsos en

tiempo de Leon IV, nacieron relaciones de amor, de aprecio, entre Roma y la isla; muchos habitantes de este país fueron desde entonces á estudiar jurisprudencia y medicina en Roma. Su reunion con la Francia se verificó al principio de este siglo, y los prodigios obrados por un genio nacido en aquella isla, han establecido la nueva nacionalidad; pero no por esto se olvida en la ciudad de Roma que sus mejores médicos y sus mas sábios jurisconsultos los debia á Bastía y á Ayaccio. No hablamos de la guardia corsa; es verdad que fué turbulenta, que no temia insultar á nuestros embajadores; pero el sentimiento que la impulsaba á esta falta, que los gobiernos de la época habrian debido impedir, era un sentimiento de fidelidad, de valor y de adhesion á la bandera que habian jurado. Roma licenciaba á los corsos, pero despues de haberles concedido pensiones y restablecido la calma, las únicas tropas que, con los suizos podian pacificar á Roma, reaparecian para perseguir á los ladrones y bandidos que esta capital solia abrigar.

Hemos visto al principio del reinado de Pio V, que envió socorros y consuelos á la infortunada María Stuart que pertenecia, como juiciosamente observa Mr. de Falloux, á la gran liga católica que Pio V se esforzaba en formar. Isabel, por el contrario, siguiendo el error de Enrique VIII, interrumpido durante algunos años, colocaba su pueblo á la cabeza de la Europa protestante. Estos dos reinados fueron, pues, un largo antagonismo, en el cual las ventajas habian sido repartidas de antemano en favor de la herejía.

Las desgracias de María Stuart han ocupado durante tanto tiempo á la Santa Sede, que dió muchas pruebas de solididad, de dolor, para mitigar los padecimientos de esta princesa, que es necesario que la demos á conocer tal como se la conocia en Roma, donde se quiso saber dia por dia todas las vicisitudes de una vida de lágrimas, de debilidades sin duda, pero tambien de una vida cristiana, invencible en la fe, y que debia terminar con un largo martirio.

Nació María Stuart el dia 5 de diciembre de 1542, de Jacobo V, rey de Escocia, y de María de Guisa, duquesa viuda de Longueville. El dia 13 de diciembre murió Jacobo V y le sucedió María, de edad de ocho dias no mas, bajo la regencia

de Jacobo Hamilton, conde de Arran. El día primero de Julio de 1543, el regente firmó un tratado con Enrique VIII, rey de Inglaterra, que fué *tan funestamente* esposo, en virtud del cual María Stuart debía ser enviada á Inglaterra á los 10 años, para casarse con Eduardo, hijo de Enrique. El día 16 de diciembre de 1543, María que todavía estaba en pañales, fué coronada reina de Escocia.

Habiendo roto el parlamento escocés el tratado que firman el regente y Enrique, empezó la guerra que duró dos años.

En 1548, en el momento en que los ingleses pedían á los escoceses la mano de esta reina, de edad de seis años, para Eduardo VI, sucesor de Enrique VIII, los pares escoceses ofrecían á María Stuart en matrimonio al Delfin de Francia, hijo de Enrique II. Al lado de este rey terminó la educación de la reina, que, en 13 de octubre, se desposó con el Delfin, en medio de fiestas espléndidas.

Muere Eduardo VI el día 6 de julio de 1553, y deja el trono de Inglaterra á su hermana María, que restablece la religion católica.

El día 4 de abril de 1558, María Stuart hace donacion al rey de Francia y á sus sucesores del reino de Escocia. Estos son los dos tratados que produjeron disidencias irreconciliables. Si nos acordamos de los ingleses en Francia, los ingleses podrán figurarse lo que serian los franceses en Escocia, á menos de cien leguas de Londres.

Veinte y ocho dias despues de la donacion, María casa con el Delfin, y le saluda por su propia boca y con las gracias de la adolescencia, rey de Escocia.

El mismo año muere María, reina de Inglaterra, y deja el trono á su hermana Isabel, que es coronada con todas las ceremonias del rito católico. Sucedia esto en el mes de enero de 1559, y en marzo el parlamento inglés resucita estatutos del reinado anterior, y restablece la pretendida religion reformada.

En 10 de julio, cuatro meses despues, muere Enrique II, y el Delfin, rey de Francia y de Escocia, le sucede con el nombre de Francisco II.

Pocas páginas en la historia ofrecen muertes tan precipitadas de soberanos. El día 5 de setiembre de 1560, muere Francisco II; sucédele su hermano Carlos IX, de diez años de edad, y gobierna Catalina de Médicis, su madre.

Viuda María Stuart el mismo día en que cumplía diez y ocho años, deja la corte, y pasa el invierno en Reims, en casa de su tío el cardenal Carlos de Lorena.

En 1561 pide permiso María para atravesar la Inglaterra y pasar á Escocia; Isabel le niega los pasaportes con mucha acritud.

El día 15 de agosto, María parte de Calais y se despide del hermoso país de Francia, acompañada de tres de sus tíos y de varios nobles escoceses y franceses, entre los cuales se hallaban Brantome y Castelnau de Mauvissiere. Una correspondencia epistolar, bastante conveniente en el estado de irritación de los espíritus, se establece entre Isabel y María.

En mayo de 1562, se propone una entrevista en York para que las dos reinas se concilien. María acepta con ardor; pero seis semanas antes de la época fijada, Isabel hace alegar diferentes pretextos para no asistir.

El día 14 de abril de 1564, la condesa de Lennox, hija de Margarita, hermana mayor de Enrique VIII, solicita la mano de la reina de Escocia para su hijo lord Enrique Darnley. La Francia, para no agravar la posición de María, renunciaba á sus derechos sobre la Escocia, perdidos naturalmente por la muerte de Francisco II.

El día 18 de abril de 1565 la reina María se decide á prometer su mano á su primo Darnley.

En el mes de junio, Murray, hermano natural de María, conspira contra su hermana y quiere hacerla deponer.

En 29 de julio de 1565, habiendo recibido María Stuart el consentimiento del rey de Francia, su cuñado, y de la reina regente, su suegra, se enlaza con Darnley, y manda que se le dé el título de rey durante su matrimonio.

El día 7 de enero de 1566, el papa Pio V, como ya hemos visto, subió al trono de San Pedro, y desde el primer momento conoció cual era la pupila augusta que Dios le había dado. Con inquietud observaba el estado de Escocia, y fundaba en

aquella reina de veinte y cuatro años las esperanzas de la fe católica, que no habian renacido en Inglaterra durante algunos dias, sino para caer de nuevo con mas estrépito en las tinieblas del protestantismo.

Un sacerdote fiel parte con credenciales para Edimburgo; vé algunas veces á la reina y la promete que el Pontífice velará constantemente, por los medios que ofrecen la política y el interés de los hombres, por todo cuanto pueda servir y fortificar el espíritu religioso de la princesa.

Darnley, olvidando muy pronto lo que á la reina debia, se entrega cada dia á nuevos excesos, y la colma de humillaciones y de tratamientos indignos. Hallándose la princesa en el séptimo mes de su embarazo, unos lores, cuyo nombre la historia no hubiera debido recoger, introducidos por el culpable Darnley, entran en la cámara de la reina y asesinan á un músico italiano llamado Rizzio, que á la sazón se hallaba allí. El tal músico entrado en años y deforme, se interesaba cuanto podia por la reina, y le daba prudentes consejos para evitar que perdiera su autoridad. Los cobardes asesinos no tardan en escaparse, y María recobra su poder. El dia 17 de junio de 1566, dá á luz á Jacobo VI, en el castillo de Edimburgo. Úrdese una conspiracion contra Darnley, y muere en un incendio causado por una explosion de barriles de pólvora. El dia 15 de mayo se ve obligada María á casarse con Bothwell, uno de los asesinos de Darnley, y en 1568 revoca una abdicacion que habia firmado á pesar suyo. Finalmente, cansada de tantas traiciones, no pudiendo ya tolerar su estancia en un país donde se veía rodeada de traidores, decide refugiarse en Inglaterra. Mas tarde diremos como fué tratada allí, despues de haber sido recibida con los honores debidos á su rango (1).

En 1570 los condes de Northumberland y de Westmoreland, jefes secretos de los católicos ingleses, se declararon á Ridolfi,

(1) He tomado muchos de estos detalles de una obra de mi antiguo consocio en la sociedad de bibliófilos, el principe Alejandro Labanoff, autor de un libro titulado *Cartas inéditas de Maria Stuart*, impresas en Paris en 1839, libro precioso del cual se tiraron muy pocos ejemplares, que no fueron destinados á la venta pública.

banquero florentino, y enviado de Pio V, deseando la aprobación del Papa, quien les dirigió el breve siguiente :

« Queridos hijos, salud y bendición apostólica.

« Conociendo con mas certeza y detalles por la carta que nos escribisteis en 8 de noviembre, y á la que contestamos en 16 de febrero, las desgracias de ese reino tan floreciente en otro tiempo, nos ha afligido un dolor tal, como han debido excitarlo en nuestro corazon no solo los males que en vuestra persona padecemos, sino tambien las disposiciones paternales de que estamos animados hácia vosotros y demás católicos de ese reino. En efecto, además del deber comun de la caridad pastoral, en cuya virtud debemos regocijarnos ó afligirnos por la salvacion ó la pérdida de todos los fieles cristianos, hemos sentido un movimiento particular de benevolencia y de amor por ese reino; recordamos que fueron, despues de Dios, los cuidados del bienaventurado Gregorio pontífice romano, nuestro predecesor, los que le convirtieron, del culto de la madera y de la piedra, á la fe cristiana, y le formaron por medio de dignos obreros para las costumbres y doctrina católica: porque no podríamos hallar fácilmente expresiones para decirnos cuan afligidos estamos por vuestros males personales y los de ese reino, deplorados por vosotros en esa misma carta, en términos no menos verdaderos que propios para arrancar lágrimas de compasion (1).

« Nos affige que haya sido reservado á los tiempos de nuestro pontificado ver el veneno de tantas y tan abominables herejías dirigirse, como otros tantos golpes mortales, contra la república cristiana.

« Recordamos, sin embargo, la eficacia de la oracion del que pidió, para el bienaventurado Pedro, que su fe no desmayara, que extendiendo su Iglesia en medio de la misma tribulacion, la gobernó tanto mas admirablemente por los secretos consejos de la Providencia, cuanto la vió mas agitada y combatida por las olas: no desesperamos ver que lo que ha sucedido en otros tiempos suceda igualmente, con ayuda del Señor, en

(1) El Papa no habla de Maria Stuart: el breve podia ser interceptado, y la suerte de la reina hubiera quedado mas comprometida.

el nuestro ; de modo que esta misma religion que habrá parecido hollada, vuelva al estado de antigua felicidad y se acreciente con lo que hubiese parecido causarle verdadero perjuicio. Hé aquí, en efecto, que Nuestro Señor Jesucristo, que hace nuevo lo que es viejo, y hace viejo lo que es nuevo, ha resuelto tal vez servirse de vosotros, hombres no menos ilustres por la nobleza de vuestra cuna, que distinguidos por vuestra adhesion á la fe católica, para renovar y fortalecer la antigua union de la Iglesia romana y de ese reino, y para eso os ha inspirado el pensamiento, tan digno de vuestro zelo, de procurar reducir á la antigua sumision á vosotros y á ese reino, despues de haberle arrancado de la esclavitud vergonzosa á que le tiene sujeto la pasion de una mujer (1).

« Damos en el Señor, como es justo, á esos piadosos y religiosos esfuerzos, los elogios que merecen ; les damos las bendiciones que solicitais ; y ya que vuestras señorías vienen á buscar un refugio en la sombra de nuestro poder y del de esta Santa Sede, á cuya autoridad se someten, les acogemos con la ternura que conviene manifestarles. Os exhortamos, por otra parte, en nombre del Señor, rogándooslo con todo el ardor de que es capaz nuestro corazon, á que perseveréis constantemente en esta loable resolucion y en tan preciosas disposiciones, teniendo por cierto que el Todo-poderoso, cuyas obras son perfectas y que os ha impulsado á merecer bien de la religion católica en ese reino, os asistirá con su socorro. Y aun cuando para bien de la fe católica y de la autoridad de la Santa Sede, os fuese preciso arrostrar la muerte y derramar vuestra sangre, os es mas ventajoso dirigiros á la vida eterna por el corto camino de una muerte gloriosa, que vivir en la vergüenza y la ignominia, y servir á la cólera de una mujer impotente, perdiendo vuestra alma.

« No penseis, en efecto, hijos muy amados en Jesucristo, que la suerte de los obispos y príncipes católicos de ese reino que nombrais sea desgraciada, aun cuando por no haber querido renunciar á la fe católica, hayan sido sin merecerlo en-

(1) Si este breve hubiese sido conocido en Londres, hubiera bastado para que cayeran las cabezas de Northumberland y de Westmoreland.

carcelados ó atormentados con otros suplicios. Nadie podrá nunca loar bastante la constancia de esos hombres que pensamos está confirmada por el ejemplo reciente del bienaventurado Tomas, arzobispo de Cantorbery. Imitad vosotros esa misma constancia; sed valerosos y firmes, y que no os hagan abandonar vuestra empresa, ni las amenazas ni los peligros. Poderoso es el Dios, en cuyo seno habeis como depositado vuestra confianza, que volcó en medio del mar los carros del ejército de Faraon, que puede anonadar el poder y las fuerzas de estos adversarios, para que por vuestro medio recobre ese reino su religion primitiva y su antigua dignidad.

«Para procurar este resultado, no solo os ayudaremos prestándoos cerca de los príncipes cristianos que designais, los servicios que nos pedís, sino tambien mandándoos desde luego una suma de dinero como permiten darla nuestros recursos, segun mas por extenso y con mas detalles os manifestará nuestro querido hijo Roberto Ridolfi. Tambien estamos dispuestos á mandaros otra mas considerable que la que puede soportar actualmente la pobreza de nuestros recursos, así como ayudaros con todo corazon en vuestros piadosos esfuerzos por todos los medios que en nuestro poder estén, con el socorro de Dios.

«Recibid, queridos hijos, nuestra bendicion apostólica.

«Dado en Roma, cerca de San Pedro, el dia 10 de las calendas de marzo (20 de febrero) del año 1570, quinto de nuestro pontificado.

«PIUS PP. V.»

Este breve solo llevaba un socorro indirecto á María Stuart, y Ridolfi tuvo orden de anunciar que estaba redactada una bula directa contra Isabel, y que seria publicada mas tarde.

Como va á tratarse ahora de documentos de alto interés que algunos autores dieron con varias fechas diferentes, debemos advertir que en la época en que vivia María Stuart, las fechas, como dice el príncipe Alejandro Labanoff, eran un manantial continuo de errores. Dos cambios de los mas importantes sobrevinieron en el espacio de diez y ocho años. En 1564 el edicto de Roussillon (véase el *Arte de comprobar las fechas*) fijó el principio del año en el primero de enero, en vez de

dejarlo en el sábado santo, víspera de Pascua, costumbre que subsistía desde algunos siglos y que se conservó en algunos puntos de Francia hasta 1567. En 5 de octubre de 1582, según veremos mas tarde, una bula de Gregorio XIII introdujo en los países católicos la reforma del calendario; pero como entonces no fué admitida ni en Inglaterra ni en Escocia (1), María Stuart continuó fechando sus cartas según el estilo antiguo, al paso que el rey de Francia y sus embajadores no se sirvieron mas que del nuevo, resultando de ello una diferencia de diez días.

Acababa de empezar para María Stuart un doloroso cautiverio; estaba detenida en Carlisle. En el palacio que ocupaba le daban todavía los honores de su clase.

En noviembre de 1569 el consejo privado proponía condenar á muerte á María, bajo diferentes pretextos: 1.º por sus dos matrimonios que se habia visto obligada á contraer; 2.º como cómplice de la muerte de uno de sus fatales esposos; 3.º como enemiga de la Inglaterra: esto podia tener algunas relaciones con la donación hecha á la Francia del reino de Escocia; pero esta donación no habia producido efecto alguno. Isabel no se atrevió á firmar la sentencia; sin embargo, hizo proponer á Murray, hermano natural de María, que tenia cierta clase de poder real en Escocia, que se la entregara.

En el mes de enero de 1570, María, considerada aun como prisionera, fué trasladada á Tutbury.

Pío V redobló en aquella época sus esfuerzos para conseguir que obtuviera la libertad, pero la bula de excomunion lanzada contra Isabel detuvo todas las negociaciones. Creyóse que las haria mas fáciles; y solo se consiguió que la ejecucion de la sentencia de muerte fuese diferida.

Daremos aquí, no en extracto, sino *in extenso*, esta bula *Regnans in excelsis*, que resonó como un trueno en Inglaterra y en Escocia.

« Pío, obispo, servidor de los servidores de Dios, para perpetuo recuerdo del hecho.

(1) No fué adoptada hasta el año 1752. En el pontificado de Gregorio XIII daremos mas detalles.

« El que reina en las alturas , á quien fué dado todo poder sobre la tierra y en el cielo, ha confiado á uno solo, esto es, á Pedro, príncipe de los Apóstoles , el cuidado de gobernar con plenitud de poder la Iglesia católica , una, santa , fuera de la cual no hay salvacion.

« Ha constituido á éste único sobre todas las naciones, sobre todos los reinos , para que arrancase, destruyese, dispase, derribase, plantase y edificase; para que continuase en la unidad del Espíritu Santo, y entregase al Salvador, salvo y sin que quedase un peligro, el pueblo fiel, unido por el lazo de una mútua caridad.

« Nos , llamado por la benignidad de Dios á gobernar la Iglesia, nos ocupamos de ella sin descanso, no omitimos trabajo alguno por conservar intacta la misma unidad y la religion católica que su autor dejó presa de las tempestades, con el fin de probar la fe de los suyos y de corregirnos de nuestras faltas.

« El número de impíos ha usurpado , empero, tanto poder, que no hay un solo lugar en el universo que no hayan tratado de corromper con sus perversas doctrinas. Entre otros, Isabel , servidora de maldades y pretendida reina de Inglaterra, les ha ofrecido un asilo, donde todos se han refugiado.

« Esa misma Isabel, despues de haber ocupado el trono, ha usurpado en toda la Inglaterra la autoridad del supremo jefe de la Iglesia; ha ejercido monstruosamente este poder y esta jurisdiccion; y ha arrojado de nuevo por la vía de una pérdida deplorable á ese reino vuelto no ha mucho á la fe católica , de la cual recogía saludables frutos.

« Isabel ha destruido el culto de la verdadera religion, que había derribado el desertor Enrique VIII , y que la reina legítima María, tan recomendable en la posteridad, acababa de restablecer, con los esfuerzos de su poderosa mano y ayuda de esta Santa Sede. Isabel, siguiendo y abrazando los errores de los herejes, ha depuesto el consejo real, compuesto de miembros de la nobleza inglesa, y lo ha reemplazado con los herejes. Ha oprimido á los que cultivaban la fe católica ; ha dado destinos á los charlatanes y á los ministros de las impiedades; ha abolido el sacrificio de la misa, la oracion, el ayuno, la eleccion de alimentos, el celibato, los ritos católicos; ha mandado publicar

libros que contienen un sistema de herejía manifiesta, misterios impíos; ha mandado á sus vasallos que reciban, observen y conserven preceptos adoptados por ella conforme las prescripciones de Calvino; ha osado decretar que los obispos, los párracos y demás sacerdotes católicos serian echados y privados de sus beneficios; ha dispuesto de estos bienes y de las demás cosas eclesiásticas en favor de los herejes; ha pronunciado tambien sobre causas cuyo juicio solo pertenece á la Iglesia.

«Ha prohibido á los prelados, al clero y al pueblo que reconozcan la Iglesia romana, que obedezcan sus leyes y sus sanciones canónicas; ha obligado á la mayor parte de sus súbditos á reconocer sus culpables leyes, á abjurar la obediencia debida á la autoridad del Soberano Pontífice; ha prescrito que por medio de juramentos se la reputase única soberana en las cosas espirituales y temporales; ha hecho sufrir penas y suplicios á los que no escuchaban sus palabras (1) y á los que perseveraban en la unidad de la fe y en la dicha obediencia.

«Ha mandado encarcelar á los obispos y párracos, muchos de los cuales, consumidos por la miseria y la angustia, han encontrado en este tormento el fin de su vida.

«Notorios son estos actos á todas las naciones. Quedan probados por los mas graves testimonios, y no existe ningun medio de excusa, de tergiversacion y de defensa.

«Nos, viendo multiplicarse estas impiedades, y viendo además que otras maldades se acumulan sobre las primeras; viendo que las persecuciones contra los fieles son incesantes á causa del impulso y de la voluntad de la referida Isabel, comprendemos que su corazon está mas empedernido que nunca; no solo desprecia las piadosas súplicas de los católicos para que se convierta y recobre el buen sentido, sino que ni ha querido recibir en Inglaterra á los nuncios que le habiamos enviado; y obligados por la necesidad de acudir contra ella á las armas de la justicia, no podemos calmar nuestro dolor, sin que hayamos desplegado nuestra severidad contra una prin-

(1) Hume eleva á 800 el número de personas que habian muerto ya por la mano del verdugo.

cesa cuyos antepasados habian merecido bien de la república cristiana.

« Apoyado, pues, en la autoridad del que ha querido llamarnos á este trono, aunque seamos indignos de tal cargo, en nombre de la autoridad apostólica, declaramos que dicha Isabel, hereje, fautora de herejes, y sus secuaces en los hechos precitados, han incurrido en la sentencia de anatema y están separados de la unidad del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

« La declaramos privada del pretendido derecho á ese reino, y de todo dominio, dignidad y privilegio.

« Declaramos á los grandes, á los súbditos, á los pueblos de dicho reino libres de sus juramentos y de toda deuda de *sujecion*, de fidelidad y de respeto, así como por la autoridad de las presentes, privamos á la mencionada Isabel del derecho á su pretendido reino. Por esta prescripcion prohibimos á todos los grandes, pueblo, súbditos y demás, que obedezcan los mandatos, avisos y leyes de Isabel. A los que obraren de otro modo les lanzamos la misma sentencia de anatema.

« Como fuera difícil llevar las presentes á todos los puntos necesarios, queremos que todo ejemplar escrito por un notario y provisto del sello de un prelado eclesiástico y del de esta corte, obtenga la misma fe en juicio y extrajudicialmente, y que tenga fuerza y valor como si las presentes fuesen exhibidas ó manifestadas.

« Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 5 de las calendas de marzo del año 1570, quinto de nuestro pontificado.

« PIUS P. P. V. »

Tal es, sin omision alguna, la sentencia del Pontífice. Aislada, colocada en otra historia, y abandonada á sí misma, esta sentencia produciria un horror general; pero hemos visto el pontificado de Gregorio VII, el de Inocencio III; hemos visto, fuerza es confesarlo, cierta molicie en tiempo de Leon X luchando contra Lutero; hemos visto el resultado de esta especie de condescendencia, el saqueo de Roma, donde los luteranos lograron hacer de los piadosos españoles los cómplices de las mas odiosas mortandades.

En esta espantosa serie de ataques contra la Santa Sede, Felipe II, esposo de María, que habia reinado antes que Isabel, pesaba con todo el peso de su espada sobre el resto de Europa, y tal vez con el peso del oro de las Indias sobre algunos ministros extranjeros, cuyas importunidades, quejas y predicciones podian fácilmente excitar el justo resentimiento de Pio V. Hoy no partirian tales decretos del Vaticano; pero lo que hemos llamado *jurisprudencia del tiempo*, los gritos de una parte de la Inglaterra amontonada sobre los cadalsos, explican esta conducta del Pontífice.

Isabel se habia hecho coronar con pompa en 1559, por un obispo católico para no sobrecojer los ánimos; pero era protestante de corazón, y no tardó en tratar de establecer esta falsa secta por medio del hierro y del fuego: á pesar del juramento solemne que al ser consagrada habia hecho, de defender la religión católica romana y proteger á sus ministros, Isabel convocó un parlamento, el cual estableció la religión anglicana tal como está en el día. Es una mezcla de dogmas calvinistas, con algunos restos de la disciplina y de las ceremonias del culto católico. Los obispos, los canónigos, los párrocos fueron tolerados; los ornamentos de la Iglesia, los órganos, la música, fueron conservados; los diezmos, las annatas, los privilegios de los beneficios, fueron abolidos; la confesion permitida, pero no mandada; la presencia real admitida, pero sin transubstanciacion; sistema puramente humano, sin ninguna sancion y sin ningun fundamento religioso. Para colmo de inconsecuencia, la nueva reina se hizo jefe de la religion, con el título de *Soberana gobernadora de la Iglesia de Inglaterra, para lo espiritual y temporal*. Los prelados que se opusieron á estas novedades, fueron amenazados con ser echados de sus iglesias; pero la mayor parte obedecieron. Los hombres firmes, los amigos generosos, son raros en todos tiempos y países. De nueve mil cuatrocientos beneficiados que contenia la Gran Bretaña, no hubo mas que catorce obispos, cincuenta canónigos y ochenta párrocos que, no aceptando la reforma, perdieron su cargo (1).

(1) Véase lo que indirectamente pudo producir la severidad de San

Hemos defendido, con toda la energía de que hemos podido disponer, las acciones de Gregorio VII y de sus imitadores. Ahora notaremos una diferencia de que se apoderarán los franceses con su sagacidad ordinaria. Bajo estos primeros papas reformadores, eran los pueblos los que iban á jimir junto al trono de San Pedro, pues no pedian mas que las consecuencias inmediatas del Evangelio. Todos los reyes seguian mas ó menos los pasos de aquel á quien se deseaba contener. De aquí esas especiosas censuras contra un aparente envilecimiento de la autoridad real; pero aquí, si es tambien el pueblo quien deja oír sus gemidos, es la misma *doctrina monárquica* la que recurre al alto poder del conciliador supremo. Vá á cometerse uno de los crímenes mas abominables que puede imaginarse, un crimen desconocido. Una mujer sentada en un trono que no es suyo, abusará de las leyes que impone la hospitalidad ofrecida á la desgracia. Una reina vecina, en cuyo estado se han suscitado disturbios, incendios, huye á un asilo que cree sagrado, y allí se la amenaza con el verdugo. Pío V pudo creer que al terminar el siglo xvi, le estaban reservados deberes mas difíciles. Se encuentra aquí el proyecto de un nuevo crimen que sobrepujaba en audacia, en cobardía, á todos los antiguos crímenes, y que iba á atacar la *doctrina monárquica*, noble, saludable, y muchas veces

Pío V. Además, otra revolucion se manifestó mas tarde. Puesto que las rebeliones contra la Santa Sede vencen tan fácilmente, la doctrina católica va á desaparecer por entero. Nó, mil veces nó: sobre ciento diez obispos á corta diferencia, tres abjuraron; de ciento cincuenta mil sacerdotes, menos de diez mil apenas se dejaron intimidar, y la mayor parte para no renunciar á los hábitos de caridad y ternura para con sus feligreses; y despues de los suplicios y deportaciones, Napoleon, este mismo que al parecer amó y continuó la obra de la revolucion, el mismo que habia dicho á la república y al imperio que se abrazasen tan cordialmente como pudieran, acabará por decir á los nuevos súbditos recientemente sojuzgados por su mano: « Nos hemos engañado; lo que existia en religion valia mas que lo que se le ha sustituido. Volvamos á la Santa Sede lo que es suyo, y ya que nos arrepentimos, doblemos su poder. » Otro arrepentimiento sobrevino: se trató de retirar el beneficio. Pero del mismo modo que hay golpes formidables que dan la muerte, hay regresos al buen sentido que renuevan absolutamente la vida de las instituciones. *Ajitóse* el hombre, y luego Dios *llevóle* á donde queria conducirle.

único pensamiento de la Santa Sede. Este proyecto vil, miserable, y que despues de su consumacion ha llegado á ser un precedente horrible, no recibia de Roma mas que la aplicacion de una pena que estaba en uso, el anatema, castigo revocable, y cuyo poder todos los soberanos de Europa habian podido experimentar desde mas de ocho siglos. Sin Lutero y Calvino, las excomuniones, en el estado presente de civilizacion, habrian sido inútiles. Volvamos á algunos hechos anteriores.

Se puede leer en Mr. de Falloux la correspondencia de Felipe II con Pio V, relativamente á D. Carlos, hijo de este monarca.

Cuando Felipe II, despues de haberse quejado al Papa de la conducta de su hijo, pedia consejo al Pontífice, y hablaba de someter á D. Carlos á un proceso, se mandó extraer de los archivos de Barcelona, para servir de modelo, el proceso intentado por Juan II, bisabuelo de Felipe, contra Carlos su hijo, príncipe de Viana y de Gerona.

Con riesgo de disgustar á los espíritus injustos y prevenidos, que no quieren que los hechos de la historia esten en su lugar, que desearian que se vituperasen los hechos sin citarlos, que se desgarrase la reputacion de los que obraron en aquella época, y tal vez que la expresion del descontento pase mas allá de las críticas que todo hecho puede merecer, con riesgo de incurrir en este otro género de excomunion; hemos insertado *in extenso* la bula de Pio V dirigida á Isabel, meditando un crimen contra una reina su parienta y su hermana en el cetro. Conviene ahora ofrecer otro espectáculo. Un padre, un rey, ha querido hacer juzgar á su hijo culpable de tentativa de rebelion, y se ha dirigido al mismo Pio V para confiarle un secreto de esta importancia.

Isabel privada de toda comunicacion con Roma, arrostra todos los peligros: Felipe II dirige su voz á la augusta capital dispensadora de prudentes consejos, y escribe lo siguiente al Papa.

« Santísimo Padre :

« Me veo obligado, no solo por un deber que me es comun

con todos los príncipes cristianos, sino principalmente por la sumision filial que rendiré toda mi vida, en calidad de hijo obediente, á Vuestra Santidad, y por el profundo respeto que tengo á la Santa Sede, á instruiros á vos que sois mi padre, de mi conducta y de las cosas mas notables que me suceden.

« Para cumplir con este deber, advierto á Vuestra Santidad del designio que he concebido de prender al serenísimo príncipe Carlos, mi hijo. Vuestra Santidad podrá juzgar del poderoso motivo que me obliga á esta accion, por la violencia que es preciso que me haga á mí mismo para llegar á este extremo. Basta decir que soy padre, y padre que se interesa por el honor de su hijo. Mi gobierno es conocido de Vuestra Santidad y de toda la Europa. Ambas deben estar persuadidas de que no he tomado esta resolucion, sino despues de haber deliberado maduramente con mi consejo sobre la importancia del asunto que á ello me obliga, y despues de haberme visto precisado por la mala conducta del Príncipe mi hijo, cuyo natural perverso ha corrompido las buenas instrucciones de sus maestros, y los cuidados que se han tomado al educarle.

« He empleado toda clase de medios para corregir sus inclinaciones viciosas y para reprimir sus excesos; he acudido á la dulzura, y viendo, con el dolor que Vuestra Santidad puede imaginar, que todos estos remedios no han podido inspirarle ningun sentimiento de piedad hácia Dios, ni ninguna de las cualidades necesarias á un príncipe, presunto sucesor de tantos reinos como Dios ha sometido á mi obediencia, me encuentro en el caso de asegurarme de su persona, para ver si este medio de rigor podrá volverle á su deber. Siento una satisfaccion al participarlo á Vuestra Santidad, y espero que ella conocerá por mi conducta que no tengo otra mira en esta accion que la gloria de Dios, el interés de mis Estados, y el bien y el reposo de mis pueblos, que prefiero á la ternura que la naturaleza me inspira hácia mi único hijo. Cuidaré de informar á Vuestra Santidad de todo lo relativo á este negocio, y le suplico que me tenga sobre todo por su obedientísimo hijo, y que pida á Dios en mi favor luces y gracias para conocer y cumplir en todo su santa voluntad. Ruego á Dios,

Santísimo Padre , que os conserve y prolongue vuestros dias para el bien general de toda su Iglesia.

« Dado en palacio en 20 de enero de 1568.

Yo el rey. »

La respuesta fué lo que debia ser , franca , paternal , consoladora. Pio V unía á una alma fuerte , un corazon tierno y generoso.

En el momento de pronunciar la sentencia , los jueces de D. Carlos , el cardenal Espinosa , el príncipe de Evoli y D. Diego Mugnatones , detuviéronse como asustados por la importancia del acto. El cardenal Espinosa suplicó al rey que suspendiese el proceso , y guardára al príncipe en una carcel perpétua : sin duda el cardenal proponia de parte de Pio V este medio de terminar tan grave asunto. Felipe contestó que su conciencia de monarca no podia admitir esta derogacion de la justicia , que era responsable á Dios de la suerte de los pueblos que le obedecian , y que faltaria al mas sagrado de sus deberes si dejaba , despues de él , cernerse sobre España las desgracias que podrian resultar de la existencia de un príncipe privado de toda rectitud de juicio , y arrebatado por inclinaciones tan perversas. Considerando sin embargo que , ofreciendo la salud de su hijo pocas probabilidades de ver prolongar sus dias , se podia aguardar el resultado de su enfermedad , y dejar que se ejecutaran los decretos de la Divina Providencia , mandó que no se ocultára á su hijo lo peligroso de su estado , y que se le preparara para ocuparse de su eterna salvacion.

Ninguna sentencia fué pues promulgada ni escrita , y D. Carlos , considerando su mal como sin remedio , llamó á su lado á D. Diego de Chaves , su confesor. Inmediatamente el príncipe encargó al religioso que implorara en su nombre el perdon del rey. Felipe le hizo contestar que le perdonaba del todo , con la esperanza de que su arrepentimiento le conseguiria tambien la misericordia divina. El mismo dia se le administró la extrema-uncion y luego dictó un testamento á su secretario D. Martin de Gaztala. Declararonse las angustias de la agonía , y Felipe preguntó si podia ir en persona á dar

la bendición á su hijo. Los dos religiosos contestaron que era de temer que la presencia del rey perturbara el espíritu del príncipe, á la sazón entregado á sus deberes piadosos, y este motivo detuvo á Felipe. Sin embargo, sabiendo durante la noche que el príncipe estaba expirando, bajó al aposento de su hijo, colocóse detrás del príncipe de Evoli y del gran prior, contempló al moribundo derramando lágrimas, y sin que le vieran extendió la mano sobre la cabeza de éste, retirándose enseguida vivamente conmovido (1).

¡Qué vida de dolor para Pio V! Y sin embargo, ninguno de los numerosos deberes del pontificado, de esos deberes, algunos de los cuales no estaban en uso ya, era descuidado.

¿Existía una orden de caballería que mereciese el favor de Roma mas que la ilustre orden de San Juan de Jerusalem? Los caballeros habian obtenido singulares privilegios, tan honrosos como útiles, de la bondad de los soberanos pontífices Leon X, Clemente VII, Paulo III y Paulo IV. San Pio V no quiso hacer menos que sus predecesores; empezó por confirmar, en términos los mas animados, todos los privilegios, y particularmente el que libró á los miembros de la orden, sus escuderos y servidores, del pago de diezmos y de cualquier tributo. El Santo Padre declaraba al mismo tiempo, que los obispos no tendrian derecho de mezclarse en los asuntos de dichos caballeros, con pretexto de hacer ejecutar los decretos del concilio de Trento. El Papa disponia que si llegaba este caso, fuesen aquellos derogados por la nueva constitucion *Etsi cuneta*.

(1) Ranke, escritor moderno habla así de este asunto: «Basta decir que Felipe tuvo la desgracia de encontrarse en una posicion tal, que todo lo habia de temer de su hijo, ó estaba obligado á hacerle morir sin piedad.» Llorente, detractor apasionado de Felipe II, deshace por medio de una refutacion completa todos los temas erróneos que han circulado con respecto á D. Carlos: «Estoy firmemente convencido de que la muerte de este mónstruo fué una dicha para España.» Mr. de Falloux, de quien tomo esta nota, la termina así; «D. Carlos fué convicto de haberse aliado con los rebeldes de los Países Bajos que atacaban la soberanía de Felipe II y la religion católica, y de haber meditado un atentado contra su padre. He aquí porque Felipe II ha sido entregado á todas las maldiciones de la posteridad.» Mr. de Falloux ha explicado este punto histórico con una calma extrema.

Se habian introducido algunas innovaciones en el tribunal de la penitencia: Pio emprendió una sábia reforma, ó trató mas bien de formar un tribunal nuevo.

Por la bula *In omnibus rebus*, y por otra, *In earum rerum*, dió la direccion de la penitenciaría de San Pedro, que se componia de presbíteros regulares y seculares, á los padres de la compañía de Jesus. Debian ser en número de trece, contando el rector: dos para la lengua italiana, dos para la francesa, dos para la española y portuguesa, uno para la alemana, uno para la húngara, uno para la flamenca y polaca, uno para la inglesa, uno para la griega, y otro para la iliria.

La penitenciaría de Santa María la Mayor fué dada á los religiosos dominicos, y la de San Juan de Letran á los mínimos observantes, reformados de la órden de San Francisco.

El Potífice tuvo que ser severo é inexorable con los *humillados*. Habiendo conquistado el emperador Enrique III la ciudad de Milan, envió á Alemania cuantos caballeros encontró en esta ciudad: estos, para conocerse, adoptaron un vestido blanco; presentáronse con él al emperador y le suplicaron que les permitiese volver á su patria, gracia que el príncipe se vió como obligado á concederles. Algunos de ellos, bajo la direccion del venerable Juan de Meda, quisieron conservar el vestido blanco, é hicieron voto de llevar una vida pobre, procurándose los medios de subsistir por toda clase de trabajos penosos. Tomaron el nombre de *humillados*, y se les aprobó por un decreto apostólico; mas habiendo cambiado tres veces su modo de vivir, el papa Inocencio III, en 1200, mandó que viviesen en comun y que recitasen los divinos oficios. No debian tener camisas, ni sábanas de tela. Luego fueron confirmados, con órden de seguir la regla de San Benito, por Honorio III, en 1219; por Gregorio IX, en 1227; por Inocencio IV, en 1246; por Nicolas IV, en 1288. Se les empleaba en volver al buen camino á los herejes Patarinos. Pero el tiempo y las riquezas produjeron en esta órden tan gran relajacion, que los religiosos tenian mas vicios que los que se reprochaban á los seculares, que tienen la desgracia de ser los mas famosos. Entonces Pio V dirijió un breve al cardenal Carlos Borromeo, arzobispo de Milan, dándole poder para reformarlos, con facultad de

quitarles la décima parte de sus abundantes rentas, suma que habia de servir para el establecimiento y noviciado en que empezaria de nuevo á florecer la primitiva observancia de estos religiosos. El cardenal empleó la dulzura para volver á los hermanos al nativo esplendor; pero los *prebostes* de la órden, viéndose privados de sus beneficios, esto es, de los conventos cuyas rentas habian usurpado, como si hubiesen sido titulares y dueños absolutos, resolvieron vengarse de Borromeo dándole muerte. Tres de estos indignos superiores, entre los cuales se contaba Gerónimo Lignana, preboste de San Cristóbal de Verceil, eligieron para la ejecucion de este atentado á uno de sus religiosos, llamado Gerónimo Donati, (véase la obra de Novaes) y de sobrenombre Farina, al que dieron cuarenta escudos, robados por medio de otro sacrilegio al tesoro de una iglesia vecina. Este, habiéndose escapado del convento de Brera, despues de haber robado el dinero de la iglesia, se presentó al palacio arzobispal, y encontrando al arzobispo que rezaba con sus criados, le disparó un arcabuzazo. El santo arzobispo no fué herido; la carga del arma cayó á sus piés, despues de haber agujereado el roquete, la sotana y los demás hábitos.

A pesar de las súplicas del cardenal que deseaba no se hiciese persecucion alguna, el Santo Padre llegó á descubrir á los culpables, y Farina, Lignana y otros dos fueron condenados á muerte.

Finalmente, no haciendo estos religiosos ningun esfuerzo para enmendarse, el Papa, en virtud de la bula *Quemadmodum*, idé 7 de febrero del año siguiente, firmada por cuarenta y tres cardenales, abolió esta órden.

Pio renovaba con este motivo el decreto de Bonifacio VIII contra los que hubiesen atentado á la vida de un cardenal, y mandaba tratarles como culpables de lesa magestad.

Sobre los honores del pasó, existia desde hacia mucho tiempo una gran disputa entre Cosme de Médicis, duque de Florencia, y Alfonso II, duque de Ferrara.

Pio V, que honraba á la Toscana con un favor particular, á causa de los socorros que en los últimos tiempos habia dado á los pontífices Inocencio IV, Clemente IV, Gregorio X, Be-

nedicto XI, Martin V, luego á Leon X, y que por otra parte amaba á Cosme, príncipe de fe sincera y adicto á la Santa Sede, declaró que á ejemplo de Alejandro III, de Inocencio III, y de Paulo IV, que habian creado un rey de Portugal, un rey de los búlgaros y un rey de Hibernia, queria públicamente y sin que nadie se lo pidiese, honrar á Cosme con el título de gran duque.

La bula *Romanus pontifex* fué llevada por Miguel Ghislieri, hermano del cardenal Alejandrino, é iba acompañada de un dibujo que representaba la corona real en la forma en que Cosme debía mandarla fabricar.

Este dibujo fue obra del mismo Papa, quien escribió al pié: PIUS V PONT. MAX., OB EXIMIAM DILECTIONEM AC CATHOLICÆ RELIGIONIS ZELVM, PRÆCIPVVMQVE IVSTITIÆ STVDIVM, DONAVIT. «Dado por Pio V, Soberano Pontífice, con motivo de la tierna afeccion que á Cosme profesa por su zelo hácia la religion católica, y por el cuidado que pone en ser justo.»

Cosme mandó hacer una corona de ciento veinte mil escudos, y Su Santidad le coronó solemnemente el dia 5 de marzo de 1570, dándole tambien la rosa de oro el dia de la consagracion. En su *vida de Pio V*, Maffey hace la descripcion de esta ceremonia.

A la sazón sucedian hechos sin ejemplo desde hacia mucho tiempo. El emperador y el rey de España quejáronse al Papa sosteniendo que no le era permitido coronar á su vasallo; pero Pio contestó, como ya hemos notado, que á ejemplo de Benedicto IX que habia creado rey de Polonia á Casimiro, por mas que este país dependiese del imperio, á ejemplo de Gregorio XII, que habia creado á Demetrio rey de Croacia y de Dalmacia, por mas que estas provincias dependiesen de la Hungría, no queria escuchar la oposicion que se atrevian á significarle, y con una constancia apostólica interpeló en los siguientes términos al embajador imperial que habia protestado contra la coronacion antes de entrar en la capilla: «¿Con qué fundamento disputais á la Iglesia este poder? ¿Quién sino la Iglesia ha dado á los emperadores el nombre y el honor de su dignidad? ¿Quién les ha concedido el imperio? ¿Quién ha transferido el de Oriente á Occidente, sino los pontífices, nuestros predecesores?»

En medio de tantos cuidados del ministerio pontificio, el Papa hizo su tercera promocion el día 7 de mayo de 1570. Distinguiáanse entre los nuevos miembros del sacro colegio: 1.º Gaspar Zúñiga Avellaneda, noble español, de los condes de Miranda, profesor de teología en Salamanca, despues obispo de Segovia, de donde fué trasladado á Compostela, y mas tarde á Sevilla; 2.º Gaspar Cervantes, español, natural de Cáceres, arzobispo de Mesina en 1554, y despues de Tarragona; 3.º Nicolas de Pellevé, noble francés, profesor de derecho en la universidad de Bourges, relator en el consejo del rey, y despues obispo de Amiens; 4.º Carlos de Angennes, noble francés, embajador de Carlos IX cerca de Pio V; 5.º Felix Peretti, despues papa con el nombre de Sixto V; 6.º el bienaventurado Pablo Borali de Arezzo; 7.º Juan Gerónimo Albani, noble de Bérgamo, célebre jurisconsulto, despues famoso capitán de la república de Venecia.

Una de las mayores glorias de Pio V fué la alianza que contrajo en 20 de mayo de 1571 con Felipe II, rey de España, y la república de Venecia, contra Selim II, emperador de los Turcos, hijo de Soliman II y de Rojelana, jóven hermosísima, natural de Siena, elevada por Soliman de la situacion de esclava á la de esposa (1).

A consecuencia de este tratado, se preparó una escuadra que pronto se compuso de doscientas diez y nueve galeras, seis galeazas, y unos setenta buques grandes y pequeños, con veinte mil hombres, sin comprender los marinos, los bombarderos y los forzados. El general en jefe de la expedicion era Don Juan de Austria, hijo natural del emperador Carlos V.

El gran condestable Marco Antonio Colonna, duque de Palliano y de Tagliacozzo era el comandante de la escuadra pontificia, compuesta de doce galeras, en las que iban mil quinientos hombres.

Andrés Doria, famoso capitán genovés, mandaba la division española, y Sebastian Venier, hombre valiente y expe-

(1) Véase el Diccionario histórico de la vida de todos los monarcas otomanos. En él se habla, con detalles muy curiosos, de esta Sultana.

rimentado, acabó por mandar la armada veneciana, por haber sido muerto Barbarigo al principio del combate.

La armada cristiana á la que se habian unido los caballeros de Malta y las galeazas del duque de Saboya, partió para Levante.

El dia 7 de octubre de 1571 encuentra á la armada turca compuesta de doscientas cuarenta y cinco galeras y de ochenta y siete navíos, estacionada en el golfo de Lepanto. Tratábase de nuevo de echar á los turcos de las cercanías de Italia; era preciso renovar los prodigios de Carlos Martel y de los héroes de Malta. El combate duró cinco horas, despues de las cuales la victoria se decidió á favor de los cristianos, que tuvieron que lamentar la pérdida de siete mil quinientos sesenta y seis hombres, venecianos los mas. Los turcos acababan de perder á Ali-Bajá, general de toda la armada, al famoso corsario Carascosa, á Hassan-Bajá famoso por su habilidad, hijo del célebre Barbaroja, y á Hassan-Bey de Rodas. La escuadra turca habia perdido tambien treinta y nueve comandantes de galera y mas de treinta y un mil hombres. Los cristianos al terminar el dia hicieron diez mil prisioneros, y libertaron quince mil esclavos cristianos, que fueron inmediatamente á reforzar las tripulaciones de las galeras italianas.

Todos los autores convienen en que esta victoria fué una de las mas señaladas que los cristianos ganaron á los musulmanes; pero esos escritores no están conformes al hablar de la pérdida de una y otra parte: tenemos motivos para creer que los detalles que acabamos de dar son los que mas se acercan á la verdad.

Entre tanto continuaba Isabel mandando encarcelar en la Gran Bretaña á los que profesaban la religion católica. Pio V mandó nuncios á todas las potencias, invitándolas á que ayudaran con sus socorros á los ingleses pobres que padecian por la fe. Reunióse á los ingleses desterrados en varios puntos, y el Papa se encargó del cuidado de proveer á sus necesidades.

El emperado Maximiliano mostrábase dispuesto á permitir que se siguiera en Austria la confesion de Augsburgo; el cardenal Commendon le fué enviado en clase de legado, y tuvo la dicha de persuadir á este principe de que debia continuar

protegiendo la religion católica. Felipe II ayudó al cardenal en esta negociacion, y Roma, que habia vencido á los turcos, tuvo motivos para creer que obtendría algunos triunfos contra los ataques de los luteranos. Con esto, era necesario casi en todas partes reformar el clero que se habia mantenido fiel, cumplia mal sus deberes.

Una *pragmática* del Papa prohibió á todo clérigo, á todo eclesiástico, el lujo en los vestidos y en la mesa, prohibió que asistieran al teatro, buscó los medios de destruir tantos desórdenes como se habian introducido recientemente en la Iglesia. Declaró nulos los testamentos hechos por los eclesiásticos en favor de sus bastardos. Una bula quitó la facultad de resignar beneficios á los parientes, y en ella se leia entre otras cosas: «El Santo Padre no puede permitir que el patrimonio de Jesucristo sea dado por herencia, y se convierta en objeto de codicia de los seglares.» Como alguno manifestara al Papa que tanto rigor produciria la ruina de la corte romana, contestó: «Vale mas que veamos desaparecer la corte y con ella todos los que quieran tales desórdenes y corrupciones; á lo ménos no se verá desaparecer la Iglesia y la religion profanada por tantos y tan enormes abusos.»

Un edicto prohibia á los romanos que tenian casas habitables que fuesen á las botillerías y tabernas á comer, beber y jugar, alegando que estas posadas habian sido instituidas para los extranjeros que no tenian casa. Segun escribe Muratori, esta prohibicion, necesaria en todas las ciudades para evitar desórdenes, no duró mucho.

Dióse una ley severa contra el gran número de mujeres públicas que infestaban la ciudad. El senado romano quiso intervenir, dando por razon que el destierro de tantas mujeres extranjeras haria bajar el precio de los alquileres. Pio contestó: «¿Es justo y decente que el senado romano tome la defensa de las mujeres públicas, y asi se atribuya la proteccion de la impudicia? Os decimos que si esas mujeres no salen de Roma, saldremos nosotros con toda la corte.»

Para cumplir los decretos del Concilio de Trento sesion (XXIV, capitulo IV), el Pontífice mandó á todos los obispos que se dedicáran mas que nunca á formar congregaciones de

la *Doctrina cristiana* para enseñar á los niños y á los ignorantes los mandamientos de la religion.

El mismo concilio habia dispuesto, en la sesion XXV, de *Reformatione*, capítulo I, que á imitacion de las órdenes dadas en los concilios de Letran III y IV, se instituyesen en las catedrales prebendas teologales para la instruccion de los respectivos capítulos. Pio V por su bula *In eminenti*, instituyó en la Basilica Vaticana una prebenda teologal, y la asignó con un canonicato de la misma iglesia al *maestro* del sacro palacio, Tomas Manriquez, dominico español, y á sus sucesores. Habiendo estos recibido en la órden de hermanos pecadores la doctrina de santo Tomas, la mas en uso y mas segura en la Iglesia, podian enseñarla á los miembros del capitulo y á las personas que seguian sus lecciones en el palacio apostólico.

El papa declaró además que este religioso sería un verdadero canónigo, tendria asiento en el coro, voto activo y pasivo en el capitulo, gozaria de la renta de su canonicato, y en una palabra, que obtendria todos los honores conferidos á su dignidad de canónigo; pero esta voluntad de Pio V no fué reconocida durante mucho tiempo. Manriquez murió en 11 de enero de 1573, y pensando Gregorio XIII que la determinacion de su antecesor podia parecer injuriosa al clero secular de Roma, y hacer creer que en este no existia individuo alguno capaz de desempeñar aquel empleo, revocó la bula de Pio, mandando que en lo sucesivo la prebenda lectoral y el canonicato del Vaticano fuesen concedidos á un doctor en teología del clero romano.

En la misma época, san Pio V corrigió y arregló el breviario romano, el misal y el oficio de la bienaventurada Virgen. Hizo espurgar el oficio de muchas cosas supérfluas, añadidas segun el capricho de los impresores.

Tambien fué este papa quien mandó que todos los presbíteros rezasen al terminar la misa el evangelio de san Juan. Unos lo recitaban, otros lo omitian; y aun en el dia no es recitado por los cartujos, ni por los que celebran misa en la capilla pontificia: aquellos lo empiezan en el altar y hasta la sacristia continuan rezándolo.

Pio V fué quien agregó á la academia de Pavia un colejo,

que se llamó colegio Ghislieri. Para que Roma no pudiese quejarse de esta fundación en una ciudad extrangera, el papa mandó terminar la fábrica de la Sapiencia en la que colocó nuevos profesores que recibían considerables emolumentos.

A principios de 1572 el papa cayó enfermo de mal de piedra que le privaba el sueño, enfermedad de que murió Pio VII. En el mes de marzo los síntomas se presentaron imponentes. Sin escuchar á los médicos, ni permitir que le visitaran, ni querer que sus manos tocaran las partes inmediatas á la vejiga, donde residia el mal, recurrió á su remedio ordinario, la leche de burra, que le habia aliviado en otro tiempo, pero que ya no podia tener accion sobre un cuerpo tan débil como el suyo.

El remedio en que Pio tenia tanta confianza no disminuyó los dolores, y entonces el buen pontífice se entregó al único remedio de la paciencia. En medio de los tormentos que le hacia sufrir el mal de piedra, exclamaba: «Señor, aumenten mis dolores, pero dignaos aumentar tambien mi paciencia.» Lambertini, que era promotor de la fe cuando Pio V fué canonizado, refiere este hecho.

Esparcióse un dia el rumor de la muerte del papa, y los embajadores mandaron correos á sus respectivas cortes. Gran sentimiento mostraron los romanos; pero no era cierto que el papa hubiese dejado de existir, pues habia recobrado el conocimiento despues de un largo desmayo. Manifestaron á Su Santidad el dolor que los romanos habian sentido, y resolvió entonces darles la última bendicion. El dia de Pascua despues de haberse hecho revestir los hábitos solemnes, mandó que le trasladaran á la gran tribuna pontificia del Vaticano, desde donde bendijo á su pueblo, derramando abundantes lágrimas.

El dia 21 de abril, á pesar de las instancias de Marco Antonio Colonna, Pio deseó hacer la visita de siete iglesias, á pié algun tiempo, y luego en litera; pero al llegar á San Juan de Letran no pudo subir la *Scala santa*, y ayudado por un cardenal, besó la última grada. Allí habia dado cita á muchos católicos ingleses, echados de su patria: hablóles con la sensibilidad mas viva, mandó que les fuesen distribuidos socorros; luego regresó al Vaticano, y vióse obligado á guardar cama.

Su sobrino, el cardenal Alejandrino, le administró á poco los sacramentos de la Iglesia que el papa recibió con el mayor gusto. Algunos dias despues, en 1.º de mayo de 1572, murió á la edad de sesenta y ocho años, habiendo gobernado la Iglesia seis años, tres meses y veinte y cuatro dias. Le enterraron en el Vaticano en la capilla de san Andrés, y fué el célebre Muret quien pronunció la oracion fúnebre en presencia de los cardenales.

San Pio V era de estatura regular ; su fisonomía grave, modesta y tranquila respiraba santidad. Su rostro flaco era blanco, pero rosado comunmente ; tenia ojos azules, nariz aguileña, barba larga y cabeza calva.

Era tan prodigiosa su memoria, que aun despues de pasados muchos años conocia á una persona á la que no habia hablado mas que una sola vez. Esta memoria era tambien un buen dote para los negocios, pues en cuanto se le habia explicado un plan, un proyecto, un objeto de asociacion, media palabra le bastaba para entender lo que se le decia mas tarde acerca de uno de estos asuntos, y muchas veces dirigió á sus ministros que no tenian un recuerdo tan fiel de las cosas.

Nombrado papa, mandó que se añadieran á los gastos de su mesa de cardenal cuatro paulos (ocho reales ) diarios. Pero su liberalidad con los pobres de Roma, con los ingleses arruinados para conservar la fe, no tenia , por decirlo así , límites. Se asegura que sus generosidades ascendieron entonces á dos millones de escudos de oro ( mas de diez y seis millones de reales ), y á pesar de estos gastos , dejó en el tesoro un millon de escudos y un vale de quinientos mil , que debian ser pagados el mes siguiente. En su aposento se encontraron trece mil escudos, y su ayuda de cámara tenia á la disposicion de tan noble bienechor cien mil para los *católicos ingleses inesperados*.

Finalmente, las virtudes de San Pio V fueron tan numerosas que produjeron un sentimiento de confianza en los fieles, y se pensó en su beatificacion, de la que Gregorio XV se ocupó con zelo. Fué definitivamente pronunciada un siglo y un año despues de su muerte, y luego por un decreto de 4 de agosto de 1710 se pronunció la canonizacion.

Vamos á mencionar las medallas que obran en nuestro gabinete, en seguida las de Molinet, y las de Bonanni.

De mis tres medallas, dos tienen la misma efigie y llevan estas palabras: PIVS V PONT. MAX. AN. V. La cabeza del papa está descubierta, es extremadamente descarnada. La tercera medalla tiene en la efigie: PIVS V PONT. OPT. MAX. AN. VI. La cabeza está cubierta con un largo capillo blanco. En el exergo F. P.

En el reverso de la primera: FOEDERIS IN TVRCAS SANCTIO. «Sancion de la alianza contra los turcos.»

Roma con la tiara en la cabeza toma la mano de dos figuras. La primera á su izquierda, es Felipe II, rey de España; debajo de Felipe, un águila. La figura de la derecha es la república de Venecia con el gorro del dux, teniendo á sus piés el leon alado de San Marcos. Debajo de la figura de Roma se ve el Cordero.

2.<sup>a</sup> ILLUMINARE HIERUSALEN. «Alumbrar á Jerusalem.» La estrella encima del pesebre, la Virgen con el niño en los brazos, san José, los magos, los pastores, el asno y el buey.

3.<sup>a</sup> A DOMINO FACTVM EST ISTVD. «Esto ha sido hecho por el Señor.» Los navíos cristianos atacan los navíos turcos en la batalla de Lepanto.

He aquí ahora la nomenclatura de otras medallas:

1.<sup>a</sup> Existe una que lleva en el reverso la efigie de Paulo IV y estas palabras: PAVLVS IV. PONT. MAX. «Paulo IV soberano pontífice.» Es una muestra de afeccion dirigida á este último por su sucesor.

2.<sup>a</sup> En el exergo: COLLEG. GHISLERIVM. A. B. PIVS V PAVIE ERECTVM. «Colegio Ghisleriano, edificado en Pavia por el bienaventurado Pio V.» Supuesto que Pio V es llamado aquí bienaventurado, esta medalla no puede pertenecer mas que á la época en que fué beatificado, hácia 1698. Se ve la fachada del colegio; en la parte mas alta, una azotea en la que hay un observatorio y encima el Espíritu Santo.

3.<sup>a</sup> DEXTERA TVA DOMINE PERCVSSIT INIMICVM. AN. 1571. «Tu mano, Señor, hirió al enemigo el año 1571.» En una barca un ángel llevando la cruz y el cáliz. En el cielo, San Pedro lanzando rayos á una galera turca.

4.<sup>a</sup> FECIT POTENTIAM IN BRACHIO SVO, DISPERSIT SUPERVOS  
 « Fundó el poder en su brazo; dispersó á los orgullosos. »

El Papa rodeado de su comitiva está haciendo oracion. Mas lejos una multitud de combatientes : en el cielo San Pedro en una nube. De Molinet cree que es tambien una medalla acuñada con motivo de la victoria de Lepantó. Bonanni objeta con razon que en la medalla no hay flota, sino soldados de infantería. Quizás sea una alusion á alguna victoria del duque de Alba en Flandes.

5.<sup>a</sup> CONTRIBVLASTI CAPITA DRACONIS. « Hollaste las cabezas del dragon. » Una figura que ciñe corona hiere con el cetro las cabezas del dragon. Quizás sea alusion á la excomunion de Isabel.

6.<sup>a</sup> En el exergo : E TENEBRIS DIES É LVCO LVX LVGET. « El dia sale de las tinieblas : la luz sale de los bosques. » Un templo en cuya cúpula se vé el Espíritu Santo, un bosque, un rio que se divide en tres ramas. Los antiguos llamaban al bosque *lucus* (lugar de luz) por antifrasis. Aquí *lucus* puede ser una alusion al nombre de *Bosco*, patria del Pontífice. Gustaba decir que habia nacido en *Bosco*, y en una de estas medallas toma el título de *Boschensis*, « de *Bosco*. »

Poseo un cuadro muy curioso que representa á Pio V sentado y bendiciendo á San Francisco de Borja arrodillado. Ya hemos visto, que en 27 de enero de 1566, yendo á tomar posesion de San Juan de Letran, el papa hizo detener su litera junto á la puerta del *Gesu*, donde habló con San Francisco de Borja, general de la compañía. Al dia siguiente, San Francisco fué á dar las gracias al Papa que le bendijo de nuevo con mucha ternura.

Segun parece, se quiso en aquel tiempo que el recuerdo de esta visita al Vaticano, hecha el dia 28 de enero, fuese transmitido á la posteridad, en un cuadro que representase á Borja de rodillas, recibiendo la bendicion de Pio V. Este cuadro existe todavía; lo he adquirido en París de Mr. Angel Bonelli, que en 1814 lo llevaba á Inglaterra. Mr. Bonelli atribuia este cuadro á Vasari, añadiendo : « Por el color, por lo admirablemente acabado de las manos del Papa y del general, creo que fué pintado por los años de 1570 en España, de donde lo trasladarian á Roma. »

La Santa Sede estuvo vacante once dias.

**230. Gregorio XIII. 1572.**

Gregorio XIII, llamado al principio Hugo Boncompagni, nació en Bolonia, el día 7 de febrero de 1502, de Cristóbal Boncompagni y Angela Marescalchi, personajes nobles y muy distinguidos de aquella ciudad.

Hugo, cuyas facultades le hacian fácil la ciencia, estudió en la universidad de Bolonia bajo la direccion de cuatro jurisconsultos célebres, Luis Manzoli, Aníbal Caccianemici, Luis Gozzadini, y Carlos Ruini. A los 28 años recibió el grado de doctor en ambos derechos. Durante muchos meses fué profesor, y tuvo por discípulos á Alejandro Farnesio, Cristóbal Madruzzi, Othon Truchsess, Reinaldo Polus y Carlos Borromeo, todos los cuales llegaron á cardenales.

Hugo tuvo la honra de ser llamado á Roma á los 36 años, por el cardenal Pedro Pablo Parisio, famoso jurisconsulto. Paulo III nombró sucesivamente á Hugo primer juez del Capitolio, compendiador y refrendario de las dos firmas.

En 1545, el Papa le envió al concilio de Trento, grande y magestuosa escuela en la que se formaron tantos sublimes talentos de aquel siglo. En 1555, Boncompagni era vice-legado del campo de Roma. En todos sus empleos se distinguió por su ciencia, su habilidad, y los mas nobles sentimientos de religion.

Paulo IV le dió, en calidad de datario, á su sobrino el cardenal Carafa, legado en Francia. Pio IV nombró mas tarde á Boncompagni su mas íntimo diputado cerca del concilio de Trento, y despues le hizo cardenal presbitero de San Sixto. Al entregarle el capelo, dijo el Papa: *Ecce vir in quo dolus non est.* « Hé aquí un hombre que no conoce el engaño. »

Dos meses despues, el cardenal Boncompagni fué enviado como legado á España, para tratar del asunto de Bartolomé Miranda y Carranza, de la órden de predicadores, arzobispo de Toledo, uno de los teólogos del concilio tridentino, confesor de la reina de España, preso por la Inquisicion desde

hacia seis años por sospechoso de heregía. Esta acusacion estaba fundada en algunas notas indiferentes que habia escrito en el márgen de libros herejes.

El Papa dió á Boncompagni por teólogos á Felix Peretti y Estéban Bonucci, Servita; otros dos prelados, Juan Rafael Castagna y Juan Aldobrandini, formaban parte de la legacion; tres de ellos, Boncompagni, Peretti y Castagna, fueron despues papas. Felipe II tenia un bufon, que viendo un dia al rey sentado á la mesa con estos enviados y comiendo de tres sopas, dijo al príncipe: «Vuestra Magestad come con tres *pappi*.» Juego de palabras bastante ridículo sobre las voces *pappi* y *papi*.

Antes de volver á Italia, el legado, cuyas virtudes se habian admirado, fué nombrado secretario de los breves por el mismo Pio IV.

Al morir este, Boncompagni habria sido su sucesor, si algunos envidiosos no le hubiesen hecho malos oficios en el cónclave. Por otra parte, no habia llegado bastante pronto para formar parte de este. Tanto fué así, que cuando obtuvo su primera audiencia de Pio V, este le dijo con un acento de aprecio y de ternura: «Monseñor, hemos ocupado vuestro lugar.» Conviene repetir estas expresiones que atestiguan la bondad, la urbanidad, la elegancia de maneras de los pontífices.

El dia 12 de mayo de 1572, despues de los funerales del difunto papa, cincuenta y dos cardenales entraron en el cónclave. Los cardenales Atemps, Sforza, Orsini, Cesi y Como, que pensaban elegir al cardenal Farnesio, supieron que por ser este muy jóven no podian sentarle en el trono. El cardenal de Granvelle declaraba, en nombre del rey de España, que esta eleccion era imposible, habiendo tantos cardenales entrados en años y con mucho mérito. Entonces muchos de los demás, unidos á los que hemos nombrado, pensaron en preferir á Boncompagni. El dia 13 de mayo el proyecto tuvo feliz resultado: todos los votos fueron conformes, y se propuso elegirle el dia siguiente, cuando contaba 70 años. Preséntase el cardenal Como á Boncompagni, del cual se habian ocultado cuidadosamente, y le dice: «Venid en seguida á la capilla, y se-reis unanimemente adorado pontífice.» Boncompagni, sin

manifestar la menor alteracion, contestó: «¿Se han reunido los votos suficientes?» Como replicó: «Tenemos mas de los que necesitamos.» Entonces Boncompagni, como si nada nuevo hubiese sucedido, continuó escribiendo tranquilamente unas notas importantes; al concluir, las guardó en el pecho, y se dirigió á la capilla, diciendo: «Vamos, en nombre del Señor.»

En memoria de san Gregorio el Magno, á quien desde su infancia habia tenido por protector, el nuevo papa tomó el nombre de Gregorio XIII (1) y escogió por símbolo las palabras del salmo: «*Confirma hoc Deus, quod operatus es in nobis.*»

El día 20 de mayo, día de Pentecostes, el Papa fué solemnemente coronado, y el 27, montado en un caballo blanco, fué á tomar posesion de San Juan de Letran.

A ejemplo de san Pio V, no quiso que se echara dinero al pueblo; y en lugar de hacer este gasto, mandó repartir á los pobres abundantes limosnas.

Inmediatamente nombró secretario de Estado al cardenal Galli, llamado comunmente el cardenal Como, porque era obispo de Como.

En el primer consistorio, el Pontífice mandó leer la bula de san Pio V que prohibia vender los bienes de la Iglesia, y poniéndose la mano sobre el corazon, juró que nunca consentiría que esta bula fuese derogada.

Una comision compuesta de los cardenales Borromeo, Pa-

(1) Juan Dorat, que florecia en tiempo de Carlos IX, compuso sobre las palabras *Gregorius decimus tertius*, el siguiente anagrama: *Dei gregis securi tutor sum.* «Soy el tutor del rebaño de Dios, así en seguridad.»

Sobre este pensamiento de Dorat, Guillermo Bianchi compuso el siguiente cuarteto:

*Donec GREGORIUS DECIMUS tibi TERTIUS adsto,  
Non est cur timeas, parvulum ovile, lupos:  
Nam si divino data numine nomina vertas,  
SECURI TUTOR SUM GREGIS ipse DEI.*

Mientras yo *Gregorio XIII* esté cerca de tí, no temas á los lobos, pobre rebaño, pues si tergiversas nombres dados por una afeccion divina, soy el tutor del rebaño de Dios, así en seguridad.»

Se notará fácilmente que la traduccion no puede expresar el verdadero valor de las palabras del original latino.

leotti, Aldobrandini y Arezzo, fué encargada de destruir todos los abusos que se hubiesen introducido en la disciplina eclesiástica.

Quiso que las determinaciones de su predecesor, relativas al concilio de Trento, fuesen inviolablemente observadas, y declaró que un tácito permiso del papa no bastase para que los cardenales obispos se creyesen autorizados para olvidar los decretos concernientes á la residencia.

Para que esta voluntad del santo sínodo fuese mas respetada, resolvió que en lo sucesivo no se emplearia en la corte á obispo alguno, y que los clérigos de la cámara y los auditores de la Rota que fuesen obispos, renunciarían á su sede ó á su oficio.

A fin de que todos pudiesen fácilmente hablar al papa, y acudir á él en caso de desgracia, señaló un día de la semana para dar audiencia pública, y desplegaba en ella una singular paciencia.

Antes que terminara la audiencia, los camareros iban á saber si esperaba todavía alguna persona; y solía decir que al fin y al cabo el *pontífice* no es otra cosa que un *servidor* lleno de honores.

Gregorio se manifestaba, dice Novaes, atento al escuchar, juicioso al dar á entender que comprendía lo que le estaban diciendo, grave en el ademan, sobrio interruptor, favorablemente dispuesto en sus palabras, y siempre benévolo y misericordioso. Para dar una prueba del deseo que tenia de aliviar en algo á sus súbditos, disminuyó los impuestos sobre la carne, y abolió la tasa del vino en la provincia de la Romanía.

Los turcos aseguraban que á la muerte de san Pio V habian sido librados de todos sus enemigos, y creyeron que debían celebrar su muerte por medio de fiestas públicas. Gregorio pensó que el jefe del catolicismo nunca debía cesar de pensar en reprimir la ambicion de los turcos, y solicitó nuevos armamentos de parte de los príncipes cristianos.

Una considerable escuadra encontró á los turcos en Navarino, pero se retiró con poco honor para el estandarte de la religion; y de resultas de un consejo funesto, Venecia firmó

la paz con la Puerta, sin haber prevenido á sus aliados, á la Santa Sede y á Felipe II.

En el mismo año 1572, dia 2 de junio, Gregorio hizo su primera promocion, que solo se compuso de la creacion de su sobrino Felipe Boncompagni, que fué declarado cardenal del título de San Sixto.

Terribles síntomas de frenesí van á aparecer en Francia. Excomulgada Isabel, habia firmado tratados con los hugonotes y sostenido su poder. La corte incierta entre los innovadores religiosos y los Guisas, se agitaba sin resolverse á tomar resolucion alguna.

Catalina de Médicis, que habia ido jóven á Francia y conocia mal las costumbres, los hábitos y la política de su país, que era reputada injustamente perversa y disimulada, y conociendo menos aun el carácter de los franceses que habia sido llamada á gobernar, se precipitaba en embarazos al parecer sin salida, y todo presagiaba esos espantosos desastres que la indecision y la ignorancia llevan necesariamente consigo.

¿Podia Roma en los primeros momentos en que apenas la autoridad pontificia estaba establecida, dirigir consejos para contener los espíritus?

Al principio del pontificado de Gregorio véase lo que sucede en los primeros meses de una eleccion en Roma, sobre todo cuando el papa ha sido elegido por *adoracion*, y cada elector cree poder asegurar que ha sido uno de los mas activos en la eleccion del papa.

Todas las facciones solicitaban recompensas, y un papa de setenta años solo podia responder con sonrisas y consentimientos á muchos de aquellas interesadas peticiones. De este modo se invadia la autoridad soberana. Era preciso que pasase mas de un año antes que fuesen reprimidas las peticiones indiscretas, y que el poder lograra consolidarse sobre bases sólidas.

Llegó el cardenal Carlos de Lorena, ocupado siempre en el deseo de vengar á su hermano Francisco, glorioso defensor de Metz en 1552, prudente general de los ejércitos del rey, que habia encumbrado el nombre francés á los ojos de Italia en 1559, el lugar teniente general del reino en 1563, asesinado

en la misma época por Poltrot de Meré, hugonote, sin que su vida Ana de Ferrara hubiese podido obtener la condenación del asesino. El cardenal estaba descontento todavía de la paz que el rey Carlos IX había concedido en 1570 á los hugonotes, y pedía que se hiciese entrar á todo Italia en la liga contra el turco, liga que naturalmente había distraído los ánimos de los pensamientos hipócritas, de las provocaciones audaces, que producen el olvido de todo sentimiento religioso y el deshonor de las naciones. De repente se sabe en Roma el terrible degüello de San Bartolomé. Este espantoso suceso, esta página sangrienta de la historia de Francia, merece ser vivamente señalada, sobre todo si los nuevos detalles que se presentan pueden aclarar con nueva luz un hecho tan deplorable.

Existe una obra del duque de Saint-Simon, intitulada *Brevísimo resumen de la historia de Francia y de la extranjera, en lo que esta se refiere á aquella, desde Hugo Capeto*. Estas notas recogidas por un hombre tan juicioso, mas cercano que nosotros á aquella época, y reputado como franco, sincero é incorruptible, son notables, si se consideran los hechos extraordinarios que contienen, y mucho mas si se les une á las escenas que tuvieron lugar en Roma con motivo de aquella catástrofe, y que deben ser mencionadas en nuestra obra. He aquí la notas de Saint-Simon que están archivadas en el ministerio de negocios extranjeros en París: son datos, apuntes sin forma, sin estilo; pero no por esto dejan de tener el carácter de profundidad y elevación que distingue los escritos de este elocuente analista, que puede ser llamado el *Tácito francés*.

« 1572. Deliberaciones secretas acerca del degüello: los Guisas quieren comprender al nuevo rey de Navarra, los Montmorency y los católicos que les hacían sombra, el duque de Anjou, el mariscal de Retz. Poseedores del secreto con Catalina de Médicis, los Guisas insisten sobre el rey de Navarra y el joven Luis de Condé: la reina no puede resolverse á ello, temiendo la dependencia total de los Guisas. Carlos IX guarda el secreto durante estas largas intrigas; pero le estorba por su incertidumbre, sobre todo con respecto al almirante, á quien quería, desde que para atraer á los hugonotes, era de todos, con pretexto de la guerra de los Países-Bajos, de

los cuales debia ser el jefe para sostener su rebeldía contra la Inquisicion de España. La *rudeza* del rey para con su madre ó su hermano al salir de una larga conversacion con el almirante, de la cual nunca quiso decir nada, les movió á concluir. Degüello empezado por la herida del almirante: visita del rey, de su hermana y de su madre con las mas péfidas demostraciones. El almirante es muerto al mismo tiempo que los demás, y nunca fué tan admirable, tan grande como al morir. Indignidades del tercer duque de Guisa sobre su cuerpo. Carnicería que comprendió á *todos los católicos que se quiso*. Los Montmorency librados por la ausencia de uno de ellos y de un Cossé. El rey de Navarra y el príncipe de Condé se hacen católicos al ver el puñal que les amenaza. El degüello, disimulado al principio, es declarado por edicto público, á instancias de los Guisas, que no quisieron ser los únicos en llevar esta eterna infamia de la nacion.»

Aquí Saint-Simon continúa su nomenclatura de hechos para el año siguiente.

Tales eran los sucesos de que Francia habia sido testigo. Enrique de Guisa, con pretexto de vengar á su padre Francisco, acababa de arrastrar á una série increíble de desafueros á un rey niño, que sin embargo, habia manifestado rudeza con su hermano al salir de una larga conversacion con el almirante, de la cual nunca quiso decir nada, *rudeza que les movió á concluir*. Enrique de Guisa podia fácilmente convencer á Catalina, de que habia oido al mariscal de San Andrés decir estas palabras: «No seremos felices hasta que hayamos echado al Sena, metida en un saco, á esa mujer.» Por otra parte, una ambicion desmedida ahogaba en Catalina todo sentimiento de humanidad. No habia sido difícil aconsejar el fraude al duque de Anjou, al mismo que mas tarde, llevando el nombre de Enrique III, debia atraer á Blois al mismo Enrique de Guisa, nombrarle lugar teniente general, prometerle la espada de condestable, y mandar que le abrieran de arriba abajo con un puñal, para no errar el golpe, *dado caso que llevase coraza*.

¿Qué le queda que hacer al cardenal Carlos de Lorena, disponiendo de un gran crédito en Roma, donde la nueva auto-

ridad pontificia no estaba aun bien asegurada en el ejercicio de su poder?

El día 6 de setiembre de 1573, las cartas que Salviati, legado del Papa, habia escrito desde de Francia, fueron leidas en una asamblea de cardenales, en presencia de Gregorio XIII. Decian que, segun declaraciones de la corte, el almirante y los hugonotes habian conspirado contra el monarca, y habian sido muertos por voluntad y consentimiento del rey (1). Decretóse entonces, por una peticion que en términos violentos manifestó el cardenal de Lorena, que el Papa y el sacro colegio asistirían el lunes siguiente á una fiesta solemne. Muchísimos artistas se presentaron para adornar la iglesia de San Marcos, en la que debia celebrarse la fiesta. Para los que Lutero llamara á la discordia, habia llegado *el dia de dolor y espanto*. El cardenal dió públicamente mil escudos al correo portador de la noticia tan deseada por él. El día 8 de setiembre, los franceses hicieron una gran procesion en la iglesia de San Luis, enriquecida con las fundaciones de Catalina de Médicis. La mayor parte de nobles romanos y una gran porcion de pueblo, acudieron á aquella ceremonia, en la que se maldecia públicamente á los protestantes. «El embajador del emperador, dice una narracion de aquel tiempo, llevaba la cola del vestido del Papa, por honor que hace al emperador con preferencia á los demás monarcas». El cardenal habia mandado fijar en las tres puertas de la iglesia, entre las estátuas de Carlo Magno y de San Luis, una *notificacion* dirigida al Papa, á los cardenales, al senado y al pueblo romano, en la que elogiaba el degüello de Paris y recordaba los males que Roma habia sufrido de parte de los luteranos. El mismo cardenal decia, entre otras cosas, «que se regocijaba vivamente de que hubiesen sido los de su casa los principales ejecutores de un *hecho tan grande y tan memorable*.»

El conjunto de este documento, que es una mezcla de farfantonada, de delirio y de ferocidad, estaba fijado en la puerta de la iglesia. En semejante audacia habia una ofensa á la so-

(1) Estas expresiones son singulares, cuando hay *voluntad* es inútil añadir *consentimiento*.

beranía de Gregorio XIII, porque ¿con qué derecho un simple cardenal hablaba en estos terminos en una ciudad donde no mandaba? Preciso es decirlo, la nobleza de Roma, el pueblo, los artistas, sobre todo, no veían en la muerte de los hugonotes, degollados, según se decía, *por haber intentado cometer un crimen de lesa magestad*, mas que un justo castigo y la venganza de los desafueros cometidos en 1527. Cuarenta y cinco años despues del saqueo de Roma, quedaban aun testigos de ambos sexos y hasta víctimas de los furores pasados, y estos testigos fueron los que animaron el odio ciego del resto de la poblacion. Vasari, discípulo de Rosso, que se habia visto tratado inhumanamente, y al cual su maestro habia contado muchas veces sus desgracias, se ofreció para conservar en un fresco el recuerdo de los últimos sucesos. En poco tiempo, pues murió dos años despues, trazó los dibujos de dos composiciones, que representan á Carlos IX en el seno del parlamento, y las escenas del degüello de Paris (1).

Mas tarde, Gregorio XIII supo conseguir toda la autoridad que debia obtener en su capital, y el solo fué quien arregló la política de la Santa Sede con sabiduría y moderacion. Probó que, cuando los regocijos de Roma, habia sido arrastrado por el movimiento tumultuoso de un populacho desordenado. Los discursos y bulas del Pontífice no tardaron en manifestar sus verdaderos sentimientos acerca de un crimen político, que el saqueo de Roma no podia justificar.

He referido los hechos con nuevos detalles: el lector conocerá mas circunstanciadamente las causas y consecuencias de la crueldad de los partidos. Fué un horrible crimen verter durante seis meses la sangre de los romanos; crimen fué

(1) En 1816 apareció un *Viaje á Italia*, impreso en Bruselas, cuyo autor, al describir uno de los frescos de que se trata, dice: «¿Quién es ese otro rey *que dispara contra el pueblo*? Es Carlos IX dando la señal del degüello de San Bartolomé.» Nuestro autor se engaña gravemente. En el cuadro en que Vasari representó á Carlos IX, este asistía á una sesion del parlamento. Este cuadro, en el que los trajes carecen de propiedad, y el que representa el degüello son malos. Por lo demás, está hoy probado que el hecho de Carlos IX disparando contra el pueblo, no es cierto. Véase acerca de este punto el artículo de Pastoret en el suplemento de la *Biografía universal*.

tambien degollar pérfidamente á hombres que vivian en paz, fiados en el juramento de un tratado. Fué tambien una alegría deplorable la que se manifestó á la noticia que el cardenal de Lorena llamó *la strage degli ugonotti*, «el degüello de los hugonotes.»

Detengámonos : los anales de un pontificado piadoso y sábio , y el acercarse el año santo , que fué celebrado con gran pompa , nos llaman á otros hechos.

En aquella época, los maronitas (1), aquellos mismos pueblos cuyas desgracias son hoy tan dolorosas, acudieron á Gregorio para obtener su proteccion. Habitaban el monte Líbano y algunas ciudades de la Siria, y desde tiempo inmemorial venian conformándose con el dogma latino ; temíase , sin embargo , que á consecuencia de las persecuciones turcas se deslizara entre ellos algun error. Con el consentimiento de su patriarca Miguel de Citaravia , enviaron dos embajadores, que el Papa recibió con particular bondad. Confirmó su patriarca , uso que se ha conservado hasta nuestros dias , leyó con placer las cartas que el papa Inocencio III se habia dignado dirigirles por los años de 1200 , para felicitarles de su constante union con la Iglesia occidental. Los embajadores presentaron tambien misivas de San Luis , autorizando á su príncipe para dar cartas de nobleza francesa , y el Papa despidió aquellos católicos , cargándole de regalos y acompañados de dos jesuitas , nombrados visitadores del Líbano.

Mas tarde , Sixto V concedió privilegios al colegio de maronitas establecido en Roma.

En 1578 , Gregorio , que siendo profesor en Bolonia habia trabajado en la coleccion del decreto de Graciano y de todo el derecho canónico , mandó que se buscaran los fragmentos de los concilios citados en él , á fin de que , purgado en gran parte de todos los errores que contenia , el cuerpo de derecho canónico pudiese ser impreso de nuevo en Roma.

Sábese que el decreto de Graciano , célebre canonista , nacido en Chiusi , hacia el año 1100 , consiste en textos de la

(1) Consideraciones sobre el pontificado de los quince primeros papas que han llevado el nombre de Gregorio, pág. 142.

sagrada Escritura, en los cánones llamados de los Apóstoles, y en los de unos ciento cinco concilios, ecuménicos los nueve primeros, en las decretales de los papas, en extractos de los santos Padres, como San Gregorio, San Jerónimo, San Agustín, y en otros extractos de autores eclesiásticos, de los libros pontificios, del código Teodosiano, de las capitulares de los reyes francos, etc. Graciano había intitulado este libro *Concordantia discordantium canonum*, porque trata de conciliar, ya por la autoridad, ya por el raciocinio, los cánones contradictorios.

Los primeros manuscritos de la obra de Graciano empezaron á conocerse en 1151. Otros escritores antes que él habían emprendido compilaciones análogas. Desde últimos del siglo IX, ó principios del X, Reginon, abad de Prum, compoñia una coleccion de cánones y de reglamentos eclesiásticos; Burchard ó Bouchard, obispo de Worms en el año 1000, dió tambien una coleccion de cánones en veinte libros; finalmente, Ivo de Chartres, muerto en 1115, había formado una coleccion parecida.

Graciano, benedictino, segun algunos autores, y que no fué monje, segun dice Savioli en los *Anuali Bolognesi*, se aprovechó del trabajo de sus predecesores, muchas veces con poca eleccion, sin embargo de que tuvo la ventaja de evitar en su libro la confusion de que aquellos no habían podido librar los suyos. Distribuyó su obra por orden de materias, y la dividió en tres partes; en la primera reunió lo relativo al derecho y á los ministros de la Iglesia; habla de los juicios en la segunda; y con el título de *De consecratione*, hace entrar en la tercera todo lo concerniente á los sacramentos y á las ceremonias. La compilacion de Graciano con este método eclipsó desde su aparicion las colecciones anteriores, y la del mismo Ivo de Chartres que había gozado de gran autoridad. Se dice que Eugenio III la aprobó. Cuando menos, es cierto que el decreto fué recibido con una especie de entusiasmo en la escuela de Bolonia, en cuyo seno hasta cierto punto había nacido, y que de esta escuela, una de las mas famosas de aquel tiempo, pasó á Francia, y fué enseñado en Paris, en Orleans y otras universidades. Pronto llegó á ser el único texto que

los profesores de derecho canónico comentaban en sus lecciones y escritos. Faltábale mucho, no obstante, para estar exento de faltas, pues contenia documentos contrarios á lo que la antigüedad religiosa ofrece de mas auténtico. A medida que las luces se propagaron, estos defectos se presentaron mas claramente.

En Francia, en España, en Italia, era opinion comun que convenia corregir la obra de Graciano. Papas célebres, Pio IV y Pio V, emplearon en ello á varios sábios, de cuyo número habia sido el profesor Boncompagni.

Llegado á papa, aprobó su obra por una bula.

La primera edicion con fecha del *Decreto* de Graciano, es la de Estrasburgo, 1471, in fóléo, por Enrique Eggstein, edicion tanto mas notable cuanto que es al mismo tiempo el primer monumento tipográfico de la ciudad de Estrasburgo. El mismo impresor la reprodujo al año siguiente, y P. Schoyffer dió en 1472 una edicion en Maguncia, en dos volúmenes en fólío. Desde entonces la obra ha sido muchas veces impresa, y forma el primer volúmen del cuerpo de derecho canónico. Las correcciones aceptadas por Gregorio XIII fueron impresas en Roma.

Acercándose el año santo, Gregorio, príncipe previsor, queria celebrarlo con orden y magnificencia; y para ello dió disposiciones á los gobernadores de los Estados eclesiásticos.

Estos debian preparar provisiones para evitar toda clase de carestía; tenian orden de mandar recomponer los caminos, puentes, diques, donde quiera que fuese necesario. Los *comisarios de la abundancia* en Roma, debian procurarse una gran cantidad de trigo, harina, vinos y legumbres. Los propietarios de habitaciones fueron invitados á no aumentar el alquiler y á no despedir á nadie, antes de terminar el año santo. Para mover á los cardenales á embellecer las iglesias de su título, el Papa mandó que se procediera en todas las basílicas á las reparaciones convenientes. Se reedificaron casi del todo los pórticos de San Pedro y Santa María la Mayor, algo abandonados en los tiempos anteriores. Desde esta última basílica hasta San Juan de Letran, se mandó abrir una ancha calle, mas cómoda para los carruajes y peones.

El Papa procuraba conservar en el camino de la religion católica á Juan, rey de Suecia, é hizo esfuerzos para mantener en el trono de Polonia al rey Enrique de Valois; pero al morir su hermano Carlos IX, Enrique quiso volver á Francia para reinar en ella.

Habiendo ido á Roma Ernesto, segundo hijo del duque de Baviera, Gregorio le hizo una régia acogida, y mandó que le enseñaran todas las magnificencias de la capital. Carlos Federico, duque de Cleveris, primo de Ernesto, llegó mas tarde y recibió igual acogida. El gran duque de Toscana y el duque de Parma, que entraron despues en Roma, fueron tratados con un lujo real, lo mismo que sus comitivas.

Las ceremonias del jubileo habian empezado. La Puerta Santa estaba abierta. El concurso de peregrinos era tan grande, que en un solo dia el hospicio de la *Trinidad* recibió ocho mil, sin que hubiera tumulto alguno. Una muchedumbre mayor vió, apesar del invierno, las ceremonias del acto de cerrarse la Santa Puerta; y libre apenas de tantos trabajos, el Papa emprendió de nuevo. y con mayor zelo, los que en todos tiempos son de la incumbencia del pontífice.

Los errores de la confesion de Augsburgo habian penetrado mas que nunca en la Bohemia. Gregorio obtuvo de los obispos del país que el cisma seria combatido, y aquel buen pueblo volvió muy pronto al culto de sus padres.

Maximiliano no habia ido aun á Roma á recibir la corona imperial; era emperador electo, pero diferia el cumplimiento de un deber que habria asegurado sus derechos. El Papa trabajaba al mismo tiempo para que Maximiliano fuese elegido rey de Polonia. Ningun cisma se presentaba en la patria de Jagellon; y si Maximiliano hubiese mandado en Cracovia, las predisposiciones de este príncipe á actos de debilidad, en lo que concierne á las doctrinas de Lutero, hubiesen podido ser neutralizadas por el sentimiento tan fuertemente católico de la Polonia.

La Italia ofrecia tambien agitaciones peligrosas.

Gregorio envió al cardenal Morone á Génova, encargándole que restableciera la concordia entre los nobles, cuyas envenenadas contiendas arruinaban al comercio del país y sus relaciones tan útiles en el Levante.

Hacia mucho tiempo que se habia firmado un tratado entre Gregorio y Felipe II para atenuar los males con que Isabel afligia á la Inglaterra, y para obtener la libertad de María Stuart, reina de Escocia, y hacer que se casara con don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, que habia salvado recientemente la Italia de una invasion de los musulmanes. Pero esta tentativa, inventada por los españoles, no fué generalmente aprobada, y todo quedó reducido á formar votos para que María recobrase la libertad y pudiese escapar á lo que madama Staël llamaba *coqueteria sanguinaria* de Isabel (1).

En 1567 fué cuando la peste se manifestó en Europa y extendió sus estragos á Alemania, Francia, España y otras comarcas de Italia, particularmente Venecia y Milan.

Do quiera las órdenes religiosas se cubrieron de gloria: dominicos, franciscanos, jesuitas, en una palabra, todos, á la menor señal del jefe de la Iglesia, corrieron á aliviar y á exhortar á los enfermos, á consolar á los que perdian en un instante á toda su familia; á distribuir dinero á los pobres. El pueblo, que sabe agradecer los beneficios, no visitaba ya sino con mucho dolor, despues que hubo desaparecido la peste, los conventos casi desiertos, donde no habian quedado mas que algunos débiles ancianos y un escaso número de esos hombres amados de Dios, que pueden soportar las fatigas, las vigiliass, el espectáculo de la muerte ofrecido sin cesar á sus ojos; esos hombres que la Providencia ha señalado con un signo particular, permitiendo que sobrevivan á tantos padecimientos, á veces sin proporcion con las facultades que nos han sido concedidas para conservar en la tierra nuestra desdichada vida.

Gregorio experimentaba secretamente mas temores que los demás príncipes de Europa. Por sus correspondencias con Constantinopla, la Siria y Jerusalem, oia hablar de un armamento de los turcos, y recelaba que los infieles, protegidos por el azote con el que viven como en buena inteligencia, envalentonados por el dogma insensato de la fatalidad, no se preparasen para algun ataque imprevisto contra un punto mal

(1) Consigno estas palabras de madama de Staël. La vulgaridad del sustantivo desaparece delante del vigor del epíteto.

guardado. Temia el vigilante pontífice que llamados por el contagio, se uniesen los turcos á este mal casi sin remedio, que ellos llaman su *compatriota* y su aliado contra la còdicia de los occidentales. Pero Dios tuvo piedad de su Iglesia: corrió el rumor de que todos los griegos llegados á Génova para negocios mercantiles, y todos los esclavos turcos detenidos en los presidios de la península, habian sido las primeras víctimas de la peste, con complicaciones de nostalgia. Por otra parte, Malta y Venecia hicieron nuevos esfuerzos para rechazar al enemigo, si se atrevia á presentarse á los cristianos.

En el momento en que la calma se hubo restablecido un poco en Alemania y en Italia, cuando las comunicaciones pudieron establecerse facilmente, Gregorio elevó á la dignidad de cardenal á Andrés de Austria, hijo natural del archiduque Fernando y de Felipa Vetzler, y resobriño de los emperadores Carlos V y Fernando I, príncipe que solo contaba diez y ocho años; mas nó fué mal visto el haber concedido favores para mantener al Austria en los sentimientos de constancia verdaderamente cristiana que siempre ha profesado.

Rodolfo habia sucedido á su padre Maximiliano, y no pedía ninguna confirmacion á Roma. Gregorio le invitó á que enviára un embajador cerca de la Santa Sede, con encargo expreso de solicitar la confirmacion de costumbre. Rodolfo respondió que debia atribuirse este retardo á algunas circunstancias que iba á examinar detenidamente.

No se creia en Roma que pudiese sobrevenir ninguna notable dificultad.

Conservábase cuidadosamente en la ciudad Santa un documento firmado por los siete doctores, en el cual reconocian el derecho de la Santa Sede de elegir los emperadores. En él manifestaban que su deber y el del emperador era no disputar este derecho á la Santa Sede, y que estaban obligados á prestarle obediencia, sujecion, y como dice el documento, *honorificencia*.

Efectivamente, este derecho habia sido reconocido por los emperadores Othon IV en tiempo de Inocencio III, y Federico II en tiempo de Honorio III. Citando épocas menos remotas, se ve que Eneas Piccolomini (después Pio II), embajador de

Federico III, pronunció el discurso de obediencia á Calixto III. Maximiliano I firmó la paz con Julio II, prestando juramento de obediencia. Carlos V no la negó á Clemente VII despues de los desastres de Roma, y cuando la autoridad pontificia parecia debilitada.

Rodolfo, siguiendo, al parecer, con cierta complacencia el ejemplo de Maximiliano II, su padre, que habia negado la obediencia, tomó el partido, sin embargo, de enviar á Roma á Juan Zenner. Este en el discurso que habia preparado, cambiaba la palabra obediencia con la de respeto (*ossequio*). Gregorio no quiso reconocer el cambio; recibió á Zenner y á sus colegas en audiencia privada, en la que no se trató de ningun negocio; luego escribió una carta autógrafa á Rodolfo, rogándole que siguiera el ejemplo de sus predecesores. Finalmente, Rodolfo se contentó con llamarse en el discurso *obedientísimo hijo de Su Santidad*, y envió definitivamente el decreto de su eleccion que habia quedado en Viena. Entonces el Papa, en un consistorio público, confirmó la eleccion, mandando tomar acta, que fué firmada por todos los cardenales asistentes.

En aquel tiempo, Juan, rey de Suecia, mandó un embajador á Roma con cartas, en las que manifestaba el deseo de pertenecer íntimamente á la religion católica. Este principe pedia tambien que se enviara á su corte un personaje digno de confianza, para celebrar con él un tratado. El Santo Padre encargó esta embajada á Possevin, de la compañía de Jesus; y en manos de este sábio misionero, el rey impulsado por su esposa Catalina de Polonia, abjuró los errores del luteranismo, dedicándose desde entonces, juntamente con la reina, al restablecimiento en su país de las doctrinas de la religion católica.

Pero los dulces goces de la Santa Sede son turbados muchas veces por amargas contrariedades. El cardenal Gesualdo, protector del reino de Nápoles, habia propuesto en consistorio la iglesia vacante de Trani como *jus-patronat* de la corona de España (1); y poco tiempo despues habia propuesto

(1) Concesiones que permitieron á los legos conferir beneficios y hasta hacer nombramientos de obispos.

en la misma forma la iglesia de Catania, en Sicilia. Gregorio se creyó obligado á contestar, que en cuanto á la primera, el rey tenia solo el nombramiento por privilegio apostólico; y que con respecto á la segunda, era sabido que en 1530, Clemente VII habia concedido á Carlos V el nombramiento para las iglesias de Sicilia y de Cerdeña, pero solamente durante la vida de este príncipe; y que desde aquella época no se habia hecho otra concesion parecida. Entonces los ministros del monarca, cesando de invocar lo que creian un derecho, recurrieron á las súplicas, y en consecuencia el Papa concedió por aquella vez solamente el *jus-patronat* para el nombramiento de personas destinadas á las sillas de Catania y de Palermo, cuyos titulares acababan de morir.

Mas tarde, en el mismo año 1577, el Pontífice erigió en el Perú tres catedrales, á saber: de Santa Marta, de Trujillo y de Arequipa, con derecho de patronato real.

Reinaba en Portugal el rey Sebastian, príncipe que daba las mas bellas esperanzas, y que en su intento de emprender extensas conquistas en Africa, no daba oídos á ninguno de los consejeros que procuraban disuadirle de este proyecto. Gregorio concedió al Príncipe varios privilegios espirituales, que con este motivo solicitaba con ardor.

Acababan de descubrirse nuevas minas de hierro en el territorio de Espoleto; minas que Gregorio arrendó por un precio muy elevado en provecho del tesoro, y que fueron para la cámara apostólica un manantial de riquezas.

Hacia seis años que Boncompagni, padre del cardenal de San Sixto, y hermano del Pontífice, residia en Bolonia, sin haber visitado nunca al Papa desde su exaltacion; pero aquel año deseó ver de mas cerca el pontificado, y emprendió secretamente el camino de Roma.

Habiendo sabido este viaje el Santo Padre, y no queriendo que diese lugar á quejas, resolvió no introducir en su corte un gran número de parientes, y sobre todo no recibir en ella á su cuñada Cecilia Bargelini, muger de carácter altanero. Al llegar á Otricoli, recibieron orden de retroceder. Con igual valor Gregorio confinó á Perugia á uno de sus parientes que, por su propia autoridad, habia sacado de la cárcel á uno

de sus criados á quien queria mucho. En vano príncipes muy recomendables hicieron presente que esta falta habia sido reparada luego de cometida, y que el criado acababa de volver voluntariamente á la cárcel: el Papa fué inflexible y no perdonó esta inobediencia á las leyes del país, que daba á otros parientes del soberano ejemplos peligrosos.

En 4 de marzo de 1577, Gregorio nombró cardenal á Alberto de Austria, sexto hijo de Maximiliano II y de María de Austria, hija de Carlos V, y hermana del emperador Rodolfo II. Este cardenal, que no tenia mas que 19 años, renunció despues la púrpura para casarse con Isabel, hija de Felipe II, que recibió en dote las provincias de Flandes y del Franco Condado. Este príncipe murió sin sucesion en Bruselas el día 13 de julio de 1621.

Noticias favorables llegaron de Oriente: la suerte de los peregrinos no era quizá mas grata que antes en Jerusalem, á pesar de los cuidados del custodio franciscano, el padre Jeremías de Brescia; pero otras comarcas habian acogido con zelo á nuestros piadosos misioneros.

Cerca de la ciudad de Naxivan, á orillas del Tigris, en la Armenia menor, veinte y cinco pueblos habian reconocido la Iglesia romana y perseverado mucho tiempo en su obediencia, por los cuidados de Bartolomé, religioso dominico y obispo de Armenia: habiendo sobrevenido guerras, algunos prelados cismáticos querian apartar de sus deberes á algunos de aquellos católicos. Los otros, bajo la direccion de un dominico, arzobispo de Naxivan, no habian cesado de reconocer á la Santa Sede. Habiendo este religioso ido á Roma para exponer aquel estado de cosas y pedir socorros para recoger las ovejas extraviadas, Gregorio le dió una suma de dinero, cartas de recomendacion para las autoridades vecinas, y una gran cantidad de ornamentos sacerdotales.

En la ciudad de Alepo y en algunos otros puntos de la Siria y de la Mesopotamia, veíanse dispersas muchas casas pertenecientes á los caldeos jacobitas, nacidos de la secta de Eutyches. Durante veinte y dos años habian tenido por patriarca á Nehem, hombre de fe y de valor, que habia levantado varias iglesias. Este se habia decidido á escribir cartas de sumi-

sion á Julio III y á Pio IV , pidiendo para sus diocesanos un establecimiento en Roma. Algun tiempo despues , nació en aquel país una guerra civil. Los turcos se apoderaron de Nehem , le encerraron en una cárcel estrecha , donde transido de horror tuvo la desgracia de apostatar. Vuelto á los verdaderos sentimientos del catolicismo , esperó obtener su perdon del Papa , dejó el cuidado de su rebaño y su título de patriarca á su hermano David , y con pretexto de visitar á Constantinopla , se trasladó á Roma. Allí , en 1578 , abjuró la apostasia , detestó los errores del falso Dioscoro , y quiso renovar públicamente su profesion de fe. Como Nehem no podia volver á su patria , el Papa le permitió establecerse en Roma , le alojó en el palacio y le asignó una pension anual conforme á su rango de patriarca.

Otros enviados del pueblo maronita llegaron tambien á Roma , y fueron acogidos con la misma afeccion.

Por aquel tiempo el Papa recibió cartas de obediencia del arzobispo de Cranganor , metrópoli del Malabar. Los jesuitas le habian hecho abandonar las doctrinas nestorianas para volverle á la verdad católica. La respuesta del Papa fué acompañada de preciosas reliquias y de toda clase de regalos sagrados.

En el mismo momento en que daba esta respuesta , el Pontífice juzgó conveniente animar por medio de nuevas gracias y pruebas de ternura , al padre Andrés de Oviedo , de la compañía de Jesus , enviado por Paulo IV á los abisinios de Etiopía. Este religioso habia sido nombrado su patriarca ; pero todos los días le amenazaban con quitarle la vida , y sin embargo no podia que le cambiaran su residencia.

No olvidaba Gregorio medio alguno para establecer una liga entre el rey de Polonia , el de Suecia y el de España , para emprender una expedicion á Inglaterra , á fin de detener las persecuciones mandadas por Isabel , que ya se habian hecho intolerables y sembraban el terror en ambos reinos ingleses y en Escocia.

El rey Enrique III deseaba crear en Francia una orden de caballería para adherir mas fuertemente á la fe romana á los nobles que la recibieran de manos del príncipe. La dotacion de esta orden debia componerse de rentas asignadas sobre las

del rey, y de doscientos mil escudos que serian pagados por el clero francés, exceptuadas las rentas de los párrocos. Para obtener la confirmacion de esta institucion, el rey envió á Roma á M. de Aubepin, y despues á M. de Lancosme. El Papa convocó una congregacion de trece cardenales, declarando que los términos de la peticion ofendian la gloria de Dios y desnaturalizaban el empleo de los bienes de la Iglesia. En efecto, el clero abrumado con este nuevo impuesto, se habria visto sin los recursos necesarios para cumplir sus deberes, socorrer á los pobres y proveer á las necesidades del culto.

Antes de conocer la respuesta, ó preveyendo mas bien que no seria favorable, el rey inauguró la institucion de esta órden, y la llamó *órden del Espíritu santo*. Propiamente hablando, habia sido instituida en Nápoles en 1352 por Luis I de Tarento, rey de Jerusalem y de Sicilia. Al mismo tiempo queria Enrique reconstituir la órden de San Miguel, cuyo collar estaba tan desacreditado, que le llamaban el *collar de todos los animales*, y en consecuencia, mandó el rey que todo caballero que estuviese afiliado en la órden del Espíritu santo, lo estaria de antemano á la de San Miguel, como se ha verificado hasta 1830.

El obispo de Ginebra fué encargado por el Papa de pedir y dar explicaciones con respecto á esta fundacion, y resultó que la concordia no quedó interrumpida entre el Papa y el monarca. Por lo demás, la órden no debia ser concedida, y no lo fué en efecto, mas que á caballeros que jurasen adhesion sin límites á la fe católica.

Fuerza es hablar ahora de una cuestion de gran importancia, y la trataré apoyándome en Novaes que, ocupándose de ella en el tomo VIII, página 53, se expresa en estos términos:

«Por la muerte de Sebastian, rey de Portugal, acontecida en 1578, el cual habia perdido la vida peleando contra los moros de Africa, su tio, el cardenal Enrique, habia subido al trono á la edad de sesenta y siete años, y escaso de salud. Reconocia el peligro que corria su cetro despues de su muerte, en medio de tantos pretendientes que se disputaban la corona. Los consejeros del príncipe le exhortaron á que se casara, diciendo que por este medio, teniendo hijos, desaparecerian todos los peligros previstos, y que la autoridad quedaria en ma-

nos portuguesas. Vencido Enrique por estas repetidas instancias, á las cuales sin embargo habia resistido durante mucho tiempo, fué reducido á la necesidad de pedir al Papa la dispensa necesaria, atendido á que no solo era cardenal, sino tambien arzobispo de Évora. Gregorio estudió la causa con singular atencion, y contestó que no podia dar su consentimiento á semejante demanda. Es cierto que en otras ocasiones la dispensa habia sido concedida á un simple monje ó á un simple sacerdote (1); pero ahora se ofrecian circunstancias graves; se trataba de un cardenal y de un obispo. Era un suceso absolutamente nuevo, y del cual no se habia visto ejemplo en la Iglesia. Con este motivo y otros, Gregorio trataba de convencer al apoderado de Enrique, y el nuncio Sauli hizo iguales representaciones al mismo rey. Entonces el príncipe mudó de designio, y aunque los comunes de su reino le rogaron que continuara en su peticion, se mantuvo firme en su negativa. »

Así por un lado se daban razones de estado para apoyar esta infraccion tan violenta de las leyes eclesiásticas, que amenazaba introducir en nuestra Iglesia usos protestantes, y por otro se decia, como si hubiera sido una razon, que hacia mucho tiempo que Enrique era sacerdote. En vano las consideraciones políticas, algunas amenazas, seducciones y otras intervenciones poderosas, se agitaron en torno de Gregorio: inmóvil como una roca, digno depositario de la fe, verdadero pontífice, se negó constantemente; pero al mismo tiempo, animado por un sentimiento inexplicable de espíritu de conciliacion, se negó sin cólera. Ni por un momento siquiera supuso que la pretension fuese seria, y tuvo la gloria de obtener del rey Enrique un desistimiento en forma y el arrepentimiento na-

(1) Habia habido un ejemplo en tiempo de Alejandro III. El dux de Venecia, dice Novaes, habia hecho una expedicion contra los sarracenos en la que murieron los caballeros de la ilustre familia de los Giustiniani. El Papa, no queriendo que esta familia se extinguiera, dispensó de los votos y de la profesion religiosa al bienaventurado Nicolas Giustiniani, monje, sacerdote benedictino, quien casó con Ana Vitale, hija del dux Miguel, de la cual tuvo cinco hijos y tres hijas. No siendo ya necesario en el siglo, pues habia asegurado la sucesion de su linaje, volvió á su monasterio, donde murió santamente.

tural que debe experimentar todo sacerdote por haber sido arrastrado á tales peticiones.

¿Qué no se diría hoy si estas hubiesen tenido el éxito deseado por los consejeros portugueses? Esperamos que no volverá á presentarse otra solicitud parecida, pues sería desechada.

Habiendo sabido Gregorio que los monjes griegos basilios, que se habian esparcido en varias diócesis de Nápoles y de Sicilia, no observaban la regla de San Basilio, que habian profesado, mandó traducirla al italiano vulgar, y dispuso que fuese impresa. Luego la envió á aquellas provincias para que fuese distribuida gratis. Los ejemplares de la biblia griega eran raros; el Papa nombró una congregacion compuesta de hombres singularmente eruditos, los cuales reformaron esta biblia que estaba alterada, para que fuese conforme con la de los setenta. Este proyecto habia sido ya concebido por Pio IV y por san Pio V, en virtud de un decreto del concilio de Trento; pero la gloria de haber terminado tan alta empresa estaba reservada á Sixto V y á Clemente VIII.

Gregorio XIII anunció en aquel tiempo que iba á crear nuevos cardenales. Distínguese en esta promocion:

1.<sup>o</sup> Claudio de la Baume, de los marqueses de Montrevel. Felipe II le dió grandes recompensas por haber preservado á la Borgoña de los errores del calvinismo, y hecho aceptar el concilio de Trento.

2.<sup>o</sup> Luis II de Lorena, de los duques de Guisa, hermano del célebre Carlos de Lorena, y como él, tío de María Stuart, en favor de la cual no cesó de interceder cerca de Gregorio.

3.<sup>o</sup> Renato Birago, noble milanés, echado de Milan por Francisco Sforza, convicto de adhesion á la Francia. Habia recibido de Francisco I una plaza de consejero en el parlamento de Paris, y despues fué canceller y virey de Carlos IX en la provincia de Lyon. Murió en Paris el dia 25 de enero de 1583, con el renombre de *martilló de los herejes y defensor de la fe católica*, y con reputacion de tal desinterés, que murió en la mayor pobreza. Birago habia servido bajo cinco reyes de Francia, Francisco I, Enrique II, Francisco II, Carlos IX y Enrique III. Solia decir: «Soy cardenal sin titulo, presbítero sin beneficio, y canceller sin sellos.»

4.º Fernando de Toledo, noble español, de los condes de Oropesa. Por humildad devolvió al Papa el capelo y el breve en que se le nombraba cardenal. Hizo un gran regalo al segundo legado que los habia traído; despues en clase de misionero fué á predicar oscuramente por España el Evangelio. Vióse entonces llegar á Roma á un embajador del rey de Polonia, Estéban Battori. Debía, en nombre de su amo, prestar entre las manos del Papa el juramento de obediencia. Gregorio le recibió en la sala real, en medio de un consistorio público. En el mismo momento el embajador de Francia, antes que el polaco apareciese, pidió que el acto de obediencia que iba á ser confirmado, no perjudicase los derechos del rey Cristianísimo Enrique, rey tambien de Polonia, pretendiendo que éste, y no otro, era el legítimo rey de aquel país.

Habia ya mucho tiempo que á instancias de Anselmo Dandini, nuncio en Francia, se habia tratado de que fuesen reconocidos los decretos del concilio de Trento. Hallábase oposicion en las opiniones de la Sorbona relativamente al poder del Soberano Pontífice sobre el concilio, y á la immaculada Concepcion de María, puntos que no habian sido resueltos por el concilio de Trento.

Novaes asegura que, acerca de este último punto, muchas universidades están de acuerdo en manifestar una opinion unánime; prohiben dudar de la Inmaculada Concepcion. En el número de estas universidades se encuentran las de Colonia, Maguncia, Viena, Valencia, Salamanca, Alcalá, Lovaina, Barcelona, Évora y Coimbra; las cuales no dán á ningun súbdito el grado de doctor, sino jura defender la Inmaculada Concepcion de María, virgen, hasta que este punto sea decidido por la Iglesia. Muchos teólogos aseguraban entonces que no podia venir de Roma, acerca de este punto, reprobacion alguna. Veremos mas tarde la decision afirmativa de la Santa Sede.

Bayo continuaba propagando sus errores, ya condenados por san Pio V. Sabiendo Gregorio este redoblamiento de insultos; por cartas del rey de España, publicó solemnemente la bula de su predecesor, que insertó en otra nuevamente propuesta en consistorio, y por la cual confirmaba la primera.

Aquellas doctrinas continuaban haciendo estragos en los Países Bajos, y para evitarlos, el Papa envió al jesuita Francisco Toledo, célebre teólogo, y su predicador ordinario en el palacio apostólico. Toledo empleó medios suaves para conseguir que Bayo abjurara completamente sus errores, ya proscritos dos veces, y este consintió el día 24 de marzo de 1580 en firmar una retractacion formal. Toledo regresó á Roma, donde recibió mas tarde de manos de Clemente VIII el capelo de cardenal.

Pocos religiosos han obtenido tanta gloria como él: Gregorio, en 1584, le dirigió un breve, por el cual Su Santidad le nombraba censor de sus propias obras, confianza que le otorgaron tambien Sixto V, Urbano VII, Gregorio XIV é Inocencio IX. Merecer y conservar tan noble empleo, fué para Toledo un honor que los buenos católicos no sabrán nunca elogiar demasiado.

La abjuracion de Bayo causó gran regocijo en Roma. Gregorio, el mas generoso de los príncipes, que solo buscaba ocasiones de manifestar la grandeza de su benevolencia, envió un regalo considerable á la universidad de Lovaina, arruinada por las desgracias de la guerra. Infortunadamente, Bayo renovó sus ataques y sostuvo que habia leído con atencion las bulas de los papas, y que ellas se limitaban á mandar un *respetuoso silencio*. Mas tarde veremos á los jansenistas adoptar el mismo argumento. Tal no habia sido, sin embargo, la intencion de san Pio V y de Gregorio XIII, quienes especificaban las proposiciones sobre las que caian condenaciones directas y absolutas.

Las provincias de la Estiria y de la Carintia tenian que quejarse continuamente de los ataques del sistema protestante. El archiduque Carlos, aunque príncipe de ejemplar virtud, aunque adicto á la Santa Sede, amigo y protector de los religiosos, y partidario acérrimo de los dogmas en que habia sido educado, se mostró, sin embargo, como vencido por las importunidades del partido hereje; engañado y vendido despues por sus favoritos y por sus propios criados, perdió paso á paso la autoridad, temiendo un mal mayor, é iba á caer en un completo envilecimiento delante de sus súbditos, príncipes y vasallos; pero el archiduque Fernando y Alberto de

Baviera, con cuya hija Carlos se había casado, resolvieron pedir perdón al Papa de las concesiones arrancadas á la debilidad de aquél con perjuicio del honor divino. Entonces aquel príncipe suplicó al Papa que acreditara un nuncio que pudiese conocer de las dificultades de los negocios, y guiar al gobierno por el verdadero camino. Gregorio envió á Germánico Malatesta, que obró tan afortunadamente y con tanta eficacia, que en la Dieta congregada en Gratz prevaleció la causa de la religión. Despues de una multitud de contestaciones, acusaciones y errores inevitables en esta clase de disputas, el archiduque publicó un edicto desterrando del país á los enemigos de la fe romana y de las tradiciones apostólicas.

Hacia ya unos cuatrocientos años que algunos religiosos griegos, que habían huido del Levante, á consecuencia de una persecucion, se habían llevado consigo los huesos de san Gregorio Nazianceno.

Nacido cerca de Nazianzo, en Capadocia, el año 328, había pasado á Atenas con san Basilio, despues de hechos sus estudios en Cesarea de Palestina y en Alejandría. Ambos habían rehusado el favor á Julian el Apóstata, que oyendo hablar de su mérito, trataba de atraerlos á su corte y recordarles que los había conocido en Atenas.

Sucesivamente obispo en una pequeña ciudad llamada Sasima, gobernó luego la Iglesia de Nazianzo, y despues la de Constantinopla. Atormentado allí por los arrianos, hizo dimision de su dignidad, y despues de muchas vicisitudes dolorosas, se retiró á la soledad, en donde murió en 389. Al leer los escritos de este padre de la Iglesia, se ve obligado á confesar que ha merecido el premio de la elocuencia sobre los oradores de su siglo, por la fuerza del raciocinio, por la elevacion de pensamientos. A pesar de esta elevacion, es natural, florido, agradable. Sus períodos son redondeados y se sostienen hasta el fin, lo cual prueba un gusto exquisito. Sus *Poesías* fueron casi todas fruto de su retiro y de su vejez, y á pesar de ello tienen el fuego y el vigor de un jóven poeta.

Hacia este ilustre padre de la Iglesia trataba Gregorio XIII de llamar la atencion de los romanos. Las reliquias del santo descansaban humildemente en la iglesia de las religiosas de

*Campo Marzo*, y el Papa quiso que fuesen trasladadas al Vaticano, ceremonia que se verificó en 11 de junio de 1580. Para que llegase á ser una fiesta pública, concedió una indulgencia plenaria; dió libertad á los culpables de delitos leves, como disputas, riñas sin efusion de sangre; bajó el precio del pan; hizo adornar todas las calles por las cuales habian de pasar los sagrados restos: en un espacio de mas de dos millas italianas se colocaron alfombras, colgaduras, cuadros, imágenes, pinturas santas. De trecho en trecho brillaban estaciones adornadas de flores y bañadas de perfumes. Los canónigos de San Pedro llevaban la urna que contenia las cenizas; el Papa, acompañado del sacro colegio y de los prelados, salió al encuentro del cortejo hasta el extremo de las escaleras de la plaza. Allí dejó la *sedia gestatoria*, se quitó la mitra, arrodillóse; luego levantando los ojos llenos de lágrimas, besó el *arca* de las reliquias, y la siguió hasta la capilla llamada Gregoriana, donde debia ser colocada. Esta capilla, acabada por Jacobo della Porta, segun los planos de Buonarroti, es una de las mas hermosas de la iglesia de San Pedro. La cúpula, que es redonda, tiene un diámetro de cincuenta y seis piés; ciento veinte y siete de elevacion, sin comprender la linterna que tiene diez y ocho de altura. Los mosaicos con que está adornada representan los atributos de la Virgen, y los cuatro doctores que hay debajo han sido copiados de los originales de Muziani y de Nicolas de la Pinola. La imágen de la Virgen colocada encima del altar, es una pintura del siglo XII, del tiempo de Pascual II, llamada la *Madonna del Soccorso*, que en la antigua basílica se veneraba en el oratorio de San Leon I. El cuerpo de san Gregorio Nazzianceno, á escepcion de un brazo dejado á las religiosas de *Campo Marzo*, descansa debajo del altar de la capilla Gregoriana.

Gregorio no habia renunciado al santo deseo que de abatir ó debilitar el poder musulman habia manifestado desde el principio de su pontificado. Pero iba á verse sobrevenir una desgracia imprevista. Felipe II, rey de España, prolongaba por tres años la suspension de toda hostilidad contra Amurat, acuerdo que habia sido ocultado al Pontífice, quien sintió por ello un verdadero dolor, tanto mas cuanto podian obtenerse

algunas ventajas sobre los turcos vivamente inquietados entonces por el soberano de Persia. Nada tenia que temer la Europa de los persas, á no ser que apareciese uno de esos conquistadores que asombran al universo ; pero los turcos, y particularmente los de Africa, amenazaban todos los dias á la Italia, á la Francia y á la España.

Los ministros de Felipe agriaban además un debate ya de sí bastante penoso. Procuraban negar el hecho de vez en cuando ; y al tener conocimiento de los regocijos mandados en Constantinopla, y de los cuales los misioneros franciscanos llenaban toda su correspondencia, aquellos ministros obstinados llegaban hasta sostener que habian firmado el tratado, sin que el rey lo supiese. Se les contestó, que no habia en todas las Españas consejeros del rey bastante audaces para firmar una tregua de esta importancia, ocultando este acto á un soberano como Felipe II. El nombre, la reputacion, la fuerza de autoridad de aquel á quien se presentaba como un hombre poco considerado por el gabinete de Aranjuez, venian inmediatamente á acusar á este gabinete de indignos miembros, y á probarle que no habia sido capaz de un valor imposible.

Como el rey de España entretanto imponia inmensas contribuciones al clero de su país, el Papa suspendió la ejecucion de la bula en que permitia este impuesto, y suponiendo que se hubiese engañado á un rey, que á tantos otros habia engañado, se vió que no engañaría á Gregorio, que conocia sus derechos, el valor de sus promesas, la mira de sus concesiones, y que se consideraba como el protector infatigable del clero de la Península y de las Indias, pues el impuesto se habia tambien levantado en los confines mas remotos de los dominios españoles.

Parecia ya de mucho antes que negocios espinosos, violentos y que podian producir escándalos, guerras hasta cierto punto intestinas, estaban reservadas al pontificado de Gregorio; pero el genio de este gran papa bastaba para atender á todo.

Estalló de repente en la isla de Malta una rebelion contra el gran maestre fray Juan I' Evésque de la Cassière, mariscal de la órden al morir el gran maestre de Monte, sucesor dél in-

mortal la Valette. La Cassière, de la lengua de Auvernia, habia sido elegido gran maestro en el año de triste memoria 1572; su administracion fué atormentada de varios modos al principio, con pretexto de abusos en la distribucion de algunos prioratos; pero ningun caballero se habia atrevido á excesos reprobables, y hasta se referia que habiendo, en 1577, mostrado Amurat III al caballero Bongiani Gianfigliuzzi, embajador del gran duque de Toscana, un plano de la ciudadela de la Valette, y preguntádole si el plano era exacto y si la plaza estaba tan fortificada como parecia, « Señor, contestó el caballero, el que levantó el plano olvidó la parte principal de sus fortificaciones, que consiste en el valor á toda prueba de mas de mil caballeros, dispuestos á verter toda su sangre en defensa de aquella plaza (1). »

Empero tan felices disposiciones no se habian mantenido, y horribles discordias no tardaron en manifestarse, siendo poco mas ó menos parecidas á las que señalaron, en 1798, los últimos momentos de la existencia de una orden tan ilustre, y que hicieron á Napoleon dueño de la isla.

La Cassiere habia excitado la ira de algunos malévolos por tres razones: prohibia á los caballeros de diferentes naciones que se pronunciaran con parcialidad á favor de la nacion y de los soberanos de los cuales eran súbditos. ¿ Habia en esto algo que no fuese digno de un príncipe justo defensor de los intereses de la religion ?

La prohibicion irritaba sobre todo á los españoles, elevados desde Carlos V á la sombra del poder formidable de la casa de Austria, y que querian que toda la orden obedeciese á este poder, esto es, al de los españoles presentes entonces en la isla.

La segunda causa fue que el gran maestro, por medio de pregones, habia echado del pueblo y de la ciudadela de la Va-

(1) Esta respuesta es tanto mas bella, quanto el gran duque de Toscana habia fundado una orden militar llamada de san Estéban, papa y mártir, cuyos caballeros estaban á veces en rivalidad con los de Malta. El gran duque trataba con Constantinopla para los intereses mercantiles de Toscana, y los caballeros de Malta no firmaron jamás ni paz ni tregua.

lette, á las mujeres cuya conducta era de mal ejemplo, y las habia mandado salir de la isla y retirarse á habitaciones lejanas de la residencia del convento.

El tercer motivo nació de la ambicion de algunos que aspiraban al magisterio, y que viendo que el gran maestro, si bien entrado en años, gozaba al parecer de buena salud, temiendo no sobrevivirle, resolvieron hacer vacar su dignidad por medio de una abdicacion forzada.

El degüello de San Bartolomé sembró allí, como en todas partes, gérmenes de ódio y quizá de menosprecio para la Francia. Entre los franceses de Paris un partido habia asesinado al otro: los unos eran verdugos innobles, los otros mas que imprudentes, insensatos, que nada habian sabido prever, porque no se habian defendido bastante. Desgraciadas de las naciones que en ciertas circunstancias hacen que se *hable tanto de ellas!* Los franceses caballeros de Malta no estaban menos animados; decian que quizá habrian sido generosos, pero al parecer no querian tomar parte en el desastre, ni manifestar interés por las víctimas; se hubiera dicho que pertenecian á otra nacion, y que eran dueños de hacerse indiferentes en esta cuestion de fuego, sobre la cual debia renovarse á menudo la conversacion en las *posadas* (1), y por esta razon, y por las que hemos dado, estaba entregada la isla á una agitacion espantosa.

Las lenguas de Castilla y de Portugal (algunos añaden las de Aragon y de Alemania) varios caballeros de las tres lenguas de Francia, que tenian á su frente á Maturino de l' Escur y Romégas, se reunen profiriendo amenazas y exclaman, que el gran maestro, con sus diferentes ordenanzas (aquellas ordenanzas tan profundamente políticas y religiosas) daba á entender claramente su escaso talento, y que ponía mas atencion en la conducta de las mujeres de Malta, que en las operaciones de los turcos y de los corsarios berberiscos. (Mientras velaba por los intereses de las costumbres, no desatendia la Cassiere los intereses de la religion; pues uno de los mas va-

(1) Llamábanse *posadas* en Malta los sitios donde se reunian respectivamente los caballeros de diversas lenguas.

hientes caballeros, Chabrilan, estaba en el mar para defenderlos.) Añadíase á estas acusaciones, que el soberano no llevaba de trigo los graneros de Malta, que dormían en el consejo y que solo parecía velar para atormentar á sus religiosos. Fundados en esto, le mandaron diputados para proponerle que en vista de su incapacidad para el gobierno, nombrase un lugar-teniente; pero como la Cassiere se negó á ello, reúnese el consejo en casa de fray Crescini, prior de la iglesia, principal promovedor de la sedición, y se nombra por lugar-teniente á Romegas, prior de Tolosa y de Irlanda. Los caballeros españoles, para interesar á las lenguas de Francia, le prefieren á otros conjurados de su nación. Tal fué el resultado de aquella asamblea sediciosa, que consiguió suspender la autoridad legítima de un gran maestre recomendable por su sabiduría, piedad y valor, y que por otra parte habia conservado facultades de inteligencia que habria sido preciso reconocer, á no interponerse sentimientos de envidia y ambición. Es cierto que Romegas era valiente, y que hasta entonces sus correrías habian tenido buen éxito; pero era cruel con sus enemigos, y no merecía mas que el concepto de un terrible corsario, de un turco implacable, y no de un caballero generoso.

Viendo los jefes de la sedición que la Cassiere respondia con intrepidez á sus ataques, tienen la audacia de entrar, á la cabeza de sus cómplices, en la cámara del gran maestre, le sientan en una silla, rodéante de soldados, y le conducen como un criminal al castillo de San Angelo, cárcel de los culpables. Durante el camino desde la ciudadela de la Valette hasta el castillo, tuvo el desdichado cautivo que sufrir los ultrajes de algunos caballeros jóvenes, y de las mujeres perdidas que habia desterrado de la ciudad y que acababan de volver á ella.

Temiendo los revoltosos la voluntad y el poder de Gregorio XIII, le mandaron tres embajadores, á saber: Sacquenville, francés; Cosme de Luna, español, y Bernardo Capece, italiano. El gran maestre, aunque estrechamente encerrado, halló medio de enviar á su vez cuatro embajadores, á saber los caballeros de Blot-Viviers, Pedro Roux de Beauvais, fray Francisco de Guzman y fray Ángel Pelégrini.

Dos días despues, Chabrilla, general de las galeras, el mismo á quien la Cassiere habia enviado para enseñar á los rebeldes el estandarte temible é ilustre de la *Religion*, entró en el puerto de Malta mandando á los caballeros de la expedicion, y apenas hubo desembarcado, deseó ver al gran maestre. Los sublevados no se atrevieron á negárselo, y el fiel hermano de San Juan de Jerusalem, corre al castillo de San Angelo, besa las manos de su soberano, le ofrece restablecerle en su autoridad, y volverle de nuevo á su palacio á la cabeza de dos mil hombres, así de las tropas que habia en las galeras como de un gran número de caballeros y personas honradas de la isla, que detestaban la rebelion de los sediciosos. «¿Será, exclamaba Chabrilla, que los turcos han llegado aquí disfrazados con hábitos de caballeros?» Pero la Cassiere que se habria visto obligado á castigar, contestó, de un modo que probaba cuanto merecia conservar la soberanía, que esperaba su restablecimiento de la autoridad enérgica de Gregorio XIII, primer superior de la *Religion*; que preferia acabar sus días en una cárcel á ver sus religiosos, á quienes consideraba siempre como á hijos suyos, viniendo á las manos con sus hermanos para defender su causa.

Al saber Gregorio la llegada de los embajadores de la legitimidad y de la sedicion, mandó equipar dos galeras, dándolas por capitan á Gaspar Visconti, auditor de la Rota, diciéndole que fuese á Malta, que pusiese en libertad al gran maestre y que se lo enviara á Roma, como tambien á Romegas. La Cassiere se presenta en la capital del mundo cristiano con ochocientos caballeros, y recorre la ciudad como en triunfo. La corte del Papa, las servidumbres de los cardenales, de los embajadores, de los príncipes, habian salido á su encuentro por el camino de Civita-Vecchia. El Papa le recibe con muchas muestras de aprecio, le compadece y le consuela. Romegas solicitó una audiencia; pero le manda decir que no le verá, y así empieza el castigo de la revuelta. Se le significa que abdique el título de lugarteniente del magisterio, y al recibir tales órdenes, cae desmayado y sucumbe algun tiempo despues á una calentura.

El comendador Sacquenville acercóse como indiferente-

mente al gran maestro, y contentóse con pedirle que le diera á besar la mano; pero un cardenal que estaba presente le dijo: «De rodillas, caballero rebelde. Sin la bondad de vuestro digno maestro, hace muchos días que os habrían cortado la cabeza en la plaza Navona.»

El que así hablaba era el cardenal de Montalto, despues Sixto V. Véase, pues, como no afectaba la mansedumbre que algunos historiadores han supuesto al quererle acusar de hipócrita.

Entretanto el cardenal de Este, protector de la corona de Francia, que habia dado alojamiento en su palacio á la Cassiere, tratábale con una magnificencia régia, á él, á sus caballeros y á su comitiva.

En Malta todos habian vuelto á la obediencia. La Cassiere disponíase á regresar á la isla; pero vivas emociones habian fatigado á este príncipe casi octogenario, y murió en Roma tres meses despues.

El Papa mandó poner en su sepulcro una inscripcion compuesta por Antonio Muret, en la que se lee que la integridad del gran maestro, atacada por la calumnia, brilla mucho mas, como el oro depurado por el fuego. La inscripcion dice que la Cassiere tenia 78 años, y que murió en Roma el dia 12 de las calendas de enero (21 de diciembre de 1581).

Esta muerte casi repentina movió al Papa á tomar algunas medidas para que la memoria del difunto fuese altamente honrada, y para que en lo futuro la *Religion* quedase preservada de tan graves desórdenes; á este efecto publicó una bula.

La muerte del gran maestro, acontecida en Roma, dió que temer á toda la órden, que el Papa, como á primer superior, pretendiese nombrar al sucesor, temores que fueron objeto de una embajada y de una célebre diputacion, que la comunidad de Malta envió á Gregorio XIII. Este mandó consultar los registros de sus predecesores, y particularmente los de Bonifacio IX, Inocencio VII y Gregorio XII; y despues de haber imaginado un proyecto fundado en derecho y propio para conseguir la paz, despidió á los embajadores, asegurándoles que dentro de poco mandaria un breve á Visconti, para que se procediese á la eleccion. Efectivamente, el dia 12 de

enero de 1582, reunido el capítulo y los diez y seis electores escogidos, el nuncio de Su Santidad les presentó un breve, por el cual les encargaba que limitáran el derecho de eleccion pasiva á los tres súbditos que el Papa les proponia: Verdalle, caballero de la lengua de Provenza, y gran comendador; Panisse, gran prior de San Gilles; y Chabrilan, bayle de Manosco, tipo de noble fidelidad. Verdalle, que habia sido durante mucho tiempo embajador de la *Religion* en Roma, y á quien Gregorio y toda su corte querian mucho (pues con buen sentido y franqueza es fácil hacerse querer en Roma), encontró al capítulo en la misma disposicion con respecto á él. Fué elegido y proclamado gran maestro, y dichoso el Papa por haber restablecido la paz entre aquellos generosos defensores del cristianismo, ratificó la eleccion y encargó á Verdalle que fuese benévolo ó severo, segun lo exigieran las circunstancias. Por los términos de la bula de 3 de setiembre, el Papa quitaba á los caballeros el privilegio en virtud del cual pretendian poder, en ciertos casos, proceder contra la persona de su superior, como habian hecho el año anterior, y mucho antes, cuando el pontificado de Juan XXII. Gregorio declaraba en aquella constitucion que solo el Papa debia en lo sucesivo juzgar las acciones del gran maestro. Dióse un indulto á los que habian sido culpables, débiles ó comprometidos indirectamente.

Por fortuna durante estas discordias, mal informado Amurat III, ó faltándole medios necesarios, no pensó en renovar los ataques contra Malta (1).

Una nueva ocasion de manifestar su zelo y su constancia por las reformas, presentóse muy pronto á Gregorio. La Italia acababa de adoptar por órden del Papa algunas medidas

(1) He creido oportuno dar estos detalles, recogidos y presentados á Pio VII y á Napoleon, cuando en 1802 fué preciso nombrar sucesor al gran maestré de Hompesch. Napoleon fué uno de los primeros en declarar que correspondia á Pio VII nombrar el sucesor. Las circunstancias, la dispersion de los miembros de la órden y la existencia de un gran número de caballeros rusos, contribuyeron á esta declaracion. Por desgracia los acontecimientos que sobrevinieron y la negativa por parte de los ingleses de restituir la isla de Malta, hicieron inútiles los esfuerzos de Pio VII, de su ministro Consalvi y del ministro francés Cacault.

disciplinarias conducentes al orden y buena fe en las administraciones: tratábase de una visita que tenia por objeto oír las quejas justas y poner término á los excesos del poder.

El nuncio Bolognetti fué encargado con este motivo cerca de los venecianos de una comision muy dificil. Este enviado pontificio, obrando con mesura, tomó dos adjuntos súbditos de la república: Agustin Valerio, obispo de Verona, y Federico Cornaro, obispo de Padua, los cuales llegaron luego á cardenales.

Alarmóse la República, y el dux llegó á decir en pleno senado que, reñidos ya con la Iglesia latina, los venecianos iban á pasar á la religion griega, y que recibirian los sacramentos de los ministros de esta. Gregorio no se asustó por esta amenaza, y despachó un correo mandando al nuncio que empezara inmediatamente la *visita* proyectada. Puestos los senadores entre los estragos del cisma y una exigencia razonable de la corte romana, preveyendo tambien las ventajas que de esta separacion peligrosa resultarian para los luteranos, cesaron de hablar de intenciones que no pensaban llevar á cabo, y dieron un decreto que permitia la visita. El patriarca de Venecia mostróse naturalmente favorable á los decretos de Roma, y los mismos venecianos vieron con gusto que se remediaban abusos de los que no reportaban provecho alguno. El negocio terminó con ventaja del culto divino y gloria del Pontífice.

Los proyectos de Gregorio sobre la Suecia, no habian producido el efecto deseado. Otra luz, dice Novaes, descubrióse en un punto casi tan septentrional como aquella.

Juan Basilio, duque de Mascovia, habia usurpado la Livia á los polacos. Estéban Battori, vengador de la honra de su país, dirigíase con un gran ejército contra las tropas de Basilio. El gran duque recurrió inmediatamente al Santo Padre, rogándole que restableciera la buena union entre la Polonia y la Moscovia, y á este efecto pedia Basilio que un nuncio pontificio fuese enviado á Moscou.

Bien conocia el Papa que las miras de este príncipe cismático se dirigian solamente á los intereses humanos; empero creyó que debia dedicarse á este delicado negocio, fundán-

dose en que « á veces conviene ir á buscar á las ovejas , sin aguardar á que ellas por sí mismas vuelvan al redil. » El jesuita Antonio Possevin , que volvía de Suecia con tres de sus compañeros , fué enviado á Moscou , y al partir le fueron entregadas sumas bastante considerables y algunos regalos destinados al gran duque Juan y á su esposa Anastasia. Possevin debía entregarles tambien una copia fiel de las operaciones del concilio de Florencia, relativamente á la reunion de ambas Iglesias. La paz debía ser firmada por ambas partes, aunque era difícil conseguirla, pues ambos príncipes eran usurpadores ; pero el moscovita restituyó lo que habia ocupado en Lituania , y el polaco volvió las plazas de Moscovia que queria conservar. Restituidas apenas las ciudades lituanieneses , Possevin, en nombre del Santo Padre, introdujo en ellas obispos católicos.

Gregorio, cuyo zelo se extendia á todo cuanto debía excitar la vigilancia de los Estados pontificios , no descuidó activar la restitucion de feudos pertenecientes á la Santa Sede , y cuyas investiduras habian caducado. Honorio Savelli habia recibido algunas de la beneficencia de los papas , mas extinguida su línea , la cámara apostólica recobró los bienes que le pertenecian. No pagando los paduanos lo que debian por un antiguo arrendamiento , reclamóse á Piedulugo, quien siguió disfrutando del terreno , autorizado por la cámara. Otras posesiones de la Romanía y hasta de Cisterna , en el Piamonte, volvieron á la Santa Sede.

Finalmente , parece que la divina Providencia habia reservado á Gregorio la gloria de corregir , con toda la perfeccion posible, el calendario de que se servia la Iglesia.

Segun la observacion de los físicos , el año es el tiempo que emplea la tierra en hacer una revolucion entera en su órbita. Durante este espacio de tiempo, nos parece que el sol recorre toda la elíptica, ó los doce signos del zodiaco.

Entre los antiguos no se determinó al principio, de una manera precisa, la medida de este espacio de tiempo. Los egipcios le daban trescientos sesenta y cinco dias ; pero como mientras que la tierra gasta una revolucion entera en su órbita , hace relativamente al sol trescientos sesenta y cinco

días, y, poco mas ó menos, una cuarta parte sobre su eje, lo cual compone el año de trescientos sesenta y cinco días y unas seis horas, se vió mas adelante que los equinoccios retrocedían cosa de un día cada cuatro años. Para remediar este inconveniente, se propuso emplear las seis horas sobrantes, haciendo cada cuatro años un año compuesto de un día mas que los otros, de suerte que el tal año tiene trescientos sesenta y seis días, y es llamado bisiesto. (Entre los romanos este día era colocado el sexto antes de las calendas de marzo.) En dicho año había dos veces el sexto día antes de las calendas de marzo.

Este arreglo se hizo durante el reinado de Julio César. En su origen el calendario romano había sido formado por Rómulo, y dispuesto en mejor orden por Numa Pompilio; y era atribucion de uno de los grandes hombres del imperio contribuir á perfeccionar este trabajo. Sosígeno, célebre matemático de Alejandría, desenvolvía las ventajas de su reforma, y pedía que el calendario fuese llamado en adelante *la correccion juliana*. Así se hizo, y el año juliano empezó cuarenta y cinco años antes del nacimiento de Nuestro Señor. En 325, en el concilio de Nicea, se hicieron algunos cambios. Los concilios de Constanza en 1414, de Basilea en 1439, y de Letran en 1516, se ocuparon de esta cuestion. Los papas Nicolás V, y treinta años despues, Sixto IV, atendieron á la controversia suscitada sobre el calendario. Sixto IV empleó al matemático Regiomontanus (Juan Muller), y el concilio de Trento dejó el asunto al arbitrio del supremo pontífice.

En tiempo de Julio César se había casi conseguido lo que se deseaba, pero no de una manera exacta, pues para que no hubiese error, habría sido preciso que el tiempo empleado por la tierra en recorrer su órbita, fuese exactamente de trescientos sesenta y cinco días; pero faltaban unos once minutos, y esta cantidad, aunque muy pequeña, repetida durante un gran número de años, llegó á ser tan considerable, que á últimos del siglo diez y seis los equinoccios se habían adelantado diez días, hecho que se explica así: los once minutos olvidados en la reforma de César y no observados por el concilio de Nicea, despues de ciento treinta y tres años formaban un

día de veinte y cuatro horas, y despues de cuatro siglos, compondrian tres dias.

Desde 325, época de la correccion del concilio de Nicea, hasta el año décimo del pontificado de Gregorio, en 1582, habian pasado mil doscientos cincuenta y siete años, que contienen á corta diferencia diez veces el número ciento treinta y tres, de lo que resultaba que el equinoccio de invierno ó de primavera, que en tiempo del concilio de Nicea se encontraba entre el 20 y el 21 de marzo, adelantaba diez dias y se hallaba entre el 10 y el 11 del mismo mes, hecho que introducia la confusion por lo que hace á la festividad de Pascua que, por órden del concilio de Nicea (1), debe celebrarse el domingo siguiente á la luna décima cuarta, hácia el equinoccio de invierno, entre el 20 y el 21 de marzo.

Para poner término á este desórden, que habia ya ocupado á tantos hombres inteligentes, Gregorio mandó llamar á Roma á los matemáticos mas célebres, entre los cuales se distinguian el cardenal Sirlet; Ignacio Neemel, patriarca de los siros; Pedro Chacon, presbítero, llamado el *Varron de España*; Ignacio Danti, dominico de Perugia; Antonio Lilio, médico calabrés; Vicente Lauri, napolitano, despues cardenal; Cristóbal Clavius, jesuita aleman, llamado *el Euclides de su tiempo*, y Jacobo Mazzoni, hombre de letras muy reputado, natural de Cecena.

Luis Lilio, calabrés, famoso astrónomo, despues de un trabajo de diez años, habia hallado la forma de la correccion del año solar; pero al morir habia dejado su obra á su hermano Antonio. Hé aquí porque se atribuye una parte de la gloria á Luis Lilio; pero no gozó de ella durante su vida, y fué su hermano Antonio quien asistió á los debates.

Antonio Lilio presentó al papa Gregorio la memoria de su hermano, suplicándole que diera permiso para imprimirla, en recompensa de las vigiliass é innumerables cálculos de su autor. El Papa, siempre prudente, siempre circunspecto, siempre

(1) En esta explicacion no hay una palabra que no pruebe hasta qué punto pertenecia al Papa el cuidado de esta reforma. Siempre hallamos la autoridad de los concilios ó la de los papas; y nuestro sublime aniversario de Pascua que se nos presenta para decirnos en qué dia debemos celebrar la resurreccion del Salvador.

previsor, digno sucesor de tan grandes hombres que habían conseguido muchas veces la paz, conciliando entre sí los intereses de los príncipes y de los pueblos de la tierra, quiso dar también á esta última un estudiado espíritu de orden en sus relaciones con el firmamento. Mandó el libro impreso á todos los soberanos de Europa, rogándoles que lo hiciesen examinar por todos los matemáticos de su país, y casi todos aplaudieron aquel trabajo tan profundamente razonado, elogiaron los cálculos de Luis Lilio y los aceptaron con ardor.

Entonces Gregorio publicó para la adopción de la reforma, una constitución que empieza así: *Inter gravissimas*, fechada en Frascati el día 24 de febrero de 1582.

En esta bula, aquel papa, dotado de incomparable sabiduría, de una sagacidad superior á todo elogio, mandó que desde el 5 de octubre inclusive del mismo año, se suprimiesen diez días, y que por consiguiente el día 6 de octubre se convirtiera en 15 del propio mes, por cuyo medio se restablecía el orden para el tiempo pasado.

A fin de evitar lo que podía suceder á causa de los once minutos despreciados por Sosígeno y el concilio de Nicea, y que más tarde motivarían la variación de los equinoccios, dispuso el Santo Padre que cada cien años, desde 1700 hasta 2000, se omitiese un año bisiesto por siglo, de modo que el año 1600 lo fuese; pero no los años 1700, 1800 y 1900, y sí el 2000. Esto daba á entender que los años 1600 y 2000 serían de trescientos sesenta y seis días, mientras que los 1700, 1800 y 1900 no contarían más que trescientos sesenta y cinco. Esta manera imponente de dar leyes para los siglos futuros, es muy propia de aquel á quien Jesucristo encarga el cuidado de una Iglesia que no debe perecer.

Hemos obedecido á los sábios congregados por Gregorio XIII: los años 1700 y 1800 no han sido bisiestos; nuestros nietos procurarán que el año 1900 tampoco lo sea.

La reforma fué admitida en Francia el mismo año de la publicación de la bula, y un poco más tarde en los otros Estados católicos. Los ingleses y algunos protestantes, por ódio á la corte romana, continuaron sirviéndose del antiguo calendario juliano, como si, dice Bossuet, fuese posible á un hombre cuer-

do no recibir la razon, de donde quiera que venga; estaban obligados á adoptar dos computos, y á fechar segun el nuevo y el antiguo estilo. El marqués de Brandeburgo, cuyas cartas tenemos á la vista, escribiendo en 1622 á Luis XIII, empleaba ambos estilos. La Inglaterra adoptó al fin en 1752 la reforma, la Suecia en 1753, y los protestantes de Alemania en 1777. En el dia solo la Rusia conserva el estilo antiguo, ó mas bien lo recuerda, pues celebra la fiesta de Pascua el mismo dia que nosotros. Del trabajo que acabamos de analizar resultó que esta fiesta en 1583, fué en la misma época que cuando el concilio de Nicea.

Se comprenderá que no es este lugar oportuno para mencionar el calendario compuesto durante la revolucion francesa, pues en esta obra no puedo hablar mas que de cuestiones graves y que estén en relacion positiva con la religion y la verdadera ciencia.

Muchos libros se escribieron contra la reforma gregoriana: los primeros autores que entraron en liza fueron Miguel Metslin y José Scaliger, á los cuales contestaron inmediatamente con mucha claridad los jesuitas Clavius y Petau. Metslin renunció la contienda, y Scaliger, llamado por sus propios partidarios el *corrector del tiempo*, fué abandonado muy pronto. Otro jesuita muy entendido en astronomía, el padre Riccioli, con el nombre de Miguel Manfredi, escribió una obra intitulada *Vindiciæ calendarii gregoriani*, Bolonia, 1666. Hubo además otros defensores en España, Francia é Italia.

Casini se propuso escribir contra las epactas gregorianas (1), y pidió al pontífice Clemente XI la aprobacion del libro en que las atacaba. He aquí la respuesta que obtuvo: *Pon-*

(1) Conviene distinguir entre la epacta juliana y la gregoriana. La diferencia entre ambas proviene, como ya hemos visto, de que el año juliano empieza once dias mas tarde que el año gregoriano. Digamos lo que es una epacta.

Una epacta es el número de dias y de fracciones de dias, por las cuales las revoluciones lunares difieren de las solares. Se toman treinta números, desde uno hasta treinta, los cuales se escriben al lado de los dias del mes en un orden retrógrado, de manera que el asterisco \* que corresponde á la epacta XXX esté al lado del primero de enero, XXIX, al lado del 2, y así sucesivamente hasta I, despues de lo cual se empie-

*tifex nihil censui immutandum.* «El Pontífice pensó que nada había que cambiar.»

Concluyamos diciendo que en el *Arte de comprobar las fechas* se encontrarán muchas noticias útiles para la cronología y conocimiento de todas las fechas de los antiguos títulos.

No nos cansamos de recordar las maravillas del pontificado de Gregorio. En todas partes se aplaudian operaciones tan dignas de un soberano pontífice, cuando pensó que á la correccion del año convenia añadir la del martirologio romano, otra obra esencialmente pontificia.

El descuido de los copistas al principio, y de los impresores despues, habia hecho defectuoso é incorrecto el martirologio, hasta que personas instruidas y piadosas espurgaron sus errores, aumentáronle en algunos puntos, gracias á la intervencion de muchos obispos, y lo sometieron á la fidelidad de la historia.

za XXX ó el signo \*. Las treinta epactas dispuestas así corresponden á treinta dias, y por consiguiente indican los XXX dias del mes lunar llenos. Pero como hay seis en el año lunar que son de XXIX dias, se ponen juntas las dos epactas XXV y XXIV, de modo que corresponden al mismo dia en seis diferentes meses, á saber: al 5 de febrero, al 5 de abril, al 5 de junio, al 1.º de agosto, al 29 de setiembre y al 27 de noviembre. Por este medio las treinta epactas no corresponden mas que á XXIX dias en seis meses. Para determinar la epacta de un año, de 1840, por ejemplo, se toman quince epactas de 1859, y se añaden once, lo cual dá veinte y seis; XXVI es pues la epacta de 1840. Si la suma contenida es mayor que treinta, es preciso quitar treinta de ella: así, para 1841 se añaden XXVI ( epacta de 1840 ) á once, lo cual dá XXXVII; quitanse treinta, y la epacta es VII. Las once unidades que se añaden á la epacta del año anterior, provienen de que el año lunar tiene once dias menos que el solar. La nueva luna de enero, en cualquier año corresponde al dia delante del cual esta epacta está colocada. Las epactas sirven tambien para determinar las lunas nuevas, cuestion importante para conocer en que dia será Pascua.

Una razon que hace cambiar el ciclo de las epactas en el calendario gregoriano, es que sobre cuatro años seculares hay tres que no son bisiestos, y por este punto se quiso atacar la obra maestra gregoriana. Por lo demás, los católicos no deben ignorar que Clemente VIII, en 1603, confirmó el cálculo de Gregorio XIII. Véase el jesuita Gabriel Daniel, *De la disciplina de los cuartodécimos para la celebracion de la Pascua*; y á Guillermo Bonjour en sus *Memorias de Trevoux*. Deducimos de todo esto, que si en tiempo de Clemente XI se pidió la reforma del calendario gregoniano y no se obtuvo, tampoco la obtendrán en lo sucesivo los esfuerzos que acerca de este particular se hagan.

Aquel mismo año de 1582, la esterilidad estaba desesperando á Roma: el pueblo hambriento preguntó qué es lo que hacia Gregorio; pero muy pronto salieron del tesoro sumas considerables, y llegaron trigos de Marsella. (Esta ciudad ha alimentado muchas veces á la de Roma).

En 10 de diciembre del mismo año, Gregorio elevó al rango de arzobispado la iglesia de Bolonia, su patria, cuyo primer obispo habia sido san Zama. Nueve de los sucesores de este santo han sido canonizados. El Papa señaló como sufragáneas las iglesias de Parma, Plasencia, Reggio, Módena, Imola, Cervia y Crema, disposicion que despues ha sufrido varias reformas. Los boloneses en su alegría levantaron una estátua de bronce al Papa su bienhechor.

En aquella época, el Papa envió secretamente á María Stuart una hostia consagrada, con la cual esta princesa debia comulgar, si los furores de Isabel llegaban hasta el punto de disponer la muerte de la reina de Escocia.

El dia 2 de diciembre de 1583, Gregorio hizo una séptima promocion de cardenales: entre los diez y nueve que entonces fueron creados, cuatro llegaron á pontífices:

Juan Antonio Facchinetti, luego papa en 1591, con el nombre de Inocencio IX;

Juan Bautista Castagna, papa, con el nombre de Urbano VII;

Alejandro de Médicis, pontífice, en 1605, con el nombre de Leon XI;

Nicolas Sfrondati, papa en 1590, con el nombre de Gregorio XIV.

Hemos llegado al término del pontificado de Gregorio quien antes de morir experimentó una de las alegrías pontificias de que era tan digno.

En 1549, el jesuita san Francisco Javier habia extendido la doctrina evangélica al imperio del Japon, cuyos pueblos seguian siendo enseñados por los misioneros de la orden del santo, contándose en aquellos desde hacia treinta años, doscientos mil cristianos; distinguiéndose en aquel país por su fe católica los reyes de Bungo, Arima y Omura.

Estos trataron de prestar obediencia al papa reinante, y

despacharon cuatro embajadores, jóvenes príncipes de sangre real, de edad de quince años, pero contando ya con cualidades de la edad madura.

Habian partido de Nangaski en un buque portugués el dia 22 de febrero de 1582, y llegaron á Roma despues de tres años de viaje. La capital del mundo no habia recibido nunca embajadores de un país tan lejano.

El emperador Augusto recibió embajadores de las Indias, pero los del Japon partian de un punto mas oriental.

El dia 23 de agosto de 1585 una inmensa cabalgada les escoltó hasta el Vaticano. Admitidos en un consistorio público, besaron los piés del Santo Padre, y le entregaron las cartas de sus respectivos soberanos. Gregorio mandó leerlas en alta voz, y luego abrazó repetidas veces á los cuatro embajadores.

El Papa no sobrevivió mucho tiempo á esta gran gloria: agobiado por el peso de 83 años, quiso, contra la opinion de sus médicos, observar rigurosamente la cuaresma y seguir trabajando en su ministerio; pero en 5 de abril declaróse una calentura continua, y el cuello se le hinchó hasta el punto de impedir la respiracion. Los médicos le instaron de nuevo; pero persistió en alimentarse de manjares poco succulentos, y en dedicarse con la misma asiduidad á los cuidados del gobierno. Entonces la enfermedad se declaró con una intensidad tan violenta, que murió el dia 10 de abril de 1585, despues de haber regido la Santa Sede doce años, diez meses y veinte y ocho dias.

Fué enterrado en la capilla gregoriana del Vaticano, donde, en 1723, Camilo Rusconi, bajo la direccion del cardenal Jacobo Boncompagni, le levantó un sepulcro de grave estilo. Las virtudes de este papa fueron encomiadas en un discurso elocuente por el padre Estéban Tucci, de la compañía de Jesus.

Con motivo de las fiestas de Pascua, las ceremonias llamadas *novendiali* no duraron mas que cinco dias en vez de nueve, como era costumbre.

Las eminentes virtudes de este gran papa, uno de los mas ilustres que hayan ocupado la Santa Sede, como dice Novaes,

y que habria obtenido el renombre de *Grande*, á no haberlo recibido San Gregorio, excitaron la admiracion del pueblo romano, que le miró siempre como uno de los modelos mas hermosos de grandeza soberana.

La estatura de Gregorio mas bien era alta que regular, de ojos azules, nariz aguileña, barba espesa, y con un talante noble, este Papa se atraía la veneracion y derramaba una suave majestad.

No hablaremos de sus cualidades morales. Manifestábase paciente en las audiencias; pero sus resoluciones por lo general eran prontas; veia rápidamente lo que convenia hacer.

En los ocho primeros años de su pontificado, no se gastó para él por todo lo concerniente á su persona, mas de trescientos ducados anuales. Llevaba con preferencia los hábitos ya usados que habian servido á sus predecesores; y hasta mandaba comprar, de la sucesion de algunos prelados, los vestidos que podian sufrir alguna reparacion; pero este disgusto del gasto en favor propio ocultaba una pasion de magnificencia en sus relaciones con los demás.

Este mismo hombre desplegaba en las ceremonias una rara prodigalidad: ya hemos visto lo que dispuso cuando la traslacion de los restos de san Gregorio Nazianceno. Recapitulando sus regalos á los príncipes á y los pueblos de la cristiandad, de sus cuentas se desprende que envió cien mil escudos de oro al emperador Maximiliano, cien mil al archiduque de Austria, trescientos mil al rey de Francia, y doscientos mil á Ernesto de Baviera. Nada diremos de las cantidades dirigidas á Basilio, duque de Rusia. Victorelli en sus notas á Chacon enumera los beneficios de Gregorio. No puede concebirse, no puede describirse el placer que, vestido con sus hábitos usados y tal vez sucios, experimentaba este papa al deramar el oro en torno suyo, y al echarlo léjos para aliviar todas las miserias de la época. La liberalidad de este pontífice, *Leon X de otra manera*, no tuvo límites: griegos, cipriotas, alemanes, irlandeses, ingleses, escoceses (en estos tres últimos puntos Gregorio era un nuevo san Pio V), polacos, moscovitas, indios, japoneses, armenios, maronitas, españoles, húngaros, ilirios, bohemios, moravos, lituanenses, transilvanos, sa-

jones, borgoñones, suizos, franceses, italianos, los pobres de Jerusalem (1); la cristiandad entera, sábios, ignorantes, nobles, plebeyos, las vírgenes, las viudas, las mujeres casadas, los huérfanos, los *lugares piadosos*, las familias regulares y seculares, todos recibieron una parte de aquel tesoro de liberalidad que es preciso llamar *gregoriano*. ¡Qué prodigio el de aquellas arcas siempre abiertas y que Dios nunca dejaba vacías! No podría decirse que aquel verdadero astro de oro había enriquecido al universo?

Con gusto nos estendemos al hablar de este pontificado, que es preciso presentar bajo todos conceptos, como modelo á los siglos futuros prometidos á la Iglesia.

Severo Gregorio para consigo mismo, no queria que en su comida se gastase mas de medio escudo. Si, abusando del respeto debido á esta parsimonia, sus criados apenas le daban de comer, se sonreía, diciendo que todavía se podía quitar algo del medio escudo, que sirviera para otra cosa. «Además, añadía, la sobriedad, forzosa ó voluntaria, es siempre una gran virtud, y un buen hallazgo en nuestra edad.»

Como se hace desde Luis XIV y Colbert, habia escrito una lista de muchos hombres de letras de todas las naciones (cuarenta y siete contaba) á quienes socorria sin admitir respuestas de agradecimiento, que Colbert tuvo mas tarde la debilidad de recibir.

Apreció el conocimiento profundo del corazón humano, y tuvo la habilidad que sabe consultar la ciencia, dirigirla y hacer que produzca frutos inmortales.

Gregorio XIII, administrador que quizá no tuvo igual, no quiso, para practicar tantos actos de beneficencia, exigir nuevos impuestos; solo recaudó los consentidos antes de su pontificado. Suprimió algunos muy gravosos, y sin embargo, des-

(1) Cuatro padres custodios, de la orden de mínimos observantes, conocieron el secreto de estas últimas limosnas: el padre Jeremías, de Brescia, Antonio degli Angeli, de la Pulla, Juan de Bergamo y Angel Stella, de Venecia. Este último fué empleado en 1582 para informar acerca de un concilio que se reunió en el Cairo, y en el cual el Papa intentaba volver á los coptos á la Iglesia romana, y hacerles abjurar el eutichianismo.

pues de haber dado á los hijos de Cristo aquel maná saludable que no alcanzamos á caracterizar, dejó un tesoro de siete-cientos mil escudos, sin que se hallase la menor deuda contra el Estado, á pesar de haber levantado fuentes en la plaza *Navona*, y en las del *Panteon* y del *Popolo*. Habia fortificado á *Ancona*, cuidado que ningun soberano pontífice debe olvidar nunca. Se le debe el puente sobre el *Paglia*, llamado *ponte Centino*, cerca de *Aguapendente*; y hemos visto su escudo indignamente mutilado por soldados ignorantes que habian ido para renovar los tiempos de la república romana. Colmó de beneficios á *Civita-Vecchia*, donde pasaba los otoños. En la página 29 de un *Discurso político sobre el estado de Roma*, impreso en Paris en 1626, compuesto por orden del cardenal de *Richelieu*, se lee: « Las plazas fuertes de los Estados pontificios son muchas por la situacion y naturaleza del terreno, pero tienen pocas en las que haya intervenido el arte. El papa *Pio IV* empezó á fortificar la parte de Roma que se llama *Borgo*, en la que se hallan la iglesia y el palacio de San Pedro, morada de los papas; y el castillo de San Angelo. *Gregorio XIII* continuó este proyecto con muchos gastos.»

Roma no conoce quizás á fondo todo el bien que le hizo *Gregorio XIII*, bien que parece exceder los esfuerzos y el poder de un solo hombre. Ahora observaremos que ninguna exigencia digna de censura llevaba al tesoro de Roma todo aquel dinero de que se hacia tan noble uso. Todos aquellos recursos se debian á la sábia direccion dada á la hacienda, la exacta vigilancia de la dataria, pues sabemos que la penitenciaria no recibe retribucion alguna. Las rentas de Roma bastaban á tanta munificencia, y aquella noble madre de tantos hijos esparcidos sobre la tierra, daba con tantos cuidados á sus hijos mas de lo que recibia de su piedad, y de su deseo de propagar la gloria de aquella capital del mundo cristiano. Vamos á describir el secreto á todos los gobiernos que quieran ser generosos y económicos á un tiempo. Con ayuda de los primeros ahorros, se habia empezado un tesoro, tesoro que se abria convenientemente, y arrojaba oro, que la limosna, la piedad y aquel movimiento natural que la abundancia imprime en una nacion bien administrada, devolvian prontamente á las

arcas públicas, de las que no volvía á salir sino á una señal oportuna, para hacer bendecir al soberano y asegurar la dicha del pueblo, que por lo general fué muy dichoso en tiempo del pontificado de Gregorio.

Si es fuerza decirlo todo, algunos cargos deben acompañar á tantas alabanzas: aquella bondad innata, aquella mansedumbre angélica que distinguían á Gregorio, deteniéndole muchas veces cuando era preciso castigar á los bandidos que infestaban la península, los cuales ocultándose en varios principados, parecía que habían tomado los Estados pontificios por residencia privilegiada. Gregorio no castigó siempre con bastante rigor á aquellos malvados; esta gloria (y es grande), estaba reservada á Sixto V y á su sucesor. La historia dirá que Sixto V fué demasiado riguroso; por esto conviene que digamos que Gregorio fué demasiado misericordioso: la clemencia y la justicia deben vivir abrazadas.

Concluyamos, conviniendo que si la voluntad firme de Sixto V, relativamente á la policía y á la tranquilidad pública, voluntad á veces exagerada, se hubiese encontrado en Gregorio XIII, habrían faltado al mismo tiempo aquellas apacibles y evangélicas virtudes, aquella piedad completa hasta cierto punto, que hacen de este pontificado una de las épocas mas brillantes, mas sorprendentes y mas admirables de la Sede romana.

En las medallas acuñadas en tiempo de Gregorio XIII, encontraremos nuevos hechos históricos, que juntaremos á los conocidos. Celebro haber hallado este recurso para dar á conocer mejor á los papas, cuya historia me he propuesto escribir.

Hablaré enseguida de las tres medallas de mi colección. Mr. Mazio, que presidió la elección de las que recibí de Pio VII, dió la preferencia á las tres mas importantes que pertenecen á este pontificado. Son las que se acuñaron con motivo de los nuevos trabajos de la fachada de San Pedro, y relativamente á las espantosas escenas del degüello de San Bartolomé, y la reforma del calendario.

Primera medalla. En torno de la faz se lee: GREGORIVS XIII. PONT. MAXIMVS. En el reverso: 1.º SVPER HANC PETRAM. En el exergo, ROMA. «Sobre esta piedra. Roma.» La fachada de san

Pedro está ya muy adelantada : la cúpula del centro y las dos laterales estan concluidas , pero falta la azotea y las innumerables estátuas que mas tarde deben adornarla.

Bonanni atribuye á Julio II una medalla que tiene en el reverso : PETRE, ECCE TEMPLVM TVVM. « *Pedro, este es tu templo.* » Un papa arrodillado , con la tiara en la cabeza , ofrece á San Pedro sentado un modelo de templo. Parece á primera vista que este modelo en nada se asemeja á la basílica tal como se veía al principio del pontificado de Julio II; derruida por Bramante, apenas la nueva habia salido de tierra. Piensa Fea que esta medalla puede ser atribuida á Gregorio XIII, pues la cara del papa arrodillado no se parece á la de Julio, bien que tampoco se parece á la de Gregorio. No quiero entrar en las discusiones que pretenden que Gregorio XIII se resistia menos que Julio II á arrodillarse. Cuando se trata de rendir homenaje al Príncipe de los Apóstoles , no he visto arrogancia en ningun pontífice.

2.<sup>a</sup> UGONOTORVM STRAGES. 1572. « *El degüello de los hugonotes. 1572.* » Mucho se ha hablado de esta medalla , acuñada en Roma los primeros dias de la llegada de tan terrible noticia. Mandaba entonces en la ciudad el cardenal Carlos de Lorena. Los artistas no habian podido obtener hasta entonces permiso para trazar un recuerdo , que entregara á la execracion del mundo entero las escenas del saqueo de Roma : de repente se precipitaron sobre este asunto , como autorizado , como permitido , y se apoderaron de él en represalias de las abominaciones cometidas en 1527 por los luteranos , y los españoles indignos de su hermoso nombre.

El ángel exterminador , armado de una espada , persigue á los guerreros que huyen ; algunos estan caidos , uno de ellos levanta la espada rota ; en el suelo hay varias alabardas. De Molinet , en su explicacion , parece creer que Gregorio aprobó este crimen , y dice que el ángel , ministro de la cólera celeste , explica suficientemente el sentido de la medalla. Por lo demás , el nomenclator abandona de prisa esta parte de su trabajo y de su crítica , y pasa rápidamente á la explicacion del asunto siguiente.

Bonanni habla mas detenidamente de esta catástrofe , que

llama carnicería (*lantenam horribilem*). Declara que Vassari tuvo orden de pintar en el palacio del Vaticano un monumento de la religion vengada (*vindicata religionis monumentum*), y un trofeo para indicar la derrota de la herejía (*de profligata haeresi tropaeum*).

Añade Bonanni: «Ricardo de Saint-Victor nos enseña que los ángeles, en las sagradas escrituras, indican la inspiración divina. Jerónimo los reconoce por ministros de la venganza de Dios: en el IV libro de los Reyes, cap. XIX, y en Isaías cap. XXXVII se lee que el ángel del Señor inmoló en una noche un gran número de asirios acampados al rededor de Jerusalem.»

Bonanni nada dice de la intervencion del cardenal de Lorena, y se engaña achacando á Gregorio lo que se hizo sin él y seguramente á pesar suyo. Un hombre tan grande, tan noble, tan verdadero pontífice como Gregorio XIII, sabe que los deberes de un papa le alejan á mil y mil leguas de los rencores de los partidos, de los furoros de la ambicion, de los excesos que pueden desgraciadamente entrar en el pensamiento del hombre, pero que contrastan demasiado con la elevación de miras procedentes de Dios, propia del sucesor de san Pedro, del vicario de Jesucristo, del eterno anunciador de clemencia, de perdon, de humildad, de sinceridad y benevolencia universal. Sin duda Dios ha permitido la guerra, y la que en su nombre se ha emprendido ha tenido buen éxito; pero nunca ha permitido la astucia, el fraude, el ataque perverso contra el que descansa fiado en un salvo-conduto.

Por otra parte no nos olvidemos de aquellos tiempos. No trato ya del degüello de San Bartolomé, maldad del Louvre; trato de la noticia del crimen llegada á Roma, tan irritada todavía contra los luteranos de Carlos V. La medalla de 1572 (pues la fecha es precisa como el hecho del degüello) es un aplauso que nada tiene de cristiano. Actualmente, si de este aplauso rebajáramos lo que atañe al cardenal Carlos, tomando como podía en Roma su parte en la jornada de San Bartolomé de Paris; si separásemos lo que atañe á la ciudad que apenas habia reparado sus ruinas; lo que atañe á los artistas, á la imaginacion italiana, quedaria muy poco fango para manchar el vestido de Gregorio. Las naciones que se engol-

fan en las represalias son, fuerza es confesarlo, muy desgraciadas. El *cada uno á su vez* amenaza todas las perversidades. Dejemos aquellos tiempos que apenas conocemos, y fijémonos en los nuestros. Creemos hacer un acto sublime de política favoreciendo la insurreccion de los Estados- Unidos: los ingleses están vencidos; aguardan el momento en que no combatirán uno contra tres, nos desean los horrores de la revolucion de 1789. Ellos la irritan, la llevan al último extremo de ferocidad; nada olvidan: socorros tardíos á los que defienden las lises; complicidad con los que las derriban; reposo engañoso en la lucha; proposicion de garantir el cetro en manos de un soldado, si quiere contentarse con algunas provincias: por fortuna el soldado queria mas, para acabar por perderlo todo. Nada faltó á la venganza de la Gran Bretaña. Y el país salvado de la opresion, que habia prometido tanta gratitud, ¿ nos consuela á lo menos de los sacrificios y de los peligros á los que creimos haber escapado? No: hay, á la otra parte del Atlántico una ingratitud que no se acuerda de ningun beneficio; y los males suscitados para obtener alguna gloria é inspirar una afeccion durable, no han terminado. Un solo hombre, Luis XVI, daba entonces buenos consejos: le mataron porque los hombres que dan buenos consejos, en tiempos de efervescencia y de *politicos á la violeta*, son importunos, y detienen sin miramiento el carro que va á caer en el abismo.

Finalmente, como seria posible que, á pesar de nuestros esfuerzos, se persistiese en condenar á Roma; como podria decirse que hubiera debido avergonzarse de haber dedicado semejante recuerdo á una accion que no debe inspirar mas que horror, diré que importa poco hoy que se acumulen tantas injurias contra Roma de 1572. Vivimos con una Roma diferente; sus casas de moneda reconocen ya principios mas civilizados. Desde hace mucho tiempo, una serie no interrumpida de pontífices manda con gloria; y el espíritu del verdadero cristianismo ilumina, inspira y dicta con grandeza, con majestad, con infatigable mansedumbre, las resoluciones de la corte romana.

Y si era de desear que este sistema fuese perfeccionado, lo ha sido y lo será mucho mas durante el actual pontífice Pio IX.

Estos detalles acerca de la medalla de 1572 nos han parecido indispensables, y no nos reprochamos el haber huido el combate en una cuestion que interesa á todo el catolicismo (1).

3.<sup>a</sup> La tercera medalla fué acuñada con motivo de la reforma.

Léese: ANNO RESTITVTO MDLXXXII. «*El año reformado, 1582.*» Se vé en el campo una cabeza de carnero con una corona de flores; debajo, la figura de la serpiente que muere de su cola, emblema de la eternidad; la cabeza del carnero está sostenida por una guirnalda de flores elegantemente entrelazadas; entre la cabeza y la guirnalda, una estrella.

De Molinet no hizo grabar exactamente esta medalla: ha-

(1) A las razones que en este debate hemos hecho valer, añadirémos la relacion de un hecho que pasó en 1826, bajo el pontificado de Leon XII, relacion que tiene mucha semejanza con la cuestion de que se trata. Un cónsul general en Siria habia protegido á los misioneros y obtenido para ellos reparaciones justamente debidas. El zelo del cónsul merecia una brillante recompensa, y Leon XII me manifestó un dia que iba á enviar á aquel digno representante de un gobierno protector, una órden de caballería que se dá en Roma, y la coleccion completa de medallas acuñadas en dicha ciudad desde Martin V, coleccion parecida, mas ó menos, á la que Pio VII me habia dado. Rogué á las personas que robeaban al Papa que mandasen estos regalos por uno de los buques de guerra que debian partir de Francia, tocar en Nápoles y dirigirse á Esmirna. El Papa no tenia necesidad de que le excitaran en el sentimiento de gratitud que abrigaba: Leon XII queria ser obedecido inmediatamente. La caja que contenia las medallas pronto estuvo arreglada. Pensando en aquella delicada prueba de afeccion por parte del Papa, recordé mi coleccion que tenia en Paris, y asáltóme la idea del mal efecto que produciria la medalla de 1572, si formaba parte del regalo. Hablé de ello al Papa, y le dije: «Si se ha puesto en esta coleccion, como en la mia, la medalla de 1572, lo sentiré, porque no conviene ya hablar de esas animosidades de los pueblos.» La misma noche el Papa mandó por la cajita que iba á partir: rompiéronla, se buscó y halló la medalla, y se quitó de la coleccion, despues de lo cual, el regalo partió para Nápoles. Todo cuanto Leon decia el dia siguiente, despues de haber reparado el mal, era prudente y magnánimo: «Es cierto, ya pasaron aquellos tiempos. Dios ha alejado de nosotros estas fatalidades, que no deben ser transmitidas á la posteridad; no volverán jamás; el cobre romano no debe comunicar su vida eterna mas que á los recuerdos de la gloria de Jesucristo.»

Ya que hemos pintado los sucesos de todas las épocas, con la misma franqueza debemos dar á conocer actualmente las virtudes que ennoblecen tan dignamente todos los actos de la Santa Sede.

sido mejor tratada por el artista que grabó las medallas de Bonanni. Este religioso acude para la explicacion á Clavius, miembro como él de la compañía de Jesus, y toma de la obra de este último algunos detalles. Bonanni prueba en pocas palabras, que existia error en los cálculos sobre la *edad de la luna*; y explica que la cabeza del carnero indica el principio del año. Por una consecuencia necesaria de la reforma y de los cálculos hechos con este motivo, el equinoccio de primavera no debia ya separarse del 21 de marzo.

Bonanni vé en la serpiente ó dragon que constituye el escudo de Gregorio, un simbolo de la eternidad asegurada á la obra debida á este gran pontífice.

Ocasion es esta de observar detenidamente que semejante legislacion no podia dimanar sino de un soberano tal como el papa, y que su preeminencia brilla en este acto como en muchos otros que acá solo es permitido esperar del soberano pontífice.

Pasemos ahora á las principales medallas publicadas por De Molinet.

1.<sup>a</sup> VERVS DEI CVLTVS. « *El verdadero culto de Dios.* » Una mujer, la Iglesia romana, teniendo un medallon en el que se lee: ROM. EC. « *La Iglesia romana* ». Otra mujer tiene las llaves; á sus piés algunos libros abiertos y otros cerrados; á su izquierda una tiara colocada sobre un volúmen.

2.<sup>a</sup> TVTVM REGIMEN. ROMA. « *Un gobierno seguro. Roma.* »

Roma con el casco en la cabeza, sentada, tiene en la mano derecha un dragon alado (escudo del Papa); en la mano izquierda tiene una espada. Encima de una mesa se vé un báculo, una mitra, una cruz; á la izquierda picas, clarines y estandartes.

3.<sup>a</sup> PROVIDENTIA CHRISTI. « *La providencia de Cristo.* » Una figura en pié, teniendo un timon en una mano y una lanza en la otra.

4.<sup>a</sup> ET IN NATIONES GRATIA SPIRITVS SANCTI. « *La gracia del Espíritu Santo se derrama sobre las naciones.* » San Pedro predica el Evangelio á los pueblos. Templo; multitud de convertidos; el Espíritu Santo á la derecha del templo.

5.<sup>a</sup> SECVRITAS POPVLI ROMANI. « *La seguridad del pueblo roma-*

no. » Un hombre duerme tranquilamente en un sillón antiguo. Trípede sobre el cual arde un fuego. El hombre tiene en la mano un bastón de viaje. Esta medalla es una restitucion de la de Paulo III, que en su lugar correspondiente hemos descrito.

6.<sup>a</sup> RESTAURAVIT. «*Restauró.*» Puente sobre el Tiber que se ha llamado el *puente Sagrado, el puente Sublicius, el puente Palatino, el puente de Santa María.* En medio del puente habia una estatua de la Virgen.

Encima de las aguas se ve el rio Tiber un poco levantado, apoyando la mano derecha en su urna. En tiempo de Clemente VIII, en 1598, una inundacion se llevó este puente.

7.<sup>a</sup> IN ÆQVITATE ABVNDANTIA. «*La abundancia en la equidad.*» La Abundancia tiene en la mano derecha una balanza, y en la izquierda el cuerno lleno de frutos y flores.

8.<sup>a</sup> MAGNIFICENTIE REGNI TVI. «*A la magnificencia de tu pontificado.*» Esta medalla fué repartida á muchos peregrinos en 1575, año del jubileo. La Puerta Santa abierta; encima el Espíritu Santo; debajo de la puerta un ángel tocando la trómpeta. En el exergo: ROMA.

9.<sup>a</sup> INVENI HOMINEM SECVNDVM COR MEVM. «*He encontrado un hombre segun mi corazon.*» En el exergo: IVBILATE DEO OMNIS TERRA (salmo LXXXVII, 4). «*Que toda la tierra dirija á Dios gritos de alegría.*»

Gregorio, bajo la figura de David coronado, está de rodillas delante de un árbol. El arpa á los pies del rey. Dios aparece en una nube.

10. LEVATA ONERE PATRIA. «*La patria libre de una carga.*» Quejábase Bolonia de tener una ciudadela que podia perjudicar su libertad, y Gregorio mandó que fuese demolida. La misma Palas preside esta operacion; el suelo está atestado de ruinas; una armadura de caballero parece como abandonada. Como Gregorio era bolonés, la medalla dice: «*La patria del príncipe está libre de una de las cargas de la guerra.*»

11. IN NOM. IESV SVRGE ET AMB. En el exergo: 1575. «*En nombre de Jesus, levántate y anda.*» Gregorio, bajo la figura de san Pedro, dice al paralítico que se levante y ande. El efecto general del jubileo es curar todas las enfermedades producidas por el pecado.

12. *IUVENTVTI GERMANICÆ.* «*A la juventud germánica.*» Se sabe que Gregorio fundó un colegio para educar jóvenes alemanes. Creía que era deber suyo ofrecer este asilo á la comarca que habia visto nacer las doctrinas de Lutero. Un superior de la compañía de Jesus recibe á ocho jóvenes que visten el hábito de la órden. En lo alto del edificio está el dragón del escudo de Gregorio.

13. Debemos buscar y hallar en las medallas los hechos principales que han ilustrado el pontificado. Leemos en esta: *GREGORIANA D. NAZIANCENO DICATA.* «*La capilla gregoriana dedicada al santo de Nacianzo.*» Debajo de la capilla se ve una parte de la bóveda del templo que se prolonga. (Véase la descripción de la traslacion de los restos de san Gregorio Nacianzeno).

14. *VIGILAT.* «*Vela.*» El dragón del escudo del Papa se halla á la puerta de un palacio. Tal vez este tipo del dragón, que es un animal feo, deforme y desagradable á la vista, ha sido multiplicado con exceso, abusando de la debilidad de Gregorio.

15. *VIA AB VRBÉ AD SACRAM VRBEM EXPEDITA.* «*Camino abierto desde Roma á la ciudad sagrada.*» Gregorio mandó construir un camino cómodo que conducia de Roma á Loreto. Antes veíanse terrenos por los que era difícil andar á pié ó á caballo. El camino que se abrió entonces permitió el paso de varios carros de frente. Se vé la casa de Loreto, coronada con la estatua de la Virgen que tiene sobre las rodillas á Jesus de pié, dando la bendicion.

16. *SEMINANS IN BENEDICTIONIBVS DE BENEDICTIONIBVS ET METIT.* «*Sembrando bendiciones recoge bendiciones.*» En el campo, en otros caracteres, se lee: *ITE, OPERAMINI IN VINEA DOMINI.* «*Id, trabajad en la viña del Señor.*» Gregorio, desde su trono, con la tiara en la cabeza, bendice á una multitud de misioneros.

17. *GREGORIVS XIII PONT. MAX. COLLEGIVM SOCIETATIS IESV OMNIVM NATIONVM SEMINARIVM PRO SVA IN CHRISTIANAM RELIGIONEM ET ORDINEM ILLVM PIETATE A FVNDAMENTIS EXTRVXIT ET DOTAVIT, AN. SAL. CIC DCLXXXII PONT. SVI X ROMÆ.*

«*Gregorio XIII, soberano pontífice, levantó y dotó, á favor de la compañía de Jesus, este colegio, seminario de todas las naciones, y lo do-*

tó por amor á la religion y á aquella órden, el año de la salvacion 1582, décimo de su pontificado, en Roma.

Esta inscripcion está puesta en quince líneas que ocupan el campo y exergo. Se trata del célebre colegio germánico, llamado gloriosamente *seminario de todas las naciones*.

Muchas otras medallas fueron acuñadas con motivo de la creacion de este colegio. El cariño de Gregorio hácia los padres de la compañía no se alteró un momento durante su pontificado.

18. S. P. Q. R. «*El senado y el pueblo romano.*» Fachada del Capitolio, tal como estaba entonces. No se vé en él la *Roma triunfante* que le corona en el día.

19. AB REGIBVS IAPONIOR. PRIMA AD ROMAN. PONT. LEGATIO ET OBEDIENTIA. «*Primera legacion de obediencia de los reyes japoneses á los pontífices romanos.*» Ya hemos visto la ocasion que se presentó de trasmitir á la posteridad el testimonio de sumision dado por los reyes del Japon.

20. DOMINE ADIVVA NOS. «*Señor, socorrednos.*» La barca de la Iglesia; el Señor está sentado junto al timon; los compañeros de Jesucristo imploran su auxilio.

21. EGO SVM LVX MUNDI. «*Yo soy la luz del mundo.*» Cabeza desnuda de Jesucristo. Medalla compuesta y ejecutada con mucho primor, que ha sido repetida con esta inscripcion: *BEATI QVI CVSTODIVNT VIAS MEAS.* «*Dichosos los que defienden mis caminos.*» La cabeza de Jesucristo está rodeada de aureola.

La Santa Sede estuvo vacante por espacio de trece dias.

FIN DEL TOMO TERCERO:



# ÍNDICE.

---

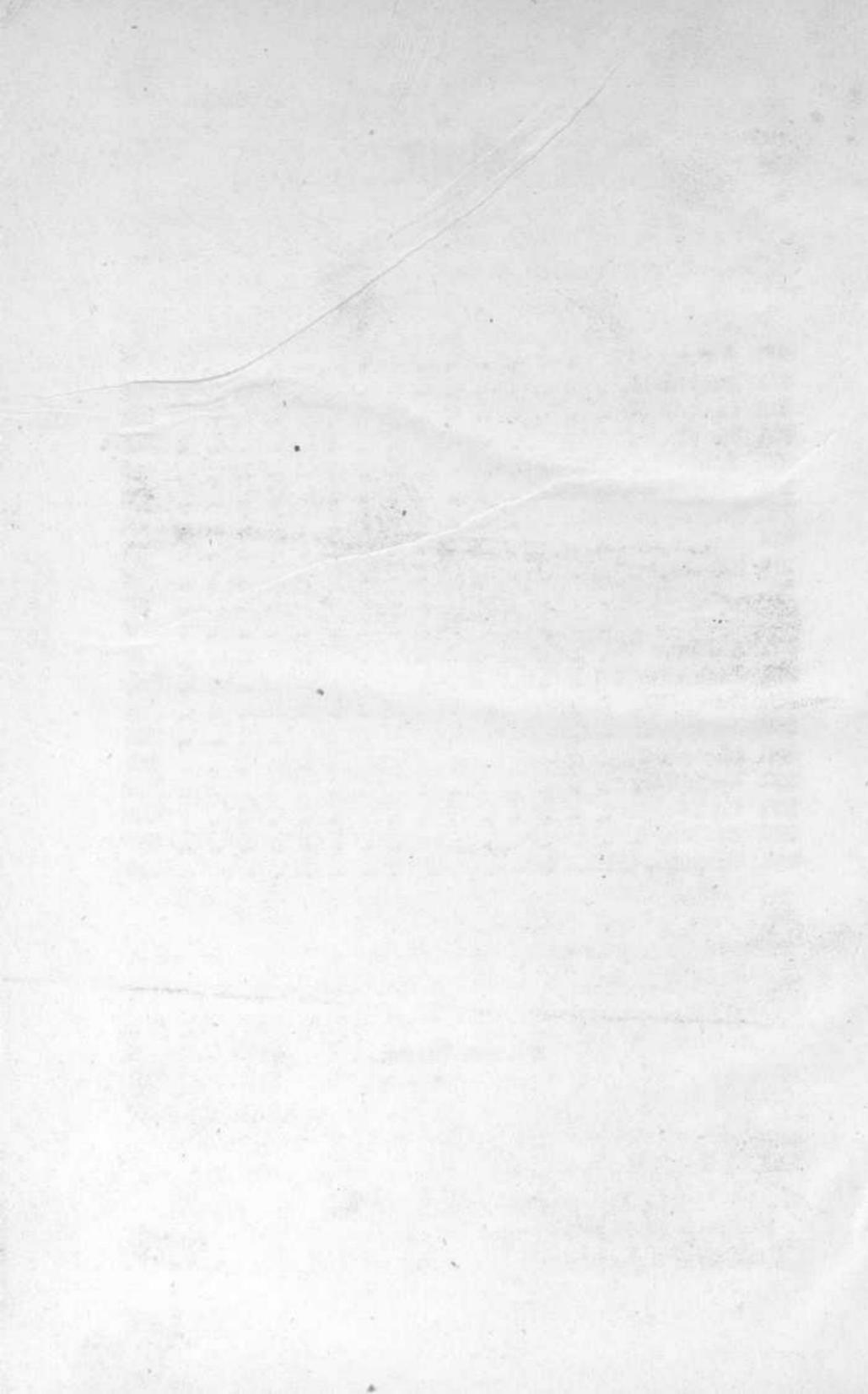
	<u>Pág.</u>
211. Eugenio IV. . . . .	7
212. Nicolas IV. . . . .	18
213. Calixto III. . . . .	27
214. Pio II. . . . .	33
215. Paulo II. . . . .	47
216. Sixto IV. . . . .	57
217. Inocencio VIII. . . . .	67
218. Alejandro VI. . . . .	75
219. Pio III. . . . .	90
220. Julio II. . . . .	97
221. Leon X. . . . .	116
222. Adriano VI.. . . .	166
223. Clemente VII. . . . .	179
224. Paulo III.. . . .	199
225. Julio III.. . . .	221
226. Marcelo II. . . . .	231
227. Paulo IV.. . . .	236
228. Pio IV.. . . .	246
229. San Pio V. . . . .	269
230. Gregorio XIII.. . . .	323

FIN DEL ÍNDICE.

# INDICE

Pag.	
311	Rogelio IV.
312	Nicolas IV.
313	Calixto III.
314	Pio II.
315	Paulo II.
316	Sisto IV.
317	Inocencio VIII.
318	Alejandro VI.
319	Pio III.
320	Julio II.
321	Leon X.
322	Adriano VI.
323	Clemente VII.
324	Paulo III.
325	Julio III.
326	Marcelo II.
327	Paulo IV.
328	Pio IV.
329	San Pio V.
330	Gregorio XIII.

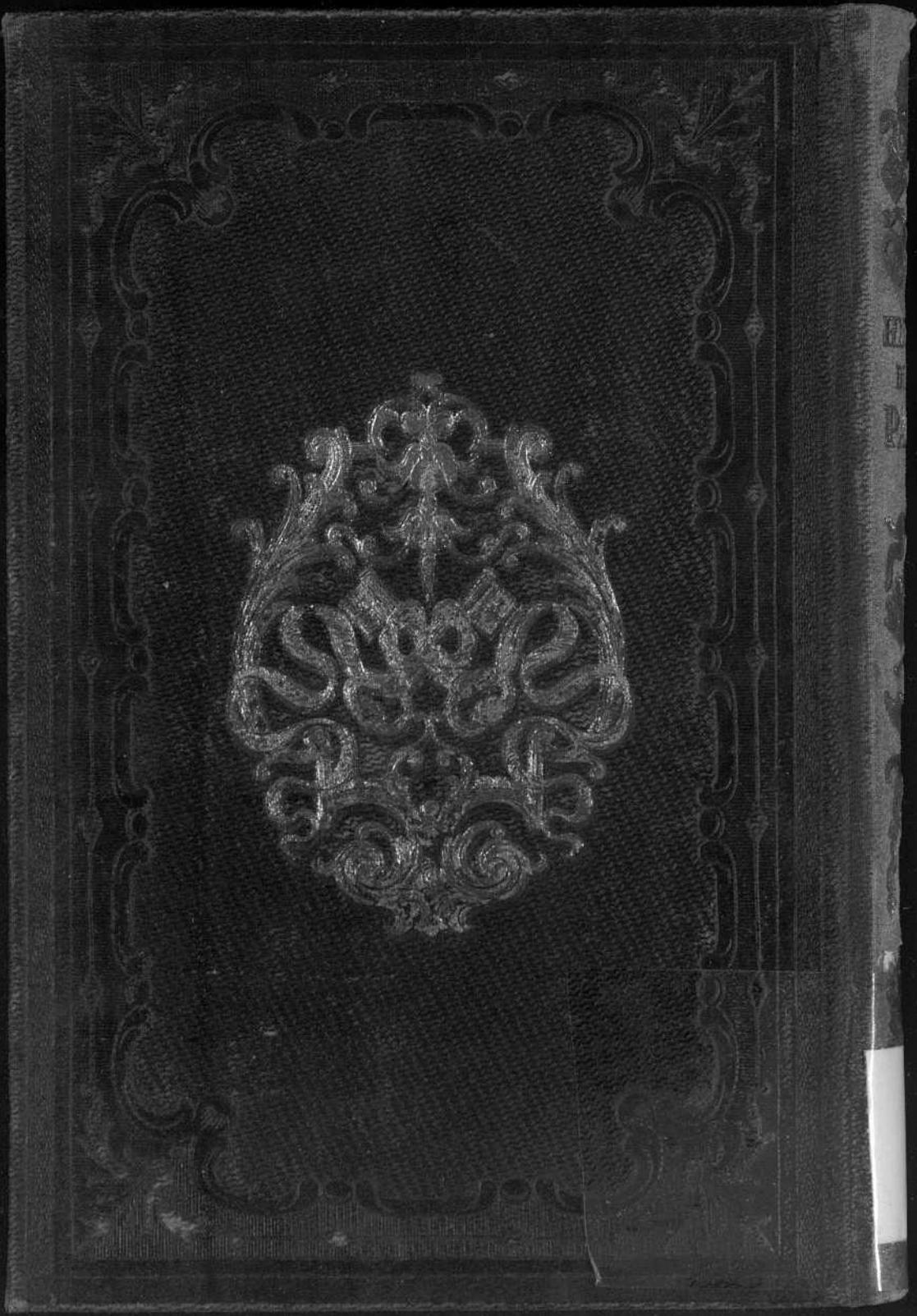








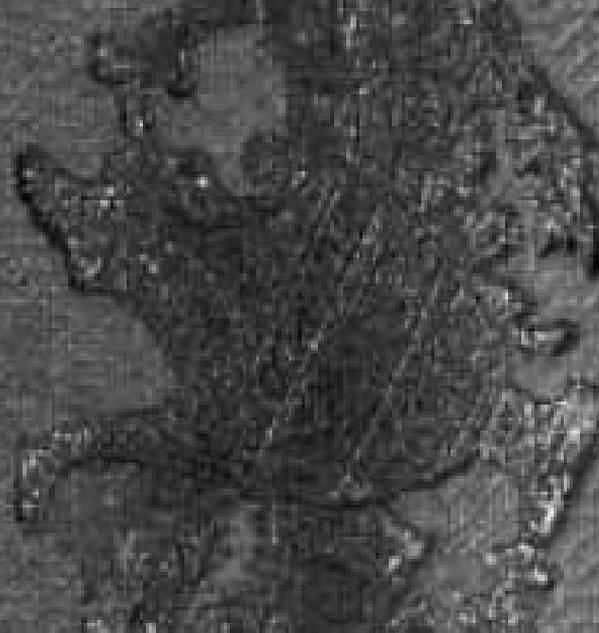






HISTORIA  
DE LAS  
PAPAS

3



**D-1**  
**1581**